¡VIVEN!

La tragedia de los Andes

Piers Paul Read



¡VIVEN!

La tragedia de los Andes

El viernes 13 de octubre de 1972, un avión Fairchild en vuelo charter desde Montevideo a Santiago de Chile, se estrelló en los Andes, a 3.500 metros sobre el nivel del mar, en un lugar desolado y casi inaccesible. La tercera parte de los pasajeros —componentes de un equipo amateur de rugby y sus acompañantes y amigos— y casi todos los miembros de la tripulación, fallecieron en el accidente; ocho murieron a consecuencia de una avalancha y tres a causa de sus heridas, del hambre y el frío.

Los supervivientes trataron de resistir con las escasas reservas alimenticias de que disponían, esperando ser rescatados. Pero su esperanza sufrió un rudo golpe cuando escucharon, a través de un transistor, que se había abandonado la búsqueda del avión siniestrado, ya que todos los intentos de localización del aparato habían resultado infructuosos.

Abandonados a sus menguadas fuerzas, en un medio hostil y amenazador, desprovisto de fauna y vegetación, agotadas sus reservas alimenticias y su resistencia física, los dieciséis supervivientes se vieron abocados a una dramática decisión: debían alimentarse de sus compañeros muertos para poder seguir viviendo.

Finalmente, dos de los muchachos, después de agotadora marcha por entre las nevadas montañas de la difícil y terrible cordillera andina —temperaturas nocturnas de 30 y 40° bajo cero, alturas de 5.000 metros, vientos y aludes—, consiguieron llegar a un poblado chileno y salvarse a sí mismos y a sus compañeros.

Habían transcurrido setenta días desde el accidente.

Hasta aquí los hechos que en su día llenaron las páginas de los periódicos del mundo entero. Mas ¿qué terrible experiencia humana se hallaba detrás de las noticias sensacionalistas, aderezadas muchas veces con innecesaria morbosidad?

Ellos mismos, los supervivientes, quisieron contarlo tal como sucedió, y el relato de sus sufrimientos —que dedican a sus amigos muertos—, no es una justificación, es un acto de valor. Y también algo que pone a prueba la sensibilidad y la madurez del lector.

(Sigue en la 2.ª solapa)

KORT

1500

¡Viven!

La tragedia de los Andes

Piers Paul Read

¡Viven!

La tragedia de los Andes

El Documento Vivo
Editorial Noguer, S. A.

Procedencia de las fotografías:

Roberto Caldeyro Stajano (4); encontradas en la cámara del Dr. Francisco Nicola (3); Anthony Peagam (11), reproducidas con autorización de *The Observer Magazine* de Londres; tomadas por Parrado y Vizintín (5), reproducidas con autorización de *Sygma,* París; Copyright de *Gamma,* París (4); Jean-Pierre Laffont (3), reproducidas por autorización de *Sygma,* París; Copyright de J.-P. Laffont, *Gamma,* París (1), y Dr. Gustavo Nicolich (2).

Cuadragésimoctava edición: noviembre de 1974

Título original de la obra: Alive: The Story of the Andes survivors
Edición original, norteamericana: J. B. Lippincott Company, Nueva York, 1974
Traducción: Arturo Sánchez
ISBN: 0-397-01001-X - Editado por J. B. Lippincott Company, Nueva York, 1974 - Edición original.
ISBN: 84-279-3828-4 - Encuadernación en linson
ISBN: 84-279-3829-2 - Encuadernación en rústica
Depósito legal: B. 46.343 - 1974

Printed in Spain

1974 - Gráficas Condal - Clot, 102-104 - Barcelona

Que nadie tiene amor más grande
que el que da su vida por sus amigos.

San Juan, 15, 13

Decidimos que debía escribirse este libro para que se conociese la verdad, por los muchos rumores que corrieron sobre lo que pasó en la cordillera. Dedicamos la historia de nuestros sufrimientos y solidaridad a aquellos amigos que murieron por nosotros, y también a sus padres porque, cuando más lo necesitábamos, nos recibieron con amor y comprensión.

Pedro Algorta	Álvaro Mangino
Roberto Canessa	Carlos Páez
Alfredo Delgado	Fernando Parrado
Daniel Fernández	Ramón Sabella
Roberto François	Adolfo Strauch
Roy Harley	Eduardo Strauch
José Luis Inciarte	Antonio Vizintín
Javier Methol	Gustavo Zerbino

Montevideo, a 30 de octubre de 1973

AGRADECIMIENTO

Varias personas me ayudaron a escribir este libro, especialmente Edward Burlingame, de la editorial J. B. Lippincott, que fue el primero en sugerirme que debería escribirlo.

Mis investigaciones en Montevideo las dirigieron dos periodistas uruguayos. El primero fue Antonio Mercader y recurrí a él por recomendación del Club de los Old Christians. No sólo me proporcionó los complejos detalles de la contratación del avión por los padres de los jóvenes, sino también material de incalculable valor sobre el pasado de los supervivientes. El segundo periodista fue Eugenio Hintz, que recopiló todo lo referente a lo que hicieron las instituciones oficiales uruguayas y chilenas. También debo mi gratitud a Rafael Ponce de León y a Gérard Croiset Jr. que me informaron en el papel que desempeñaron en la búsqueda del Fairchild, a Pablo Gelsi, que fue mi intérprete, y al doctor Gilberto Regules, por su consejo y amistad.

En Londres me ayudaron en la transcripción de las cintas magnetofónicas y en la clasificación del considerable material que adquirí en Uruguay, Georgiana Luke primero y más tarde Kate Grimond en investigaciones posteriores.

Me ayudaron a escribir el libro el editor y los dieciséis supervivientes. A veces, estuve tentado de novelar algunos pasajes de la historia para darle mayor dramatismo, pero al final, decidí que los hechos desnudos eran suficientes para sostener la narración. Con la excepción de algún cambio en la forma del diálogo, nada hay en éste que no sea la verdad tal y como me la contaron aquellos que tuvieron alguna relación con el caso.

A ellos, finalmente, estoy más agradecido. Donde quiera que fui en Uruguay me recibieron con «esa cortesía íntima y singular educación nativa» con la que W. H. Hudson se encontró en el mismo país hace más de cien años. Yo la encontré en las familias de los que murieron, en las familias de los supervivientes y sobre todo en los supervivientes mismos, que me trataron con una cordialidad excepcional, candor y confianza.

Cuando regresé, en octubre de 1973, para enseñarles el manuscrito de este libro, algunos de ellos quedaron desilusionados por la forma en que he presentado su historia. Creen que la fe y la amistad que sintieron en la cordillera no aparece en estas páginas. Nunca fue mi intención desestimar estas cualidades, pero quizás esté más allá de la habilidad de cualquier escritor expresar la propia apreciación de la experiencia que vivieron.

P. P. R.

PREFACIO

El 12 de octubre de 1972, un avión Fairchild F-227 de la Fuerza Aérea Uruguaya, alquilado por un equipo amateur de rugby, despegó de Montevideo, en Uruguay, en vuelo hacia Santiago de Chile. Noticias de mal tiempo en los Andes, obligaron al avión a aterrizar en la ciudad de Mendoza en territorio argentino. Al día siguiente mejoró el tiempo. El avión despegó otra vez y voló hacia el Sur en busca del paso Planchón. A las 15,21 el piloto comunicó al control de tránsito aéreo argentino que sobrevolaba el paso Planchón, y a las 15,24 que estaban sobre la ciudad de Curicó, en Chile. Se le autorizó a virar al Norte y comenzar el descenso hacia el aeropuerto de Pudahuel. A las 15,30 comunicó que volaba a una altura de 5.000 metros, pero cuando la torre de control de Santiago trató de comunicar con el avión un minuto más tarde, no hubo respuesta.

Durante ocho días los chilenos, argentinos y uruguayos buscaron el aparato. Entre los pasajeros no sólo figuraban los quince miembros del equipo de rugby, sino también veinticinco amigos y parientes de los jugadores, pertenecientes todos a familias uruguayas acomodadas. La búsqueda no tuvo éxito. No había duda de que el piloto había calculado mal la posición y virado al Norte, hacia Santiago, cuando todavía se encontraba en medio de las montañas. Era a principios de la primavera en el hemisferio sur, y en los Andes había nevado copiosamente. El techo del avión era blanco. Existían muy pocas posibilidades de encontrarlo, y menos aún de que alguno de los cuarenta y cinco pasajeros y miembros de la tripulación hubieran sobrevivido a la catástrofe.

Diez semanas más tarde, un arriero chileno que se encontraba apacentando el ganado en un valle remoto en las profundidades de los Andes vio, al otro lado de un torrente, las figuras de dos hombres. Le hicieron gestos muy exagerados y cayeron de rodillas como si suplicaran, pero el arriero, creyendo que serían terroristas o turistas, desapareció. Al día siguiente, cuando volvió al

mismo lugar, las dos figuras continuaban aún allí y de nuevo le hicieron gestos indicándole que se aproximara. Se acercó a la orilla del río y lanzó hacia el otro lado un papel y un bolígrafo envueltos en un pañuelo. El harapiento barbudo lo recogió, escribió algo en el papel y por el mismo sistema se lo devolvió al arriero. Decía:

«Vengo de un avión que cayó en las montañas. Soy uruguayo…»

Había dieciséis supervivientes. Esta es la historia de lo que padecieron y de cómo sobrevivieron.

PRIMERA PARTE

1

Uruguay, uno de los países más pequeños del continente sudamericano, fue fundado en la orilla del Río de la Plata entre los dos nacientes gigantes Brasil y Argentina. Geográficamente era una tierra agradable, con ganado corriendo en libertad por las inmensas tierras de pasto, y su población vivía modestamente como comerciantes, médicos y abogados en la ciudad de Montevideo, o como orgullosos e incansables gauchos en la pradera.

La historia de los uruguayos en el siglo XIX está llena, primero, de enconadas batallas por su independencia contra los brasileños y los argentinos, y después de guerras civiles igualmente salvajes entre los partidos Blanco y Colorado, los conservadores del interior y los liberales de Montevideo. En 1904, el último levantamiento del partido Blanco fue derrotado por el presidente del Colorado, José Batlle y Ordóñez, que estableció entonces un estado seglar y demócrata que durante muchas décadas fue considerado el más avanzado y lúcido de Sudamérica.

La economía de este próspero país dependía de los pastos, por los productos agropecuarios que Uruguay exportaba a Europa, y mientras que los precios mundiales de la lana, carne y cueros se mantenían altos, Uruguay prosperaba; pero en el curso de los años 50 bajaron los precios de estos artículos y el país comenzó su declive. Se produjo el desempleo y la inflación que, a su vez, fueron causa del descontento social. Había exceso de profesionales y estaban mal pagados; los abogados, arquitectos e ingenieros —que antiguamente formaban la aristocracia de la nación— tenían muy poco trabajo y estaba mal retribuido. Muchos se vieron obligados a dedicarse a otros menesteres. Solamente los estancieros en el interior tenían asegurada su prosperidad. El resto trabajaba en lo que podía, en una atmósfera de economía estancada y corrupción administrativa.

Como resultado, se produjo el primero y más notable movimiento de guerrilla urbana revolucionaria, el de los tupamaros,

cuya ambición era derrocar la oligarquía que gobernaba Uruguay por medio de los partidos Blanco y Colorado. Los tupamaros secuestraban y exigían rescates por altos funcionarios del gobierno y diplomáticos, y se infiltraron en la policía cuando ésta se puso en contra de ellos. El gobierno recurrió al Ejército, que arrancó rudamente a estos guerrilleros urbanos de sus hogares de la clase media. El movimiento fue aplastado y los tupamaros encarcelados.

A principios de los años 50, un grupo de padres de religión católica, alarmados por las tendencias ateas de los maestros de las escuelas públicas e insatisfechos con la enseñanza del inglés por los jesuitas, invitaron al provincial de los Hermanos Cristianos irlandeses a fundar un colegio en Montevideo. Aceptaron la invitación y cinco Hermanos seglares irlandeses acudieron desde Irlanda, vía Buenos Aires, para fundar el Colegio Stella Maris —un colegio para chicos de edad comprendida entre los 9 y 16 años— en el barrio de Carrasco. En mayo de 1955 comenzaron las clases en una casa de la *rambla* localizada bajo los vastos cielos del Atlántico Sur.

Aunque hablaban un español muy poco académico, estos Hermanos irlandeses eran muy apropiados para el objetivo a conseguir. Uruguay estaba muy lejos de Irlanda, pero también era un país pequeño cuya economía se basaba en la ganadería. La carne era para los uruguayos lo que las patatas para los irlandeses, y la vida allí, como la vida en Irlanda, transcurría pacíficamente. Tampoco la estructura de aquella parte de la sociedad uruguaya de donde procedían los alumnos era extraña para los Hermanos. Las familias que vivían en las casas modernas y confortables edificadas entre los pinos de Carrasco —el barrio más elegante de Montevideo— eran mayormente grandes, y existían fuertes lazos de unión entre los padres y los hijos, que persistían, a través de la adolescencia, hasta la madurez. El efecto y respeto que los chicos sentían por sus padres se extendieron muy pronto también a sus maestros. Esto era una buena prueba de que se iba a mantener su buen comportamiento y, a requerimiento de los padres de sus alumnos, los Hermanos Cristianos abandonaron el tradicional uso de la vara disciplinaria.

También existía en Uruguay la costumbre de que los jóvenes de uno u otro sexo vivieran con sus padres incluso después de

terminar los estudios, y no abandonaban el hogar paterno hasta que contraían matrimonio. Los Hermanos Cristianos se preguntaban a menudo cómo en un mundo donde el resentimiento entre las generaciones parecía ser el espíritu de la época, los ciudadanos uruguayos —o, al menos, los residentes en Carrasco— habían solucionado este conflicto. Era como si la tórrida vastedad del Brasil por el Norte y las aguas enlodazadas del Río de la Plata por el Sur y el Oeste, actuaran no sólo contra barreras naturales, sino como un caparazón protector en un túnel del tiempo.

Ni siquiera los tupamaros molestaron al Colegio Stella Maris. Los alumnos, que procedían de familias católicas con tendencias conservadoras, habían sido confiados a la custodia de los Hermanos Cristianos según el uso de sus métodos tradicionales y consecución de sus fines a la vieja usanza. Los idealismos políticos eran más dados a florecer entre los jesuitas, que cultivaban el intelecto, y no entre los Hermanos Cristianos cuyas miras consistían en formar el carácter de sus muchachos, y el uso generoso del castigo corporal que habían abandonado a petición de los padres no era el único medio de que disponían para lograr este fin. El otro era el rugby.

El juego que se practicaba en el Colegio Stella Maris, era, y continúa siéndolo, el mismo que se practicaba en Europa. Dos equipos de quince hombres se enfrentan en el campo. No usan cascos ni otras protecciones y no hay substitutos. El objetivo de cada equipo es situar el balón ovalado en la línea de ensayo defendida por el otro o darle una patada al balón y hacerlo pasar por encima de la barra y entre los dos postes verticales de la portería en forma de H. Se le pueden dar puntapiés al balón, llevarlo agarrado con las manos o pasarlo a un compañero, pero siempre hacia atrás. El jugador que lleva el balón puede ser «placado» por un oponente que salta hacia él para derribarlo, agarrándolo por el cuello, la cintura o las piernas. La única defensa contra esto es el manotazo, empujar con la mano en la cara o el cuerpo del otro jugador.

Si se para el juego —como, por ejemplo, cuando un jugador pasa el balón hacia adelante— el árbitro toca el silbato y se forma una *mêlée*. Los delanteros de cada equipo se unen abrazándose y parecen un gigante cangrejo de mar. En primera línea de esta *mêlée* hay un *hooker* —jugador que trata de obtener el balón cuando lo introdu-

cen por una abertura de la *mêlée*— y dos jugadores que apoyan al *hooker,* los cuales meten la cabeza y los hombros contra los de sus contrarios. Detras de ellos viene una segunda línea de jugadores, los cuales, para reforzar la primera, meten la cabeza entre las piernas de los de ésta, empujándolos y sirviéndoles de apoyo. Este frente de choque está apoyado por una tercera fila al final y los extremos a los laterales. De los dos equipos, el que tenga la ventaja a su favor, lanza el balón dentro de la *mêlée,* entre los dos equipos, y entonces el *hooker* le da una patada echándolo fuera, o los equipos se empujan el uno al otro sin tocar el balón hasta que éste queda en campo abierto. Entonces, los jugadores que refuerzan la *mêlée* le dan una patada hacia atrás, generalmente hasta donde la pueden recoger los medios, tirando el balón hacia atrás a cualquiera de sus jugadores y tratando de llegar a la línea de ensayo y anotarse un punto.

Es un juego muy duro, elegante si se juega con habilidad, brutal si se juega con tosquedad. Es muy frecuente romperse una pierna o la nariz. Cada *mêlée* significa un tobillo lisiado y cada «placado» deja al jugador sin respiración. No sólo se necesita estar en plena forma para correr a toda velocidad durante una hora y media —excepto los diez minutos de descanso—, sino también poder controlarse a sí mismo y tener espíritu de equipo. El jugador que llega a marcar un tanto no es necesariamente el mejor y, acaso, el último de la línea que se forma en el ataque al pasar el balón hacia atrás.

Cuando los Hermanos Cristianos llegaron al Uruguay, casi no se jugaba al rugby. La verdad fue que se encontraron con que el fútbol no sólo era el deporte nacional, sino una verdadera pasión. Con la consumición más elevada «per cápita» de carne, el fútbol era lo único en que los uruguayos habían triunfado sobre las demás naciones del mundo (ganaron el campeonato mundial en 1930 y 1950) y pretender que los uruguayos practicaran otra clase de deporte era como pedir peras a un olmo.

Habiendo sacrificado uno de los pilares de su sistema educacional renunciando a la vara, los Hermanos Cristianos no estaban dispuestos a renunciar al único que les quedaba. Consideraron que el fútbol era un deporte de divos, mientras que el rugby enseñaría a sus muchachos a sufrir en silencio y a trabajar en equipo. Los padres no se mostraban muy conformes al principio, pero después

dieron la razón a los Hermanos Cristianos reconociendo los méritos del juego.

Y por lo que respecta a sus hijos, éstos lo jugaron con verdadero entusiasmo, y cuando la primera generación terminó sus estudios, muchos de los antiguos alumnos no quisieron abandonar el juego ni olvidarse del Stella Maris. Entre un grupo de ex alumnos surgió la idea de fundar una asociación y en 1965, diez años después de la inauguración del colegio, esta idea se hizo realidad. Se denominó Club Old Christians y su principal actividad consistía en jugar al rugby los domingos por la tarde.

Al cabo de los años este juego llegó a ser muy popular —e incluso a estar de moda— y cada verano se inscribían nuevos miembros en el Club Old Christians y se tenía la oportunidad de elegir a los titulares del equipo entre un mayor número de socios. El rugby llegó a ser muy popular en Uruguay, y el primer equipo del Old Christians, con el emblema en sus camisas, llegó a ser uno de los mejores del país. En 1968 ganaron el campeonato nacional de Uruguay, proeza que volvieron a repetir en 1970. La ambición creció con el éxito. El equipo atravesó el estuario del Río de la Plata para enfrentarse a los equipos de la Argentina y, en 1971, decidieron ir más lejos y enfrentarse a los equipos de Chile. Para conseguir su propósito y que el viaje no les saliera muy caro, contrataron un avión de la Fuerza Aérea Uruguaya para que los llevara desde Montevideo hasta Santiago de Chile, y las plazas restantes se las vendieron a sus familiares o hinchas del equipo. El desplazamiento fue un éxito. El primer equipo Old Christians se enfrentó al equipo nacional chileno, ganando un partido y perdiendo otro. Al mismo tiempo, pasaron unas vacaciones en el extranjero. Para muchos era la primera vez que salían de su tierra natal y la primera también que veían los picos cubiertos de nieve y los glaciares de los Andes. En realidad, fue tal el éxito que, tan pronto llegaron a Montevideo, comenzaron a planear otra salida para el año siguiente.

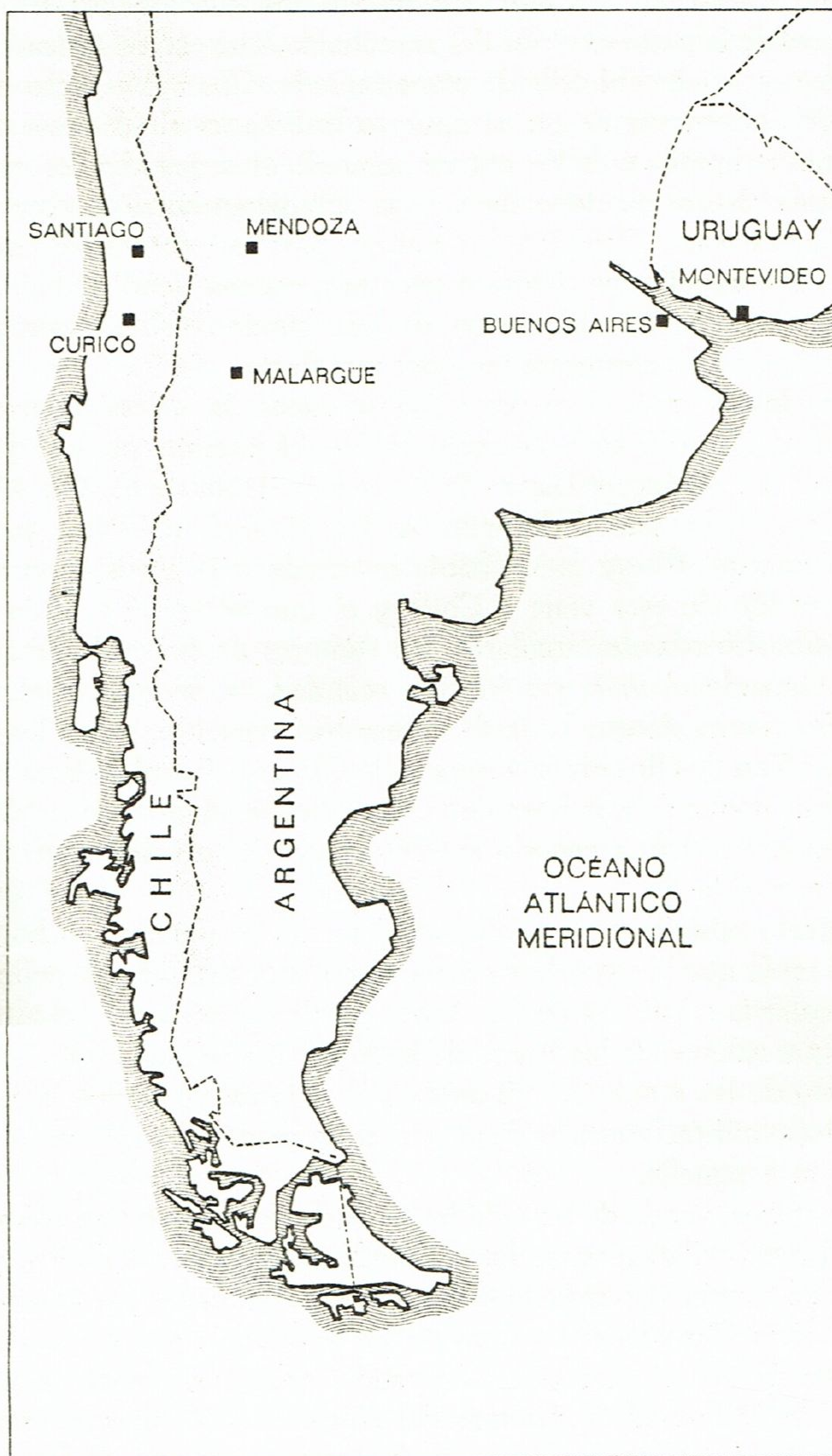
Al final del curso siguiente, hubo alguna traba que puso en peligro sus planes. El primer equipo de los Old Christians, por tener demasiada confianza en sí mismo, había perdido el Campeonato Nacional Uruguayo frente a un equipo que consideraban inferior. En consecuencia, algunos de los dirigentes del club pensaron que no merecían hacer otro viaje a Chile. Otro problema era el de cubrir las cuarenta plazas del avión Fairchild F-227 que contratarían a la Fuerza Aérea. El precio era de 1.600 dólares. Si se cubrían los cuarenta asientos, sólo costaría unos cuarenta dólares por cabeza el viaje de ida y vuelta a Santiago, menos de un tercio de lo que costaba en un viaje normal de cualquier compañía aérea. Cuantos más asientos quedaran vacíos, más caro sería el viaje y, además, tenían que hacer frente a los gastos de cinco días de estancia en Chile.

Se corrió la voz de que el viaje podría ser cancelado, pero, a pesar de todo, aquellos que deseaban ir comenzaron a reclutar pasajeros entre el círculo de sus familiares y amigos compañeros del colegio.

Con respecto a la ida a Chile hubo varias opiniones en pro y contra. Para los conscientes estudiantes de Ciencias Económicas era el experimento de la democracia marxista bajo el régimen de Allende. Para aquellos no tan interesados, era la promesa de vivir bien a un bajo coste de vida. El escudo chileno era débil y el dólar alcanzaba un precio muy alto en el mercado negro. Naturalmente, los Old Christians no estaban obligados a cambiar al precio oficial la moneda que llevaran. Los jugadores del equipo tentaban a sus amigos con la visión de las chicas bastantes liberales de las playas de Viña del Mar o con las oportunidades de esquiar en Portillo. La red se fue extendiendo y atrapando a la madre y hermana de un chico o los primos lejanos de otro. Cuando llegó la hora de pagar la contratación del avión, ya se había recaudado suficiente dinero para cubrir el coste.

Alrededor de las seis de la mañana del jueves 12 de octubre de 1972, los pasajeros, en pequeños grupos, bien en automóviles propios o en otros conducidos por sus padres o novias, comenzaron

1. PARTE MERIDIONAL DE AMÉRICA DEL SUR



a llegar al aeropuerto de Carrasco para iniciar el segundo viaje de los Old Christians a Chile. Aparcaban los automóviles bajo las palmeras de la parte exterior del aeropuerto, que estaba rodeado por grandes espacios cubiertos de césped que le daban el aspecto de un club de golf en vez de un aeropuerto internacional. A pesar de la hora tan temprana y de los rostros somnolientos, los jóvenes vestían elegantes chaquetas deportivas y se saludaban unos a otros con gran entusiasmo. También los padres parecían conocerse unos a otros. Con aquellas cincuenta o sesenta personas riendo y hablando a la vez, se tenía la impresión de que alguien había escogido la sala de estar del aeropuerto para dar una fiesta.

Los únicos que, al parecer, conservaban la calma dentro de aquella confusión, eran Marcelo Pérez, el capitán de los quince titulares del equipo, y Daniel Juan, el presidente de los Old Christians, que había ido a despedirlos. Decididamente, Pérez parecía muy contento. Él era quien había mostrado más entusiasmo en la organización de este viaje a Chile y el que se había sentido más desilusionado cuando circularon los rumores de su anulación. Aun ahora, cuando el viaje era ya una realidad, se le fruncía el ceño al darse cuenta de que todavía no estaban resueltos todos los problemas. Uno de ellos era la ausencia de Gilberto Regules. Este joven no había aparecido a la hora de la cita con sus amigos, no había llegado al aeropuerto y cuando le telefonearon a su casa, no contestó nadie a la llamada.

Marcelo sabía que no podían esperar mucho tiempo. La hora de salida tenía que ser por la mañana temprano, porque era peligroso sobrevolar la cordillera de los Andes por la tarde cuando el aire caliente procedente de los llanos de la Argentina se encontraba con el aire frío de las montañas. El avión ya había salido de los hangares de la base militar y estaba dispuesto en la pista del aeropuerto civil contiguo a aquélla.

Los chicos, yendo de un lado hacia otro, recordaban una colmena. Sus edades oscilaban entre los dieciocho y los veintiséis años, pero tenían en común algo más de lo que parecía. La mayor parte pertenecían al Old Christians. La mayoría de los demás procedían de los colegios de los jesuitas o del Sagrado Corazón situados en pleno centro de Montevideo. Además del equipo y sus hinchas, estaban sus amigos y parientes, y otros compañeros de estudio de las facul-

tades de Derecho, Agronomía, Ciencias Económicas y Arquitectura, a las cuales pertenecían los miembros del Old Christians. Tres de ellos eran estudiantes de Medicina, dos de los cuales formaban parte del equipo. Algunos tenían estancias vecinas en el interior; otros muchos eran vecinos en Carrasco, por lo que estudiaban en el mismo colegio y hasta practicaban la misma religión. Pertenecían, casi todos sin excepción, a la clase más próspera de la comunidad y todos eran católicos.

No todos los pasajeros que presentaron sus billetes en la oficina de Transportes Militares eran miembros del Old Christians o personas jóvenes. Había una mujer de mediana edad y metida en carnes, la señora Mariani, que hacía el viaje para asistir a la boda de su hija, en Chile, con un exiliado político. Había, además, dos matrimonios, también de mediana edad, y una chica muy alta y bien parecida, de unos veinte años de edad, llamada Susana Parrado y que estaba en la cola con su madre, su hermano Nando y, aparte, su padre, que había ido a despedirlos.

Cuando facturaron el equipaje, los Parrado subieron al restaurante del aeropuerto con vistas a la pista de aterrizaje, y pidieron el desayuno. En otra mesa, cerca de la de los Parrado, se sentaban dos estudiantes de Ciencias Económicas, vestidos más modestamente que los demás, como si quisieran evidenciar que eran socialistas, en contraste con Susana Parrado que llevaba un hermoso abrigo de piel de antílope comprado el día anterior.

La madre, Eugenia Parrado, era natural de Ukrania, y Susana y su hermano eran excepcionalmente altos, de pelo castaño y suave al tacto, ojos azules y delicados rostros de tipo ruso. Pero a ninguno de los dos se les podía considerar atractivos. Nando era desgarbado, corto de vista y un poco tímido. Susana, aunque joven, atractiva en apariencia de un buen tipo, tenía en la cara una expresión seria y poco llamativa.

Mientras se tomaba el café, llamaron por los altavoces a los pasajeros. Los Parrado, los dos socialistas y todos los demás que estaban en el restaurante se dirigieron al salón de embarque, y después de pasar el control de pasaportes y la aduana, salieron a la pista. Allí vieron el brillante avión blanco que los llevaría a Chile. Subieron por una escalera de aluminio hasta la puerta delantera del aparato

por la que entraron y ocuparon luego los asientos situados por parejas a ambos lados.

A las ocho y cinco de la mañana, el Fairchild n.° 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya despegó del aeropuerto de Carrasco en dirección a Santiago de Chile con cuarenta pasajeros, los cinco tripulantes, y el equipaje. El piloto y comandante del avión era el coronel Julio César Ferradas. Había servido en las Fuerzas Armadas durante más de veinte años, llevaba 5.117 horas de vuelo y había volado sobre la traidora cordillera de los Andes veintinueve veces. El copiloto era el teniente Dante Héctor Lagurara, mayor que Ferradas pero con menos experiencia. En cierta ocasión tuvo que saltar en paracaídas desde un reactor T-33 y volaba ahora en el Fairchild bajo la supervisión de Ferradas para adquirir experiencia, según la costumbre de la Fuerza Armada Uruguaya.

El avión en el que volaba —el Fairchild F-227— era un turborreactor de dos motores gemelos, fabricado en Estados Unidos y comprado por la Fuerza Aérea Uruguaya hacía dos años. El mismo Ferradas lo había llevado desde Maryland. A partir de entonces, solamente había hecho 792 horas de vuelo. Según las reglas de la aeronáutica se le podía considerar como nuevo. Si existía alguna duda en la mente de los pilotos, no era sobre las cualidades del avión, sino sobre las extremadamente traidoras corrientes de aire de los Andes. Hacía doce o trece semanas que un avión de carga con seis tripulantes, de los que la mitad eran uruguayos, había desaparecido en las montañas.

El plan de vuelo de Lagurara era dirigirse directamente desde Montevideo a Santiago pasando sobre Buenos Aires y Mendoza, cubriendo una distancia de alrededor de 1.500 kilómetros. La velocidad de crucero del Fairchild era de unos 400 kilómetros por hora. El viaje duraría unas cuatro horas aproximadamente y la última media hora volaría sobre los Andes. De todas formas, saliendo a las ocho, los pilotos esperaban evitar las peligrosas turbulencias que se originan después del mediodía. Así y todo, estaban preocupados por la travesía, ya que los Andes, aunque tienen una anchura inferior a los 170 kilómetros, sus alturas oscilan entre los 2.000 y 6.000 metros, dando una media de 4.000 metros. Una montaña, el Aconcagua, entre Mendoza y Santiago, tiene unos 7.600 metros, la

más alta del hemisferio sur y solamente unos 1.200 metros más baja que el Monte Everest.

La mayor altura que podía alcanzar el Fairchild era 7.000 metros. Por tanto, tendría que volar a través de un paso en los Andes donde las alturas fueran menores. Cuando la visibilidad era buena, había cuatro posibilidades: Juncal, en la ruta más directa desde Mendoza a Santiago, Nieves, Alvarado o Planchón. Si la visibilidad no era buena, y los pilotos tenían que confiar en los instrumentos, era preferible ir por el de Planchón, a unos 160 kilómetros al Sur de Mendoza, ya que Juncal tiene un techo de altura mínima de 8.500 metros y en los de Nieves y Alvarado no existe la dirección por radio. El peligro no sólo consiste en que el avión pueda chocar contra una montaña. El tiempo atmosférico en los Andes está sujeto a toda clase de traiciones. Corrientes de aire caliente procedentes del Este se levantan para encontrarse con la helada atmósfera donde comienzan las nieves, en una línea que está entre los 4.500 y 5.500 metros. Al mismo tiempo, los vientos ciclónicos procedentes del Pacífico penetran en los valles por el Oeste, juntándose con las corrientes frías y calientes del otro lado. Pensando en todo esto, Lagurara estableció contacto con la torre de control de Mendoza.

No había señales de inquietud en el departamento de los pasajeros. Los chicos hablaban, reían, leían revistas cómicas y jugaban a las cartas. Marcelo Pérez discutía de rugby con otros miembros del equipo; Susana Parrado estaba sentada al lado de su madre que repartía caramelos a los chicos. Detrás de ellas, se sentaba Nando Parrado con su mejor amigo, Panchito Abal.

Estos dos muchachos se habían hecho famosos por su amistad inquebrantable. Los dos eran hijos de conocidos hombres de negocios y trabajaban con sus padres, Parrado vendiendo tuercas y tornillos; Abal, tabaco. A primera vista se adivinaba su amistad. Abal —bien parecido, atractivo y rico— era uno de los mejores jugadores de rugby de Uruguay y jugaba de puntero en el equipo de los Old Christians; en cambio, Parrado era desmañado, tímido y, aunque no mal parecido, tampoco era particularmente atractivo. Jugaba en la segunda línea de *mêlée*.

El interés que tenían en común eran los coches y las chicas y por esto se habían ganado una reputación de *playboys*. Los

coches eran muy caros en Uruguay y los dos tenían uno: Parrado, un Renault 4, y Abal un Mini Cooper. También tenían motocicletas con las que solían ir a Punta del Este y correr por las playas llevando alguna chica en el asiento posterior. En este asunto parecía que había un pequeño desequilibrio entre ambos, porque mientras casi a ninguna chica le importaba que la vieran con Abal, salir con Parrado no era tan popular. No tenía el atractivo de Abal ni su simpatía; más aún, daba la impresión de ser tan superficial como parecía. Por el contrario, Abal parecía esconder detrás de su simpatía y su atractivo una profunda y misteriosa melancolía que, unida a veces a una expresión de absoluto aburrimiento, lo hacía aún más interesante. Abal, a su vez, correspondía a esta admiración femenina dedicando su tiempo a las mujeres. Su complexión, fuerza y habilidad le permitían no asistir a todos los entrenamientos que eran necesarios para mantener en forma a los otros miembros del equipo; las energías que no gastaba en el rugby, las dedicaba a las chicas bonitas, a los automóviles y motos, a los trajes elegantes y a su amistad con Parrado.

Parrado tenía una ventaja sobre Abal, por la que este último hubiera cambiado todas las otras; pertenecía a una familia unida y feliz. Los padres de Abal estaban divorciados. Los dos ya habían estado casados y ambos tenían hijos de sus anteriores matrimonios. La madre era bastante más joven que el padre, pero Abal había decidido vivir con su padre, que ya pasaba de los setenta. De todas formas, el divorcio le había afectado mucho y su melancolía byroniana, no era simplemente una pose.

El avión sobrevoló las interminables pampas argentinas. Los que estaban al lado de las ventanillas podían ver los geométricos parches verdes de las plantaciones en la pradera y, de vez en cuando, bosques o pequeñas casas con árboles plantados a su alrededor. Lentamente, el suelo fue cambiando su verde apariencia, por otra más árida a medida que se iban aproximando a las estribaciones de la sierra que se levantaba a su derecha. La hierba dio paso a la maleza y la tierra cultivada se fue reduciendo a pequeñas parcelas regadas por medio de pozos artesianos.

De pronto vieron los Andes levantarse ante ellos, una dramática y aparentemente impasible barrera, con picos cubiertos de nieve,

como los dientes de una sierra gigantesca. La vista de esta cordillera hubiera sido suficiente para asombrar al viajero más experimentado, cuanto más a estos jóvenes uruguayos muchos de los cuales, las montañas más altas que habían visto eran las pequeñas colinas que hay entre Montevideo y Punta del Este. Mientras se quedaban tensos ante la asombrosa vista de algunas de las montañas más altas del mundo, el auxiliar de vuelo, Ramírez, salió repentinamente de la cabina de los pilotos y anunció por los altavoces que debido a las malas condiciones atmosféricas era imposible atravesar la cordillera. Aterrizarían en Mendoza en espera de que mejorase el tiempo.

En el compartimiento de los pasajeros, los chicos no ocultaron su desilusión. Sólo disponían de cinco días para pasarlos en Chile y no querían desperdiciar uno de ellos —o sus preciados dólares norteamericanos— en la Argentina. De todas formas, como es imposible rodear los Andes, ya que se extienden de un extremo a otro del continente sudamericano, no había solución, así que se ataron los cinturones de seguridad y esperaron hasta que el Fairchild hizo un aterrizaje bastante brusco en el aeropuerto de Mendoza. Cuando se detuvieron frente al edificio del aeropuerto y Ferradas salió de la cabina de los pilotos, un puntero del equipo, llamado Roberto Canessa, lo felicitó con bastante sorna por el aterrizaje.

—No me felicites a mí —dijo Ferradas—, Lagurara merece las alabanzas.

—¿Cuándo salimos para Chile? —preguntó otro chico.

El coronel se encogió de hombros y contestó:

—No sé. Veremos qué pasa con el tiempo.

3

Los muchachos salieron detrás de los pilotos y los miembros de la tripulación y se dirigieron, a través de la pista, hasta el control de aduanas; las montañas proyectaban su sombra sobre ellos y semejaban la fachada de un enorme acantilado. Todas las demás cosas parecían empequeñecidas comparadas con su inmensidad: los edificios, los tanques de combustible y los árboles. Los chicos permane-

cían impávidos. Ni siquiera la cordillera o la desastrosa perspectiva de cambiar dólares por pesos argentinos, alteraban su ánimo. Abandonaron el aeropuerto divididos en grupos, unos en autobús, otros en taxi y algunos haciendo *auto stop* dirigiéndose a los camiones que por allí pasaban.

Era la hora de comer y todos estaban hambrientos. Se habían desayunado temprano e incluso algunos ni siquiera habían tomado su desayuno, y en el avión no había nada que comer. Un grupo de los más jóvenes se fue directamente a un restaurante; el dueño, que era un uruguayo expatriado, no les permitió que pagaran la consumición.

Otros se fueron en busca de algún hotel barato y una vez reservadas las habitaciones, salieron a la calle para ver la ciudad. Impacientes como estaban por llegar a Chile, no disfrutaron mucho en Mendoza. Es una de las ciudades más antiguas de la Argentina; fundada por los españoles en el año 1561, conserva mucha de la gracia y encanto de la época colonial. Sus calles son anchas, bordeadas de árboles. El aire, aunque era el principio de la primavera, estaba perfumado con el olor de las flores que ya brotaban en los jardines públicos.

A lo largo de las calles se veían tiendas, cafés y restaurantes, y en las afueras de la ciudad había viñedos que producen uno de los vinos más exquisitos de América.

Los Parrado, Abal, la señora Mariani y los otros dos matrimonios, de mediana edad, reservaron habitaciones en los mejores hoteles, pero se marcharon en distintas direcciones después de la comida. Parrado y Abal se fueron a una carrera de automóviles que se celebraba fuera de la ciudad y, por la tarde, con Marcelo Pérez, a ver a Barbra Streisand en *¿Qué me pasa, doctor?*. Los más jóvenes se reunieron con un grupo de chicas argentinas que estaban pasando unas vacaciones en la ciudad y se fueron a bailar con ellas. Algunos componentes de este grupo no regresaron al hotel hasta las cuatro de la madrugada.

En consecuencia, no se levantaron hasta muy tarde al día siguiente. Como la tripulación no había dado aún la orden de regresar al aeropuerto, continuaron paseando por las calles de Mendoza. Uno de los más jóvenes, Carlitos Páez, que era un poco hipocondríaco, compró una buena cantidad de aspirinas y alka-seltzer. Algunos

otros emplearon el último dinero argentino en comprar chocolatines, frutas secas y cargas de gas de repuesto para los encendedores. Nando Parrado compró unos zapatos rojos para su hermana menor, y su madre, botellas de ron y licor para sus amigos de Chile. Se las dio a Nando para que se las guardara, y éste las metió en una bolsa junto con sus ropas de jugar al rugby.

Dos de los estudiantes de medicina, Roberto Canessa y Gustavo Zerbino, fueron a un café que tenía sillas y mesas en la terraza de la avenida. Allí pidieron el desayuno consistente en jugo de melocotón, *croissants* y *café au lait*.

Al poco rato, mientras se tomaban el café, vieron a su capitán, Marcelo Pérez que se dirigía hacia ellos en compañía de los dos pilotos.

—¡Eh! —le gritaron al coronel Ferradas—. ¿Nos podemos marchar ya?

—Todavía no —contestó Ferradas.

—¿Es que ustedes son unos cobardes, o qué? —preguntó Canessa, al que apodaban «Músculos» por su carácter agresivo.

Ferradas, que había reconocido en la voz de tono agudo al que lo había «felicitado» el día anterior por el aterrizaje, pareció momentáneamente disgustado.

—¿Quieren que vuestros padres lean en los periódicos de mañana que cuarenta y cinco uruguayos se han perdido en la cordillera de los Andes? —preguntó.

—No —contestó Zerbino—. Quiero que lean que cuarenta y cinco uruguayos cruzaron la cordillera de pesados.

Ferradas y Lagurara se marcharon riendo. Tenían que hacer frente a un dilema difícil, por los problemas que se les presentaban. Los partes meteorológicos informaban que el tiempo había mejorado en los Andes. El paso de Juncal todavía estaba cerrado, pero había muchas probabilidades de que a primera hora de la tarde, el paso de Planchón estuviera despejado. Esto quería decir que habrían de cruzar los Andes a una hora que se consideraba peligrosa, pero confiaban en poder volar por encima de las turbulencias. La otra alternativa era regresar a Montevideo (porque era ilegal que un avión militar extranjero permaneciese en suelo argentino más de veinticuatro horas), lo cual no sólo molestaría a los Old Christians, sino que sería una dura pérdida para la Fuerza Aérea Uruguaya. Por

lo tanto, comunicaron a los pasajeros por medio de Marcelo Páez que deberían presentarse en el aeropuerto a las trece horas.

Los pasajeros así lo hicieron, pero cuando llegaron, no encontraron ni a la tripulación ni a los oficiales argentinos que debían revisar el equipaje. Los chicos pasaron el rato haciendo fotografías, pesándose y asustándose unos a otros ante la coincidencia de que era viernes y trece. También le gastaban bromas a la señora Parrado por llevar a Chile una manta en primavera. Entonces se oyó un grito. Ferradas y Lagurara entraban en el edificio del aeropuerto llevando ambos gran cantidad de botellas de vino de Mendoza. Los chicos comenzaron a gastarles bromas. « ¡Borrachos! » gritó uno. « ¡Contrabandistas! », gritó otro; y el atrevido Canessa dijo con evidente desdén:

—Mira qué clase de pilotos llevamos.

Ferradas y Lagurara parecían un poco desconcertados entre todos aquellos muchachos. Era evidente que se mantenían a la defensiva, en parte porque todavía no estaban muy seguros de la decisión a tomar, y en parte porque si se mostraban cautelosos en extremo, los pasajeros lo podían considerar incompetencia. En aquel mismo momento aterrizaba otro avión en el aeropuerto. Era un avión de carga, muy viejo que hacía mucho ruido y despedía humo de sus motores mientras corría por la pista, pero cuando el piloto entró en el edificio del aeropuerto, Ferradas se acercó a él y le pidió consejo.

El piloto acababa de llegar de Santiago y le comunicó que aunque las turbulencias eran fuertes, esto no sería un gran problema para el Fairchild que estaba dotado con uno de los más modernos equipos de navegación conocidos hasta la fecha. Incluso este piloto les recomendó que tomaran la ruta directa a Santiago sobre el paso Juncal, que reduciría el viaje en más de 250 kilómetros.

Ferradas decidió que continuarían el viaje, pero no por el paso Juncal sino por la ruta del Sur que era más segura, y a través del paso Planchón. Los muchachos lanzaron vivas cuando se les comunicó esta decisión, aunque todavía tenían que esperar a que les revisaran los pasaportes para poder entrar en el Fairchild.

Mientras tanto observaron cómo el viejo avión de carga despegaba haciendo el mismo ruido que antes y despidiendo la misma cantidad de humo. Dos miembros del Old Christians se dirigieron

a dos chicas argentinas con las que habían estado bailando la noche anterior y que ahora habían ido al aeropuerto a despedirlos, diciendo:

—Ahora sabemos qué clase de aviones tiene la Argentina.

—Por lo menos ha cruzado la cordillera de los Andes —contestó una de las chicas—, que es más de lo que el vuestro puede hacer.

4

El piloto Lagurara estaba otra vez al mando del Fairchild cuando éste despegó del aeropuerto de Mendoza a las 14,18, hora local. Se dirigió por Chilecito y después Malargüe, una pequeña ciudad en el lado argentino del paso Planchón. El avión ascendió hasta los 6.000 metros y volaba con un viento de cola de 20 a 60 nudos.

La tierra bajo ellos era desolada y árida, marcada por lechos de río y lagos salados que conservaban las huellas de las excavadoras. A la derecha se alzaba la cordillera, una cortina de rocas desnudas que se lanzaba hacia el cielo. Si los llanos no eran muy fértiles, aquellas montañas parecían un desierto. Las rocas pardas, grises y amarillas no contenían vestigios de vegetación alguna, ya que su altura impedía que la lluvia procedente del Pacífico alcanzara las montañas de este lado de la cordillera. En el lado de la Argentina, la tierra que había entre las grietas de las montañas no era más que polvo volcánico. No había árboles ni arbustos ni hierba. Nada rompía la monotonía de estas rocas quebradizas excepto la nieve. Por encima de una altura de 4.000 metros aproximadamente, comenzaban las nieves perpetuas, pero en aquella época del año se encontraban a altitudes muy inferiores, suavizando los perfiles de las montañas y acumulándose en los valles hasta una profundidad de más de treinta metros.

El Fairchild no sólo estaba dotado de un aparato de radio compás con control de dirección automático, sino con el más moderno aparato VOR (VHF Omnidirectional Range). Era, pues, una cuestión de rutina comunicar con la estación de control de Malargüe, lo que hicieron a las 15,08. Aunque volaban a una altura de 6.000 metros, giraron hasta volar por la ruta aérea G 17 sobre la cordillera. Lagu-

rara estimó que alcanzarían Planchón —el punto de las montañas donde se pasaba del control de tránsito aéreo de Mendoza al de Santiago— a las 15,21 horas. De todas formas, a medida que avanzaban más hacia el interior de las montañas, un mar de nubes blancas se extendía por debajo de ellos. Esto no era un motivo de preocupación. La visibilidad por encima de las nubes era buena y con el suelo de la parte alta de la cordillera cubierto de nieve, no podían equivocarse al identificar Planchón. Solamente había habido un cambio de importancia. El viento moderado de cola se había trocado en otro más fuerte. De ahí que redujeran la velocidad de crucero del avión de 210 nudos a 180.

A las 15,21 Lagurara comunicó con el control de tránsito aéreo de Santiago para decirles que sobrevolaban el paso Planchón y que calculaba que alcanzarían Curicó —la pequeña ciudad de Chile en el lado oeste de los Andes— a las 15,32. Unos tres minutos más tarde, el Fairchild comunicó de nuevo con Santiago diciendo que divisaban Curicó y se dirigían a Maipú. El avión giró en ángulo recto para tomar la ruta anterior hacia el Norte. La torre de control de Santiago, dando por buena la información transmitida por Lagurara, lo autorizó para descender a los 3.500 metros cuando se dirigía hacia el aeropuerto de Pudahuel. A las 15,30, el aeropuerto comprobó el nivel del Fairchild. Les comunicó que el nivel era de 150, lo cual significaba que Lagurara ya había descendido 1.000 metros. A esta altura penetró en una nube, y el avión comenzó a saltar y dar sacudidas debido a las diferentes bolsas de aire. Lagurara conectó el letrero luminoso del compartimiento de los pasajeros que les ordenaba que se abrocharan los cinturones de seguridad y dejaran de fumar. Entonces ordenó a Ramírez, que le había llevado un mate, la infusión más amarga de Sudamérica, que se asegurara de que los revoltosos pasajeros cumplían esta orden.

En el compartimiento de los pasajeros había una atmósfera de fiesta. Muchos chicos iban de un extremo a otro del pasillo tratando de ver las montañas a través de las ventanas, en medio de algún claro entre las nubes. Todos se sentían muy animados. Tenían un balón de rugby que, por encima de las cabezas de los pasajeros, lanzaban de un lado al otro del pasillo. En la parte posterior, un grupo jugaba a las cartas, y más atrás aún, el ayudante de vuelo y Martínez,

Los «Primeros Quince de los Old Christians». Abal y Canessa aparecen sentados al extremo de la derecha; Platero, Pérez, Vizintín, Harley y Parrado están en segundo, tercer, cuarto, sexto y séptimo lugar desde la izquierda.

Nando Parrado



Panchito Abal





Arturo Nogueira



Susana Parrado



Marcelo Pérez

el navegante, había estado jugando una partida de *truco*. Mientras recorría el camino de vuelta para reanudar la partida, el ayudante de vuelo ordenó que se sentaran los chicos que aún permanecían en pie.

—Hay algo de mal tiempo —les dijo—, y el avión va a bailar un poquito, pero no se preocupen. Ya estamos en contacto con Santiago y aterrizaremos muy pronto.

Cuando llegó a la parte trasera, pidió a cuatro chicos que se cambiaran a unos asientos que estaban más hacia delante. Se sentó junto al navegante y tomó sus cartas.

El avión, al penetrar en otro banco de nubes, comenzó a sacudirse de una forma que alarmó a muchos pasajeros. Hubo uno o dos chistes de circunstancias tratando de calmar el nerviosismo. Uno de los chicos tomó el micrófono de la parte posterior del avión y dijo:

—Señoras y señores, pónganse los paracaídas, por favor. Vamos a aterrizar en la cordillera.

Los pasajeros no se divirtieron mucho porque en ese preciso momento el avión atravesó una bolsa de aire y descendió bruscamente varios metros. Roberto Canessa, alarmado, se volvió hacia la señora Nicola, que estaba sentada al lado de su marido al otro lado del pasillo y le preguntó si tenía miedo.

—Sí —le contestó ella—, lo tengo.

Detrás, un grupo de chicos comenzó a gritar «Conga, conga, conga», y Canessa, mostrando un poco de valor, le tiró al doctor Nicola el balón de rugby que tenía en las manos, quien, a su vez, lo devolvió hacia la parte de la cabina.

Eugenia Parrado levantó la vista del libro. Lo único que podía ver por la ventanilla era la niebla blanca de la nube. Se volvió hacia el otro lado y, mirando a Susana, le estrechó la mano. Detrás de ellas, Nando Parrado y Panchito Abal estaban enfrascados en una conversación. Parrado no se había abrochado el cinturón de seguridad ni tampoco lo hizo cuando el avión pasó por una segunda bolsa de aire que le hizo descender otro buen número de metros. Un grito de «Olé» salió de la garganta de los chicos que estaban sentados al lado de la cabina y no podían ver el exterior por las ventanillas, porque con la segunda caída el avión había salido de la nube, y la vista que apareció debajo de ellos no era precisamente, varios miles de metros más abajo, la de los verdes valles del centro de Chile, sino

una montaña cubierta de nieve a tan sólo tres metros del extremo del ala.

—¿Es normal volar tan cerca? —preguntó un chico a otro.

—Creo que no —contestó el compañero.

Varios pasajeros comenzaron a rezar. Otros se abrazaban al asiento delantero esperando el impacto del golpe. Rugieron los motores y el avión vibró tratando de remontarse; se elevó un poco, pero inmediatamente se oyó el ruido de un golpe cuando el ala derecha dio contra la montaña. El ala se rompió, pasó por encima del fuselaje y cortó la cola. El ayudante de vuelo, el navegante y su haz de cartas, salieron despedidos, seguidos de tres chicos que todavía estaban atados a sus asientos. Un momento más tarde se partió el ala izquierda, y una hoja de la hélice rasgó el fuselaje antes de caer.

En lo que quedaba del fuselaje se oyeron gritos de terror y pidiendo socorro. Sin alas ni cola, el avión continuó, como erizado, hacia la agreste montaña, pero en vez de hacerse añicos contra una pared de roca, aterrizó sobre su vientre en un profundo valle y se deslizó como por un tobogán por la superficie inclinada y cubierta por una espesa capa de nieve.

La velocidad que llevaba cuando aterrizó era de unos doscientos nudos y así y todo no se desintegró. Dos pasajeros más salieron despedidos por la parte trasera del avión. Los demás continuaron dentro mientras el aparato se arrastraba montaña abajo, pero la fuerza de la deceleración hizo que los asientos fueran arrebatados de sus bases y salieran despedidos violentamente hacia adelante, aplastando a las personas que había entre ellos y rompiendo el montante que separaba el compartimiento de los pasajeros del destinado al equipaje. Mientras que el aire frío de los Andes penetraba en el interior, aquellos pasajeros que aún no habían perdido el conocimiento y seguían esperando el choque contra la roca, fueron heridos por el metal y el plástico de los asientos. Algunos de los chicos trataron de librarse de los cinturones de seguridad y salir al pasillo, pero sólo Gustavo Zerbino lo consiguió. Permaneció erguido con los pies firmemente apoyados en el suelo y las manos contra el techo gritando:

—Jesús, Jesús, Jesusito, ayúdanos, ayúdanos.

Otro de los muchachos estaba rezando un avemaría que había comenzado cuando se partió la primera ala. Al pronunciar las últimas palabras de esta oración, el avión se detuvo. Hubo un momento de

quietud y silencio. Después, lentamente, de todas partes de aquel amasijo comenzaron a oírse señales de vida: lamentos, oraciones y peticiones de socorro.

Cuando el avión se arrastraba valle abajo, Canessa estaba esperando el choque, pensando que en un instante acabaría su vida. No rezaba, calculaba mentalmente la velocidad del avión y la fuerza con que chocaría contra la roca. De pronto se dio cuenta de que el aparato ya no se movía.

—Se paró —gritó, y se volvió hacia el compañero que tenía al lado para preguntarle si se encontraba bien.

El muchacho se hallaba en un estado de shock. Afirmó moviendo la cabeza y entonces Canessa lo dejó para acudir en ayuda de su amigo Daniel Maspons que trataba de librarse de su asiento. Una vez libre, los dos comenzaron a ayudar a los demás. Al principio creyeron que eran los dos únicos que no estaban heridos, porque a su alrededor sólo oían gritos de socorro, pero otros muchachos comenzaron a salir de aquel montón de chatarra. Primero Gustavo Zerbino, después el capitán del equipo, Marcelo Pérez. Pérez tenía el rostro contusionado y le dolía un costado, pero como era el capitán del equipo, tomó en seguida bajo su responsabilidad la organización del rescate de aquellos que aún continuaban atrapados, mientras que los dos estudiantes de medicina, Canessa y Zerbino, hacían lo que podían para auxiliar a los heridos.

Inmediatamente después de pararse el avión, algunos advirtieron el olor de la gasolina y temiendo que el avión se incendiara o estallase salieron al exterior por el agujero de la cola. Se encontraron metidos en la nieve hasta la cintura. Bobby François, el primero en abandonar el avión, se subió en una maleta y encendió un cigarrillo.

—La quedamos —le dijo a Carlitos Páez que lo había seguido fuera.

La escena era de completa desolación. Estaban rodeados de nieve por todas partes, y por tres lados, se levantaban las paredes grises de las montañas. El avión se había detenido en una ligera inclinación en dirección hacia el valle donde las montañas estaban más lejos y parcialmente cubiertas por nubes grises. Hacía frío y algunos jóvenes usaban camisas de manga corta. Otros llevaban camperas o prendas ligeras. Ninguno estaba vestido para soportar temperaturas bajo

cero, y había pocas maletas que les pudieran proporcionar alguna ropa extra.

Cuando miraron hacia lo alto de la montaña buscando el equipaje, vieron una figura que bajaba tambaleándose. Cuando estuvo más cerca, reconocieron a Carlos Valeta, y le gritaron para que se dirigiese donde ellos se encontraban. Valeta parecía incapaz de verlos u oírlos. A cada paso se hundía en la nieve hasta la cintura, y solamente la inclinación de la pendiente le permitía lograr algún progreso. Los jóvenes comprendieron que el camino que llevaba no le conduciría hasta el avión siniestrado, así que le gritaron aún más fuerte para llamar su atención. Páez y Storm trataron de salir a su encuentro, pero era imposible caminar en la nieve y, sobre todo, cuesta arriba. Estaban atrapados y miraban impotentes como Valeta daba tumbos por la nieve. Por un instante pareció como si los hubiera oído y cambiase la dirección hacia el avión, pero entonces tropezó. Sus largas zancadas se convirtieron en pasos torpes; por último cayó y bajó rodando por el declive de la montaña hasta que desapareció en la nieve.

En el interior del avión, los chicos que se hallaban sanos y salvos, consiguieron librar de los asientos a los que estaban atrapados y heridos. Como allá arriba, en las montañas, la presión atmosférica era inferior a la normal, se necesitaba el doble de energías y esfuerzo; además, los que estaban heridos superficialmente, todavía se hallaban en estado de shock.

Aun cuando los heridos eran liberados, muy poco se podía hacer por ellos. La experiencia de los dos «doctores», Canessa y Zerbino, (el otro estudiante de medicina se encontraba en estado de shock), desgraciadamente era muy poca. Zerbino estudiaba el primer curso de la carrera y seis meses los había dedicado a las clases obligatorias de psicología y sociología. Canessa estaba en segundo, pero aún así, esto equivalía solamente a un cuarto del total de estudios a realizar. Sin embargo, los dos se daban cuenta de la responsabilidad que debían asumir.

Canessa se arrodilló para examinar el cuerpo aplastado de una mujer a quien, al principio, no reconoció. Era Eugenia Parrado y estaba muerta. A su lado se encontraba Susana Parrado, viva y semiinconsciente, pero herida de gravedad. La sangre le manaba de

una brecha en la frente y le tapaba un ojo. Canessa le limpió la sangre para que pudiera ver y la acostó en el suelo en un espacio libre de asientos.

Allí cerca estaba Abal. También se hallaba gravemente herido: tenía hundido el cráneo. Cuando Canessa se arrodilló a su lado para tratar de curarlo, Abal lo tomó de una mano, diciéndole:

—Por favor, viejo amigo, no me abandones, no me abandones.

Había tantos suplicando ayuda que Canessa no se pudo quedar con él. Llamó a Zerbino para que atendiera a Abal, y se acercó a Parrado que había salido despedido de su asiento y yacía inconsciente en la parte delantera del avión. Tenía el rostro cubierto de sangre y supuso que estaba muerto. Le tomó el pulso y sintió un débil latido. Estaba todavía vivo, pero parecía imposible que resistiera mucho tiempo, y como no podía hacer nada por él, lo dio por muerto.

Al lado de Eugenia Parrado, otros dos pasajeros habían muerto instantáneamente. Eran el doctor Nicola y su esposa. Ambos habían sido despedidos por la fuerza del choque y estaban en el departamento de los equipajes.

Por el momento dejaron a los muertos donde se hallaban y los dos estudiantes de medicina se dedicaron a atender lo mejor que sabían a los que aún estaban con vida. Hicieron vendas de las fundas de almohada de los asientos, pero para muchos de los heridos esto no era suficiente. Uno de ellos, Rafael Echavarren, tenía desgarrada la pantorrilla y le colgaba la carne. El hueso estaba al descubierto. Zerbino tomó el músculo con las manos, lo colocó en su sitio y luego le envolvió la pierna con una camisa blanca.

Otro, Enrique Platero, fue en busca de Zerbino: tenía un tubo de acero clavado en el estómago. Zerbino estaba asustado, pero recordó que una de las lecciones de psicología médica decía que un médico siempre debe inspirar confianza a sus pacientes. Entonces miró a Platero a los ojos y, poniendo toda la confianza que pudo en sus palabras, le dijo:

—Bueno, Enrique, estás perfectamente bien.

—¿Tú crees? —le contestó Platero, y señalando el tubo de acero que salía de su estómago, añadió—: Y esto, ¿qué?

—Eso no es nada —dijo Zerbino—; tú eres fuerte, así que ven a ayudarme a apartar estos asientos.

Platero pareció conformarse. Se volvió hacia los asientos y, al hacerlo, Zerbino agarró el tubo y apoyando una rodilla contra el cuerpo de Platero, tiró tan fuerte como pudo. El tubo de acero salió y, con él, por lo menos diez centímetros de lo que Zerbino creyó que eran los intestinos de Platero.

Platero volvió a fijar la atención en su estómago, contemplando desolado lo que salía de él, pero antes de darle tiempo a quejarse, Zerbino le dijo:

—Mira, Enrique, tú pensarás que estás muy mal, pero hay aquí muchos que están peor que tú, así que no seas cobarde y ven a ayudarme. Sujétate eso con la camisa y ya lo miraré más tarde.

Sin una queja, Platero hizo lo que Zerbino le ordenó.

Mientras tanto, Canessa dedicaba su atención a Fernando Vázquez, el chico que estaba a su lado. La pierna, que en principio Canessa creyó solamente rota, en realidad, estaba cortada, lo que había sucedido cuando la paleta de la hélice rasgó el fuselaje. La sangre había manado en abundancia por la arteria y ahora Fernando estaba muerto.

Gran parte de los chicos estaban heridos en las piernas, lo que sucedió cuando se soltaron los asientos y les aplastaron entre ellos. Uno de los jóvenes, con una pierna rota por tres sitios diferentes, tenía, además, una herida en el pecho y estaba inconsciente. Pero los conscientes eran los que más sufrían, como Panchito Abal, Susana Parrado y, la peor de todos, la dama de mediana edad a quien nadie conocía: la señora Mariani. Estaba atrapada, con las dos piernas rotas, bajo un montón de asientos, y los chicos eran incapaces de liberarla. Gritaba pidiendo socorro, pero ellos no tenían fuerzas suficientes para levantar los asientos que la tenían atrapada.

El rostro de Liliana Methol, la quinta mujer que viajaba en el avión, estaba lleno de contusiones y sangre, pero todas sus heridas eran superficiales. Javier, su esposo, el primo de Panchito Abal, no estaba herido, pero sí muy afectado por la altitud. Aunque realizaba enormes esfuerzos para ayudar a los heridos, se hallaba tan mareado y sentía tales náuseas que casi no era capaz de moverse. Los otros, aunque no les afectaban estos síntomas, aún no se habían recobrado del shock del accidente. Uno de ellos, Pedro Algorta, padecía amnesia total. Sentíase físicamente bien y ayudaba a retirar los asientos, pero no tenía ni idea de dónde se encontraba ni lo que

estaba haciendo. Otro, que también tenía un golpe en la cabeza, hacía repetidos esfuerzos para abandonar el avión y caminar montaña abajo.

El accidente había ocurrido a las tres y media de la tarde. Como estaba nublado, había poca claridad, y a las cuatro comenzó a nevar, poco al principio pero copiosamente después, de tal forma que no se veían las montañas. A pesar de la nieve, Marcelo insistió en que debían sacar fuera a los heridos para poder despejar el suelo del avión lleno de asientos retorcidos. Esto lo harían como medida provisional. Todos ellos tenían la seguridad de que a esas horas sabrían que el avión se había perdido, y el equipo de rescate ya estaría en camino.

Pensaron que el rescate sería más fácil si podían transmitir mensajes por radio. La entrada a la cabina de los pilotos estaba bloqueada por un montón de asientos que se habían apilado en el departamento de pasajeros, pero se oían gemidos al otro lado, y uno de los jóvenes más decididos, Moncho Sabella, trató de llegar a la cabina por el exterior.

Era casi imposible caminar por la nieve, pero descubrió que podía usar los almohadones del asiento para hacer una senda hasta la parte delantera del avión. El morro se había aplastado al descender, pero no resultaba difícil trepar por el lateral y mirar al interior de la cabina por la puerta del departamento de equipajes.

Allí descubrió que Ferradas y Lagurara estaban atrapados en los asientos y los instrumentos del avión habían penetrado en sus pechos. Ferradas estaba muerto, pero Lagurara aún vivía y estaba consciente, y al ver a Sabella a su lado, le suplicó que lo auxiliara. Poco podía hacer Sabella. No le era posible liberar el cuerpo de Lagurara, pero al oírlo pedir agua, tomó un puñado de nieve, la aplastó en un pañuelo y se lo acercó a la boca. Después trató de hacer funcionar la radio, pero todo fue inútil. Sin embargo, cuando volvió al lado de sus compañeros les dijo, para no desmoralizarlos, que había hablado con Santiago.

Un poco más tarde Canessa y Zerbino recorrieron el mismo camino que Sabella hasta la cabina de los pilotos. Trataron de apartar el panel de los instrumentos de Lagurara, pero no consiguieron moverlo. El asiento también estaba en una posición inamovible. Todo

lo que lograron fue sacar el almohadón de la parte de atrás y aliviar algo la presión de su pecho.

Mientras realizaban estos esfuerzos inútiles para librarlo, Lagurara no cesaba de repetir:

—Habíamos pasado Curicó, habíamos pasado Curicó.

Poco más tarde, viendo que no podían hacer nada, le pidió a los dos chicos que le dieran el revólver que llevaba en la cartera. La cartera no se veía por ninguna parte, pero ni Canessa ni Zerbino estaban dispuestos a entregarle el revólver aunque lo hubieran encontrado, porque, como católicos que eran, no podían permitir el suicidio. Le preguntaron si era posible usar la radio para pedir socorro y la conectaron siguiendo las instrucciones de Lagurara, pero no funcionaba.

Lagurara continuó pidiéndoles el revólver, y después agua. Canessa salió al exterior y trajo un poco de nieve que metió en la boca del herido, pero la sed de éste era patológica e insaciable. Sangraba por la nariz, y Canessa se dio cuenta de que no viviría mucho tiempo.

Los dos «médicos» regresaron por el camino de almohadones a la parte trasera del aparato, a aquel estrecho y oscuro túnel lleno de gente que gritaba y se quejaba. Aquellos a quienes habían conseguido liberar, estaban afuera, tendidos en la nieve, y los que eran capaces de trabajar, limpiaban de chatarra el interior del avión. Pero ya estaba oscureciendo. A las seis de la tarde era casi de noche y la temperatura descendió muchos grados bajo cero. Era obvio que el equipo de rescate no llegaría aquel día, así que volvieron a meter a los heridos en el interior y los treinta y dos supervivientes se dispusieron a pasar la noche.

5

Había muy poco espacio para permanecer de pie, y menos para estar tumbado. La parte rota posterior estaba abollada, por lo que sólo había siete ventanillas en el lado izquierdo y cuatro en el derecho. La distancia desde la cabina de los pilotos hasta la parte posterior rota era de unos seis metros y medio, y casi la mayor parte de este espacio todavía estaba ocupado por los asientos retorcidos y

enredados entre sí. La única parte del suelo que habían podido limpiar antes del anochecer, estaba junto a la entrada, y allí colocaron a los heridos de más gravedad, incluidos Susana Parrado, su hermano Nando y Panchito Abal. Allí podían estar acostados casi horizontalmente, pero tenían muy poca protección contra la nieve y el viento frío del exterior. Marcelo Pérez, con la ayuda de un fornido delantero llamado Roy Harley, habían hecho todo lo posible para construir una barrera con todo lo que tenían a mano, principalmente los asientos y las maletas, pero el viento era muy fuerte y la derribaba constantemente.

Pérez, Harley y un grupo de chicos que estaban ilesos, permanecían apretujados junto a los heridos cerca de la entrada, bebiendo el vino que los pilotos habían comprado en Mendoza y haciendo todo lo posible para conservar aquella barrera. El resto de los supervivientes dormía donde buenamente podía, entre los asientos y los cuerpos de los demás. Todos los que pudieron, incluida Liliana Methol, pasaron al reducido espacio del departamento de equipajes que estaba entre el de los pasajeros y la cabina de los pilotos. Era muy incómodo, pero el menos frío que se podía encontrar. También allí bebieron de las grandes botellas de vino de Mendoza. Algunos de los chicos todavía llevaban camisas de manga corta, y bebían trago tras trago para calentar algo el cuerpo. También se daban palmadas y masajes unos a otros. Ésta parecía la única forma de conservar el calor, hasta que Canessa tuvo la primera de sus ingeniosas ideas. Examinando los almohadones y asientos que había a su alrededor, descubrió que la tapicería, que era de nailon de color turquesa, estaba solamente sujeta a los asientos por una especie de cremallera; por lo tanto era fácil quitar las fundas, que servían de pequeñas mantas. Era una protección muy débil contra las temperaturas bajo cero, pero mejor que no tener nada.

Peor que el frío de aquella noche era el ambiente de pánico e histeria que reinaba en el maltrecho avión. Todos creían que sus heridas eran más graves y se quejaban en voz alta a los demás. Uno que tenía una pierna rota, gritaba a todos los que se acercaban, pero cuando quería salir al exterior a buscar un poco de nieve para calmar la sed, pasaba por encima de los cuerpos de los compañeros, sin pensar un solo momento en sus heridas. Marcelo Pérez hizo todo lo posible para calmarlo. Lo mismo intentó con Roy Harley, que se

ponía histérico cada vez que se caía parte de la barrera que habían levantado.

Continuamente se oían en la oscuridad los quejidos, gritos y las voces de los heridos que deliraban. En el departamento de los equipajes, todavía podían oír los gritos de Lagurara:

—Hemos pasado Curicó —decía y también suplicaba que le dieran su revólver o pedía agua.

En la otra parte las quejas más dolorosas eran las de la señora Mariani, que aún seguía atrapada bajo los asientos. Trataron de librarla de nuevo, pero fue inútil. Mientras lo intentaban, sus lamentos aumentaron en intensidad, y dijo que si la movían se moriría. Cesaron en su empeño. Rafael Echavarren y Moncho Sabella, la cogieron de la mano en un intento de consolarla, y tuvieron éxito durante un rato, pero después siguió quejándose.

—Por Dios, cállese —le gritaban de la parte posterior del avión—. No está más grave que cualquiera de nosotros.

Al oír esto, redoblaba los gritos.

—¡Cállese! —le gritó Carlitos Páez—, o iré y le partiré la cara.

Ella volvió a gritar más fuerte y con mayor intensidad; luego se abatió, pero todo empezó de nuevo cuando uno de los chicos, que todavía no se había recuperado, la pisó al tratar de alcanzar la puerta.

—Que no se acerque —gritó—, que no se acerque. Quiere matarme, ¡quiere matarme!

El «asesino», Eduardo Strauch, fue detenido por su primo, pero poco después se levantó de nuevo tratando de encontrar un lugar más caliente y confortable donde dormir. Esta vez pisó al único superviviente de los miembros de la tripulación (además de Lagurara), el mecánico Carlos Roque. También él tomó a Eduardo Strauch por un asesino, y con el puntillo de un militar eficiente, le pidió que se identificara.

—Enséñeme la documentación —le gritó—, identifíquese.

Cuando Eduardo, sin hacerle caso, pasó por encima de él en su camino hacia la puerta, el mecánico se puso histérico.

—¡Socorro! —gritaba—. Está loco. Quiere matarme.

Una vez más, Eduardo fue detenido por su primo.

En otro lugar del avión, alguien se puso de pie, Pancho Delgado, y se encaminó hacia la puerta.

—Voy a la tienda a buscar «Coca Cola» —dijo a sus amigos.

—Entonces tráeme agua mineral —le contestó Carlitos Páez.

A pesar de la falta de comodidad, algunos chicos consiguieron dormir, pero la noche se hizo muy larga.

Los gritos de dolor se reanudaban cuando alguien pisaba los miembros heridos de algún compañero, al tratar de salir a buscar nieve, o cuando alguno se despertaba sin saber dónde se hallaba e intentaba abandonar el avión. También se oían los gritos de quienes se compadecían a sí mismos y hubo alguna discusión entre los miembros del Old Christians y alumnos del colegio jesuita del Sagrado Corazón.

Despiertos, se arrimaban unos a otros para protegerse del viento frío que entraba por los agujeros que se habían abierto en el fuselaje. Los que se hallaban a la entrada eran los que más sufrían, pues sus extremidades se enfriaban casi hasta congelarse y llegaba hasta ellos la nieve del exterior. Los que no estaban heridos se golpeaban unos a otros para entrar en calor y se frotaban pies y manos para mantener la circulación de la sangre. La situación de los Parrado y la de Panchito Abal era la más desesperada. No había manera de que entrasen en calor, y aunque sus heridas eran terribles, sólo Nando permanecía inconsciente, ignorante de su agonía. Abal suplicaba ayuda que nadie le podía dar.

—Socorro, ayudadme. Hace tanto frío...

Y Susana llamaba constantemente a su madre muerta:

—Mamá, mamá, vámonos de aquí, vamos a casa.

Después su mente se trastornó y empezó a cantar una canción de cuna.

Durante la noche, el tercer estudiante de medicina, Diego Storm, se dio cuenta de que, aunque Parrado estaba inconsciente, sus heridas parecían más superficiales que las de los otros. Tiró del cuerpo de Parrado hacia ellos y entre todos se las arreglaron para conservarlo caliente. Carecía de sentido hacer esto con los otros dos.

La noche se hacía interminable. En cierta ocasión Zerbino creyó ver la luz del alba a través de la barrera que habían levantado y miró el reloj. Eran solamente las nueve de la noche. Algo más tarde, los que se encontraban en la parte interior del avión, oyeron una voz en la parte de la entrada que decía algo en un idioma extranjero. Por un momento creyeron que se trataba de un equipo

de rescate, pero luego se dieron cuenta de que era Susana, que estaba rezando en inglés.

6

Salió el sol en la mañana del sábado día 14 de octubre y los restos del Fairchild se encontraban medio sepultados en la nieve. Estaban a unos 3.500 metros de altitud entre el volcán Tinguiririca de Chile y el Cerro Sosneado de la Argentina. Aunque el avión se había estrellado más o menos en medio de la cordillera de los Andes, su posición exacta estaba en el lado argentino de la frontera.

El avión yacía en un declive. El morro, aplastado, apuntaba hacia el valle, que se deslizaba hacia el Este. En cualquier otra dirección, más allá de la alfombra de nieve, se levantaban las inmensas paredes de las montañas. Sus laderas no eran escarpadas. Parecía que se esparcían por sí mismas, enormes e inhóspitas. Aquí y allá aparecían entre la nieve rocas volcánicas grises y rosadas, pero, por lo demás, a 3.500 metros de altitud, no había vegetación de ninguna clase. No sólo se había estrellado en las montañas, sino también en un desierto.

Los primeros que salieron del avión fueron Marcelo Pérez y Roy Harley, derribando la barricada que tan dolorosamente habían construido la noche anterior. El cielo estaba nublado, pero había cesado de nevar, y pudieron apartarse algo del destrozado aparato y examinar lo desesperado de su situación.

En el interior del avión, Canessa y Zerbino comenzaron de nuevo a reconocer a los heridos y descubrieron que habían muerto tres personas más durante la noche. Panchito Abal yacía inmóvil sobre el cuerpo de Susana Parrado. Tenía los pies ennegrecidos por la congelación, y era evidente, dada la rigidez de sus extremidades, que estaba muerto. Por un instante creyeron que Susana, debido a su inmovilidad, también había muerto, pero cuando apartaron el cuerpo de Abal comprobaron que estaba viva y consciente. Sus pies se habían vuelto purpúreos a causa del frío, y se quejaba a su madre:

—Mamá, mamá —decía entre sollozos—, me duelen los pies. Me duelen mucho. ¿Por qué no vamos a casa?

Muy poco podía hacer Canessa por Susana. Le dio un masaje en los pies para reactivar la circulación y le limpió otra vez la sangre reseca de los ojos. Estaba lo suficientemente consciente para darse cuenta de que no se había quedado ciega y le dio las gracias a Canessa por cuidarla. Canessa admitió que los cortes superficiales de la cara eran sin duda las heridas de menor importancia, pero no tenía suficientes conocimientos ni las facilidades precisas para averiguarlo. La verdad es que era muy poco lo que podía hacer por todos ellos. No había medicamentos en el avión, salvo los que Carlitos Páez había comprado en Mendoza y unos tubos de librium y valium que encontraron en un bolso. Entre los restos no había nada que se pudiera utilizar para entablillar las piernas fracturadas de manera que Canessa recomendó a los que tenían rotos los brazos o las piernas, que los apoyaran en la nieve para de esta manera reducir la hinchazón; más tarde, les dijo que se dieran masajes en las torceduras o en los ligamentos distendidos. Tenía miedo de apretar demasiado las vendas, porque sabía que en los lugares donde hacía mucho frío, esto podía impedir la circulación de la sangre.

Cuando se acercó a la señora Mariani, también creyó que estaba muerta. Se agachó a su lado e intentó de nuevo levantar los asientos que la tenían inmovilizada en el suelo, pero entonces volvió a gritar. «No me toque, me va a matar», así que decidió dejarla como estaba. Cuando aquella mañana, volvió más tarde para ver cómo se encontraba, la vio silenciosa y con la mirada extraviada. Estaba examinándole los ojos, cuando ella los puso en blanco y dejó de respirar.

Canessa, aunque había estudiado un curso más de medicina que Zerbino, no sabía distinguir si una persona estaba definitivamente muerta. Dejó que fuera Zerbino el que se arrodillase y aplicara el oído en el pecho de la señora Mariani tratando de percibir el más débil latido de su corazón. No lo oyó, así que con la ayuda de los demás separaron los asientos que la aprisionaban, pasaron una cinta de nailon alrededor de sus hombros, arrastraron el cuerpo hacia afuera y lo dejaron en la nieve. Dijeron a Carlitos Páez que había muerto, y él lleno de arrepentimiento por

las palabras que le había dicho la noche anterior, escondió la cara entre las manos.

También Gustavo Zerbino examinó la herida del estómago de Enrique Platero, producida cuando le arrancaron el tubo de acero que tenía clavado. Le rasgó la camisa y, como había temido, vio una especie de cartílago que supuso debía de pertenecer al intestino o a la pared del estómago. Estaba sangrando y, para detener la hemorragia, la sujetó con un hilo, desinfectó la herida con agua de colonia, le dijo a Platero que se metiera en el estómago la parte sobresaliente y vendó la herida de nuevo. Platero obedeció sin protestar.

A los dos médicos no les faltaba enfermera. Liliana Methol, a pesar de que aún tenía la cara amoratada por los golpes que había recibido en el accidente, hacía lo que podía para ayudarles y darles ánimos. Era una mujer de baja estatura y muy morena, y hasta entonces había dedicado toda su vida a cuidar de su marido y de sus cuatro hijos. Antes de casarse, él, Javier, había tenido un accidente. Se había caído de una moto y, en la caída, lo atropelló un automóvil. Permaneció inconsciente durante varias semanas y no le dieron de alta en el hospital hasta meses más tarde. No recobró totalmente la memoria y quedó tuerto del ojo derecho.

No fue ésta su única desgracia. Tenía ventiún años cuando su familia lo envió a Cuba y después a Estados Unidos para estudiar la producción y comercialización del tabaco. Vivía en la ciudad de Wilson, en el estado de Carolina del Norte, cuando le dijeron que tenía tuberculosis. La enfermedad había hecho tales progresos que le impidió regresar a Uruguay, y hubo de permanecer durante cinco meses en un sanatorio de Carolina del Norte.

Cuando volvió a Montevideo, tuvo que guardar cama durante cuatro meses más, pero allí lo podía visitar su novia Liliana. La conocía desde que tenía veinte años, y el 16 de junio de 1960, se casaron. Pasaron la luna de miel en Brasil, y desde entonces, sólo habían salido otra vez al extranjero para visitar los lagos del sur de la Argentina. Para conmemorar el doceavo aniversario de la boda, Javier llevaba a Liliana a Chile.

Liliana había sido la primera en darse cuenta de que Javier, casi el único entre todos los supervivientes, padecía de forma crónica los efectos de la altitud. Tenía náuseas continuamente y

estaba muy débil. Se movía con mucha dificultad y perdió la agilidad mental. Liliana le tenía que decir lo que había de hacer y a dónde ir, y al mismo tiempo darle ánimos con su resolución.

Era también el consuelo de los muchachos más jóvenes. La mayoría no había cumplido aún los veinte años. Muchos habían vivido al cuidado de sus madres y hermanas, y en su desesperación recurrían a Liliana que, aparte de Susana, era la única mujer entre los supervivientes. Atendía a sus necesidades. Era paciente y amable, les hablaba con palabras cariñosas y los animaba. Cuando, durante la primera noche, Marcelo y sus amigos insistieron en que durmiera en la parte más caliente del avión, aceptó su caballeroso gesto, pero a partir de entonces, insistió en que se la tratara como a los demás. Aunque a algunos de los chicos más jóvenes, como Zerbino, les hubiera gustado tratarla con deferencia y distinción, tuvieron que reconocer que en los confines de su reducida vivienda era imposible tener en cuenta la separación de sexos, y desde entonces fue un miembro más del equipo.

La atención de los dos doctores y de su enfermera, estaba dedicada ahora a uno de los más jóvenes de los primeros quince, Antonio Vizintín, llamado Tintín, que parecía conmocionado y lo habían acostado en una red del departamento de equipajes. Fue entonces, al día siguiente del accidente, cuando se dieron cuenta de que le salía sangre por una de las mangas de la chaqueta. Cuando le preguntaron qué le pasaba en el brazo, contestó que no le ocurría nada porque no sentía dolor alguno. Liliana lo examinó con más atención y vio que la manga de la chaqueta estaba llena de sangre. Llamó a los dos médicos, y como no pudieron quitarle la chaqueta, le cortaron la manga con una navaja. Cuando la retiraron, vieron que la sangre continuaba manando de una vena cortada. Hicieron un torniquete para detener la hemorragia y después le vendaron la herida lo mejor que pudieron. Vizintín continuaba sin sentir dolor alguno, pero estaba muy débil. Pensando que quizás no sobreviviría, lo acostaron de nuevo en el mismo sitio.

El último lugar que visitaron en su ronda médica fue la cabina de los pilotos. Desde por la mañana temprano, no habían oído la voz de Lagurara, y cuando consiguieron llegar, después de atravesar el departamento de equipajes, lo encontraron muerto, tal como habían imaginado.

Con la muerte de Lagurara, habían perdido al único hombre capaz de informarles sobre lo que podían hacer para facilitar el rescate, ya que Roque, el único superviviente de la tripulación, no estaba en condiciones de hacerlo. Desde que ocurrió el accidente lloraba sin cesar y había perdido el control de sus funciones fisiológicas. Sólo advertía que se ensuciaba en los pantalones cuando oía las quejas de los que estaban cerca de él y porque algunos le ayudaban a cambiárselos.

De todas formas pertenecía a la Fuerza Aérea y Marcelo Pérez le preguntó si había alimentos de reserva para casos de emergencia, y señales luminosas en el avión. La respuesta de Roque fue negativa y entonces le preguntó si podían hacer funcionar la radio. Roque le contestó que necesitarían las baterías almacenadas en la cola del avión, que se había perdido.

Parecía que nada se podía hacer, pero Marcelo confiaba en que pronto los rescatarían y no se preocupó demasiado. De todas formas acordaron racionar los alimentos que les quedaban y Marcelo hizo un inventario de todos los comestibles que encontraron en el departamento de los pasajeros, en la cabina y en el equipaje que no se había perdido en el accidente. Tenían las botellas de vino que los pilotos habían comprado en Mendoza, pero cinco de ellas se las habían bebido durante la primera noche. También tenían una botella de whisky, una de crema de menta, otra de licor de cerezas y un frasco de whisky, del cual se habían bebido la mitad.

En cuanto a alimentos sólidos tenían cinco tabletas de chocolate, cinco de *nougat,* algunos caramelos que se habían desparramado por el suelo de la cabina, dátiles y ciruelas secas también desparramados, un paquete de galletas saladas, dos latas de mejillones, una de almendras saladas y un tarro pequeño de mermelada de melocotón, otro de manzana y otro de moras. No era mucho para veintiocho personas, y como no sabían lo que tardarían en rescatarlos, decidieron hacerlo durar tanto como pudieran. Aquel día para comer, Marcelo les dio una onza de chocolate a cada uno junto con la tapa de un tubo de desodorante llena de vino.

Por la tarde oyeron volar un avión, por encima de ellos, pero no lo vieron a causa de las nubes. Llegó la noche más pronto de lo que deseaban, y esta vez estaban mejor preparados. Tenían más espacio en el interior del avión y habían construido una barrera



De izquierda a derecha: Valeta, Martínez-Lamas, Mangino, Platero, Zerbino, Inciarte, Turcatti, Magri y Menéndez.

Los pasajeros esperan subir a bordo del Fairchild en el aeropuerto de Mendoza.

Interior del Fairchild; Nicolich rodea con su brazo a Harley

más sólida para protegerse del viento y de la nieve, y también eran menos.

7

En la mañana del domingo día 15 de octubre los primeros en salir del avión notaron que, desde que ocurrió el accidente, era la primera vez que veían el cielo limpio de nubes. Era de un azul intenso, muy distinto del que habían visto hasta la fecha, y a pesar de las circunstancias, los supervivientes se quedaron impresionados por la grandeza de su valle silencioso. La superficie de la nieve estaba helada, y brillaba al recibir los rayos del sol. Estaban rodeados de montañas que ahora resplandecían con la luz de la mañana. Las distancias eran engañosas y los picos parecía que estaban al alcance de la mano.

Al ver el cielo limpio pensaron que los rescatarían aquel mismo día o, al menos, que los verían desde el aire. Mientras tanto, aún tenían problemas y se dispusieron a resolverlos pero más ordenadamente esta vez. La necesidad más urgente era el agua. Era difícil fundir la nieve en cantidades suficientes para apagar la sed, y si la comían se les helaba la boca. Descubrieron que era mejor hacer una bola bien apretada, y después chuparla, o meter nieve en una botella y agitarla hasta que se derritiese. De todos modos, este último proceso llevaba mucho tiempo y consumía buena parte de sus energías, y sólo les proporcionaba el agua suficiente para satisfacer las necesidades de una sola persona. Además, había que tener en cuenta a los heridos que no podían valerse por sí mismos: Nando y su hermana Susana, y Vizintín que necesitaba gran cantidad de agua para reponer la sangre que había perdido por su herida.

Fue Adolfo Strauch quien inventó el método para obtener suficiente cantidad de agua. Adolfo, o Fito, como le llamaban familiarmente, era un Old Christian, pero jugaba para un equipo rival de Montevideo. Su primo Eduardo Strauch lo había persuadido en el último instante para que los acompañara a Chile. Eduardo era su primo por partida doble, ya que sus padres eran her-

4

manos y sus madres hermanas. La familia Strauch era oriunda de Alemania, se había establecido en Uruguay en el siglo XIX y tenían grandes negocios en la banca y en la industria de fabricación de sopas en sobres. Fito y Eduardo procedían de una rama joven de la familia. Sus padres eran joyeros y hasta hacía muy poco tiempo habían sido socios en Montevideo. Por línea materna, los dos chicos estaban emparentados con la conocida familia uruguaya de los Urioste.

Ambos eran rubios y bien parecidos, con inconfundibles facciones germanas. En realidad a Eduardo lo llamaban «el Alemán». Su mutuo afecto era grande, y más parecían hermanos que primos, pero mientras que Eduardo ya había decidido estudiar arquitectura y viajado por Europa, Fito aún estaba indeciso acerca de su porvenir. Estudiaba agronomía porque no sentía vocación para otra cosa, y su familia era dueña de una estancia. Esta era la primera vez que salía de Uruguay.

En el accidente los dos perdieron el conocimiento. Cuando volvieron en sí, padecían tal trauma que no les permitía saber dónde estaban. Fito quería abandonar el avión a toda costa y fue Eduardo quien había pisado a Roque y a la señora Mariani. Les había detenido otro primo que también había sobrevivido, Daniel Fernández, hijo de la hermana de sus padres.

Cuando llegó el domingo, Fito ya se había recobrado lo suficiente como para enfrentarse al problema de producir agua en abundancia. El sol brillaba resplandeciente y al llegar el mediodía, sus rayos calentaban con más intensidad y fundían la capa de hielo que cubría la nieve que se había formado la noche anterior. Fito pensó que de alguna manera podrían emplear este calor solar para derretir la nieve, y se fijó entonces en una chapa cuadrada de aluminio que medía unos treinta centímetros de ancho por sesenta de largo y que era parte del respaldo de uno de los asientos del avión. La recogió y le dobló los lados hacia arriba hasta que formó una bandeja combada y en el centro hizo un pequeño agujero. La cubrió entonces con una delgada capa de nieve y puso el aparato de cara al sol. Al poco rato comenzaron a caer gotas de agua por el agujero y luego un chorrito que Fito recogió en una botella que ya tenía preparada a tal efecto.

Como cada asiento tenía una de estas chapas, en seguida co-

menzaron a funcionar varios aparatos de convertir la nieve en agua, cuyo manejo requería un esfuerzo mínimo. Esta fue la tarea regular de quienes no podían hacer trabajos en los que había que emplear mayor esfuerzo, ya que Marcelo había decidido dividir a los supervivientes en grupos. Él se nombró a sí mismo coordinador general y distribuidor de los alimentos. El primer grupo lo formaba el equipo médico, compuesto por Canessa, Zerbino y Liliana Methol. (Su composición era un tanto vaga, ya que Canessa no quería limitarse de manera definitiva a esta función.) El segundo grupo tenía a su cargo la vivienda. Estaba integrado por los más jóvenes: Roy Harley, Carlitos Páez, Diego Storm y la figura central de este grupo de amigos, Gustavo Nicolich, a quien llamaban Coco. Su obligación era mantener limpio el avión, prepararlo por la noche tendiendo los almohadones en el suelo para dormir, y por la mañana sacar al sol las cubiertas de los asientos que por la noche habían usado como mantas.

El tercer equipo lo formaban los convertidores de nieve en agua. Su única dificultad era encontrar nieve pura, ya que la de alrededor del avión estaba de color rosado, manchada por la sangre de los muertos y heridos y también aceite del avión y orines. No había escasez de nieve pura unos metros más lejos, pero estaba tan blanda que no se podía caminar por ella y, durante las primeras horas de la mañana, cuando estaba endurecida y podía soportar el peso de una persona, no era fácil romper la capa de hielo para poner en las bandejas la que necesitaban. De ahí que decidieran que solamente usarían dos zonas como retretes: una al lado de la entrada y otra un poco más adelante de la rueda delantera, debajo de la cabina de los pilotos.

A mediodía, Marcelo repartía la ración alimenticia. Les daba a cada uno su ración de vino, medida por la tapa del desodorante y un poco de mermelada. La tableta de chocolate era para la cena. Hubo algunas quejas, pidiendo algo más para la comida del domingo, pero la mayoría estuvo de acuerdo en que deberían tener cuidado con las raciones.

Ahora entraba en el reparto uno más. Parrado, al que habían dado por muerto, recobró el conocimiento aquel día, y cuando le limpiaron la sangre del rostro, descubrieron que la mayoría era de la herida de la cabeza, tenía el cráneo intacto, pero estaba muy

débil y un poco confuso. Lo primero que pensó fue en su madre y su hermana.

—Tu madre murió instantáneamente durante el accidente —le dijo Canessa—. Su cuerpo está afuera tendido en la nieve. Pero no pienses más en ello. Debes de ayudar a Susana. Frótale los pies y ayúdala a comer y beber.

El estado de Susana había empeorado. Todavía tenía el rostro cubierto de heridas y hematomas y, lo que era peor, los pies ennegrecidos por el frío de la primera noche. Permanecía consciente la mayoría del tiempo, pero no sabía muy bien dónde estaba y seguía llamando a su madre.

Nando le daba masaje en los pies congelados, pero era inútil: el calor no volvía a ellos, y cuando lo hacía con más fuerza, le arrancaba la piel. Desde entonces se dedicó a cuidarla. Cuando Susana decía que tenía sed, Nando le acercaba a los labios la mezcla de nieve y crema de menta y le daba pequeños trozos de chocolate que Marcelo había apartado para ella. Si susurraba:

—Mamá, mamá, quiero ir al baño —Nando se levantaba e iba en busca de Canessa y Zerbino.

Acudían los dos y le decían que eran médicos.

—Doctor —pedía Susana—, quiero un orinal.

—Ya tienes el orinal —le contestaba Zerbino—. Puedes hacerlo; no te preocupes.

Poco después de mediodía, vieron un avión que volaba sobre el lugar. Era un reactor y sobrevolaba a gran altura las montañas, pero los que estaban en el exterior, saltaban y hacían señales, gritaban y con piezas de metal brillante, enviaban hacia el avión los reflejos del sol. Hubo muchos que lloraron de alegría.

A media tarde, un avión de hélices pasó por encima de ellos, de Este a Oeste, esta vez mucho más bajo y después pasó otro de Norte a Sur. Los supervivientes gritaron e hicieron señales de nuevo, pero los aviones continuaron su ruta y desaparecieron detrás de las montañas.

Se entabló una discusión entre los muchachos sobre si los tripulantes del avión los habían visto o no, y para dilucidar la cuestión consultaron a Roque, que aseguró que un avión volando tan bajo debería haberlos visto.

—Entonces ¿por qué no describió círculos —preguntó Fito Strauch—, o hizo señales con las alas para indicarnos que nos habían visto?

—Imposible —contestó Roque—, estaban muy cerca de los picos de las montañas para realizar esa clase de maniobras.

Los excépticos no confiaron en la opinión de Roque; su comportamiento era todavía bastante irracional e infantil a veces, y su optimismo oscureció aún más sus dudas. Algunos de ellos comenzaron a darse cuenta de que el Fairchild, con su techo blanco y medio enterrado en la nieve, pudiera resultar más difícil de ver desde el aire de lo que ellos habían imaginado. En consecuencia, comenzaron a pintar en el techo del avión un SOS en rojo, con carmín y pintura de uñas que encontraron en los bolsos de las señoras, pero tan pronto como terminaron la primera S advirtieron que era demasiado pequeña para que pudiera verse desde el aire.

Un poco más tarde, a las cuatro y media, todos oyeron los motores de un avión mucho más cerca de ellos que cualquiera de los anteriores, y entonces apareció por detrás de una montaña un pequeño bimotor siguiendo una ruta que pasaría directamente sobre ellos. Le hicieron señas y trataron de enviar reflejos del sol directamente a los ojos del piloto con pequeños trozos de metal y, con gran alegría vieron que el bimotor, cuando pasaba por encima de ellos movió las alas lateralmente como si quisiera indicar que los había visto.

Nada les hizo cambiar de idea y, mientras algunos se sentaron en la nieve esperando la llegada de los helicópteros, Canessa descorchó una botella de vino de Mendoza para celebrar su salvación.

Poco después empezaba a oscurecer. El sol se ocultó detrás de las montañas y volvió el frío. Ni un solo ruido turbaba el silencio. Estaba claro que no iban a ser rescatados aquel día. Marcelo repartió la ración de chocolate entre los supervivientes y volvieron al interior del avión, mientras algunos procuraban evitar quedarse junto a la entrada. Marcelo rogó a los más fuertes que permanecieran con él en el lugar más frío, pero la mayoría se negó a abandonar el terreno que habían conquistado en el lugar más caliente, el departamento de equipajes, diciendo que si dormían todas las noches junto a la entrada acabarían congelándose hasta morir.

Durante mucho rato nadie durmió aquella noche del domingo.

Hablaban sobre cómo se llevaría a efecto el rescate; algunos opinaban que los helicópteros llegarían al día siguiente; otros decían que la altitud era demasiada para poder usar helicópteros y que el rescate llevaría más tiempo, quizás hasta una semana. Esto parecía bastante razonable y Canessa fue amonestado severamente por Marcelo por la glotonería de beberse una botella de vino entre él y sus pacientes. Y había otro que hubiera sido reprendido aún más severamente si se hubiese conocido su identidad, porque Marcelo descubrió que habían robado dos onzas de chocolate y una barra de *nougat* de la caja donde guardaban los alimentos.

—Por amor de Dios —decía Marcelo enfrentándose al desconocido ladrón—. ¿No se da cuenta, el que haya sido, que está jugando con nuestras vidas?

—El muy hijo de puta, está tratando de matarnos —añadió Gustavo Nicolich.

Hacía frío y la oscuridad era intensa. Guardaron silencio y cada uno se abandonó a sus propios pensamientos. Parrado dormía abrazado a Susana, cubriéndola con su cuerpo para darle todo el calor posible, advirtiendo su respiración irregular, interrumpida por sollozos y llamadas a su madre muerta. Cuando miraba a Susana a los ojos, veía en ellos toda la pena, el dolor y la confusión que ella no podía expresar con palabras. Había otros que también dormían intranquilos, tirando constantemente de las improvisadas mantas para cubrirse. Confinados en un reducido espacio de seis metros y medio de largo por tres escasos de ancho, sólo podían adaptarse durmiendo por parejas, los pies de unos descansando en los hombros de los otros. El mismo avión estada ladeado sobre su eje. Los que dormían completamente tendidos en el suelo, formaban un ángulo de unos treinta grados. Los que dormían frente a ellos, sólo apoyaban las piernas en el suelo, las caderas contra el lateral del avión y la espalda en la red de equipaje de mano, que habían arrancado y usaban como apoyo para evitar el ángulo que se formaba entre el suelo y el lateral.

Aunque los almohadones les proporcionaban alguna comodidad, había tan poco espacio que cuando alguno de ellos había de levantarse, todos los demás tenían que hacerlo también. Cualquier cambio de posición significaba grandes dolores para los que tenían las piernas rotas, y el pobre desgraciado que quería rascarse o levantarse

para orinar, había de oír buen número de insultos de todos los que le rodeaban. Pero muy a menudo sus movimientos eran involuntarios. El hecho de que uno de los chicos moviese una pierna mientras dormía, equivalía a dar una patada en el rostro del que tenía a sus pies. De vez en cuando, alguno padecía sonambulismo.

—Voy a buscar una «Coca Cola» —decía, pasando por encima de los cuerpos de los que estaban entre el lugar donde se hallaba y la salida.

El que peor reaccionaba ante estas molestias era Roberto Canessa, lleno de remordimientos desde el incidente del vino y nervioso y temperamental por naturaleza. Unas pruebas psicológicas habían revelado, cuatro años antes, que era un muchacho de instintos violentos, hecho que había determinado su decisión de estudiar medicina y jugar al rugby. El empleo de la fuerza física en lucha con los contrarios y la práctica de la cirugía, se pensó que canalizarían por buen camino estas agresivas tendencias. Cada vez que uno de los chicos aullaba de dolor, Canessa le gritaba ordenándole que se callara, aunque sabía que no se podía culpar al muchacho. Por este motivo tuvo la idea de construir una especie de hamacas en las que dormirían los heridos lejos de los otros compañeros.

Cuando al día siguiente habló de ello, la idea no fue acogida con mucho entusiasmo.

—Estás loco —le dijeron—. Nos matarás a todos con tus malditas hamacas.

—Bueno, por lo menos, déjenme intentarlo —les contestó Canessa, y en unión de Daniel Maspons comenzaron a buscar materiales apropiados.

El Fairchild había sido diseñado de forma que se pudieran retirar los asientos y usar para carga el departamento de pasajeros. Con este propósito se habían almacenado gran cantidad de cuerdas de nailon y largas varas metálicas en el departamento de equipajes. Las varas estaban provistas de boquillas que se ajustaban a unos enganches del departamento de pasajeros. Canessa y Maspons descubrieron que si tomaban dos de estas varas metálicas con una red entre ellas y las enganchaban entre la unión del suelo con el lateral de la parte izquierda de la pared, y por el otro lado le ataban unas cuerdas que fijarían al techo, tendrían una hamaca que colga-

ría horizontalmente al suelo debido a la inclinación del avión. Las varas no permanecerían paralelas, pero la hamaca sería lo suficientemente amplia para que pudieran dormir dos de los heridos, sin que los molestaran. Descubrió también que la puerta de separación que había entre el departamento de pasajeros y el de equipajes, se podía usar de la misma forma, y que un asiento podría hacer las veces de litera donde durmiesen otros dos.

Aquella noche Platero durmió sobre la puerta. Dos de los supervivientes que tenían las piernas fracturadas utilizaron las literas, y otro, con uno de sus amigos, la hamaca. Todos estaban más cómodos y se evitaron los gritos de dolor, pero con la resolución de un problema se creó otro: se perdió el calor de algunos cuerpos, y los que estaban suspendidos en medio de la corriente de aire helado que entraba en el avión a través de la deficiente barrera, sufrieron intensamente a causa del frío. Les dieron más mantas, pero no eran suficientes para suplir el calor de los cuerpos de los amigos. Tuvieron, por tanto, que elegir entre soportar el frío o la agonía de dormir apretujados con sus compañeros. Uno a uno fueron bajando hasta que sólo dos permanecieron en las hamacas: Rafael Echavarren y Arturo Nogueira.

8

En la mañana del lunes, el cuarto día, algunos de los heridos de más gravedad, comenzaron a mejorar sensiblemente, a pesar de la rudimentaria atención médica. Muchos todavía sufrían agudos dolores, pero cedió gran parte de las inflamaciones y las heridas comenzaron a cicatrizar.

Vizintín, que Canessa y Zerbino creyeron que podría morir a causa de la pérdida de sangre, llamaba ya a Zerbino para que lo ayudara a salir a orinar en la nieve. La orina era de color pardo oscuro, y Zerbino creyó que podía tener hepatitis.

—Era lo que me faltaba —dijo Vizintín antes de volver a su lugar en el departamento de equipajes.

Parrado se recuperaba con rapidez asombrosa a pesar de tener que cuidar constantemente de Susana. No le desesperaba la situa-

ción de ella. Al contrario, al tiempo que recobraba sus fuerzas, surgió en él una absurda determinación de escapar. Mientras que todos sus compañeros sólo pensaban que los rescatasen, Parrado consideró la posibilidad de volver a la civilización de alguna forma y por sus propios medios y confió su determinación a Carlitos Páez, que también quería marcharse.

—Imposible —dijo Carlitos—. Te morirás de frío en la nieve.

—No, si llevo suficiente ropa.

—Entonces te morirás de hambre. No puedes pasar a través de las montañas con un poco de chocolate y un trago de vino.

—Entonces cortaré pedazos de carne de uno de los pilotos —replicó Parrado—. Después de todo, ellos son los que nos han metido en este lío.

Carlitos no se horrorizó ante este pensamiento, porque no lo tomó en serio. De todas formas, él pertenecía al grupo de los que estaban seriamente preocupados por el tiempo que estaba durando la espera. Ya habían pasado cuatro días desde el del accidente, y aparte del bimotor que había agitado las alas cuando pasó por encima de ellos, no había habido más señales del mundo exterior, a pesar de que sabían que algunos permanecían con vida. La idea de que no habían sido vistos, o que los daban por perdidos era tan terrible, que algunos de los supervivientes no permitían que entrara en su cabeza. Creían que se encontraban en un punto tan alto de la cordillera que era imposible que los rescataran por medio de helicópteros y esperaban una expedición por tierra. Esto era lo que creía Marcelo, y también Pancho Delgado, estudiante de derecho que cojeaba alrededor del avión, apoyado en su pierna sana animando a todos los demás e insistiendo elocuentemente en que Dios no los olvidaría y escucharía sus oraciones.

Los muchachos estaban muy agradecidos a Delgado porque calmaba el pánico que ya se insinuaba en ellos. Estaban menos dispuestos hacia el grupo de pesimistas entre los que se destacaban Canessa, Zerbino, Parrado y los Strauch, que dudaban de la hipótesis de que la ayuda estuviera en camino.

—Si saben donde estamos —observaba Fito Strauch—, ¿por qué no nos lanzan alimentos?

—Porque saben que quedarían enterrados en la nieve y que nos sería imposible recogerlos —le contestaba Marcelo.

Ninguno tenía la menor idea de dónde se encontraban. Hallaron cartas de navegar en la cabina de los pilotos, las cuales estudiaron hora tras hora amontonados al amparo del viento en la oscura cabina. Ninguno de ellos sabía leer esas cartas, pero Arturo Nogueira, un chico tímido y retraído que se había roto las dos piernas, se erigió entre todos los del grupo en intérprete de las cartas de navegar y encontró Curicó entre las muchas ciudades y villas. Recordaban que el copiloto había dicho repetidas veces que habían sobrevolado Curicó y se veía bien claro en el mapa que Curicó estaba ya bien dentro de Chile en el lado oeste de los Andes. Entonces, y según esta deducción, deberían de estar en alguna parte de las estribaciones de la cordillera. La aguja del altímetro señalaba 2.500 metros. Las ciudades de Chile no podían estar muy lejos, hacia el Oeste.

La dificultad que encontraban era que el camino hacia el Oeste estaba bloqueado por las gigantescas montañas, y el valle donde se encontraban atrapados conducía hacia el Este y de vuelta, según creían, al centro de la cordillera. Estaban convencidos de que tan sólo escalando la montaña del Oeste, se encontrarían con el panorama de los verdes valles chilenos poblados de granjas.

Habían sido capaces de alejarse caminando del avión hasta las nueve de la mañana solamente. Después de esta hora, el sol fundía la capa de hielo que cubría la nieve y se hundían hasta la cintura en aquel polvo blanco. Por este motivo, no se aventuraron a alejarse del avión sino pocos metros, pues temían desaparecer hundidos en la nieve, como le había ocurrido a Valeta. Fito Strauch, el inventor, descubrió que si se ataban los almohadones de los asientos a las botas podían caminar, aunque con dificultad, por la nieve. En seguida, él y Canessa quisieron salir en dirección a la montaña, no sólo para ver lo que había al otro lado, sino para enterarse de si había habido más supervivientes y estaban refugiados en la cola del avión, sobre todo en el caso de Fito, otro de cuyos primos había desaparecido.

Además, había otros incentivos. Roque les había dicho que en la cola estaban almacenadas las baterías con las que podían hacer funcionar la radio de alta frecuencia. También podrían encontrar maletas esparcidas por la ladera de la montaña, pues la marca que había dejado el avión al arrastrarse montaña abajo, todavía era visible en la nieve, y en las maletas sin duda encontrarían más ropa. Carlitos

Páez y Numa Turcatti —entre otros— también estaban deseosos de subir por la montaña, y en la mañana del martes día 17 de octubre, a las siete, salieron los cuatro. El cielo estaba despejado pero todavía hacía mucho frío, así que la superficie estaba dura y firme. Usando las botas de rugby, avanzaron un buen trecho. Canessa llevaba unos guantes que se había confeccionado con un par de calcetines.

Caminaron durante una hora, descansaron y siguieron adelante otra vez. El aire era ligero, y la marcha pesada. A medida que el sol ascendía, la capa de hielo iba fundiéndose y tuvieron que hacer uso de los almohadones. Muy pronto quedaron empapados. Para evitar que los pies tropezaran, tenían que caminar con las piernas arqueadas. Ninguno de ellos había comido nada nutritivo por espacio de cinco días y muy pronto Canessa sugirió que debían volver. Había perdido su autoridad y continuaron luchando, pero poco tiempo después, Fito, al pasar sobre una grieta, se hundió en la nieve hasta la cintura. Esto les asustó a todos. Allá abajo, el avión parecía muy pequeño en el vasto paisaje. Los chicos que estaban a su alrededor, parecían puntos en la nieve. No había maletas a la vista ni señales de la cola.

—No va a ser sencillo salir de aquí —dijo Canessa.

—Pero si no nos rescatan, tendremos que intentarlo —comentó Fito.

—Nunca lo conseguiremos —replicó Canessa—. Y mira qué débiles nos hemos quedado por no tener qué comer.

—¿Sabes lo que me dijo Nando? —intervino Carlitos, dirigiéndose a Fito—. Me dijo que si no nos rescataban, se comería a uno de los pilotos para salir de aquí. —Hubo una pausa. Después añadió—: Ese golpe en la cabeza ha debido de volverlo rematadamente loco.

—No sé —dijo Fito con grave expresión—. Puede que sea la única forma de sobrevivir.

Carlitos no contestó y, todos, dando la vuelta, comenzaron el descenso.

La experiencia de la expedición dejó a todos muy deprimidos. Durante los días siguientes, Liliana Methol continuó consolando a los más asustados y Pancho Delgado hizo lo que pudo para levantar los ánimos, pero pasaban los días sin la menor señal de que el equipo de rescate estuviera en camino, y todos habían visto el fracaso de los más fuertes en una pequeña ascensión de la montaña. ¿Qué esperanzas había entonces para los heridos y los más débiles?

Por las noches, se hacinaban en el interior del avión, tumbados en la fría oscuridad con el pensamiento en sus hogares y en sus familias. Poco a poco se iban quedando dormidos, los pies de unos en los hombros de los otros, Javier y Liliana juntos, Echavarren y Nogueira en la hamaca, Nando y su hermana Susana abrazados.

Durante la octava noche en la montaña, Parrado se despertó y sintió que Susana se había quedado fría y rígida en sus brazos. El calor y el movimiento de la respiración, habían desaparecido. Inmediatamente oprimió su boca contra la de ella y con lágrimas resbalándole por las mejillas, sopló hasta llenarle los pulmones de aire. Los chicos se despertaron y miraban, rezando, cómo Parrado trataba de reanimar a su hermana. Cuando tuvo que abandonar por agotamiento físico, lo sustituyó Carlitos Páez, pero todo fue en vano. Susana había muerto.

SEGUNDA PARTE

1

Cuando el control de tránsito aéreo del aeropuerto de Pudahuel en Santiago de Chile perdió el contacto con el Fairchild uruguayo en la tarde del viernes día 13 de octubre, inmediatamente llamaron por teléfono al Servicio Aéreo de Rescate, acuartelado en el otro aeropuerto de Santiago, Los Cerrillos. El jefe del Servicio Aéreo de Rescate no se encontraba allí, así que llamaron a dos ex jefes del mismo servicio para que dirigieran la operación de búsqueda y rescate. Eran Carlos García y Jorge Massa. Eran oficiales de las Fuerza Aérea Chilena que no sólo estaban entrenados para dirigir estas operaciones sino que podían manejar todo tipo de aviones que tenían a su disposición: Douglas C-47, DC-6 y los ligeros Otter y Cessna, así como los poderosos helicópteros Bell.

Aquella misma tarde un DC-6 comenzó a buscar por la ruta que comenzaba desde la última posición comunicada por el Fairchild, el corredor de Curicó hasta Angostura y Santiago. No buscaron por las áreas pobladas de esta zona, ya que si hubiera habido un accidente en ellas, ya lo hubieran comunicado; la búsqueda estaba encaminada hacia las áreas más montañosas. Al no encontrar nada en esta zona, buscaron más hacia atrás, en la ruta que suponían que había seguido el avión, o sea, el área entre Planchón y Curicó. Había una tormenta de nieve sobre Planchón y, como la visibilidad era nula, el DC-6 regresó a Santiago.

Al día siguiente, García y Massa analizaron con más cuidado la información que poseían: la hora exacta en que el Fairchild había salido de Mendoza, la hora en que había sobrevolado Malargüe, la velocidad del avión, y la del viento cuando el aparato volaba sobre los Andes. Llegaron a la conclusión de que el avión no podía estar sobre Curicó cuando los pilotos lo comunicaron, sino sobre Planchón, así que, en vez de virar hacia Angostura y Santiago y descender al aeropuerto de Pudahuel, el Fairchild se había internado en el corazón de los Andes y descendido dentro del área de las montañas de Tinguiririca, Sosneado y Palomo. Con gran precisión, García y

Massa señalaron en el mapa un cuadrado de treinta centímetros de lado, que representaba el área donde el avión debía haberse estrellado. Ordenaron entonces que salieran aviones de Santiago para investigar esta zona.

Las dificultades que se presentaban eran obvias. Allí las montañas tenían unas alturas de 5.000 metros. Si el Fairchild se había estrellado en cualquier parte entre estas montañas, con toda seguridad habría caído en uno de los valles que estaban a una altura de 4.000 metros y cubiertos con una capa de nieve que oscilaría entre los seis y los treinta y cinco metros. Como el avión tenía el techo blanco, sería imposible verlo volando a la altura de los picos de las montañas. El volar entre las turbulencias que se originan en las montañas, era probable que originara más pérdidas de aparatos y vidas humanas, pero una investigación metódica del área señalada, era un ritual que se veían obligados a realizar.

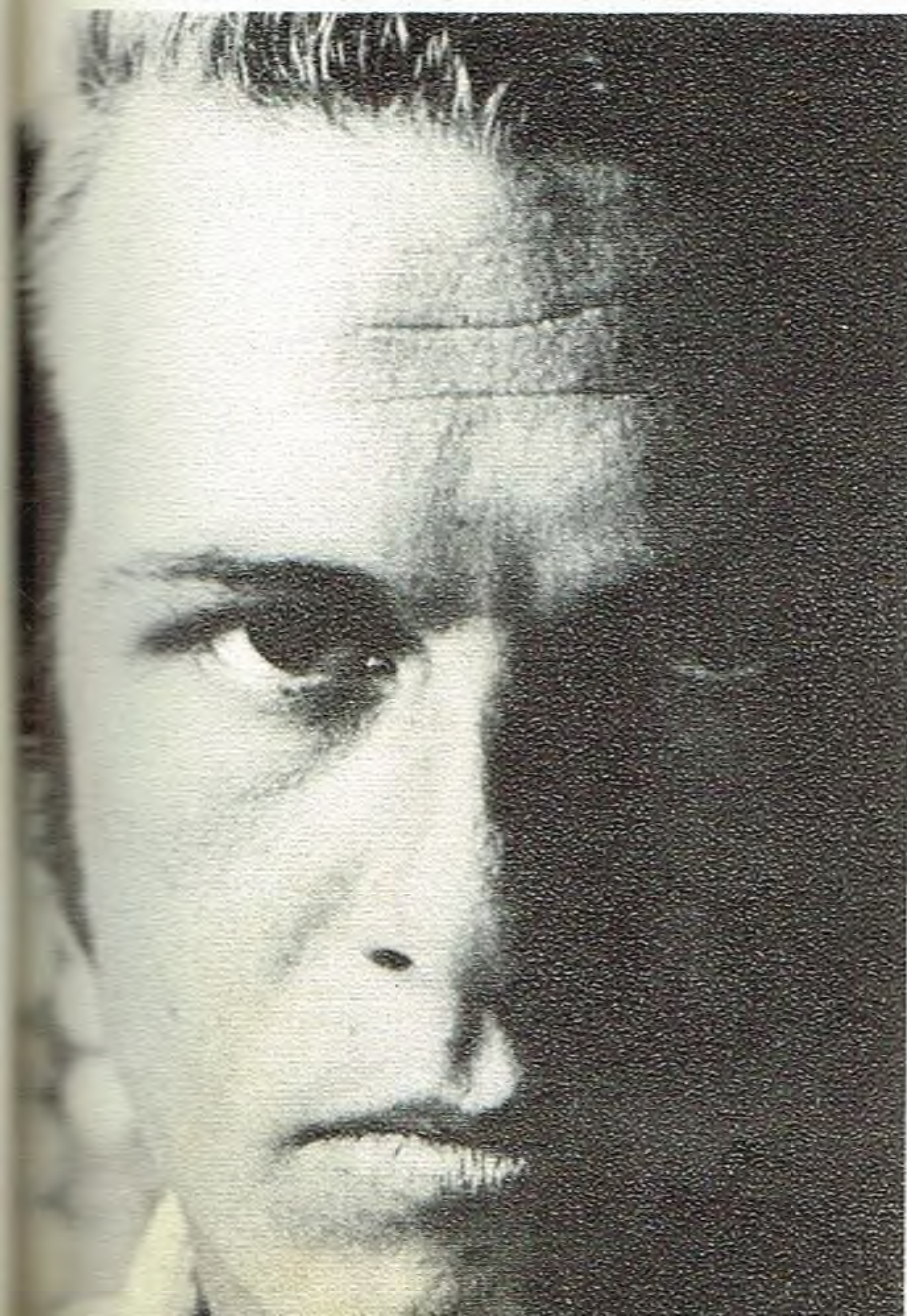
Ya desde el principio, los profesionales de la sala de control del Servicio Aéreo de Rescate en el aeropuerto de Los Cerrillos, tenían pocas esperanzas de que hubiera algún superviviente en un accidente ocurrido en plena cordillera. Sabían que la temperatura a esa altitud y en la estación del año en que se encontraban, descendía por la noche a 30 ó 40 grados bajo cero, así que, si por una jugarreta del destino algunos de los pasajeros hubieran sobrevivido al accidente, habrían muerto de frío durante la primera noche en las montañas.

De todas formas, existe una norma internacional que obliga al país donde ocurre un accidente aéreo, a organizar la búsqueda del aparato durante diez días y, a pesar del caos político y económico que reinaba en Chile en aquel tiempo, era una obligación que el Servicio Aéreo de Rescate tenía que llevar a cabo. Y más aún, los parientes de los pasajeros ya habían comenzado a llegar a Chile.

Para aquellos que se encontraban en sus hogares, las horas siguientes al primer comunicado de la desaparición del avión, estuvieron llenas de confusión y desesperada ansiedad. Después de las primeras noticias emitidas por radio de que el Fairchild se había detenido en Mendoza —lo que ninguno de los parientes sabía— y que había salido al día siguiente y desaparecido, los medios oficiales guardaron silencio, y un gran número de noticias contradictorias procedentes de fuentes no oficiales, corrieron como un re-

Marca dejada por el fuselaje

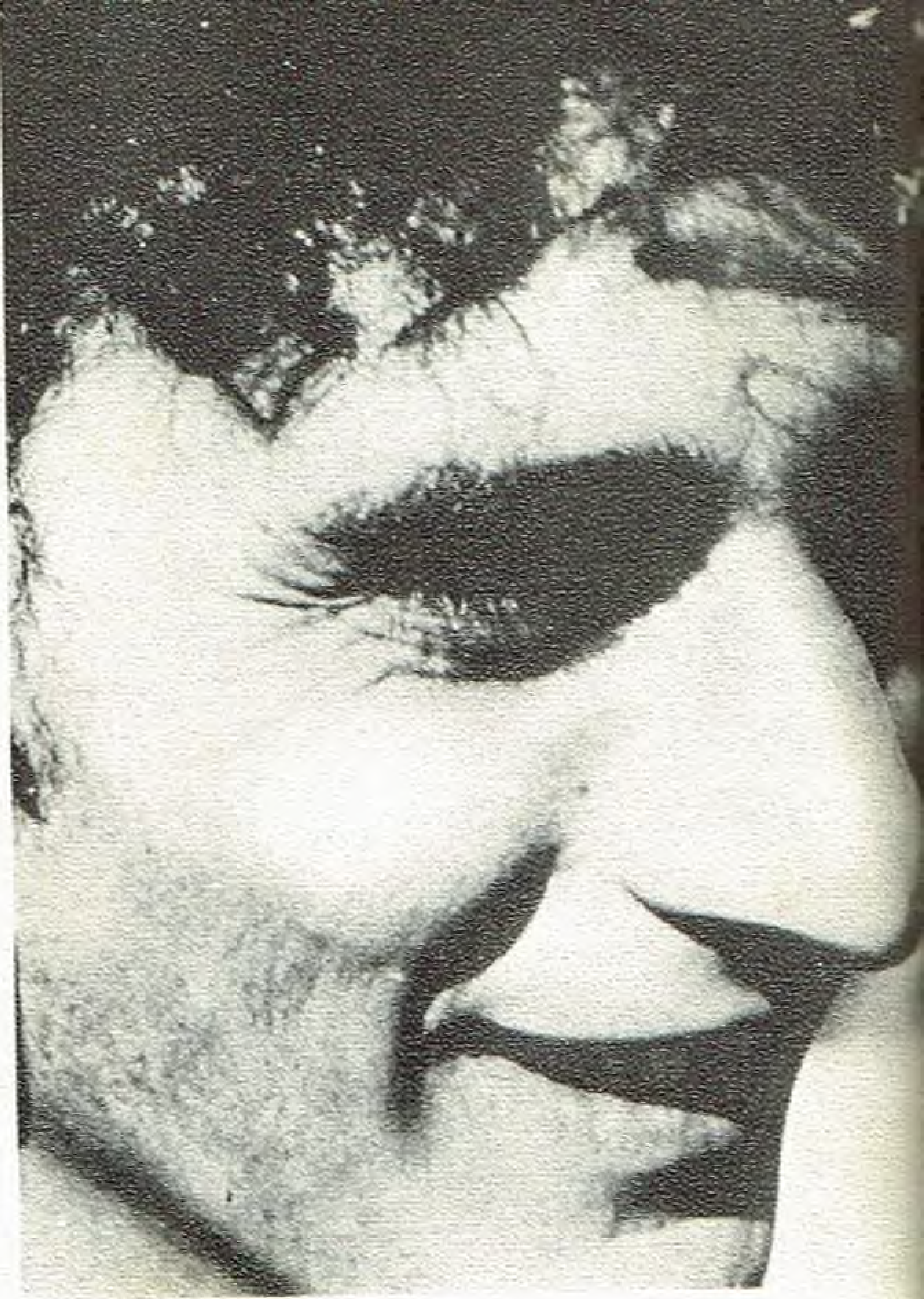
Fito Strauch



Eduardo Strauch







Daniel Fernández

Gustavo Zerbino

Roberto Canessa

Nando Parrado





guero de pólvora. El padre de Daniel Fernández se enteró el sábado día 14 de que habían «encontrado» el avión, antes de que supiera que se había extraviado, ya que no había escuchado la radio el día anterior. Hubo otros que oyeron que los chicos pudieron llegar sanos y salvos y que estaban en el hotel que habían reservado en Santiago, y hubo, además, el rumor de que habían llegado a Chile, pero que no habían aterrizado en Santiago.

2

El medio a través del cual fueron difundidas las primeras noticias, y después rectificadas, era una radio en casa de los Ponce de León en Carrasco. Rafael Ponce de León era un radioaficionado y la radio un entretenimiento heredado de su padre, que instaló todo un equipo, incluido un poderoso transmisor Collins KWM2, en el sótano de su casa. Rafael era también un Old Christian y amigo de Marcelo Pérez. Él mismo no se había unido a la excursión a Santiago porque no quería dejar sola a su mujer que estaba embarazada de siete meses. A petición de Marcelo, Rafael había usado la radio para reservar habitaciones en un hotel de Santiago para el equipo de rugby, llamando a un colega aficionado de Chile que lo había conectado con la red telefónica de Santiago. Más rápida y más barata que el teléfono, esta práctica no era estrictamente legal, pero se toleraba. Cuando el día 13 por la noche se enteró de que el avión se había perdido en los Andes, comenzó a manejar la radio. Comunicó directamente con el Hotel Crillon en Santiago y le dijeron que el equipo había llegado sin novedad al hotel. Cuando noticias posteriores le hicieron dudar de esto, llamó al hotel de nuevo y así se enteró de que sólo dos de los jugadores habían llegado, dos que habían tomado aviones de línea, uno de ellos era Gilberto Regules, porque había perdido el Fairchild, y el otro era Bobby Jaugust, porque su padre era el representante de la KLM en Montevideo.

Acababa de aclarar este error, cuando sonó el timbre del teléfono con la noticia de que la novia chilena de uno de los muchachos del

avión habló con sus futuros padres políticos, los Magri, y les dijo que el aparato había aterrizado en una pequeña ciudad del sur de Chile, y que todos sus ocupantes estaban a salvo. Como el rumor del hotel Crillon le había hecho concebir falsas esperanzas, Rafael decidió verificar esta nueva pista. Para ello entró en contacto con el encargado de negocios uruguayo en Santiago, César Charlone, el cual le manifestó que consideraba infundado el rumor en cuestión. Las noticias oficiales eran todavía que el avión estaba perdido.

Ahora, la historia de que el aparato había sido hallado, la aceptaron los Magri y la mitad de las familias interesadas. Considerando que sus esperanzas podían verse defraudadas, Rafael decidió acudir a la fuente del rumor: la novia de Guido Magri, María de los Ángeles. Se puso en contacto con ella mediante su radio, y le preguntó si aquello era cierto. María confesó que no. La señora Magri le había parecido tan deprimida a través del teléfono, que optó por decirle aquella mentira piadosa. «Estaba yo tan segura de que lo iban a encontrar —explicó— que le dije que ya lo habían hallado.»

Rafael grabó sus palabras y aquella noche envió la cinta a Radio Montecarlo para que la emitieran en su próximo boletín de noticias. Pasada la medianoche cerró su transmisor. Su trabajo había sido en vano, pues a las nueve de la mañana siguiente el rumor estaba acallado. No se había encontrado el avión.

Carlos Páez Vilaró, un famoso pintor y padre de Carlitos, fue el primero en llegar a la comandancia del Servicio Aéreo de Rescate de Los Cerrillos. Había oído las noticias de la desaparición del avión en casa de su ex esposa en Carrasco y, por casualidad, cuando dejaba a su hija allí el viernes por la tarde, ya que, desde el divorcio, los hijos vivían con su madre, Madelón Rodríguez. Hizo todas las averiguaciones que pudo en círculos oficiales, hablando con el encargado de negocios uruguayo en Santiago y con un oficial de la Fuerza Aérea Uruguaya a quien conocía personalmente. Charlone, el encargado de negocios, no se mostró muy explícito y aunque el oficial de la Fuerza Aérea llamó a Ferradas «el mejor y más experimentado piloto» del ejército, Páez Vilaró sabía que su amigo y Ferradas eran los dos únicos pilotos supervivientes de su generación; el resto habían muerto en accidentes. Diciéndole a Madelón que él mismo encontraría a los chicos, salió para Santiago el sábado por la mañana temprano.

Aquella tarde voló en un DC-6 de la Fuerza Aérea a lo largo de la supuesta ruta del Fairchild. Cuando volvió al aeropuerto, ya *había llegado otro pariente de uno de los muchachos, y al día si*guiente se encontraban allí un total de veintidós.

Teniendo que hacer frente a esta afluencia, Massa les anunció que no se permitiría a ningún familiar volar en los aviones que participaban en la búsqueda, y entonces se congregaron en las oficinas de César Charlone. Allí oyeron la noticia de que un minero llamado Camilo Figueroa había dicho a la policía chilena que había visto caer el aparato incendiado a unos 115 kilómetros al norte de Curicó, en la zona de El Tiburcio.

El lunes día 16, García y Massa dirigieron la búsqueda en aquella zona. Nada vieron durante la mañana, pero por la tarde un piloto dijo que se veía una columna de humo que salía de una montaña de la zona de El Tiburcio. Una inspección de más cerca reveló que el humo procedía de la cabaña de un granjero de la colina.

Aquel mismo día por la tarde, partieron grupos de carabineros (policía militarizada de Chile) y miembros del Cuerpo de Socorro Andino, formado por voluntarios con la misión de rescatar a aquellas personas que se perdían en la cordillera de los Andes. Salieron de Rancagua en dirección a la zona localizada entre Planchón y El Tiburcio, pero se vieron detenidos más tarde por tormentas de nieve y fuertes vientos.

Estas condiciones atmosféricas no permitieron salir a los aviones al día siguiente ni al otro, el 17 y el 18 de octubre. Nubes impenetrables y tormentas de nieve cubrían toda el área. Desesperados, algunos de los parientes regresaron a Montevideo. Otros se quedaron y comenzaron a pensar en investigar por su cuenta. No era que pensaran que los chilenos no hacían todo lo posible —incluso el avión gemelo del Fairchild, que había sido enviado por la Fuerza Aérea Uruguaya para ayudar a los chilenos, se veía obligado a permanecer en tierra—, pero sabían que pasaba el tiempo y que los profesionales no tenían fe en encontrar a sus hijos vivos.

—Es imposible —declaró el comandante Massa a la prensa—. Si alguno hubiera resultado con vida, habría quedado enterrado en la nieve.

Páez Vilaró consideró la posibilidad de investigar por sí mismo. Encontró un libro en una librería de Santiago titulado *Las nieves y*

montañas de Chile y allí vio que la tierra que comprendía las montañas de Tinguiririca y Palomo pertenecían a un tal Joaquín Gandarillas. Pensando que el hombre que era el dueño del terreno sería el que mejor conocía éste, Páez Vilaró fue a ver a Gandarillas, quien lo recibió con amabilidad y le explicó que su gran extensión de terreno le había sido confiscada por el régimen, de acuerdo con los planes de reforma agraria del presidente Allende. Así y todo, Gandarillas conocía el terreno como la palma de la mano y, cuando terminó la entrevista, Páez Vilaró lo había convencido para que saliera con él el próximo día hacia el área del volcán Tinguiririca.

Un viaje de dos días, primero en coche y después a caballo, los llevó a la falda oeste de la montaña. Las nevadas habían cesado pero la nieve reciente contribuía a hacer más patente la desolación del lugar. Nada se veía, ni vivo ni muerto, pero así y todo, Páez Vilaró continuó mirando la inmensa mole de la montaña y silbaba, pensando que por arte de magia, el sonido llegaría hasta su hijo. Los silbidos eran reproducidos por el eco y después, absorbidos por la nieve. Nada podían hacer excepto regresar.

Mientras Páez Vilaró daba estos pasos para encontrar a su hijo, había otros en casa que empleaban métodos menos ortodoxos de búsqueda y rescate, entre éstos se encontrada la madre de su ex esposa Madelón.

Acompañada por el hermano de Javier Methol, Juan José, el 16 de octubre fue a ver a un anciano de Montevideo, un adivino profesional y zahorí, de quien se decía que tenía poderes de clarividencia y podía encontrar algo más que manantiales escondidos. Llevaban consigo un mapa de los Andes. Cuando el anciano sostuvo la horquilla de madera sobre el mapa, la horquilla tembló y cayó en un punto del mapa situado en el lado este del volcán Tinguiririca a treinta kilómetros del Balneario Termas del Flaco.

Su hija Madelón comunicó esta posición a Páez Vilaró en Chile, a través de la radio de Ponce de León, pero Páez Vilaró le contestó que el Servicio Aéreo de Rescate ya había explorado esta área y que, si se hubieran estrellado allí, no hubiesen tenido ninguna probabilidad de sobrevivir.

Esto último era algo que Madelón no quería escuchar, así que abandonó los consejos del anciano adivino. Visitó al astrólogo uruguayo Boris Cristoff y le preguntó el nombre del mejor clarividente del mundo.

—Croiset —dijo él sin vacilar—. Gérard Croiset, de Utrecht.

Rosina Strauch, la madre de Fito, esperaba ayuda de otra fuente. Le habían dicho que la Virgen de Garabandal se había aparecido a unos niños en España hacía unos diez años, una aparición que nunca aprobó el Vaticano. Para convencer al Papa, la Virgen habría de obrar algún milagro. Si era así, aquí estaba su oportunidad y en unión de las madres de otros dos chicos, comenzaron a rezar a la Virgen de Garabandal.

Pero había otros que ya se habían resignado y en sus oraciones pedían poder soportar la pérdida y por las almas de sus hijos. La madre de Carlos Valeta, el muchacho que había desaparecido en la nieve inmediatamente después del accidente, había perdido toda esperanza. El viernes por la tarde tuvo una visión, primero de un avión que caía, después del rostro ensangrentado de su hijo y más tarde aún, del hijo durmiendo. A las cinco y media sabía que su hijo había muerto. Las razones de la resignación de otros parientes estaban basadas en la conclusión de que no podían escapar, y que sobrevivir en la cordillera, aunque no hubieran muerto en el accidente, era poco menos que imposible.

Así y todo, el sótano de Rafael Ponce de León se llenaba todas las tardes con los parientes, los amigos y las novias de los chicos, en busca de noticias.

La búsqueda por el Servicio Aéreo de Rescate fue reanudada el día 19 de octubre. Continuó durante todo este día y el próximo, y en la mañana del día 21. Al mismo tiempo salieron aviones por el lado argentino desde Mendoza. Páez Vilaró y algunos otros continuaban la búsqueda en un avión Cessna que les había prestado el Aero Club de San Fernando. A pesar de todos estos esfuerzos, no encontraron ni rastro del Fairchild.

Habían empleado ocho días en la búsqueda, dos de los cuales se habían perdido a causa del mal tiempo. Se habían arriesgado las vidas de los componentes del Servicio Aéreo de Rescate y se había

hecho un considerable gasto de combustible en una búsqueda que cualquier hombre razonable consideraba inútil. Al mediodía del 21 de octubre, García y Massa anunciaron que se daba por terminada la búsqueda del aparato uruguayo n.° 571, en vista de los resultados negativos obtenidos.

TERCERA PARTE

1

En la mañana del noveno día sacaron el cuerpo de Susana Parrado y lo dejaron en la nieve. Cuando los supervivientes salían del avión, nada se oía, excepto el viento; nada se veía, excepto la misma arena de la roca y la misma nieve de siempre.

A medida que cambiaba la luz, las montañas tomaban diferentes aspectos y apariencias. Por la mañana temprano parecían brillantes y distantes. Después, cuando avanzaba el día, las sombras se alargaban y las piedras grises, rojizas y verdes se antojaban bestias al acecho o malhumorados dioses amenazando a los intrusos.

Sacaban los asientos del avión y los colocaban en la nieve como si fueran sillas de tijera y largo respaldo en la veranda de una terraza. Allí se sentaban los primeros que salían del aparato para derretir nieve, mientras oteaban el horizonte. Cada cual podía ver en las caras de sus compañeros el rápido progreso del desgaste físico. Los movimientos de los que trabajaban en el interior o alrededor del avión, se tornaban lentos y pesados. Al menor esfuerzo, se quedaban agotados. Muchos de ellos permanecían sentados donde habían dormido la noche anterior, débiles y deprimidos hasta tal extremo que ni siquiera eran capaces de salir al exterior en busca de aire fresco. Surgió otro problema: cada vez se hacían más irritables.

Marcelo Pérez, Daniel Fernández y los miembros más viejos del grupo temían que algunos de los chicos estuviesen ya al borde de la histeria. La espera los deprimía. Habían comenzado a disputar entre ellos.

Marcelo hacía lo que podía para dar ejemplo. Se mostraba optimista y alegre. Hablaba con confianza sobre el rescate y trataba de que su grupo cantara canciones. Intentaron cantar *Clementine,* pero el resultado fue desastroso. Nadie tenía ganas de cantar. Llegó a hacerse patente que su capitán no tenía tanta confianza como pretendía demostrar; por las noches quedaba abrumado por la melancolía. Pensaba constantemente en cuánto debía de estar sufriendo su madre, en su hermano que estaba pasando la luna de miel en

Brasil y en el resto de su familia. Trataba de ocultar los sollozos, pero cuando se quedaba dormido, se levantaba a veces gritando. Su amigo Eduardo Strauch procuraba consolarlo, pero Marcelo, como capitán del equipo y jefe de la expedición a Chile, se sentía responsable por lo que había sucedido.

—No seas tonto —le decía Eduardo—. No puedes mirar las cosas bajo ese punto de vista. Yo convencí a Gastón y a Daniel Shaw para que vinieran y ahora los dos están muertos. Incluso llamé a Daniel para que no lo olvidara, pero no me siento responsable de sus muertes.

—Si alguno es responsable, ése es Dios. ¿Por qué ha permitido que muriera Gastón? —Fito Strauch se estaba refiriendo al hecho de que Gastón Costemalle, que había desaparecido por la cola del avión, no había sido el primero de su familia en morir; su madre ya había perdido a su esposo y a otro hijo—. ¿Por qué permite Dios que suframos de esta manera? ¿Qué hemos hecho para que sea así? —añadió Fito.

—No es tan sencillo como parece —contestó Daniel Fernández, el tercero de los primos Strauch.

Entre los veintisiete, había dos o tres que, con su coraje y ejemplo, se habían convertido en los pilares de sustentación de su moral. Echavarren, que padecía agudos dolores a causa de su pierna aplastada, gritaba e insultaba a cualquiera que lo pisara, pero a continuación pedía disculpas de la manera más cortés o, a veces, con un chiste. Enrique Platero se mostraba enérgico y valiente a pesar de su herida en el estómago. Y Coco Nicolich obligaba a su «clan» a levantarse por la mañana, limpiar el interior y después jugaban a los acertijos o charadas. Por la noche los convencía para que rezaran el rosario con Carlitos Páez.

Liliana Methol, la única mujer entre ellos, era una fuente insustituible de consuelo. Aunque a sus treinta y cinco años era más joven que cualquiera de sus madres, llegó a ser para todos ellos una imagen de devoción filial. Gustavo Zerbino, que sólo tenía diecinueve años, le llamaba madrina, y ella respondía a este afecto con palabras cariñosas y elevado optimismo. También se daba cuenta de que la moral de los chicos estaba a punto de derrumbarse y pensaba constantemente en numerosas formas de distraerlos para que

no estuvieran con la idea fija de su desgracia. En la noche de aquel noveno día, los reunió a todos a su alrededor y les pidió que cada uno contara una anécdota de su vida. Parecía que a ninguno iba a ocurrírsele nada, pero entonces, Pancho Delgado se dispuso a relatar tres historias sobre su futuro suegro.

Cuando conoció a su novia ella sólo tenía quince años, y él tres o cuatro más. No estaba muy seguro de que los padres de ella lo aceptaran y estaba muy nervioso pensando en la impresión que les causaría. Al poco tiempo de conocerlos tiró, por accidente, al padre de su novia a la piscina, hiriéndolo en una pierna; poco después se le disparó un arma en el interior del coche de la familia de ella, un BMW 2002 completamente nuevo, y dejó en el techo un agujero enorme, con piezas de la chapa curvadas hacia el exterior como si fueran pétalos de una flor; más tarde, estuvo a punto de electrocutar al padre de su novia intentando ayudarlo a montar la instalación eléctrica en el jardín con motivo de una fiesta que daban en su casa de Carrasco.

Estas anécdotas reconfortaron a los muchachos que permanecían sentados en la semioscuridad del interior del avión esperando estar lo suficientemente cansados para quedarse dormidos y, por esta causa, se sintieron agradecidos. Pero cuando llegó el turno de contar otras anécdotas, todos callaron, y mientras oscurecía, cada uno volvió a dedicarse a sus propios pensamientos.

2

Se levantaron en la mañana del domingo día 22 de octubre para hacer frente a su décimo día en la montaña. Los primeros que salieron del avión fueron Marcelo y Roy Harley. Roy había encontrado una radio de transistores entre dos asientos del avión y, con sus pequeños conocimientos de electrónica, que había adquirido mientras ayudaba a un amigo a montar un sistema de alta fidelidad, fue capaz de repararlo. Era muy difícil recibir señales en aquella hendidura entre tan altas montañas, así que Roy construyó una antena con pedazos de cable del circuito eléctrico del avión. Mien-

tras trataba de sintonizar alguna estación, Marcelo sostenía la antena y la movía de un lado a otro. Oyeron a intervalos emisiones procedentes de Chile, pero ninguna noticia sobre su rescate. Todo lo que oían eran las voces estridentes de los políticos de Chile implicados en la huelga de la clase media contra el gobierno socialista del presidente Allende.

Otros chicos fueron saliendo a la nieve. La falta de alimentos estaba haciendo estragos. Cada vez se encontraban más débiles y apáticos. Cuando se levantaban sentían mareos y les era difícil mantenerse en pie. Tenían frío aun cuando el sol estuviese alto y calentase, y su piel empezaba a arrugarse como la de los ancianos.

Se estaban agotando los pocos alimentos de que disponían. La ración diaria de un trocito de chocolate, un trago de vino y una cucharadita de mermelada, o marisco en conserva —que comían lentamente para hacerlo durar más— se había convertido más en una tortura que en un sustento para aquellos muchachos de constitución atlética y saludable; así y todo, los más fuertes lo repartían con los más débiles, y los más saludables con los enfermos. Todos tenían conciencia de que no podrían sobrevivir durante mucho tiempo. No tanto porque se sintieran consumidos por un hambre voraz, sino porque estaban cada día más débiles y no eran necesarios muchos conocimientos de medicina o nutrición para predecir cómo terminarían.

Trataron de buscar otras fuentes de alimentación. Parecía imposible que no creciera nada en los Andes, ya que la más insignificante de las plantas vivas tenía valor nutritivo. En las inmediaciones del avión, sólo había nieve. El terreno descubierto más cercano se encontraba a unos treinta metros. Este terreno que estaba expuesto al sol y al aire, consistía en una roca montañosa y desnuda donde encontraron una especie de líquenes resecos. Arrancaron una porción de ellos y los mezclaron con nieve formando una pasta, pero resultaron amargos y nauseabundos y como alimento no valían nada. Excepto estos líquenes no encontraron ninguna otra cosa. Hubo algunos que pensaron en los almohadones, pero ni siquiera estaban rellenos de paja. Ni el nailon ni la espuma eran comestibles.

Hacía ya algunos días que algunos habían considerado que si querían sobrevivir tendrían que comer los cuerpos de los que habían fallecido en el accidente. Era una perspectiva horripilante. Los ca-

dáveres se hallaban en la nieve, alrededor del avión, y el intenso frío los había conservado en la postura en que murieron. Mientras que el pensamiento de cortar la carne de aquellos que habían sido sus amigos era profundamente repugnante para todos, una lúcida apreciación de su situación les condujo a considerarlo.

Las discusiones sobre el asunto se iban extendiendo a medida que, con gran precaución, lo iban exponiendo a sus amigos o a aquellos que suponían que estarían de su parte. Por último, Canessa lo expuso sin ambages. Se apoyaba firmemente en el argumento de que no los iban a rescatar; que tendrían que salir de allí valiéndose de sí mismos pero que nada se podía hacer sin alimentos y que el único alimento de que disponían era carne humana. Usó de sus conocimientos de medicina para describir, con su voz aguda y penetrante, cómo sus cuerpos estaban consumiendo las pocas reservas que contenían.

—Cada vez que nos movemos, consumimos parte de nuestro cuerpo. Muy pronto estaremos tan débiles que no tendremos la fuerza suficiente ni para cortar la carne que está ahí delante de nuestros ojos —les dijo.

Canessa no hablaba por conveniencia. Insistió en que tenían la obligación moral de permanecer vivos a toda costa y valiéndose de los recursos de que disponían, y como era sincero en sus creencias religiosas, trató de poner más énfasis en lo que dijo a continuación, dedicado a los supervivientes más piadosos.

—Es carne y nada más que carne —añadió—. Las almas han abandonado los cuerpos y están con Dios en los Cielos. Todo lo que queda no es más que el cuerpo que contenía el alma y, por tanto, ya no es un ser humano; es como la carne de las reses que comemos en casa.

Hubo otros que participaron en la conversación. Fito Strauch les dijo:

—¿No han notado la cantidad de energías que se necesitan para escalar unos metros de montaña? Piensen ahora las que necesitaremos para llegar a la cumbre y luego bajar por el otro lado. Jamás se podrá lograr con un sorbo de vino y un pedacito de chocolate.

La verdad de lo que acababa de decir era indudable.

Se convocó una reunión en el interior del Fairchild y por pri-

mera vez todos los supervivientes discutieron el problema al que se enfrentaban: si para sobrevivir, debían o no comer los cuerpos de los muertos. Canessa, Zerbino, Fernández y Fito Strauch repitieron los mismos argumentos que habían usado anteriormente. Si no lo hacían, morirían. Tenían la obligación moral de vivir, tanto por ellos como por sus familiares. Dios deseaba que vivieran y con los cuerpos de sus amigos les había proporcionado los medios para lograrlo. Si Dios no lo hubiese deseado, habrían muerto todos en el accidente; sería una equivocación renunciar al don de la vida tan sólo porque sintiesen ciertos escrúpulos.

—Pero, ¿qué hemos hecho para que Dios nos pida que comamos los cuerpos de nuestros amigos muertos? —preguntó Marcelo.

Hubo un momento de vacilación. Entonces Zerbino se volvió hacia su capitán y le preguntó a su vez:

—Y, ¿qué crees que hubieran pensado *ellos*?

Marcelo no contestó y Zerbino continuó diciendo:

—Sé perfectamente que si mi cuerpo muerto pudiera contribuir a mantenerlos vivos a ustedes, quisiera que lo usaran sin vacilar. Es más, si muriese y ustedes no me comiesen, regresaría desde donde quiera que me encontrase y les daría una patada en el culo a cada uno.

Este razonamiento disipó muchas dudas, porque aunque muchos sentían repugnancia al pensar en comer carne procedente de los cuerpos de sus amigos, todos estuvieron de acuerdo con Zerbino. Allí mismo pactaron que si alguno de ellos moría, su cuerpo sería empleado como alimento.

Marcelo no estaba decidido aún. Él y su menguado grupo de optimistas, seguían aferrados a las esperanzas de un pronto rescate, pero cada vez eran menos los que compartían su fe. La verdad es que algunos de los más jóvenes se llegaron a quejar a los pesimistas —o realistas, como ellos se autodenominaban— sobre los puntos de vista de Marcelo y Pancho Delgado. Se sentían decepcionados. El rescate que tantas veces les habían prometido que estaba en camino, no llegaba.

Pero no faltaba quien apoyase a Marcelo y Pancho. Coche Inciarte y Numa Turcatti, ambos fuertes y resistentes pero de gran nobleza, comunicaron a sus compañeros que aunque no creían equivocado

aquello, nunca podrían hacerlo. Liliana Methol se puso de su parte. Permanecía tan tranquila como de costumbre pero, al igual que los otros, luchaba con las emociones que el tema había suscitado. Su instinto de supervivencia era fuerte, y grandes los deseos de volver a ver a sus hijos, pero el pensamiento de comer carne humana le horrorizaba. No pensaba que era una equivocación y no se oponía: distinguía perfectamente entre el pecado y la repugnancia física, y un tabú impuesto por la sociedad no era una ley de Dios. Liliana les dijo:

—Mientras exista una pequeña esperanza de que nos rescaten, mientras todavía quede *algo* de comer, aunque sólo sea una partícula de chocolate, no podré hacerlo.

Javier Methol estaba de acuerdo con su esposa, pero no trató de detener a los demás para que hicieran lo que ellos creían que debería hacerse. A ninguno se le ocurrió argumentar que quizá Dios deseaba que eligieran morir. Todos creían que la virtud estaba en la supervivencia y que comer los cuerpos de sus amigos muertos no pondría en peligro sus almas, pero una cosa era decidir y otra actuar.

La discusión continuó durante gran parte del día y a media tarde sabían que tenían que actuar en aquel instante o nunca, pero continuaron sentados en el interior del avión guardando un completo silencio. Por fin un grupo de cuatro —Canessa, Maspons, Zerbino y Fito Strauch— se levantaron y salieron al exterior. Algunos más los siguieron. Ninguno deseaba saber quién iba a cortar la carne o de qué cuerpo iban a cortarla.

La mayor parte de los cuerpos estaban cubiertos por la nieve, pero unos metros más allá del avión, se veía la espalda de uno. Sin decir una palabra, Canessa se arrodilló, descubrió la piel y cortó la carne con un pedazo de cristal roto. Estaba congelada y era muy difícil de cortar, pero insistió hasta que separó veinte tiras del tamaño de una cerilla cada una. Entonces se levantó, regresó al avión y las colocó en el techo del mismo. En el interior del avión reinaba el más absoluto silencio. Los chicos estaban acurrucados en el Fairchild. Canessa les dijo que la carne estaba en el techo secándose al sol y que el que quisiera podía salir y comerla. Nadie se movió y Canessa tuvo que tomar de nuevo la iniciativa. Rezó a Dios para que le ayudara a llevar a cabo lo que él sabía que era lo correcto y tomó una pieza de carne con la mano. Vaciló. Aunque estaba com-

pletamente decidido, lo paralizó el horror del instante. La mano ni subía hacia la boca ni caía hacia abajo, ya que la repugnancia que sentía luchaba contra su inquebrantable voluntad. La voluntad venció. La mano se izó y metió el pedazo de carne en la boca. Lo tragó.

Se sintió triunfante. Su conciencia había vencido un tabú primitivo e irracional. Sobreviviría.

Aquella tarde, poco rato después, un grupo de chicos salieron del avión y siguieron su ejemplo. Zerbino tomó una tira y la tragó de la misma forma que había hecho Canessa, pero se le quedó detenida en la garganta. Se metió un puñado de nieve en la boca y se las arregló para tragarlo todo junto. Fito Strauch siguió su ejemplo y después Maspons, Vizintín y otros.

Mientras tanto, aquella noche, Gustavo Nicolich, el muchacho alto y de cabellos rizados, que sólo tenía veinte años y que tanto se había esforzado para conservar la moral de sus jóvenes amigos, escribió a su novia en Montevideo.

«Queridísima Rosina:

»Te estoy escribiendo en el interior del avión (nuestro *petit hôtel* de momento). Se está poniendo el sol y comienza a hacer frío y a levantarse viento como casi siempre sucede a esta hora de la tarde. Hoy ha hecho un tiempo espléndido, el sol brillaba y hacía calor. Me recordaba los días que pasábamos juntos en la playa; la gran diferencia consiste en que, estando allí, nos íbamos después a comer a tu casa, mientras que aquí tengo que quedarme fuera del avión sin nada que llevarme a la boca.

»Lo más importante de hoy es que ha sido un día muy deprimente y gran parte de los otros se ha desanimado (hoy es el décimo día que nos encontramos aquí), pero por fortuna este sentimiento no me ha afectado a mí, porque me da una fuerza increíble sólo pensar que voy a volver a verte. Otra de las cosas que ha desanimado mucho es que muy pronto nos quedaremos sin comida: solamente nos quedan dos latas pequeñas de mariscos, una botella de vino blanco y otra pequeña de licor de cerezas que para veintiséis hombres (bueno, hay algunos chicos que quieren ser hombres) no es nada.

Antonio Vizintín

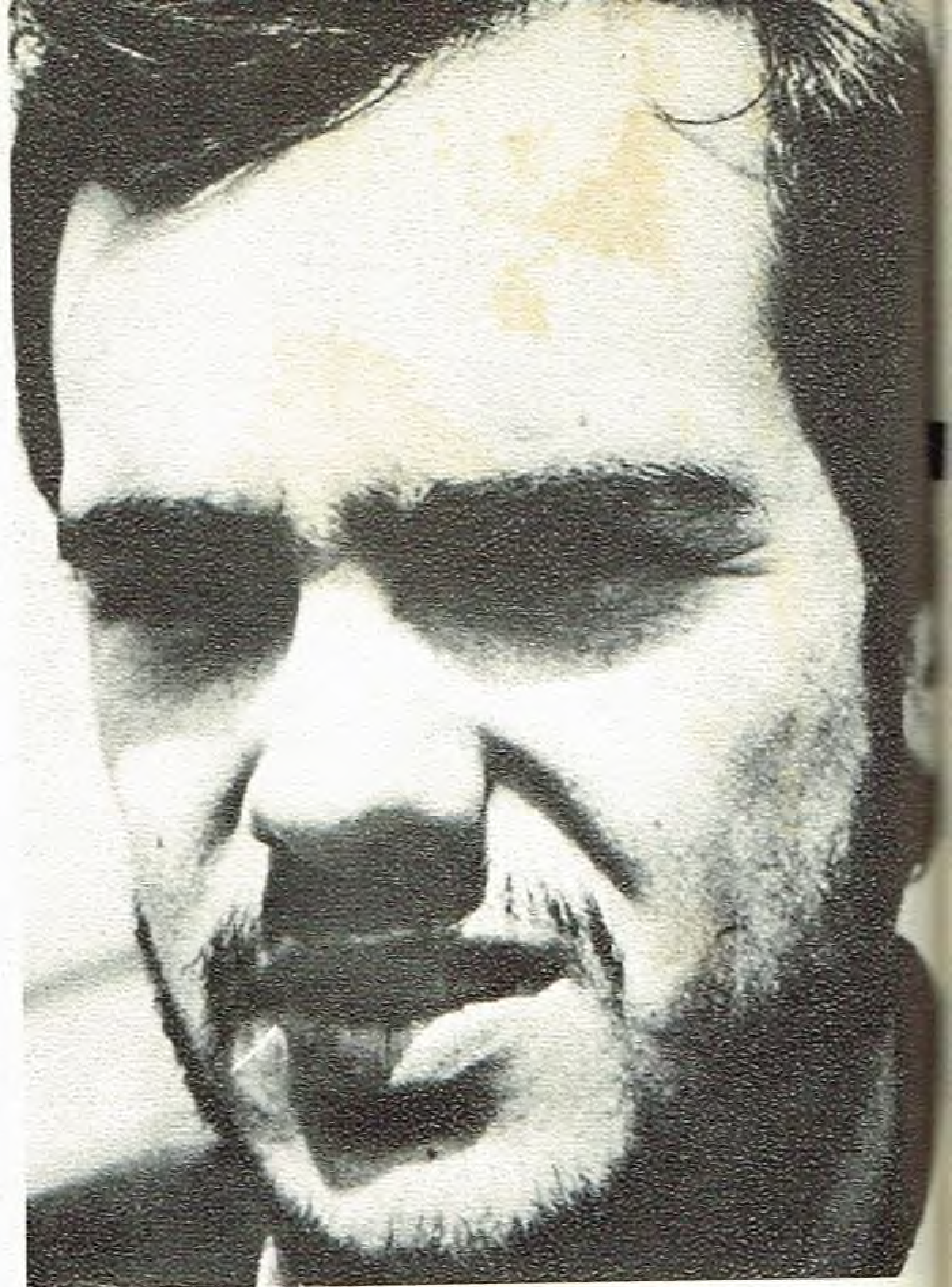


Carlitos Páez



Pancho Delgado





Coche Inciarte

Pedro Algorta

Javier Methol

Moncho Sabella





»Hay algo que te va a parecer increíble (yo todavía no consigo creerlo) y es que hoy han comenzado a cortar carne de los muertos para comérsela. No hay otro remedio. Yo había rezado a Dios desde lo más profundo de mi ser para que este día no llegara nunca, pero ha llegado y tenemos que aceptarlo con valor y fe. Fe, porque he llegado a la conclusión de que si los cuerpos están ahí es porque Dios los ha puesto ahí y lo único que importa es el alma, no debo sentir remordimientos; y si llega el día en que yo pueda salvar a alguien con mi cuerpo, lo haría con mucha alegría.

»No sé cómo se encontrarán mamá, papá, los chicos y tú; me pone muy triste pensar que estarán sufriendo y constantemente rezo a Dios para que les consuele y les dé fuerzas porque es la única manera de salir de esta situación. Creo que muy pronto llegará un final feliz para todos nosotros.

»Te va a dar un síncope cuando me veas. Estoy sucio, con barba, un poco más delgado, y con una herida en la cabeza, otra en el pecho que ya ha cicatrizado, y otra pequeña que me he hecho hoy cuando trabajaba en el interior del avión. También tengo pequeños cortes en las piernas y en los hombros; pero, a pesar de todo, estoy muy bien.»

3

Los dos primeros que salieron del avión al día siguiente, vieron que estaba nublado, pero llegaba algo de sol a la nieve, pasando a través de las nubes. Algunos lanzaban miradas curiosas a Canessa, Zerbino, Maspons, Vizintín y los primos Strauch. No porque temieran que Dios los hubiera castigado, sino porque todos sabían, por haber vivido algún tiempo en sus estancias, que no se debe comer un novillo que muere de causas naturales y se preguntaban si no sería tan poco saludable hacer lo mismo con el cuerpo humano.

Los que habían comido la carne se encontraban perfectamente bien. Ninguno de ellos había comido gran cantidad y, de hecho, se

sentían tan hambrientos como los demás. Como siempre, fue Marcelo el primero en levantarse.

—Vamos —le dijo a Roy Harley—. Tenemos que preparar la radio.

—Hace mucho frío. ¿No puede ir otro? —contestó Roy.

—No. Este es tu trabajo. ¡Vamos! —insistió Marcelo.

De mala gana, Roy se puso los zapatos encima de sus dos pares de calcetines. Pasó agachado entre las somnolientas figuras, saltó por encima de los que se encontraban junto a la salida y siguió a Marcelo hasta el exterior. Uno o dos más lo siguieron.

Marcelo ya se encontraba sosteniendo la antena y estaba esperando que Roy cogiera la radio, la conectara y comenzase la búsqueda de alguna estación. Sintonizó la estación chilena que el día anterior sólo había transmitido propaganda política. Pero ahora, mientras sostenía el aparato pegado a su oído, oyó las últimas palabras del boletín de noticias.

> «El Servicio Aéreo de Rescate comunica a todos los aviones comerciales y militares que sobrevuelen la cordillera, que comuniquen si ven algún indicio de los restos del Fairchild n.° 571. Esto se debe a la suspensión de la búsqueda del aparato uruguayo por el Servicio Aéreo de Rescate, en vista de los resultados negativos obtenidos.»

El locutor cambió de tema. Roy separó la radio de su oído. Se dirigió a Marcelo y le contó lo que había oído. Marcelo dejó caer la antena, se cubrió la cara con las manos y lloró de desesperación. Los otros que habían rodeado a Roy cuando estaba dando cuenta de las noticias que había oído, comenzaron a llorar y rezar, todos excepto Parrado, que miraba tranquilamente a las montañas que se levantaban al Oeste.

Gustavo Nicolich salió del avión y, viendo las caras de los demás, supo lo que había sucedido.

—¿Qué les diremos a los demás? —preguntó.

—No debemos decírselo —repuso Marcelo—. Al menos, que conserven la esperanza.

—No; hemos de decírselo. Deben estar preparados para lo peor —contestó Nicolich.

—No puedo, no puedo —replicó Marcelo, todavía llorando.

—Yo se lo diré —añadió Nicolich, dirigiéndose a la entrada del avión.

Trepó hasta el agujero abierto entre las maletas y las camisetas de rugby, se paró a la entrada del estrecho túnel y miró a las tristes caras que se habían vuelto hacia él.

—¡Eh, muchachos! —les gritó—. Tenemos buenas noticias. Las acabamos de escuchar por la radio. Han suspendido la búsqueda.

Dentro del abarrotado departamento hubo un silencio. Cuando se dieron cuenta de su desgracia, comenzaron a sollozar.

—¿Por qué demonios son buenas noticias? —le gritó Páez completamente fuera de sí.

—Porque quiere decir que tendremos que salir de aquí por nuestros propios medios —le contestó Nicolich.

Su valor evitó la desesperación total, pero algunos de los optimistas que aún confiaban en el rescate fueron incapaces de reanimarse. Los pesimistas, varios de los cuales tenían tan pocas esperanzas de ser rescatados como de salir de allí por sus propios medios, no se asustaron: era lo que habían esperado. Pero las noticias anonadaron a Marcelo. Su papel de jefe terminó automáticamente en aquel instante y la vida se borró de sus ojos. También Delgado quedó abatido por la noticia. Su elocuente y alegre optimismo se evaporó en el aire ligero de la cordillera. Parecía que no tenía ninguna fe en que pudieran escapar de allí por sus propios medios y se retiró a segunda fila. De los antiguos optimistas, solamente Liliana Methol conservaba las esperanzas y ofrecía su consuelo.

—No se preocupen —decía—. Saldremos todos de aquí. Nos encontrarán cuando se derrita la nieve.

Entonces, recordaba los pocos alimentos que les quedaban y añadía:

—O saldremos caminando hacia el Oeste.

Escapar: ésta era la obsesión de los optimistas. Era desesperante que el valle en que se encontraban atrapados descendiera hacia el Este, y que hacia el Oeste tuvieran las sólidas paredes de las altas montañas, pero esto no detenía a Parrado. Tan pronto como se enteró de la suspensión de la búsqueda, anunció su intención de partir, solo si fuese necesario, hacia el Oeste. Con gran dificultad,

los demás lo convencieron para que no lo hiciera. Diez días antes lo habían dado por muerto. Si había que subir las montañas, había muchos otros que se encontraban en mejores condiciones físicas.

—Tenemos que pensar sobre todo esto con calma y actuar juntos. Sólo si lo hacemos de esta manera podremos sobrevivir —dijo Marcelo.

Todavía le tenían suficiente respeto a Marcelo, y Parrado conservaba bastante disciplina de equipo para aceptar lo que los otros decidieran. De todas formas, no se encontraba sólo en su insistencia de que antes de que se debilitaran más, debían emprender otra expedición, bien para subir la montaña y ver lo que se encontraba al otro lado, o para buscar la cola del avión.

Se acordó que un grupo formado por los más fuertes saliera inmediatamente, y una hora después de oír las noticias de la radio, Zerbino, Turcatti y Maspons emprendieron la subida de la montaña bajo la mirada expectante de sus amigos.

Canessa y Fito Strauch volvieron al cadáver que comenzaron el día anterior y cortaron más carne. Las que habían dejado en el techo del avión ya las habían consumido. No sólo porque después de secas por el sol y el aire eran más fáciles de tragar, sino porque las noticias de que no iban a ser rescatados, habían convencido a muchos de los que se mostraron vacilantes el día anterior. Por primera vez, Parrado comió carne humana. También lo hizo Daniel Fernández pero con un enorme esfuerzo de voluntad para vencer su repugnancia. Uno a uno se vieron obligados a tomar y tragar la carne de sus amigos. Para algunos era simplemente una desagradable necesidad; para otros era un conflicto entre la conciencia y la razón.

Había algunos que no eran capaces de conseguirlo: Liliana y Javier Methol, Coche Inciarte, Pancho Delgado. Marcelo Pérez, estando seguro de que debía dar este paso, empleaba la autoridad que aún conservaba para convencer a los demás que debían de hacerlo, pero nada de lo que dijo causó el efecto del pequeño comentario que hizo Pedro Algorta. Era uno de los dos chicos que estaba en el aeropuerto peor vestido que los demás, como si despreciara los valores burgueses. Durante el accidente recibió un golpe en la cabeza que le había producido amnesia total, y no recordaba nada

de lo que había sucedido el día anterior. Algorta estaba mirando cómo Canessa y Fito Strauch cortaban carne, pero no dijo nada hasta el momento en que le ofrecieron una tajada. La tomó, la tragó y entonces dijo:

—Es como la Sagrada Comunión. Cuando Cristo murió, nos entregó su cuerpo para que tuviéramos una vida espiritual. Mi amigo me entrega su cuerpo para darme la vida física.

Con este pensamiento, Coche Inciarte y Pancho Delgado tomaron por primera vez su parte, y Marcelo se agarró a él y lo esgrimió como un concepto para convencer a los demás de que debían seguir su ejemplo y sobrevivir. Uno a uno lo fueron haciendo, hasta que sólo quedaron Liliana y Javier Methol.

Ahora que ya se había hecho patente que iban a vivir alimentándose de los muertos, organizaron un grupo entre los chicos más fuertes para que cubrieran los cadáveres con nieve, mientras que los más débiles o los heridos se sentaban en los asientos con las bandejas de aluminio al sol para convertir la nieve en agua que recogían en botellas de vino vacías. Los otros limpiaban el interior del avión. Canessa, una vez que hubo cortado suficiente carne para satisfacer sus inmediatas necesidades, inspeccionó a los heridos. Quedó bastante satisfecho de lo que vio. La mayor parte de las heridas que estaban a la vista, continuaban cicatrizando, y ninguna mostraba señales de infección. Las inflamaciones que rodeaban a los huesos rotos, también iban cediendo. Alvaro Mangino y Pancho Delgado ya se las arreglaban, a pesar de los terribles dolores, para salir al exterior. Arturo Nogueira era el que se encontraba en peor estado. Si quería salir del avión había de hacerlo reptando, empujando con los brazos hacia adelante. El estado de la pierna de Rafael Echavarren había empeorado. Mostraba los primeros síntomas de gangrena.

Enrique Platero, a quien le habían arrancado el tubo de acero del estómago, le dijo a Canessa que se encontraba perfectamente bien, pero que todavía tenía algo que le asomaba por la herida. Con mucho cuidado, el doctor le quitó la camiseta de rugby que continuaba usando como venda y confirmó la observación del paciente: la herida estaba cicatrizando bien, pero había algo que salía. Parte se había secado y Canessa le sugirió que si le cortaba la parte seca, sería mucho más fácil meter el resto dentro.

—Pero ¿qué es eso que asoma? —preguntó Platero.

Canessa se encogió de hombros.

—No sé. Probablemente es parte del interior del estómago, pero si fuera el intestino y lo corto, entonces malo. Tendrás peritonitis —le dijo Canessa.

Platero no vaciló.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo reclinándose de nuevo en la puerta.

Canessa se preparó para operar. Como bisturí tenía que elegir entre un pedazo de vidrio roto o una hoja de afeitar. Su esterilizador, la temperatura bajo cero que les rodeaba. Desinfectó con agua de colonia la parte que rodeaba la herida y después, muy cuidadosamente, cortó un trozo de la piel seca con el cristal. Platero no sintió nada, pero lo que quedaba, aún no se podía meter debajo de la piel. Todavía más cuidadosamente, Canessa cortó otra parte más cerca aún de la carne con células vivas, temiendo siempre que fuera el intestino, pero tampoco esta vez parecía haber causado ningún daño y, con una presión del dedo del cirujano, la tripa volvió al interior del estómago de Platero.

—¿Quieres que te dé unos puntos? —preguntó Canessa a su paciente—. Pero debo advertirte que no tenemos la clase de hilo que se usa en cirugía.

—No te preocupes —le contestó Platero irguiéndose, apoyado en los codos, y mirándose el estómago—. Así está bien. Vuelve a vendarme y quedaré como nuevo.

Canessa volvió a vendarlo con la camisa apretándola tan fuerte como pudo y una vez terminada esta operación, Platero saltó de su hamaca diciendo:

—Ahora ya estoy listo para salir en la primera expedición y cuando lleguemos a Montevideo, serás mi médico de cabecera. Jamás podré encontrar uno mejor que tú.

En el exterior, siguiendo el ejemplo de Gustavo Nicolich, Carlitos Páez estaba escribiendo a su padre, su madre y sus hermanas. También escribió a su abuela lo siguiente:

«No te puedes imaginar cuánto pienso en ti, porque te quiero, te adoro, y la vida te ha dado tantos golpes, que no me puedo imaginar cómo vas a recibir éste. "Buba", me has enseñado

muchas cosas en esta vida, pero la más importante de todas, ha sido tener fe en Dios. Esta fe ha aumentado tanto, que no te lo podrías imaginar...

»Quiero que sepas que tú eres la abuela mejor del mundo y me acordaré de ti toda mi vida.»

4

Zerbino, Turcatti y Maspons siguieron el rastro que había dejado el avión en la montaña. Cada veinte o veinticinco pasos, se veían obligados a descansar, en espera de que sus corazones recobraran el ritmo normal. La montaña les parecía casi vertical y tenían que ir hincando las manos en la nieve. Se marcharon con tanta prisa, que no tuvieron la precaución de equiparse adecuadamente para la ascensión. Iban en zapatillas o mocasines, jerseys, chaquetas de verano y pantalones de tela ligera. Los tres eran muy fuertes, fortaleza que habían adquirido en los entrenamientos, pero no habían comido casi nada en los últimos once días.

No hacía mucho frío aquella tarde. Mientras subían, el sol calentaba sus espaldas. Lo que más les hacía sufrir eran sus pies, empapados de agua helada. A media tarde alcanzaron una roca, y Zerbino vio que a su alrededor la nieve se estaba derritiendo. Se agachó y chupó las gotas de agua de los copos fundidos. Encontró otra especie de líquen que trató de comer, pero sabía a tierra. Continuaron subiendo, pero hacia las siete de la tarde se dieron cuenta de que sólo se hallaban a medio camino de la cumbre de la montaña. Ya se había puesto el sol y estaba oscureciendo. Se sentaron para decidir lo que debían hacer. Todos se mostraron de acuerdo en que cada momento haría más frío y si se quedaban allí, lo más probable era que murieran. La otra alternativa era regresar, pero entonces sería inútil el esfuerzo realizado. Llegar hasta la cumbre o encontrar la cola con las baterías, era la única oportunidad de sobrevivir que tendrían los veintisiete que quedaban. Decidieron pasar la noche en la montaña, para lo cual comenzaron a buscar un lugar apropiado.

Más adelante encontraron un otero donde el viento había barrido

la nieve que lo cubría dejando al descubierto la roca que se encontraba debajo. Levantaron una pared de piedra para protegerse del viento, y cuando la oscuridad se cernía sobre ellos, se acostaron tratando de dormir. Como siempre, con la oscuridad llegó el frío, y para protegerse contra las temperaturas bajo cero y el viento helado, no tenían más que las ligeras ropas que llevaban, y era casi tanto como si estuvieran desnudos. No había forma de dormir. Se veían obligados a golpearse unos a otros con manos y pies para mantener la circulación y rogaban ser golpeados en la cara, pero sus bocas se helaron hasta el punto de que no podían pronunciar una sola palabra. Ninguno de los tres imaginaba que podría llegar a ver el nuevo amanecer. Cuando apareció el sol por el Este, quedaron asombrados de verlo y mientras se elevaba en el cielo, iba calentando sus helados cuerpos. Tenían empapadas las ropas que llevaban, así que se levantaron, se quitaron las camisas, pantalones y calcetines, y los retorcieron para secarlos. El sol se escondió detrás de una nube, de manera que tuvieron que volver a ponerse aquellas prendas húmedas y continuaron la ascensión.

De vez en cuando se detenían para descansar y miraban hacia los restos del Fairchild. A aquella altura, parecía un punto en la nieve, imposible de distinguir entre las innumerables rocas desnudas de nieve que había alrededor. No se distinguía la S que pintaron en el techo del avión, y entonces los tres comprendieron por qué no habían sido rescatados: era imposible advertir el avión desde el aire. Pero no sólo esto los deprimía. Cuanto más avanzaban, más montañas veían ante sí. Nada indicaba que estuvieran al extremo de los Andes; solamente podían ver hacia el Norte, Sur y Este. La montaña que estaban subiendo, aún les impedía ver hacia el Sur y el Oeste y veían que ya faltaba poco para llegar a la cumbre. Cuando creían haberla alcanzado, descubrían que era sólo un cerro. La montaña continuaba alzándose ante ellos.

Al llegar a uno de estos cerros, sus esfuerzos se vieron recompensados. Una de las rocas desprovistas de nieve parecía como si hubiera recibido un golpe. Luego vieron que, a su alrededor, había pedazos de metal retorcido que pertenecían a una de las alas. Un poco más arriba, donde el suelo formaba una especie de plataforma, había, volcado, un asiento del avión. Lo levantaron y vieron, atado a él todavía, el cuerpo muerto de uno de sus amigos. Tenía

la cara ennegrecida y supusieron que quizá la habría quemado el rebufo de uno de los motores.

Con gran cuidado, Zerbino retiró de sus ropas la cartera y el documento de identidad, así como una cadena con medallas que el muerto llevaba alrededor del cuello. Hizo lo mismo cuando encontraron los cuerpos de tres Old Christians y dos miembros de la tripulación que también habían salido despedidos por la cola del aparato.

Contaron los cuerpos de los que allí había y agregaron el número de los que se encontraban abajo. La suma dio un total de cuarenta y cuatro. Faltaba uno. Entonces recordaron la figura de Valeta desapareciendo en la nieve la tarde del accidente. La cuenta salía exacta: seis cuerpos allí, once muertos en torno del avión, el desaparecido en la nieve, veinticuatro supervivientes abajo y ellos tres; total, cuarenta y cinco.

Todavía no habían llegado a la cumbre y no se veían señales de la cola del avión o de otros restos perdidos. Regresaron montaña abajo, siguiendo el mismo rastro que había dejado el aparato y, en una grieta, encontraron uno de los motores. Desde donde estaban, la vista era magnífica y los reflejos del sol en la nieve los hicieron parpadear mientras observaban el panorama a su alrededor. Todos llevaban gafas de sol, pero las de Zerbino estaban rotas por el puente y, mientras ascendían se habían deslizado hacia abajo lo que le facilitaba el mirar por encima de ellas. Esto mismo sucedía mientras bajaban, llevando los almohadones de los asientos del avión atados a los pies. Iban zigzagueando, parándose cada vez que encontraban trozos de metal o de cualquier otra cosa perteneciente al avión, tratando de saber si les sería de alguna utilidad. Encontraron parte del sistema de calefacción del avión, el lavabo y fragmentos de la cola, aunque no la cola entera. Cuando llegaron a un punto donde el rastro del avión pasaba por un lugar escarpado, se desviaron por la ladera de la montaña. Para entonces, Zerbino estaba tan cegado por los reflejos del sol en la nieve que casi no podía ver. Continuaba su camino, guiado, a veces, por los otros.

—Creo que debemos confesar a los demás lo difícil que parece —dijo Maspons, mientras se acercaban al aparato.

—No —le contestó Turcatti—. ¿Qué ventaja podremos obtener

decepcionándolos? —Y luego, preguntó—: Pero ¿qué ha pasado con tu zapato?

Maspons se miró los pies y vio que había perdido un zapato mientras caminaban. El pie se le había entumecido hasta tal punto que no experimentaba sensación alguna.

Los otros veinticuatro supervivientes quedaron encantados al verlos regresar, pero tristes al mismo tiempo porque no habían encontrado la cola, y asombrados también, por el estado en que se encontraban. Los tres se quejaban: les dolían los pies medio congelados, y tenían un aspecto desastroso después de haber pasado la noche en la montaña. Zerbino estaba prácticamente ciego. En seguida los metieron dentro del avión y les llevaron grandes pedazos de carne que se comieron sin vacilar. Poco después, Canessa les curó los ojos, que no cesaban de llorar, con gotas de un colirio que había encontrado en una maleta, creyendo que les sentaría bien. Las gotas les escocían los ojos, pero notaron que les aliviaban. Zerbino se vendó los ojos con una camiseta de rugby, que no se quitó hasta dos días más tarde. Cuando se quitó la camiseta, no veía más que sombras, así que continuó usándola como una especie de velo para evitar que el sol le diera en los ojos. Comía con este velo puesto, y su ceguera lo hizo intolerablemente agresivo e irritable.

También les dolían los pies. Los tenían rojos e hinchados debido al frío, y sus amigos les daban suaves masajes. Todos se dieron perfecta cuenta de que una expedición de tan sólo un día, casi había acabado con tres de los chicos más fuertes y, de nuevo, decayó la moral entre ellos.

5

Días después, el sol desapareció detrás de unas nubes, dejando inútiles los «aparatos de conversión de agua», de manera que los chicos tuvieron que volver a usar el viejo método de las botellas. Entonces, a Roy Harley y Carlitos Páez se les ocurrió hacer fuego con las tablas de una caja de «Coca-Cola» que encontraron en el departamento de equipajes del avión. Sostuvieron las bandejas de aluminio encima del fuego y, muy pronto, tuvieron agua suficiente.

Habían quedado algunas brasas y parecía razonable intentar asar un poco de carne. No la dejaron mucho tiempo al fuego, pero el ligero asado daba a la carne mejor sabor, más suave que el de la de vaca pero muy parecido.

El aroma que despedía, reunió a varios muchachos alrededor del fuego, y Coche Inciarte, que era el que sentía mayor repugnancia por la carne cruda, la encontró muy buena una vez asada. A Roy Harley, Numa Turcatti y Eduardo Strauch también les era más fácil vencer la repugnancia si estaba asada y la comieron como si se tratara de carne de vaca.

Canessa y los Strauch no eran partidarios de cocinar la carne, y como quiera que habían ganado alguna autoridad sobre el grupo, sus puntos de vista no podían dejar de ser tenidos en cuenta.

—¿No se dan cuenta de que las proteínas mueren a una temperatura superior a los cuarenta grados? Si quieren sacarle todo el provecho a la carne, la tienen que comer cruda —les dijo Canessa tan sabihondo y tan autoritario como de costumbre.

—Y si se cocina —dijo Fernández, mirando los pequeños filetes en la bandeja de aluminio—, la carne encoge. Gran parte del alimento se va en humo o se derrite.

Estas opiniones no convencieron a Inciarte y Harley, quienes apenas se nutrían porque les repugnaba comer carne cruda, pero, de todas formas, cocinarla no era fácil. Primero: la falta de combustible —solamente tenían otras tres cajas— y, segundo, los fuertes vientos que soplaban tan a menudo, impedían hacer fuego en la nieve.

A los pocos días, Eduardo Strauch se sintió tan débil que consiguió por último vencer la repugnancia por la carne cruda, casi obligado por sus dos primos. Harley, Inciarte y Turcatti nunca lo consiguieron, pero se sentían obligados a sobrevivir y se las arreglaron para consumir la cantidad suficiente para mantenerse con vida. Los dos únicos que todavía no habían comido carne humana, eran los dos más viejos del grupo, Liliana y Javier Methol y, al paso de los días, mientras que los otros veinticinco se fortalecían con su nueva dieta, el matrimonio, alimentándose solamente del vino, chocolate y mermelada que quedaba, estaban cada vez más delgados y débiles.

Los muchachos observaban con cierta alarma su creciente debilidad. Marcelo insistía una y otra vez para que vencieran la repug-

nancia y comieran la carne. Ponía en juego todas las razones que podía discurrir y, sobre todo, se apoyaba en las palabras de Pedro Algorta.

—Piensen que es como la Comunión. Piensen que es como el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y que estos alimentos nos los ha dado Dios porque Él quiere que continuemos viviendo.

Liliana escuchaba lo que decía, pero una y otra vez, sacudía la cabeza negando.

—No hay nada malo en que tú lo hagas, Marcelo, pero yo no puedo, sencillamente, no puedo.

Durante algún tiempo, Javier siguió su ejemplo. Continuaba sufriendo a causa de la altitud y Liliana lo cuidaba como si fuera su hijo. Los días transcurrían lentamente y había momentos en que se encontraban solos entre todos los demás. Solían hablar entonces de su hogar en Montevideo, preguntándose qué harían sus hijos a aquella hora y temiendo que la pequeña Marie Noel, que sólo tenía tres años, llorara echando de menos a su madre, o que María Laura, de diez años de edad, no hiciera los deberes.

Javier trataba de convencer a su esposa de que sus padres cuidarían de los chiquillos. Al hablar de los padres de Liliana, ésta se preguntaba si sería posible que fueran a vivir con ellos en su casa de Carrasco cuando regresaran. Miró con un poco de nerviosismo a su marido cuando sugirió esta idea, sabiendo que no todos los esposos son partidarios de vivir con sus suegros bajo el mismo techo, pero Javier sonrió y dijo:

—Naturalmente. ¿Por qué no se nos ha ocurrido antes?

Hablaron de la posibilidad de construir un anexo en su vivienda para que así los padres de Liliana pudieran vivir allí con cierta independencia. Liliana se preocupaba porque quizá no tuvieran dinero suficiente para llevar a cabo estos planes o, porque al construir el anexo, estropearían el jardín, pero Javier la tranquilizaba. Esta conversación debilitó su propósito de no comer carne humana y, cuando la próxima vez Marcelo les ofreció un trozo de carne, Javier la tomó y se obligó a comérsela.

Sólo quedaba Liliana. Aunque estaba tan débil que la vida se le escapaba del cuerpo, su espíritu seguía sereno. Permanecía al lado de su marido, ayudándole continuamente porque él era más débil y a veces se enfadaba porque, al estar mareado por la altitud,

sus movimientos eran lentos y torpes pero, aun con la muerte tan cerca, su cariño hacia él no disminuyó. Allá en las montañas, sus vidas seguían siendo una sola, tal como había sido en Montevideo, y en esta situación desesperada, sus lazos de unión se estrecharon aún más. Incluso la pena que sentían formaba parte de esta unión, y cuando pensaban en sus cuatro chiquillos, a quienes quizá no volvieran a ver, las lágrimas les resbalaban por las mejillas, y no sólo eran lágrimas de dolor, sino de alegría, ya que lo que tanto añoraban ahora, les recordaba todavía más lo que habían tenido.

Cierta tarde, apenas se puso el sol y, cuando los veintisiete supervivientes estaban preparándose para guarecerse del frío en el interior del avión, Liliana se dirigió a Javier y le dijo que cuando regresaran, le gustaría tener otro hijo. Creía que si continuaba con vida era porque Dios lo había dispuesto así.

Javier quedó encantado. Quería a sus hijos y siempre había deseado tener más, aunque, cuando miró a su esposa, pudo ver con lágrimas en los ojos, lo dolorosa que resultaba su proposición. Después de diez días sin alimentos, su cuerpo se había quedado sin reservas. Tenía los pómulos salientes y los ojos hundidos. Solamente su sonrisa era la misma de siempre. La tomó de la mano y le dijo:

—Liliana, tenemos que enfrentarnos a la realidad. No podremos llevar a cabo nada de esto si no sobrevivimos.

—Lo sé —contestó ella.

—Dios desea que sobrevivamos.

—Sí, lo desea.

—Sólo hay una forma de conseguirlo.

—Sí. Sólo hay una forma.

Lentamente, a causa de su debilidad, Liliana y Javier, regresaron al grupo de chicos que se habían colocado en fila para entrar en el avión.

—He cambiado de parecer —le dijo Liliana a Marcelo—. Comeré carne.

Marcelo se acercó al techo del avión y tomó un pequeño trozo de carne humana que había estado secándose al sol. Liliana lo tomó a su vez de las manos de Marcelo y, con gran esfuerzo, consiguió comerla.

CUARTA PARTE

1

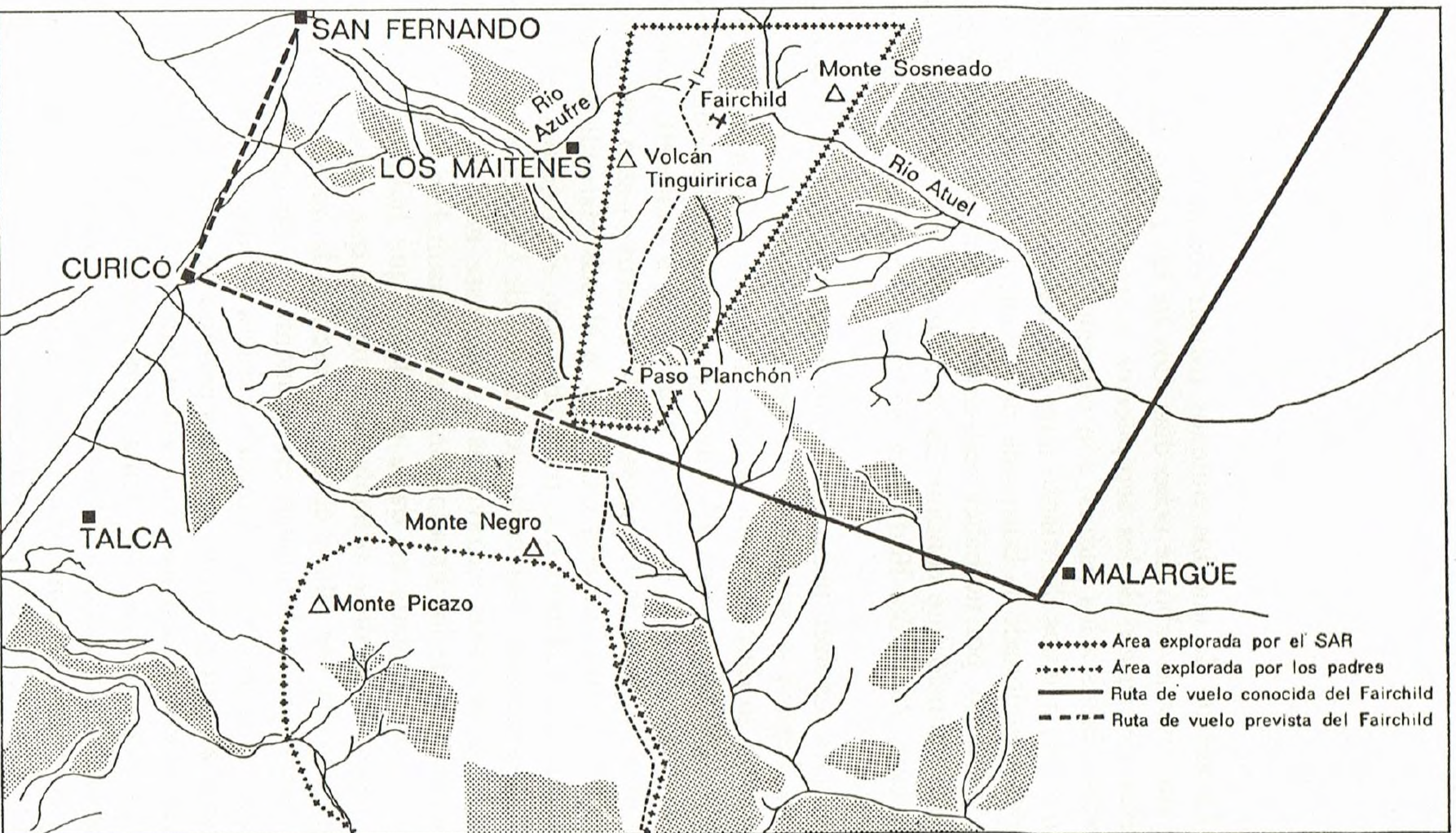
La noticia de que los chilenos habían abandonado la búsqueda de sus hijos al cabo de ocho días, dos de los cuales los aviones no habían despegado de los aeropuertos a causa del mal tiempo, dejó desconsolados a los padres, aún convencidos de que sus hijos estaban todavía vivos. Sentíanse muy disgustados con los chilenos por haber abandonado la búsqueda tan pronto, y molestos con su propio gobierno, por no haber realizado más esfuerzos. En Chile, Páez Vilaró anunció que continuaría la búsqueda por su cuenta. Desde Carrasco, Madelón Rodríguez se puso en contacto con Gérard Croiset.

Gérard Croiset nació en 1910 de padres judíos holandeses y había llegado a su juventud, prácticamente sin cultura alguna. En 1945 lo descubrió un hombre llamado Willem Tenhaeff, que había dedicado su vida a la investigación sistemática del fenómeno de la clarividencia. En 1953, nombraron a Tenhaeff profesor de Parapsicología de la Universidad de Utrecht —algo sin precedentes en la historia de esta ciencia—, y el más maravillado entre los cuarenta clarividentes que trabajaban con el profesor, fue Croiset.

Las dotes más destacadas del talento de Croiset eran las de encontrar a personas extraviadas y, por este motivo, la policía de Holanda y la de los Estados Unidos le consultaban muy a menudo. El método consistía en darle un objeto que hubiera pertenecido a la persona perdida, o hablar con alguien que hubiese tenido alguna relación con ella, y entonces describía la imagen o la serie de imágenes que se formaban en su mente. Si un caso le recordaba alguna experiencia que él mismo hubiera vivido, su sentido se agudizaba. Si, por ejemplo, un niño perdido se había ahogado en un canal, le era mucho más fácil adivinarlo, ya que, de joven, estuvo a punto de morir de esta forma. Nunca aceptaba dinero de quienes le consultaban, y sus facultades disminuían cuando alguien le pedía que encontrara alguna propiedad o dinero perdido.

El profesor Tenhaeff recopilaba y archivaba cada caso en que

2. ÁREA DE LA BÚSQUEDA



intervenía, y después de casi veinte años y centenares de experimentos, contaba con un increíble número de éxitos.

Madelón visitó la Embajada de Holanda en Montevideo y, con uno de los empleados como intérprete, llamó por teléfono al Instituto Parapsicológico de Utrecht. Le dijeron que Gérard Croiset se encontraba en un hospital convaleciente de una reciente operación quirúrgica. Suplicó que, a pesar de todo, le pusieran en contacto con él, pero en vez de hablar con el padre, habló con el hijo, Gérard Croiset, Jr., que vivía en la ciudad de Enschede, y tenía treinta y cuatro años. Se creía que éste había heredado los poderes de su padre. A través del intérprete, el joven Croiset pidió que le enviaran un mapa de los Andes.

Madelón le mandó inmediatamente una carta aeronáutica del área, con un rudimentario diagrama de los pasillos aéreos de Argentina y Chile. Habían dibujado flechas en el mapa, indicando la ruta del Fairchild, con una interrogación en el paso Planchón.

Cuando llamó la próxima vez por teléfono al joven Croiset, éste le dijo que había tomado contacto con el avión. Dijo que se le había desprendido uno de los motores y por este motivo, había perdido altura. No era el piloto, continuó diciendo, el que estaba al mando del avión, sino el copiloto, que ya había cruzado los Andes anteriormente y recordaba un valle donde podían hacer un aterrizaje de emergencia. Había virado entonces a la izquierda (al Sur) o posiblemente a la derecha (al Norte) y se habían estrellado junto a un lago, a unos 65 kilómetros de Planchón. El avión «parecía un gusano»; el morro lo tenía aplastado. No podía ver a los pilotos, pero existía vida. Había supervivientes.

Madelón sabía que un clarividente japonés que vivía en la ciudad de Córdoba, en Argentina, había dicho que el avión había volado hacia el Sur. Esto parecía confirmar la elección hacia el sur y no hacia el norte de Planchón. Madelón fue inmediatamente a casa de Ponce de León.

También Rafael se quedó asombrado al enterarse de que se había suspendido la búsqueda y decidió que, mientras quedara algún familiar que confiase en encontrar a los desaparecidos, éstos tendrían a su disposición toda una red de comunicaciones. Para conseguir este propósito, siguió en contacto con buen número de radioaficionados de Chile. A través de uno de ellos se puso en contacto

con Páez Vilaró, y Madelón le informó sobre su conversación con Gérard Croiset hijo.

La noticia de que el vidente holandés había tomado contacto con el avión, se extendió rápidamente al resto de los parientes. Aunque algunos lo tomaron con escepticismo, especialmente los padres, nombraron una comisión de tres personas para que visitaran al comandante en jefe de la Fuerza Aérea Uruguaya. La delegación hizo una petición oficial para que se enviara un aparato uruguayo a Chile con el fin de buscar el Fairchild en las montañas alrededor de Talca, una ciudad que está a unos doscientos cuarenta kilómetros al sur de Santiago. La petición fue rechazada.

La noticia de la visión del joven Croiset levantó considerablemente la moral de Páez Vilaró. Siempre había considerado la magia más interesante que la ciencia. También había sobrevolado el área donde el Servicio Aéreo de Rescate pensaba que había descendido el avión, entre los volcanes Tinguiririca y Palomo, y sabía que no conseguiría nada buscando entre montañas de tal altitud; pero Croiset había situado el lugar del accidente en las estribaciones de la cordillera, donde las montañas eran mucho más bajas. La labor de un Hércules había sido puesta al alcance de los mortales...

Páez Vilaró salió inmediatamente hacia el Sur, y al día siguiente, el domingo día 22 de octubre, se encontraba sobrevolando las montañas de los alrededores de Talca, en un avión que había conseguido en el Aero Club de San Fernando.

En los días que siguieron se entregó a una intensa actividad. Hizo una lista de todos los propietarios de aviones de Chile y pidió consejo a los pilotos que, invariablemente, le ofrecieron sus servicios. Páez Vilaró podía haber tenido a su disposición treinta aviones y, si no los usaba, era debido a la escasez de combustible que había en Chile. Sabía que el propietario del avión que volara con él durante una hora, se vería obligado a prescindir del automóvil durante un mes; así y todo, hubo muchas personas que, a pesar de estar convencidas de que los chicos habían muerto, le ofrecieron sus aviones sin exigirle pago alguno.

La segunda organización que se constituyó fue la de radioaficionados de Chile, que Rafael había reclutado desde Carrasco. Muchos de ellos no sólo pusieron a disposición de Páez Vilaró las radios,

sino ropas apropiadas y automóviles. Adondequiera que fuese en las montañas, lo seguía un Citroën dos caballos, con la antena moviéndose como los cuernos de un saltamontes. En cualquier momento el automóvil lo ponía en contacto con Rafael en Montevideo y, a través de Rafael, con cualquier persona en el mundo.

Páez Vilaró no permanecía en Talca, puesto que él mismo salía continuamente de expedición al interior de los Andes. Madelón Rodríguez y la madre de Diego Storm llegaron a Talca, lo cual le dio libertad para poner en práctica sus planes. No se conformaba con tener de su parte a los chilenos ricos y sus aviones, para ayudarle a encontrar a los muchachos; quería que hasta el más pobre campesino del valle más remoto de los Andes supiera que aún continuaba la búsqueda de los supervivientes. En cada pueblo que llegaba, preguntaba si alguien había visto caer un avión del cielo, y tuvo que escuchar muchas historias fascinantes, pero increíbles. A quienes interrogaba, les ofrecía una copa o una taza de café. En cierta ocasión llegó a tener cuatro habitaciones en cuatro hoteles diferentes, en caso de que la búsqueda lo llamara en cualquiera de aquellas cuatro direcciones. Tenía dinero, pero los hoteleros y los propietarios de los restaurantes, o bien no lo aceptaban o se consideraban pagados con un dibujo en un plato, en una servilleta o en un mantel.

Su fama le precedía. Ahora, cuando llegaba a un pueblo, se formaba una pequeña multitud a su alrededor, y la gente solía decir:

—Aquí viene el loco que está buscando a su hijo.

A Páez Vilaró no le importaba. Consideraba su misión como algo fantástico y mágico. Todo un ejército desplegado en busca de un avión, bajo la dirección de un adivino holandés. Los habitantes de los pueblos lo tenían por brujo, porque llevaba con él una cámara Polaroid y sacaba fotografías a hombres que hasta entonces jamás habían sido fotografiados.

En avión o a pie, rastreó un área de sesenta y cinco kilómetros a partir del paso aéreo de Planchón, y no encontró nada. Rogó por radio a Rafael que llamara a Croiset de nuevo, y le pidiera más datos, cosa que él hizo inmediatamente, y a las dos de la madrugada, noche tras noche, Croiset, en pijama, describía las imágenes de los Andes que aparecían en su mente.

Les dio gran cantidad de detalles, pero la mayor parte se referían al vuelo del avión y no a la situación que los chicos atravesaban en-

tonces. Muy a menudo describía a un hombre gordo —sin duda, el piloto— que tenía malestar de estómago y abandonaba los mandos dejando el control en manos del copiloto. Vestía una cazadora y se entretenía jugando con sus gafas de vuelo. En aquel momento se paró uno de los motores y el copiloto dirigió el avión hacia una playa, probablemente en la costa o quizás a orillas de un lago, un lugar que recordaba por anteriores vuelos sobre los Andes. Encontró un lago, o tal vez un grupo de tres lagos, e intentó aterrizar, pero el avión chocó contra la ladera de una montaña y quedó medio sepultado por un desprendimiento de rocas. Muy cerca se encontraba otra montaña con una especie de plataforma en la cima, y también tuvo una sensación de peligro, acaso una señal de tráfico indicando peligro. No podía ver rastros de vida en las cercanías del avión, pero era posible que esto indicara que los chicos hubiesen abandonado el aparato y estuvieran refugiados en algún lugar de las cercanías.

Basándose en estos detalles, Páez Vilaró y sus amigos chilenos organizaron nuevas expediciones de búsqueda en las montañas, ya que, para entonces, la fe en las visiones de Croiset se había extendido a otras muchas personas. Madelón se trasladó a Santiago y persuadió al Servicio Aéreo de Rescate para que enviara aviones con el fin de reconocer las montañas que rodeaban la ciudad de Talca. El jefe del destacamento militar de Talca, envió una patrulla al Cerro Picasso (el único de los alrededores que tenía la cima cortada y formaba una especie de plataforma) y durante cinco días, a pesar del intenso frío, estuvieron buscando los restos del Fairchild. Un grupo de sacerdotes salesianos también se internó por las montañas en una búsqueda de tres días por lugares casi inaccesibles, en una especie de ejercicio de «acción de gracias».

Nada encontraron y, en vista de que los vuelos rasantes en las montañas eran excepcionalmente peligrosos, el Servicio Aéreo de Rescate suspendió de nuevo la búsqueda. Sólo los helicópteros eran capaces de volar tan bajo como para encontrar un avión medio enterrado en una montaña, o distinguir al grupo de jóvenes uruguayos al amparo de unos pinos, y por aquellos tiempos, cuando en Chile era muy difícil conseguir jabón o cigarrillos, los helicópteros se encontraban, prácticamente, lejos del alcance del más pudiente.

Pero esto apenas constituía un obstáculo insignificante para Made-

lón, que decidió pedir prestado al presidente Allende su helicóptero privado. Antes de hacerlo, un amigo le habló de un conocido que alquilaba pequeños helicópteros para fumigar sembrados o tender líneas de alta tensión y, en cosa de diez minutos, acordaron con él que, cuando los pequeños helicópteros estuvieran libres, Madelón los alquilaría por la irrisoria cantidad de diez dólares la hora.

Mientras tanto, en la tarde del 28 de octubre, Páez Vilaró y Rafael habían llegado a la conclusión de que ya se había hecho lo máximo que se podía hacer, sin helicópteros, siguiendo las instrucciones de Croiset.

2

El domingo día 29 de octubre, aniversario de la muerte del padre de Marcelo Pérez, su viuda Estela invitó a los padres de los chicos que habían viajado en el avión, a una reunión que se celebraría aquella tarde en su casa. No sólo acudieron los padres, sino los hermanos, hermanas y novias de muchos de los miembros del Club Old Christians.

La mesa de la espaciosa sala de estar de la casa de Estela se hallaba cubierta con mapas de los Andes en los que se indicaba, por medio de círculos y líneas, las áreas alrededor de Talca que habían sido exploradas por Páez Vilaró. En una mesa cercana, había amontonados una especie de hongos que se sabía que crecían en la cordillera y que, probablemente, constituían el alimento de sus hijos.

Entre los allí reunidos reinaba el desconcierto. El optimismo que se había suscitado la semana anterior, cuando Croiset les hizo partícipes de los frutos primeros de sus videncias, se había evaporado. Con sus agitados gestos y aturdido parloteo, muchas de las mujeres, especialmente las chicas, parecían estar al borde de la histeria. Otras se habían sentado y sumido en el silencio de su desesperación.

Estela abrió la reunión diciendo:

—Les he pedido que vinieran porque creo que debemos hacer algo. No podemos quedarnos aquí en Montevideo esperando...

—Páez Vilaró está buscando —interrumpió uno de los parientes.

—Sí —dijo Estela—. Un solo hombre en toda la cordillera.

—No creo que se pueda hacer mucho más —aventuró uno de los padres.

Al oír esto, una joven replicó furiosa:

—Da la impresión de que Páez Vilaró es el padre de todos los chicos. No hay nadie con él —hizo una pausa y luego añadió—: O, ¿tendremos que ser las mujeres las que vayamos a Chile?

La habitación se llenó de voces diferentes que opinaban de distinta forma. Cuando por último se restableció la calma, Jorge Zerbino, abogado y empresario, se dirigió al doctor Luis Surraco diciéndole:

—Luis, me voy a Chile. ¿Quieres ir conmigo?

El doctor Surraco, padre de la novia de Roberto Canessa, era un experto cartógrafo y todos escucharon con atención las explicaciones sobre dónde debían iniciar la búsqueda. La mayoría opinó que habían de seguir las instrucciones de Croiset. El vidente había enviado más información y aunque Zerbino y Surraco no tenían mucha confianza en Croiset, sabían muy bien que el motivo más importante de su expedición no era encontrar a los chicos, sino tranquilizar a las mujeres que se quedaban en casa. De aquí que los dos acordaron buscar por los alrededores de Talca.

Cuando se terminó la reunión, Rafael Ponce de León entró en contacto con Páez Vilaró a través de la radio.

—Zerbino y Surraco van a Chile —anunció—. Van a ayudarte.

La voz que respondió no lo hizo en el mismo tono optimista.

—Que no vengan —dijo Páez Vilaró con desaliento—. No merece la pena.

Rafael quedó sorprendido. ¿Por qué no quería Carlos que fueran?

—¿Estás solo? —le preguntó el pintor.

—Sí —respondió Rafael.

—No se lo digas a los demás —le dijo Páez Vilaró con voz ronca y pausada—, pero es inútil. He perdido toda esperanza de encontrarlos. Sigo buscándolos con un crucifijo en una mano y los signos del Zodíaco en la otra, pero creo que todos habrán muerto ya a estas fechas.

Hubo una pausa y a continuación Rafael le dijo:

—Regresa, Carlos. Todos lo comprenderán si lo haces.

—No —contestó Páez Vilaró—. Madelón cree que todavía viven y no puedo decepcionarla.

Rafael notó que estaba sollozando.

Al día siguiente, Rafael dijo a los doctores Zerbino y Surraco algo acerca de este cambio, pero ellos no quisieron darse por vencidos. Hablaron con Páez Vilaró por radio y le dijeron que ya habían reservado plazas para ir a Chile, y su interlocutor no los desairó.

—Venid, os estaré esperando —y su tono era afectuoso, como siempre.

Todas las personas que rodeaban el transmisor de radio se sintieron locas de alegría. Zerbino y Surraco se encontraron de repente con gran cantidad de mapas, dinero y tampoco les faltaron ayuda y consejos. Los padres de Daniel Shaw y Roy Harley constituyeron un fondo para financiar la búsqueda e incluso llegaron aportaciones de aquellos que, como Seler Parrado, pensaban que sus hijos estaban muertos. Parrado se encontraba entre los más desolados de los afectados por el accidente. Su desesperación no tenía límites. No solamente había perdido a su esposa, a la que tanto había amado, sino también a dos de sus hijos. Toda la vida la había dedicado a los negocios, pero no por propia satisfacción, sino pensando en su familia. Y ahora ya no le quedaba nada. La única hija que aún vivía se trasladó a su casa con el fin de cuidarlo, pero la vida ya no tenía objeto para Seler Parrado. No veía la razón que le justificase continuar. No tenía motivos para seguir viviendo. Con el corazón deshecho, había vendido la moto de Nando a un antiguo amigo de éste. Así y todo, aportó dinero al fondo.

Aquella misma noche anunciaron por radio que, debido a las excepcionales e inesperadas nevadas caídas en los Andes, el Servicio Aéreo de Rescate no reanudaría la búsqueda de los restos del Fairchild en enero, como se había anunciado, sino en febrero. Esta noticia no quebrantó los ánimos de Zerbino y Surraco. Sus maletas ya estaban hechas y partirían al día siguiente.

Los doctores Zerbino y Surraco, juntamente con Guillermo Risso, un amigo de Gastón Costemalle, tomaron el avión para Santiago el día 1 de noviembre. Allí se encontraron con Madelón y la señora de Storm que habían salido de Talca en dirección a Córdoba, en la Argentina, con intención de convencer al vidente japonés de

que las acompañara a Santiago. Las dos mujeres les pusieron al corriente de lo que estaba sucediendo en Talca y, por la tarde, Zerbino, Surraco y Risso continuaron su viaje en un coche alquilado. La situación política de Chile había empeorado y los enemigos del gobierno de Allende habían sembrado las carreteras de salida de Santiago con puntas y tachuelas con la intención de detener todo el tránsito. A consecuencia de esto, el coche en el que viajaban los tres uruguayos tuvo una serie de pinchazos, debido a lo cual sufrieron un gran retraso.

Páez Vilaró los esperaba en la cárcel. Aquella mañana había sobrevolado una central eléctrica y la policía local, nerviosa debido a la situación política, lo acusó de espía, juntamente con el joven uruguayo que estaba con él y que era amigo de los muchachos. Los trataron con amabilidad. Permitieron a Páez Vilaró ponerse en contacto con Ponce de León a quien trató de explicar su situación, pero sin decírselo claramente, ya que no quería fastidiar a las mujeres que con seguridad estarían rodeando en gran número el transmisor de radio.

—Estoy sentado detrás de unos pequeños barrotes... y el panorama es tan hermoso como el que se divisa desde Punta Carretas.

Punta Carretas es la cárcel principal de Montevideo.

Más avanzada la tarde, la policía descubrió que Páez Vilaró no era agente de una potencia extranjera, sino «el lunático que andaba buscando a su hijo» y pusieron en libertad a los dos uruguayos justo a tiempo para dar la bienvenida a Zerbino, Surraco y Risso. Sin pérdida de tiempo, Páez Vilaró los acompañó en una visita de inspección, y la eficacia y extensión de su organización les sorprendió mucho. Aquella tarde, hablaron con Croiset por medio de la radio de Ponce de León y el holandés les proporcionó otra clave con relación a la búsqueda: en el lago donde se había estrellado el avión había una isla.

Páez Vilaró recordó que en uno de los vuelos que efectuó en un helicóptero alquilado, había visto un lago como éste a unos cien kilómetros de Talca. Al día siguiente, llevó a cabo otro vuelo de reconocimiento por aquella área, a la derecha de las dos montañas que no tenían cima, el Cerro Azul y el Cerro Picasso. Volaron por cañones y valles entre las montañas, pero el resultado fue siempre negativo.

Al día siguiente, los uruguayos deseaban volver a buscar por el mismo lugar, pero el helicóptero tenía que regresar a Santiago.

—De todas formas —les dijo el piloto—, si el avión se hubiera estrellado en aquella zona, habría quedado enterrado en la nieve.

No se desanimaron. Bajo la dirección de Surraco, construyeron un mapa en relieve de la zona y buscaron montañeros profesionales dispuestos a ayudarles.

Por la tarde, como era habitual, hablaron con Carrasco y éste les informó que había habido un error en la traducción de uno de los mensajes de Croiset. El avión lo encontrarían a la izquierda de las montañas sin cima y no a la derecha como se había dicho anteriormente.

De aquí que al día siguiente, el 3 de noviembre, salieran con dos guías hacia la pequeña ciudad de Vilches, a unos sesenta kilómetros de Talca. Allí se dividieron en dos grupos y se internaron en las montañas.

Los padres no estaban tan entrenados como sus hijos y la ascensión se hacía difícil debido al aire frío y a los paquetes que cargaban a sus espaldas. Ambos grupos escalaron el Cerro del Peine, pero una vez en la cumbre, no divisaron nada. Rodeados de una espesa niebla, comenzaron el descenso hacia Vilches, gateando por peñascos y dando traspiés cuando sus piernas vacilaban en el descenso.

A sus espaldas tenían la Laguna del Alto y, en busca de restos del avión, exploraron las rocas que la rodeaban. Nada encontraron.

El día 7 de noviembre se hallaban de vuelta en Vilches y el día 8, el helicóptero quedó libre de nuevo y regresó de Santiago. Por la mañana voló sobre el monte Despalmado; por la tarde revisó la zona de la Quebrada del Toro, donde un campesino había dicho que oyó el ruido de un avión al estrellarse. Los uruguayos esperaban en Vilches los resultados de estas incursiones; todas fueron negativas.

El día 9 de noviembre el grupo regresó a Talca y el 10 a Santiago. Comunicaron al Servicio Aéreo de Rescate lo que habían realizado, pero las autoridades repitieron que no se reanudaría la búsqueda oficial hasta que comenzara el deshielo, a finales de enero o quizás a principio de febrero, y lo harían en los alrededores del volcán Tinguiririca.

Aquel mismo día, en Montevideo, se difundió la noticia de que

Croiset había hecho un dibujo de la zona del accidente y que había grabado en cinta magnetofónica una descripción más detallada de la que había dado por teléfono. El paquete que contenía todo esto llegaría en un avión de KLM a mediodía del día siguiente.

Con suficiente antelación, un grupo de parientes se fue al aeropuerto de Carrasco a esperar este importante paquete. Aquella tarde, salía un avión para Santiago y querían copiar el dibujo de Croiset y obtener un duplicado de la cinta, antes de enviar los originales a Páez Vilaró, Zerbino y Surraco en aquel vuelo a Santiago.

El cónsul de Holanda se encontraba con ellos en el aeropuerto, así como también el padre de un Old Christian que era el representante de KLM en Uruguay. El haberse hecho acompañar de estos dos hombres resultó una sabia precaución, ya que el paquete de Croiset no lo habían mandado por separado y se hallaba en uno de los dos sacos de correo procedentes de Europa. Se concedió autorización para abrirlos y poco después lo encontraron. Lo abrieron inmediatamente y un grupo se dedicó a copiar el dibujo mientras que otro sacaba un duplicado de la cinta.

Una vez realizado esto, enviaron los originales en el avión de la SAS a Santiago. A continuación se pusieron en contacto por radio con Páez Vilaró comunicándole las conclusiones a que habían llegado. Tanto el dibujo como el mensaje, señalaban la Laguna del Alto, en las estribaciones de la Cordillera junto a Talca.

Los tres hombres de Santiago no estaban tan convencidos. Después de varios días de búsqueda por las estribaciones de la cordillera, estaban en mejor situación para juzgar el valor del paquete de Croiset, y mucho de lo que decía les pareció bastante desatinado al compararlo con lo que ellos habían visto.

Decía que el accidente había ocurrido en una playa, bien junto al mar o junto a un lago. Cerca de allí estaba la cabaña de un pastor y poco más allá una aldea con casas blancas al estilo mexicano, próxima a donde se había librado una batalla en el año 1876. Veía letras y números pintados en el avión: una N y una Y, y el número 3002. También le había venido a la mente el número 1036, significando quizás que el avión se encontraba a 1.036 metros sobre el nivel del mar.

El morro del avión estaba aplastado; se había deslizado suave-

mente, como un insecto, y había perdido ambas alas. Vio que el fuselaje se encontraba separado del resto del aparato, pero no pudo distinguir ninguna marca, quizá porque estaba muy oscuro bajo la roca donde se había estrellado. Tampoco podía ver vida en el interior del avión; nadie se asomaba a las ventanas.

Sus dibujos eran bastante rudimentarios. También había dibujado un triángulo en el que marcaba distancias concretas, pero no existían puntos de orientación. Todo ello era una mezcolanza de magia y datos técnicos que Surraco no pudo soportar más.

—Es completamente absurdo —dijo—. Estamos persiguiendo una quimera. Si debemos buscar en alguna parte, tiene que ser en los alrededores del Tinguiririca. Allí es donde los hechos, según nuestros conocimientos, nos muestran que debe estar el avión.

Zerbino era de la misma opinión. No veía el objeto de regresar a Talca y como no disponían de los medios necesarios para explorar las altas montañas de las cercanías del Tinguiririca, reservó dos pasajes, uno para él y otro para Surraco, con el fin de volver a Montevideo al día siguiente.

Páez Vilaró trataba de ganar tiempo. Naturalmente tenía sus dudas sobre Croiset, pero no se sentía capaz de defraudar a Madelón y el resto de las mujeres que todavía creían en él. Por este motivo les dijo a Zerbino y Surraco que se quedaría un día o dos más, y cuando ellos regresaron a Uruguay, él volvió a Talca. Desde allí hizo una excursión más a la Laguna del Alto pero no encontró nada.

Unos días antes de que los chicos salieran para Chile, Páez Vilaró había contraído un compromiso para ir a Brasil a mediados de noviembre. Ahora ya se encontraba próximo el día en que lo esperaban en Brasil, así que se preparó para ir. Se había pasado un mes persiguiendo el avión y aun así dejó instrucciones para que otros continuaran la búsqueda. Hizo imprimir varios millares de octavillas ofreciendo en nombre de los padres una recompensa de trescientos mil escudos a quien le ofreciera una información que le garantizara el hallazgo del Fairchild. También dispuso lo necesario para que Estela Pérez se hiciera cargo de los asuntos de Talca y, antes de marcharse, les dio algún dinero a los escolares de Talca con el fin de que fundaran un equipo de rugby que llamarían Old Christians.

El día 16 de noviembre, Páez Vilaró regresó a Montevideo.

QUINTA PARTE

1

El decimoséptimo día, 29 de octubre, transcurrió bastante bien para los atrapados en el Fairchild. Todavía pasaban frío y estaban mojados, sucios y hambrientos y algunos de ellos padecían grandes dolores, pero en los últimos días, el orden había derrotado al caos. Los distintos equipos de cortar, cocinar, derretir nieve y limpiar el interior del avión trabajaban en completa armonía y los heridos dormían con un poco más de comodidad en las «camas colgantes». Y lo que era más importante aún: habían seleccionado a los más idóneos para formar un equipo de expedicionarios que atravesarían los Andes en busca de ayuda. Reinaba el optimismo entre ellos.

Comían a mediodía; sobre las cuatro y media de la tarde, el sol se ocultaba tras las montañas e, inmediatamente, el frío se hacía insoportable. Se alineaban en fila de dos en fondo, por el orden en que iban a ocupar sus puestos para dormir. Juan Carlos Menéndez, Pancho Delgado, Roque el mecánico y Numa Turcatti entraron los últimos pues les correspondía el turno de dormir junto a la entrada.

A medida que iban pasando, se quitaban los zapatos y los colocaban en la red de equipaje de mano situada en el lado derecho. Habían decidido adoptar esta regla aquel mismo día con el fin de no mojar los almohadones y mantas. Luego entraban en el avión y ocupaban sus plazas.

Aunque solamente era media tarde, algunos cerraban los ojos y trataban de dormir. Vizintín había dormido mal la noche anterior y estaba dispuesto a hacerlo esta vez lo más caliente y cómodo posible. Se le había permitido conservar los zapatos puestos, ya que en la litera se veía expuesto al frío. Soplaba un viento fuerte en el exterior y el aire frío penetraba por todos los agujeros del avión. Se las había arreglado para conseguir gran cantidad de almohadones y mantas (las fundas de los asientos que habían unido cosiéndolas, y con ellas se cubrió todo el cuerpo, incluida la cabeza.

Carlitos Páez rezó el rosario en voz baja y algunos muchachos hablaban quedamente entre ellos. Gustavo Nicolich le decía a Roy

Harley que tenía la esperanza de que si moría, alguien entregaría la carta que había escrito a su novia.

—Y si todos morimos —continuó—, puede que alguien encuentre los restos junto con la carta y se la entreguen. La echo mucho de menos y me siento muy abatido porque no la he tratado como se merece. Y a su madre tampoco. —Hizo una pausa y luego añadió—: Hay tantas cosas de las que uno se arrepiente... Espero tener la oportunidad de poder corregirlas.

La oscuridad crecía rápidamente; algunos se quedaron medio dormidos y su respiración se hizo más regular, lo que invitaba a los otros a dormir. Canessa continuó despierto, tratando de comunicar telepáticamente con su madre en Montevideo. Tenía una vívida imagen de ella en su mente y repetía una y otra vez en susurros que eran inaudibles para sus compañeros: «Mamá, estoy vivo, estoy vivo, estoy vivo...» Poco después se quedó dormido.

Todo era silencio en el interior del avión, pero Diego Storm no podía dormir debido a una dolorosa llaga que tenía en la espalda. Estaba acostado en el suelo entre Javier Methol y Carlitos Páez, y cuanto más tiempo pasaba en esta incómoda posición, más convencido quedaba de que estaría mejor si se cambiaba de lugar. Alzó la mirada y vio que Roy Harley todavía estaba despierto, así que le preguntó si le importaba cambiar de sitio. Roy dijo que no y se levantaron y se cambiaron, pasando uno por encima del otro.

Roy se encontraba acostado en el suelo, cubierto el rostro con una camisa y pensando en lo que Nicolich había dicho, cuando sintió una tenue vibración y un instante más tarde, oyó el ruido de metal al chocar contra el suelo. Este ruido lo hizo saltar incorporándose y, al hacerlo, se encontró medio asfixiado por la nieve: le llegaba hasta la cintura y cuando se apartó la camisa del rostro, lo que vio lo dejó aterrado. El avión estaba prácticamente lleno de nieve. La barrera de la entrada había sido derribada y cubierta de nieve y las mantas, almohadones y cuerpos que cubrían el suelo habían desaparecido. Con toda rapidez, Roy se volvió hacia la derecha, apartando la nieve en busca de Carlitos que se encontraba durmiendo en aquel lugar. Le descubrió la cara y luego el torso, pero aun así, Carlitos no podía liberarse. Se oyó un crujido al asentarse la nieve, y debido al intenso frío, inmediatamente se formó una capa de hielo en su superficie. Roy abandonó a Carlitos porque vio las manos de

otros que asomaban en la superficie de la nieve. Estaba desesperado; parecía que era el único que podía acudir en ayuda de los demás. Liberó a Canessa y luego se dirigió a la parte delantera del avión y sacó de la nieve a Fito Strauch, pero transcurrían los minutos y gran parte de los chicos seguían enterrados. Arriba, en las hamacas, Vizintín había comenzado a excavar en la nieve, pero Echavarren no se podía mover y Nogueira, aunque libre, se hallaba paralizado por el susto.

Roy reptó como pudo hacia la entrada y salió por el pequeño agujero que quedó, con la intención de sacar la nieve por el mismo lugar por donde había entrado, pero en seguida se dio cuenta de que esto era imposible, así que regresó por el mismo camino. Vio que Fito Strauch, Canessa, Páez y Moncho Sabella estaban libres y cavando.

Fito Strauch había estado charlando con Coche Inciarte cuando el alud cayó sobre ellos. Se dio cuenta inmediatamente de lo que había sucedido y luchó contra la presión que ejercía la nieve, pero era incapaz de mover un solo centímetro cualquier parte de su cuerpo en ninguna dirección.

Se relajó y pensó con resignación que había llegado su última hora; aunque pudiera escapar, podría ser el único que lo consiguiera, y quizás fuera preferible morir que sobrevivir en solitario, aislado en los Andes. Entonces, oyó voces y Roy Harley lo agarró de la mano. Mientras Roy progresaba hacia su rostro, Fito dijo a su primo Eduardo a través de un agujero que los comunicaba, que conservara la calma y respirase con lentitud, y que llamara a Marcelo. Poco después sintió un agudo dolor en el dedo gordo del pie, y se dio cuenta de que Inciarte lo había mordido. También él se hallaba con vida.

Fito estaba libre. Eduardo salió por el mismo lugar, e Inciarte, después de cavar un pequeño túnel, apareció seguido de Daniel Fernández y Bobby François. Acto seguido, todos se pusieron a escarbar con las manos desnudas en la apretada nieve, buscando a Marcelo en primer lugar. Cuando descubrieron su rostro, vieron que ya estaba muerto.

Fito se dedicaba ahora a trabajar con ahínco en busca de los vivos. También organizó a los demás, que en muchos casos se ha-

llaban tan asustados que no sabían lo que estaban haciendo. Aun cuando una punzada en el costado le obligaba a descansar, continuaba dirigiendo a los otros grupos, para que aquellos que cavaban un hoyo, no tiraran la nieve que sacaban en otro que estuvieran cavando al lado.

Parrado yacía en medio del avión con Liliana Methol a su izquierda y Daniel Maspons a la derecha. No oyó ni vio nada, pero de repente se encontró enterrado y paralizado por la fría y pesada nieve. No podía respirar, pero recordó que había leído en *The Reader's Digest* que era posible vivir bajo la nieve, así que intentó respirar poco a poco. Continuó haciéndolo durante varios minutos, pero el peso que le oprimía el pecho llegó a ser insoportable, comprendió que iba a desmayarse y supo que el fin estaba cerca. No se acordó de Dios ni de su familia, sino que pensó para sí mismo:

«Muy bien, me estoy muriendo.»

Entonces, cuando tenía los pulmones a punto de estallar, apartaron la nieve que le cubría la cara.

Coche Inciarte había visto la avalancha y luego la oyó: un *burrunnn* seguido de un silencio. Estaba inmovilizado, con un metro de nieve encima y el dedo gordo del pie de Fito pegado a su cara. Lo mordió. Era la única forma de averiguar si Fito estaba vivo o de hacerle saber que él lo estaba. El dedo se movió.

La nieve se aplastó encima de él y su peso le hizo orinar. No podía respirar ni moverse. Esperó y poco después sintió que el dedo se apartaba de su rostro. Luchó con la nieve y finalmente se deslizó por el mismo túnel.

Roy había desenterrado hasta la cintura a Carlitos Páez, pero el chico no se pudo mover hasta que Fito, cuando se vio libre, retiró la nieve que le cubría las piernas. En seguida, comenzó a buscar a sus amigos Nicolich y Storm, pero se le congelaban las manos cuando escarbaba. Rápidamente se las calentaba con el encendedor de gas y continuaba, pero cuando encontró a Nicolich y le tomó de la mano, la halló fría y sin vida y no devolvía sus apretones.

No había tiempo para lamentarse. Carlitos, sin titubear, retiró la nieve del rostro de Zerbino y luego libró a Parrado. Cuando se volvió y empezó a desenterrar a Diego Storm, la nieve que sacaba

caía de nuevo sobre Parrado, que comenzó a maldecirlo. Trabajó con más cuidado, pero todo fue en vano. Cuando llegó hasta él, Diego estaba muerto.

Para Canessa, el alud fue como el *flash* de magnesio de una vieja cámara fotográfica. También quedó enterrado, aprisionado y asfixiándose, pero, al igual que Parrado, lo dominó menos el pánico que la curiosidad. «Bien», dijo para sí, «hasta aquí he llegado y ahora voy a saber qué es eso de la muerte. Por lo menos me enteraré de todas esas ideas abstractas sobre Dios, el Purgatorio, el Cielo o el Infierno. Siempre me había preguntado cómo terminaría la historia de mi vida. Bueno, pues aquí estoy en el último capítulo.»

Cuando el libro estaba a punto de cerrarse, una mano lo tocó; se agarró a ella y Roy Harley le abrió un túnel para hacer llegar aire a los pulmones.

Tan pronto como pudo moverse, Canessa buscó a Daniel Maspons. Encontró a su amigo tendido, como si durmiera, pero estaba muerto.

En la nieve que cubría a Zerbino se había formado una pequeña cavidad, lo que le permitió respirar durante unos minutos. Como Canessa y Parrado, no rezó a Dios ni se arrepintió de sus pecados, y aunque su mente conservaba la calma, su cuerpo no se resignaba a morir. Había sacado un brazo en el momento que llegó la avalancha y con gran esfuerzo consiguió abrir una grieta en la nieve a través de la cual, llegaba aire a sus pulmones.

Por encima de él oyó la áspera voz de Carlitos Páez gritando:

—¿Eres tú, Gustavo?

—¡Sí! —gritó Zerbino.

—¿Gustavo Nicolich?

—No. Gustavo Zerbino.

Carlitos se fue.

Más tarde, llegó otra voz hasta él.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Salva a otro —contestó Zerbino.

Y se dispuso a esperar en su tumba hasta que los otros tuvieran tiempo de rescatarlo.

Roque y Menéndez murieron al derrumbarse la barrera, pero parte de ella salvó la vida de otros dos que dormían junto a ella. Numa Turcatti y Pancho Delgado quedaron atrapados bajo la puerta abombada, que había sido la de la salida de emergencia del avión y la añadieron a la barrera, de modo que tenían aire suficiente para respirar bajo su superficie cóncava. Estuvieron así durante seis o siete minutos. De todas formas, hicieron ruido, y entonces Inciarte y Zerbino acudieron en su ayuda. La nieve allí, en la parte trasera del avión, era muy profunda, e Inciarte le pidió a Arturo Nogueira, que los estaba observando desde su «cama colgante», que los ayudara. Nogueira ni se movió ni dijo nada. Permanecía allí como en trance.

Pedro Algorta, todavía enterrado en la nieve, sólo disponía del aire que contenían sus pulmones. Se sentía cerca de la muerte y, el saber que después de muerto su cuerpo ayudaría a sobrevivir a los demás, lo dejó sumido en una especie de éxtasis. Era como si ya se encontrara en las puertas del Cielo. Entonces desapareció la nieve de su rostro.

Javier Methol fue capaz de sacar una mano al exterior, pero cuando trataron de liberarlo, gritó a los chicos que primero liberasen a Liliana. Javier podía tocar a su esposa con los pies y temía que pudiera estar asfixiándose, pero nada podía hacer por ella.

—Liliana —le gritaba—. ¡Haz un esfuerzo! Aguanta. ¡Te sacaré de aquí!

Sabía que podía vivir durante un minuto o dos sin aire, pero el peso de los chicos que cavaban alrededor de él, estaba aplastando la nieve que la cubría. Aún más, el instinto les llevaba a ayudar primero a sus amigos y luego a aquellos que tenían las manos fuera. Inevitablemente, habían dejado para el final a los que, como Javier, podían respirar, y a los que, como Liliana, se encontraban ocultos por completo.

Javier continuaba gritándole a su esposa, rogándole que resistiese, que tuviera fe y que respirara lentamente. Por fin, Zerbino lo libró y, juntos, comenzaron a buscar a Liliana. Cuando la encontraron, estaba muerta. Javier cayó fulminado en la nieve, llorando, abrumado por el dolor. Su único consuelo era la convicción de que

ella, que tanto amor y comprensión le había ofrecido aquí en la tierra, estaría ahora cuidando de él desde el Cielo.

Javier no estaba solo afligido por el dolor, ya que los que aún se hallaban con vida y se reunieron en el pequeño espacio que quedaba entre el techo y el piso cubierto de nieve del avión, supieron que algunos de sus más queridos amigos estaban muertos y enterrados debajo de donde ellos se encontraban. Marcelo Pérez estaba muerto. También Carlos Roque y Juan Carlos Menéndez, aplastados bajo la barrera de la entrada; Enrique Platero, cuya herida del estómago había cicatrizado por fin; Gustavo Nicolich, que con su valentía, después de la noticia del cese de la búsqueda, los había salvado de la desesperación; Daniel Maspons, el amigo íntimo de Canessa, y Diego Storm, otro de la «banda». Ocho habían muerto bajo la nieve.

Las circunstancias a las que tenían que hacer frente los diecinueve supervivientes, no eran tan desesperadas como para no darse cuenta de lo que significaba la muerte de sus amigos. Algunos pensaban que hubiera sido mejor haber perecido en aquellas circunstancias que continuar viviendo en el estado físico y mental en que se encontraban, debido a la ausencia de sus compañeros. Este pensamiento casi coincidió con un segundo alud, que se produjo alrededor de una hora después del primero y que, debido a que la entrada del avión se hallaba obstruida, en su mayor parte pasó por encima del avión. De todas formas, el escape por donde había salido y entrado Roy Harley quedó taponado. El Fairchild estaba enterrado por completo.

Ya avanzada la noche, los supervivientes se hallaban mojados, exhaustos y ateridos, sin zapatos, almohadones o mantas con las que protegerse. Apenas había sitio para permanecer de pie; solamente podían estar tumbados y hacinados, golpeándose unos a otros para restablecer la circulación de la sangre, aunque sin saber a quién pertenecían los brazos y piernas. Para habilitar más espacio, sacaron nieve del centro y la dejaron a ambos extremos del interior; con los primos Strauch y Parrado, Roy cavó un hoyo en el que podían permanecer cuatro personas sentadas y una de pie. Al que le tocaba el turno de estar de pie, debía de saltar encima de los pies de los demás para evitar que se les congelaran.

La noche se hacía interminable. Solamente Carlitos fue capaz de dormir, pero a cortos intervalos. Los demás permanecían despiertos, retorciéndose los dedos de las manos y de los pies y frotándose la cara y las manos para conservar el calor. Después de varias horas, les amenazó otro peligro: el poco aire que quedaba en el avión se vició en extremo. Algunos chicos comenzaron a sentir síntomas de mareo debido a la falta de oxígeno. Roy se dirigió a la entrada y trató de abrir un agujero para que penetrara el aire, pero no consiguió llegar con la mano al exterior y, de todas formas, allí se había formado una capa de hielo demasiado dura para romperla con la mano. Parrado tomó una de las varas de acero que habían utilizado para hacer las hamacas y la metió en la nieve que cubría el techo, empujando hacia arriba. Trabajaba iluminado por cinco encendedores de gas, mientras los muchachos que se habían congregado a su alrededor, lo observaban con ansiedad, pues no tenían idea de la cantidad de nieve que los había cubierto: podía ser una capa de treinta centímetros o de cuatro metros. Pero después de clavar la barra y empujar con fuerza hacia arriba, Parrado sintió que no ofrecía resistencia y cuando la retiró, dejó un pequeño agujero, pero suficiente como para ver a través de él la frágil luz de la luna y de las estrellas.

Mirando por el agujero, esperaron la llegada de la mañana, hasta que en la oscuridad del interior del avión penetró una pálida y lúgubre luz cuando, al salir el sol, sus rayos se filtraron a través de la nieve. Tan pronto como pudieron ver lo suficiente como para saber lo que hacían, comenzaron a pensar en la manera de salir de aquella tumba. Había demasiada nieve amontonada para intentarlo por la entrada, pero parecía que no había tanta sobre la cabina de los pilotos; y podían ver luz filtrándose por una ventana. Canessa, Sabella, Inciarte, Fito Strauch, Harley y Parrado comenzaron a construir un túnel a través de la cabina de los pilotos. Estaba llena de nieve congelada que tenían que quitar con las manos desnudas, y los seis trabajaron por turnos. Zerbino, que llevaba ropas más gruesas y podía soportar el frío mejor que los demás, se delizó entre los cadáveres de los dos pilotos hasta llegar a la ventana, que debido a la inclinación del avión, apuntaba hacia el cielo. Trató de abrirla, pero debido al peso de la nieve acumulada, era imposible, así que regresó. Canessa lo intentó a continuación, pero también fracasó.

El próximo fue Roy y esta vez la ventana se abrió y dio paso a la luz del día.

Sacó la cabeza por la ventana. Eran cerca de las ocho de la mañana, pero más oscuro que de costumbre porque el cielo estaba nublado. Nubes de nieve se arremolinaban a su alrededor. Llevaba un gorro de lana y una cazadora impermeable, pero el fuerte viento le lanzaba la nieve a los ojos y dejaba dolorida la piel de su rostro y sus manos.

Volvió a la cabina de los pilotos y les gritó a los otros:

—No se puede. Hay una tormenta.

—Trata de limpiar la nieve de las ventanas —le sugirió alguien.

Roy se izó de nuevo y esta vez salió al exterior, pero el avión estaba totalmente cubierto de nieve. Era imposible ver dónde estaban las ventanas y temía que al moverse por el techo del avión, resbalara y se perdiera en la nieve. Volvió al interior y se reunió con sus compañeros.

La tormenta duró todo el día y los copos entraban flotando por el túnel, después de pasar junto a los cuerpos de los dos pilotos que continuaban atados a los asientos. La delgada capa de nieve que se formó, sirvió para saciar la sed de algunos de los chicos. Otros utilizaron la que había penetrado la noche anterior.

Era el 30 de octubre, el día que Numa Turcatti cumplía veinticinco años. Los demás le dieron un cigarrillo extra y con la nieve, hicieron una tarta de cumpleaños. Numa no era ni Old Christian ni jugador de *rugby* (se había educado con los jesuitas y prefería el fútbol), pero daba la impresión de fortaleza con su figura rechoncha y ademanes tranquilos. Muchos hubieran querido hacerle pasar un cumpleaños más alegre pero, en cambio, fue él quien levantó los ánimos.

—Hemos pasado lo peor —les dijo—. De ahora en adelante, las cosas serán mucho más sencillas.

No hicieron nada aquel día excepto comer nieve y esperar que pasara la tormenta. Se habló mucho de la avalancha. Algunos de ellos, como Inciarte, pensaban que habían muerto los mejores porque eran los que Dios más amaba, pero había otros que no encontraban ningún sentido a esto. Parrado expuso su firme deseo de salir de allí.

—Tan pronto como pare de nevar, me voy. Si nos quedamos más tiempo, nos matará a todos otra avalancha —les dijo.

—No lo creo así —le contestó juiciosamente Fito—. El avión está enterrado y por eso la segunda avalancha pasó por encima. Estamos a salvo por el momento. Si nos marchamos ahora, es posible que nos arrolle otro alud por el camino.

Escuchaban con respeto la opinión de Fito porque era el que había conservado la calma después de la avalancha y ahora no mostraba los síntomas de la histeria que se estaba apoderando de algunos.

—No hay ningún motivo que nos impida esperar a que mejore el tiempo —añadió.

—Pero ¿por cuánto tiempo? —preguntó Vizintín, otro de los que estaba dispuesto a salir inmediatamente.

—Recuerdo que en Santiago un taxista me dijo que para de nevar y empieza el verano el día quince de noviembre —apuntó Algorta.

—El quince de noviembre —repitió Fito—. Eso es, dentro de dos semanas, así que merece la pena esperar si tenemos más oportunidades de éxito.

Nadie se atrevió a rebatir esta opinión.

—Y para estas fechas —continuó diciendo Fito— habrá luna llena, lo que quiere decir que podremos caminar por la noche cuando la nieve está dura y dormir de día, cuando hace más calor.

No comieron nada aquel día y por la noche, cuando se agruparon para tratar de dormir, todos acompañaron a Carlitos a rezar el rosario. Al día siguiente, el 31 de octubre, cumplía diecinueve años. El regalo que más hubiera deseado, después de un pastel de crema o un batido de moras, era que mejorase el tiempo, pero cuando al día siguiente pasó por el túnel y se asomó al exterior, comprobó que seguía nevando con tanta intensidad como el día anterior. Regresó y les dijo a los otros:

—Tendremos tres días de mal tiempo y luego brillará el sol durante otros tres días.

El intenso frío se combinó con las ropas húmedas para debilitar las fuerzas de todos. No habían comido nada durante dos días y se sentían hambrientos. Los cuerpos de los que habían muerto en el

accidente, seguían enterrados en la nieve en el exterior, de manera que los primos Strauch desenterraron a uno de los que había muerto en la avalancha y cortaron carne de su cuerpo delante de todos los demás. Anteriormente habían cocinado la carne o la habían secado al sol, pero ahora no quedaba otra alternativa que comerla húmeda y cruda a medida que la iban cortando, y como tenían tanta hambre, muchos comieron grandes pedazos que tuvieron que masticar y saborear. Para todos fue horrible. La verdad es que hubo algunos a quienes les fue imposible comer carne del cuerpo de un amigo que dos días antes se encontraba vivo a su lado.

Roberto Canessa y Fito Strauch discutieron con ellos. Fito incluso forzó a Eduardo a comer:

—Tienes que comerla. De otra forma morirás, y te necesitamos vivo.

Pero no hubo poder ni argumento que venciese la repugnancia física en Eduardo Strauch, Inciarte y Turcatti, y a consecuencia de ello, su estado físico empeoró.

El día 1 de noviembre, día de Todos los Santos, era el cumpleaños de Pancho Delgado. Como Carlitos había vaticinado, cesó de nevar y seis de los chicos salieron del avión para tomar el sol. Canessa y Zerbino retiraron la nieve que cubría las ventanas, para dar más luz al interior del avión. Fito y Eduardo Strauch, junto con Daniel Fernández derritieron nieve para conseguir agua, mientras que Carlitos fumaba un cigarrillo y pensaba en su familia, pues también era el cumpleaños de su padre y de su hermana. Ahora estaba seguro de que los volvería a ver. Si Dios lo había salvado del accidente primero y después del alud, era sólo porque deseaba que se volviera a reunir con su familia. La proximidad de Dios en la quietud de aquel paraje reafirmó su convicción.

Cuando una nube ocultó el sol, volvió a hacer frío y los seis regresaron al interior del Fairchild. Todo lo que podían hacer ahora era esperar.

Continuó el buen tiempo durante los días que siguieron. No hubo nevadas intensas y los que estaban más fuertes y conservaban más energías de los diecinueve que quedaban, consiguieron excavar otro túnel al exterior por la parte trasera del avión. Usaban palas que construyeron de planchas de metal o láminas de plástico arrancadas del cuerpo del avión, rompiendo la dura nieve y recobrando objetos que habían perdido durante la avalancha. Páez, por ejemplo, recuperó los zapatos de rugby.

Una vez terminado el túnel, sacaron al exterior la nieve y los cuerpos enterrados en ella. La nieve estaba tan dura como una roca y sus herramientas no eran muy apropiadas. Los cadáveres congelados conservaban el último gesto de autodefensa; algunos con los brazos levantados para proteger sus caras, al igual que las víctimas del Vesubio en Pompeya, eran los que ofrecían más dificultades al moverlos. Hubo quien no se atrevió a tocar a los muertos, especialmente los cuerpos de sus amigos íntimos, así que ataron largas cintas de nailon a los cuerpos y los arrastraron fuera.

Los que estaban enterrados cerca de la entrada, los dejaron allí, encerrados en la pared de hielo que protegía a los vivos de posibles futuros aludes. Eran una reserva de alimentos, en caso de que una segunda avalancha o una fuerte tormenta ocultara los cuerpos que acababan de sacar, ya que los de aquellos que habían perecido en el accidente, estaban perdidos bajo la nieve. Por la misma razón, cuando los supervivientes se retiraban por la noche, dejaban a la entrada una extremidad o parte de un tronco, por si al día siguiente, debido al mal tiempo, les fuera imposible salir.

Tardaron ocho días en conseguir que el interior fuese más o menos habitable, pero todavía quedaba una pared de nieve a ambos extremos del avión y el espacio en que vivían era más reducido que antes, a pesar de que eran menos los que lo ocupaban. Muchos recordaban con algo de resentimiento los apacibles días anteriores al alud:

—¡Pensábamos que nos encontrábamos muy mal entonces, pero aquello era un lujo y una comodidad comparado con esto!

Solamente obtuvieron una ventaja: una reserva de ropas al des-

pojar de ellas a los muertos. Presintiendo que Dios los ayudaría si ellos se auxiliaban unos a otros, los supervivientes no sólo tomaron medidas para hacer la vida más fácil durante el tiempo que permanecieran allí, sino que planearon y se prepararon para su escapada final.

Antes de la avalancha habían decidido que un equipo formado por los más fuertes debería intentar llegar a Chile. Al principio hubo una división de opiniones entre los que creían que un grupo numeroso tendría más oportunidades y aquellos que consideraban más acertado concentrar sus recursos en otro formado tan sólo por tres o cuatro. Como se demostró durante las semanas que siguieron al accidente y sobre todo durante los días de tormenta posteriores a la avalancha, las dificultades que tendrían que afrontar los expedicionarios serían severas en extremo, por lo que se adoptó lo propuesto por el segundo grupo. Elegirían a cuatro o cinco. Les aumentarían la ración de carne y ocuparían los mejores lugares para dormir. Se verían relevados de las labores diarias de cortar carne y extraer nieve, para que cuando por fin llegara el verano y la nieve comenzara a fundirse hacia finales de noviembre, se encontraran fuertes, saludables y en buenas condiciones para emprender la caminata hacia Chile.

El primer factor que se tendría en cuenta para elegir a los expedicionarios, sería su estado físico. Algunos de los que habían salido ilesos del accidente, se habían resentido después. Los ojos de Zerbino no se habían curado del todo desde la ascensión a la montaña. Inciarte tenía dolorosos forúnculos en una pierna. Sabella y Fernández se encontraban bien, pero al no ser jugadores, su condición física no era tan buena como la de los quince de los Old Christians. Eduardo Strauch, fuerte al principio, se había debilitado por la repugnancia que sentía al comer carne humana inmediatamente después de la avalancha. La opción estaba entre Parrado, Canessa, Harley, Páez, Turcatti, Vizintín y Fito Strauch. Algunos candidatos se mostraban más entusiastas que otros. Parrado estaba tan decidido a escapar, que si no lo hubieran elegido, se hubiera marchado en solitario. También Turcatti estaba empeñado en ser uno de ellos. Había participado en dos expediciones con lo que dejó suficientemente probada su resistencia física y mental, por lo que

los más jóvenes tenían fe ciega en que si él participaba, tendrían éxito.

Canessa tenía más imaginación que muchos de los otros y preveía los peligros y dificultades a los que tendrían que hacer frente, pero debido a su fuerza excepcional y a su capacidad de inventiva, se consideraba obligado a ir. De la misma forma, Fito Strauch se ofreció voluntario, más por sentido de la obligación que por el verdadero deseo de abandonar la relativa seguridad del Fairchild, pero intervino la naturaleza para resolver su caso, y ocho días después del alud le salieron hemorroides, con lo que efectivamente, quedó excluido. Sus dos primos estaban encantados de que se quedara.

Los tres restantes, Páez, Harley y Vizintín, también querían ir y aunque se les consideraba suficientemente entrenados, había dudas sobre la madurez y fortaleza de sus mentes. Se decidió que éstos salieran en una expedición de prueba que duraría un día. Ya se habían realizado, después de la avalancha, algunas pequeñas salidas por las inmediaciones del avión. François e Inciarte habían escalado cien metros de la montaña, descansando cada diez pasos para fumar un cigarrillo. Turcatti había subido acompañado de Algorta, hasta donde se encontraba el ala del avión, pero lo había hecho con menos energía y más esfuerzo que la vez anterior, pues también se encontraba debilitado por la aversión que sentía por la carne cruda.

Páez, Harley y Vizintín salieron a las once de la mañana, siete días después de la avalancha, para probarse a sí mismos. Su plan consistía en bajar hacia el valle hasta la gran montaña del otro lado. Parecía un objetivo fácil para una expedición de un día.

Llevaban dos jerseys cada uno, dos pantalones y botas de rugby. La superficie estaba helada, así que bajaban con facilidad hacia el valle, zigzagueando cuando la pendiente era demasiado inclinada para seguir un camino recto. No llevaban nada que les impidiera la marcha. Después de caminar por espacio de hora y media, encontraron la puerta trasera del avión y un poco más allá, algunos de los recipientes de la despensa: dos cacharros de aluminio para café y «Coca-Cola», un cubo de la basura y un frasco de café instantáneo vacío, pero con residuos de café en el fondo. Inmediatamente los tres echaron nieve en el frasco, la derritieron lo mejor que pudieron y se bebieron el agua con aroma de café. Después vaciaron

el cubo de la basura y con gran alegría descubrieron algunos trozos de caramelos que escrupulosamente dividieron en tres partes y se los comieron sentados en la nieve. Durante un breve instante, permanecieron como en éxtasis. Aunque continuaron buscando, todo lo que pudieron encontrar fue un depósito de gas, un termo roto y un poco de yerba mate. Metieron la yerba en el termo y continuaron su camino llevándolo consigo.

Después de continuar el descenso por el valle durante otras dos horas, comenzaron a darse cuenta de que las distancias en la nieve engañan, comprobando que casi se encontraban tan lejos de la montaña de enfrente como cuando partieron. El avance se había hecho también más difícil debido a que el sol de mediodía había derretido la superficie de la nieve, con lo que, al caminar, se metían en ella hasta las rodillas. A las tres de la tarde decidieron regresar al avión, pero al volver sobre sus pasos comprobaron rápidamente cuánto más difícil se hacía la ascensión en comparación con lo fácil que había sido el descenso. Y para colmo de males, el cielo se encapotó y comenzaron a caer copos de nieve que giraban a su alrededor empujados por el viento.

Tomaron el frasco de café y se refrescaron con el agua con sabor a café. Roy y Carlitos se llevaron los recipientes de la despensa, pensando que serían de utilidad para fundir nieve cuando estuvieran de vuelta en el avión, pero los encontraron demasiado pesados y los abandonaron. Sin embargo, Vizintín continuó con el cubo de la basura que utilizaba como apoyo al subir la ladera.

La ascensión llegó a ser difícil en extremo. Seguían hundiéndose en la nieve hasta las rodillas, el declive era cada vez más pronunciado y abrupto, la nevisca derivaba en una nevada más intensa y los tres estaban muy cansados. Roy y Carlitos se hallaban al borde de la desesperación. Debido a la dificultad de calcular distancias, en aquel terreno cubierto de nieve, no tenían ni idea de lo lejos o cerca que se encontraban del avión. La ladera formaba una especie de dunas y cada vez que llegaban a la cima de una, esperaban encontrarse el Fairchild, pero nunca aparecía; y con cada decepción, su ánimo decaía. Roy comenzó a llorar y Carlitos cayó finalmente en la nieve.

—No puedo seguir —decía—. No puedo, no puedo. Sigan ustedes. Déjenme morir aquí.

—Vamos, Carlitos —le decía Roy llorando—. Por el amor de Dios, ¡vamos! Pensá en tu familia... tu madre... tu padre...

—No puedo, no puedo moverme...

—Levántate, marica —le dijo Vizintín—. Nos congelaremos todos si nos quedamos aquí.

—De acuerdo, soy un marica. Un cobarde. Lo reconozco. Sigan ustedes.

Pero no se marcharon y bombardearon a Carlitos con una mezcla de frases animosas e insultos hasta conseguir que se pusiera en pie de nuevo. Subieron un poco más, hasta la cima de otra colina, pero aún no divisaban el avión.

—¿Cuánto falta todavía? —preguntaba Carlitos—. ¿Cuánto falta?

Poco después volvió a caer en la nieve.

—Sigan ustedes —les dijo—. Yo los seguiré dentro de un minuto.

Pero tampoco esta vez lo abandonaron Vizintín y Harley, y de nuevo lo insultaron y le rogaron hasta que se puso de pie y siguió caminando a través de la espesa nevada.

Llegaron al avión después de la puesta del sol. Los demás ya habían entrado y los aguardaban con ansiedad. Cuando los tres se arrastraron por el túnel al interior del avión casi extenuados, Carlitos y Roy llorando, todos supieron que la prueba había sido dura y que algo había fallado.

—Se hacía imposible —dijo Carlitos—. Se hacía imposible y me derrumbé; deseaba morirme y lloraba como un niño.

Roy se estremeció, sollozó y no dijo nada.

Los ojos de Vizintín, pequeños y juntos, estaban completamente secos.

—Fue duro, pero posible —comentó.

Esto convirtió a Vizintín en el cuarto expedicionario. Carlitos retiró su candidatura después de esta experiencia y Parrado le dijo a Roy que no podía serlo porque lloraba demasiado, lo que hizo que Roy rompiera a llorar de nuevo. Quedó desilusionado porque pensaba que Fito iría. Había conocido a Fito desde que eran niños y se sentía seguro a su lado. Cuando a Fito le salieron hemorroides y se retiró, Roy se sintió feliz de encontrarse entre los que se quedaban.

Los cuatro expedicionarios, una vez designados, se convirtieron en una especie de guerreros cuyas particulares obligaciones les concedían privilegios también especiales. Les permitían todo lo que pudiera mejorar su estado mental o físico. Comían más carne que los demás y podían escoger los trozos que prefirieran. Dormían cómo, dónde y el tiempo que deseaban. No estaban obligados a participar en las tareas diarias de cortar carne y limpiar el avión, aunque Parrado y Canessa, el último no tanto como el primero, continuaron haciéndolo. Por la noche se rezaban oraciones pidiendo por su salud y bienestar, y las conversaciones ante ellos tenían todas un carácter optimista. Sus cuerpos se trataban con mimo, y lo mismo se hacía con sus mentes. Si Methol creía que el avión se hallaba en medio de los Andes, se cuidaba mucho de no comentarlo con un expedicionario. Si alguna vez se discutía la posición del Fairchild con ellos, Chile sólo se encontraba a una milla o dos más allá del otro lado de la montaña.

Fue inevitable quizás que los cuatro trataran de obtener alguna ventaja debido a lo privilegiado de su situación, lo cual creó algún resentimiento. Sabella tuvo que sacrificar sus pantalones de repuesto para dárselos a Canessa; François sólo tenía un par de calcetines, mientras que Vizintín tenía seis. Trozos de grasa que algún chico hambriento había recogido cuidadosamente en la nieve, eran requisados por Canessa que alegaba:

—Lo necesito para adquirir fuerzas, porque si no me pongo fuerte, nunca saldrás de aquí.

Sin embargo, Parrado nunca abusó de su situación. Tampoco lo hizo Turcatti. Ambos trabajaban con el mismo entusiasmo que antes, mostrando la misma calma, efectividad y optimismo.

Los expedicionarios no eran los cabecillas del grupo, sino una casta aparte, separados de los demás por sus privilegios y preocupaciones. Probablemente hubieran llegado a constituir una oligarquía si sus poderes no hubieran sido frenados por el triunvirato de los primos Strauch. De todos los subgrupos de amigos o parientes que habían existido con anterioridad a la avalancha, el suyo fue el único que permaneció intacto. El clan de los más jóvenes había perdido a Nicolich y Storm; Canessa a Maspons; Nogueira a Platero; Methol a su esposa. También había desaparecido Marcelo, el líder que habían heredado del mundo exterior.

La estrecha relación que existía entre Fito Strauch, Eduardo Strauch y Daniel Fernández les dio una ventaja sobre todos los demás al soportar mejor el sufrimiento, no físico sino mental, causado por el aislamiento a que se veían sometidos en las montañas. También poseían aquellas cualidades de realismo y sentido práctico que eran mucho más útiles en aquel trance brutal en que se veían, que la elocuencia de Pancho Delgado o la amable naturaleza de Coche Inciarte. La reputación que habían adquirido, Fito en especial, durante la primera semana al enfrentarse con la desagradable realidad y tomar ingratas decisiones, mereció el respeto de aquellos que habían salvado la vida gracias a ello. Fito, que era el más joven de los tres, era el más respetado, no sólo por sus juiciosas opiniones, sino por la forma en que había dirigido el rescate de los atrapados por la avalancha en el momento de más histeria. Su realismo, unido a la firme creencia en la salvación final, condujo a muchos de los chicos a depositar en él sus esperanzas, y Carlitos y Roy lo propusieron como líder para reemplazar a Marcelo. Pero Fito rehusó la corona que le ofrecían. No había necesidad de institucionalizar la influencia de los primos Strauch.

De todas las tareas que debían realizarse, el cortar carne de los cuerpos de sus amigos muertos era la más difícil y desagradable. La llevaron a cabo Fito, Eduardo y Daniel Fernández. Era algo tan horrible que aun muchachos tan duros como Parrado o Vizintín no se sentían capaces de llevar a cabo. Primero tenían que desenterrar los cadáveres y tenderlos al sol. El frío los conservaba tal como estaban en el momento de la muerte. Si tenían los ojos abiertos, había que cerrárselos, pues era difícil sajar a un amigo ante su vítrea mirada, por muy seguros que estuvieran de que su alma lo había abandonado hacía tiempo.

Los Strauch y Fernández, a menudo ayudados por Zerbino, cortaban grandes pedazos de carne de los cuerpos y después los pasaban a otro equipo que los dividían en trozos más pequeños valiéndose de hojas de afeitar. Este trabajo no era tan desagradable como el anterior, ya que una vez separada la carne de los cuerpos, era más fácil olvidar de qué se trataba.

La carne estaba estrictamente racionada, de lo cual también se encargaban los Strauch y Daniel Fernández. La ración base consistía en un puñado que venía a pesar unos cien gramos, pero

se acordó que aquellos que trabajaban podían tomar algo más, por el desgaste de energías debido al ejercicio, y los expedicionarios podían tomar casi tanto como quisieran. Siempre terminaban un cadáver antes de comenzar otro.

Habían llegado, por necesidad, a comer casi todas las partes del cuerpo. Canessa sabía que el hígado contenía la reserva de vitaminas; por esta razón él lo comía y animaba a los demás para que siguieran su ejemplo, hasta que quedó reservado para los expedicionarios. Habiendo superado la repugnancia de comer el hígado, les fue mucho más fácil pasar al corazón, riñones e intestinos. Para ellos, hacer esto no era tan extraordinario como lo hubiera sido para un europeo o norteamericano, porque es muy común en Uruguay comer los intestinos y las glándulas linfáticas de un novillo en un plato llamado «parrillada». Las capas de grasa que se sacaban de los cuerpos se ponían a secar al sol hasta que se formaba una corteza y entonces todos las comían. Era una fuente de energía y, aunque no era tan apreciada como la carne, no estaba racionada, como tampoco lo estaban los trozos procedentes de los primeros cuerpos y que, abandonados en la nieve, podía recogerlos quien quisiera. Esto ayudaba a llenar los estómagos de los que padecían hambre, pues sólo eran los expedicionarios los que podían comer al máximo. Los demás sentían un continuo deseo de comer más, aunque sabían la importancia de conservar la carne racionada. Solamente despreciaban los pulmones, la piel y los órganos genitales.

Estas eran las normas, pero fuera de ellas progresó un sistema no oficial de ratería que era tolerado por los Strauch. Por esta razón se hizo tan popular cortar los pedazos grandes; de vez en cuando, se deslizaba un pedazo en la boca de uno. Todos los que cortaban carne lo hacían, incluso Fernández y los Strauch, y nadie decía nada mientras no se abusara. Un trozo en la boca por cada diez que se cortaran para los otros, era más o menos normal. Mangino redujo la proporción a uno por cada cinco o seis y Páez a uno por cada tres, pero no ocultaban lo que hacían y sólo desistían cuando los otros les gritaban.

Este sistema, como en una buena constitución, era justo en teoría y lo bastante flexible como para satisfacer la debilidad de la naturaleza humana, pero el peso de la carga caía sobre aquellos que no querían o no podían trabajar. Echavarren y Nogueira con-

tinuaban atrapados en el avión debido a sus piernas rotas, hinchadas, infectadas y gangrenosas, y sólo en contadas ocasiones bajaban de las hamacas y se arrastraban afuera para defecar o derretir nieve para conseguir agua. No había posibilidad de que cortaran carne o recogieran la perdida en la nieve. Delgado también tenía una pierna rota, e Inciarte una infectada. Methol aún se encontraba inutilizado debido a la altitud. François y Roy Harley también estaban inutilizados, pero no en sus extremidades sino en su voluntad. Podían trabajar, pero el shock que les produjo el accidente, o en el caso de Roy el alud seguido del fracaso de la prueba de la expedición, parecía que habían destruido todo sentido de la obligación. Se pasaban el día sentados al sol.

Los trabajadores no mostraban mucha compasión por aquellos que creían unos parásitos. En una situación tan desesperada, la abulia rayaba con lo criminal. Vizintín pensaba que a los que no trabajaran no se les debería dar nada de comer hasta que lo hicieran. Los demás se daban cuenta que debían de conservar a sus compañeros vivos, pero no veían la necesidad de hacer mucho más por ellos. También se mostraban crueles al juzgar el estado de su enfermedad. Algunos pensaban que Nogueira no tenía las piernas rotas y que sólo se imaginaba el dolor que sentía y que Delgado exageraba el dolor que le producía el fémur fracturado. Mangino, después de todo, también tenía una pierna rota, pero se las arreglaba para trabajar cortando carne. Hacían caso omiso de los mareos que sentía Methol debido a la altitud, o de los pies congelados de François. El resultado de esto era que el único suplemento a la ración de los «parásitos» eran las propias reservas de sus cuerpos.

A algunos de los chicos les era todavía difícil comer carne humana cruda. Mientras los otros llegaron al límite de poder comer el hígado, el corazón, los riñones y los intestinos de los muertos, Inciarte, Harley y Turcatti sólo se atrevían con la carne roja de los músculos. Las únicas ocasiones en que les era más fácil comer, era cuando cocinaban la carne; y cada mañana Inciarte se acercaba a Páez, que estaba al cargo de este departamento, y le preguntaba:

—Carlitos, ¿vamos a cocinar hoy?

—No sé; todo depende del viento —le respondía Carlitos, ya que sólo podían encender fuego si el tiempo era bueno.

Pero también influían otros factores. Las reservas de madera eran limitadas; cuando terminaron todas las cajas de Coca Cola, sólo quedaban pequeñas tiras de madera procedentes de una parte de las paredes del avión. También contaba la opinión de Canessa de que las proteínas morían a altas temperaturas, y la de Fito, que al freír la carne, ésta se reducía de tamaño y quedaba menos para comer. En consecuencia, sólo se permitía cocinar una o dos veces a la semana cuando las condiciones atmosféricas lo permitían, y en estas ocasiones, los menos escrupulosos se contenían para que los otros pudieran comer más.

3

Durante los diez días que transcurrieron entre la elección de los cuatro expedicionarios y el 15 de noviembre, día que esperaban que cesara el frío, los diecinueve supervivientes desarrollaron su personalidad tanto en grupos como individualmente.

Parrado, por ejemplo, que antes del accidente era desgarbado, tímido, con ínfulas de *play boy,* se había convertido en un héroe. Su valor, resistencia y abnegación lo hacían el más querido de todos. Era siempre el más dispuesto a desafiar el frío y las montañas y partir en busca de la civilización. Por este motivo los más jóvenes o débiles o menos decididos, depositaban toda su fe en él. También los consolaba cuando lloraban y era el que hacía los trabajos más arduos, a pesar de que, como expedicionario, estaba oficialmente exento. Nunca proponía un nuevo método de acción sin ser él el primero en emprenderlo. Cierta noche, cuando parte de la barrera se cayó debido al fuerte viento, fue Parrado quien se levantó para reconstruirla. Cuando volvió a acostarse se había quedado tan frío que los que dormían a su lado tuvieron que golpearlo y darle masajes para restablecerle la circulación; pero cuando la barrera cayó de nuevo, se levantó y la reconstruyó otra vez.

Parrado tenía solamente dos debilidades. La primera era su empeño en salir de allí. Si hubiera dependido de él solamente, se hu-

biese marchado justo después de la avalancha, sin estar bien preparado. Tenía paciencia con los demás, pero no con la situación. Era incapaz de juzgar por separado las circunstancias en que se encontraban tal y como lo hacía Fito Strauch. Si lo hubieran dejado marcharse cuando él quería, no hubiera sobrevivido.

La otra debilidad era la irritación que le causaba Roy Harley. Le exasperaba que alguien tan preparado físicamente y con tanta resistencia, estuviera siempre llorando; en cambio otros que se encontraban en circunstancias similares debido a lo desesperado de su situación, hallaban en Parrado su única fuente de consuelo. Era sencillo, afectuoso, agradable, optimista y de buen temperamento. Raramente, si lo hizo alguna vez, insultaba y era el más popular como compañero por la noche en el avión.

Después de Parrado era Numa Turcatti el más querido de los chicos. Tenía un cuerpo pequeño y musculoso que desde el primer momento había puesto a disposición de la causa común. La expedición anterior a la avalancha lo había debilitado, y cuando Algorta fue con él hasta donde se encontraba el ala del avión, notó que Numa ya no poseía el vigor de antes. Asimismo seguía con su aversión por la carne cruda. Como había conocido a muy pocos de aquellos muchachos antes de salir de Montevideo, representó una prueba de su resistencia, sencillez y absoluta falta de malicia que llegara a ser tan querido y respetado por ellos. Todos estaban convencidos de que si él y Parrado salieran al frente de una expedición, ésta tendría éxito.

Los otros dos expedicionarios no inspiraban tanta confianza. Se reconocía que Canessa había tenido buenas ideas, como la de hacer las mantas y las hamacas que habían mejorado las condiciones de vida en el avión. Sabía de vitaminas y proteínas y había sido un gran defensor en favor de comer la carne de los muertos. Por otra parte, su reputación médica que se tenía en tanta estima después de la operación que le hizo a Platero, había bajado bastante luego de haber vertido agua de colonia en la pierna de Inciarte, a resultas de lo cual, su infección empeoró.

Sin embargo, la personalidad de Canessa, era lo que hacía difícil la convivencia con él. Siempre estaba nervioso y tenso; se enfadaba a la menor provocación, y maldecía e insultaba a todos con su voz aguda. Raras veces se mostraba valeroso y desinteresado, pues por

lo general era un hombre obstinado e impaciente. Su apodo, «Músculo», se lo habían puesto por su empecinamiento más que por su fuerza física. En el campo de rugby quería decir idiosincrasia; en el avión se paseaba por encima de sus compañeros dormidos, abriéndose camino hacia donde quisiera ir. Hacía lo que quería y nadie lograba impedírselo. Sólo Parrado podía ejercer alguna influencia sobre él. Los Strauch quizás lo hubieran podido controlar, pero no querían enemistarse con ningún expedicionario.

Vizintín no era tan dogmático y dominante como Canessa, pero era más suyo y, sin embargo, no tenía las cualidades de inventiva y el ingenio tan despierto que en Canessa ofrecían alguna compensación. Tenía valor, como lo había demostrado en la expedición de prueba, pero de regreso en el avión, su comportamiento era infantil y caprichoso. Discutía con todos, en especial con Inciarte y Algorta y el único trabajo que hacía era convertir nieve en agua para su consumo y, de vez en cuando, algo que le interesaba particularmente. Con la tela de las fundas de los asientos hizo manoplas para todos los expedicionarios y también algunas gafas de sol. Por la noche, llamaba, llorando, a su madre.

Sólo Canessa ejercía una especie de control sobre Vizintín, y a Mangino le gustaba. Era como si los tres chicos —tenían diecinueve años— más agresivos y quisquillosos hubieran formado una pequeña alianza. Mangino se sentía marginado. Tampoco él, como Turcatti, había conocido con anterioridad a muchos de los chicos y por este motivo no dudaba en mandarlos a paseo. Durante los días que siguieron al accidente se había portado con egoísmo y mostrado signos de histeria, pero, después, a pesar de tener la pierna rota, había trabajado por el grupo tanto como el que más, y algunos, especialmente Canessa y Eduardo Strauch, lo protegían.

Bobby François era otro caso en el que se consideraba su juventud como excusa para sus faltas, de las cuales la principal era la especie de letargo en que había caído. Parecía haber nacido sin instinto de supervivencia. Desde el momento del accidente, cuando se sentó en la nieve, encendió un cigarrillo e hizo esta fría observación, «La quedamos», se había comportado como si sobrevivir no valiera el mínimo esfuerzo. Ya antes del viaje había sido bastante vago —le apodaban Gordito—, pero en estas circunstancias, la pereza equivalía al suicidio y si lo hubieran dejado solo,

habría muerto irremediablemente. No trabajaba. Se sentaba al sol y derretía nieve si lo obligaban; cuando no hacía esto, se sentaba para darse masajes en los pies que se le habían helado al quedar enterrado por la avalancha. Por la noche, si, al moverse, se destapaba, no tenía la suficiente fuerza de voluntad para cubrirse de nuevo, como algún compañero de los que dormía a su lado no lo hiciera. Llegó el momento en que Daniel Fernández le tuvo que dar masajes en los pies para evitar que se le gangrenaran.

Llegó el día en que los primos estuvieron tan encolerizados por la abulia de Bobby que creyeron conveniente hacerlo trabajar; le dijeron que si no lo hacía no le darían nada de comer. Bobby se limitó simplemente a encogerse de hombros, y dijo:

—Bien, me parece justo.

Pero a la mañana siguiente volvió a las andadas y cuando llegó el mediodía, a la hora de la distribución de la comida, no se puso a la cola para recoger su ración. Parecía que le era indiferente vivir o morir, y parecía bastante satisfecho de que fueran los otros los que decidieran por él. Pero no estaban decididos a hacerlo. Su «incentivo» había fallado. Bobby volvió a recibir su ración.

Entre los mayores y más fuertes, Eduardo Strauch era como Parrado, amable y gentil con los más jóvenes y débiles, o sea Mangino, François y Moncho Sabella. Aunque Moncho estaba sano, era más débil que la mayoría y, además, nervioso por naturaleza. Se había portado bien cuando sucedió el accidente (Nicolich estaba convencido de que había salvado su vida) y le hubiera gustado comportarse con tanto valor y trabajar lo mismo que los demás, pero no tenía la suficiente resistencia. Llegó a formar parte del grupo que se sentaba al sol fumando, charlando y fundiendo nieve mientras que los otros realizaban las tareas más pesadas.

Javier Methol también formaba parte de aquel grupo. Siempre estaba mareado, pues la altitud seguía afectándolo. Solía hablar mucho, pero tartamudeaba y nunca terminaba las frases. Los que eran por lo menos diez años más jóvenes que él, lo tenían por un personaje gracioso. Lo llamaban Dumbo, porque les había dicho que éste había sido su apodo de niño, y se reían de él cuando caminaba torpemente por la nieve. Le gastaban bromas, en las cuales él participaba exagerando sus defectos porque sabía que con ello los chicos se divertían y, al mismo tiempo, les levantaba el ánimo.

Por ejemplo, uno de los números consistía en que nunca habían comido una ensaimada y, entonces, Methol se embarcaba en una descripción larga y pedante.

Cuando estaba cerca del final, llegaba otro y le preguntaba:

—¿De qué estás hablando, Dumbo?

—Estoy describiendo una ensaimada.

—¿Una ensaimada? ¿Qué es eso?

—¿No lo sabes? Verás, es una cosa redonda, de un tamaño así... —y comenzaba a repetir la descripción. Cuando volvía a estar cerca del final, llegaba otro y le hacía creer que nunca había comido una, y así sucesivamente

La especialidad de Methol era extraer aceite de trozos de grasa para usarlo como laxante. También era el encargado de afilar los cuchillos, bien empleando otro cuchillo o una piedra. Hizo gafas de sol, primero para Canessa y después para él, con pedazos de plástico y material que recogió de la cabina de los pilotos. Cuando estaba haciendo las suyas, vieron que sólo les puso una lente de plástico. Esta fue la primera noticia que tuvieron de que sólo podía ver por un ojo.

Consolaba a los chicos cuando se sentían desgraciados. Esto también lo hacía Coche Inciarte, que sentía por ellos el mismo afecto que Parrado y Turcatti. De todas formas, Parrado y Turcatti eran expedicionarios, por lo que se encontraban un poco más distanciados, mientras que Coche comprendía su debilidad, ya que él también era débil. Al principio hacía algún trabajo, pero después, cuando se le infectó la pierna, ya no hizo nada. No le importaba que le dieran una ración más pequeña porque no le gustaba la carne cruda. Nunca se quejaba por la comprometida situación en que se encontraban, pero se pasaba el día soñando despierto con el pasado en Montevideo. Aunque a los otros les exasperaba su inactividad, nunca llegaban a enfadarse con él porque a todos les gustaba su carácter abierto y, además, era honrado a carta cabal. También era amable, gentil, de hablar pausado e ingenioso. Nadie podía evitar sus ojos cándidos y sonrientes, incluso cuando una mirada le sorprendía escamoteando un cigarrillo o un trozo extra de carne.

Sin embargo, Pancho Delgado, a quien se le consideraba tan parásito como a Inciarte, estaba en desventaja con respecto a éste,

ya que no poseía su sencilla personalidad ni la amistad que lo unía a Fito Strauch era tan antigua. Era un muchacho de gran elocuencia y atractivo, de ahí que tuviera éxito en la vida cuando ponía en práctica estos talentos. Por ejemplo, con los Sartori, que al principio se habían opuesto rotundamente a que se comprometiese con su hija, pero que se los había ganado con los ramos de flores y regalos que siempre llevaba cuando iba de visita.

Pero no había flores en las montañas, y la elocuencia y el atractivo no se aprecian en las situaciones críticas. La verdad es que la elocuencia que Delgado había usado, se volvió después contra él. Los jóvenes no le habían perdonado su anterior optimismo. Era uno de los mayores y debió de haberlo pensado mucho antes de haberles dado tantas esperanzas sin tener una buena razón en qué apoyarse. Por este motivo, cuando les comunicó que no podía trabajar porque se lo impedía la pierna enferma, algunos no lo creyeron y lo acusaron de mentiroso.

Era una situación que entrañaba peligro. Cuando un grupo se halla en tensión, siempre busca una víctima propiciatoria y Delgado parecía el candidato apropiado. El único amigo que tenía desde Montevideo era Numa Turcatti, demasiado noble para sospechar lo que estaba sucediendo. Todos los que no podían trabajar, estaban protegidos por sus malas condiciones físicas: Methol por no soportar la altitud; Mangino, Sabella, Harley y François por su juventud. Inciarte por su bondad. Por otra parte, Inciarte no pretendía ser más de lo que era y, en cambio, Delgado, tenía ya una mentalidad de abogado. Jugaba con la vida como si fuera una partida de póker, pero no se daba cuenta de que esta vez tenía malas cartas. Se sentía débil porque estaba hambriento y era casi el único de los diecinueve que no podía escamotear o contar con alguien que lo hiciera para él. Era una situación que tendía a empeorar.

Los efectos que la expedición de prueba causaron en Roy Harley y Carlitos Páez fueron contrarios a lo que de ambos se esperaba. El comportamiento de Roy, que en la expedición había sido mejor que el de Carlitos, comenzó después a empeorar. El haber sido rechazado como expedicionario, le hizo pensar que había decepcionado a sus compañeros, y esto, que sucedió inmediatamente des-

pués de la muerte de su íntimo amigo Nicolich, fue para su mente lo que una pierna rota hubiera sido para su cuerpo. Llegó a ser tan sensible que lloraba si alguien le hablaba en tono fuerte y, en cambio, él lo hacía sollozando, como un chiquillo caprichoso. Era perezoso y egoísta y para conseguir algo de él, había que hacer uso de amenazas o de la fuerza.

Con Carlitos sucedió lo contrario. De consentido, infantil y timorato, reconocido por él mismo, pasó a ser un arduo trabajador y responsable de sus actos. No sólo ayudó a cortar carne, sino que se impuso la obligación de cerrar la entrada por las noches.

Tenía cualidades opuestas. Era mandón y peleador, y hurtaba más que ningún otro, aunque su nueva personalidad contribuyó de manera excepcional a levantar la moral del grupo. Aunque era el más joven de todos, se mostraba seguro de sí mismo y tenía una voz grave, como la de un osito gigante. Sus pensamientos eran inocentes, sus parlamentos pomposos y su comportamiento irresponsable a veces —solía perder encendedores y cuchillos en la nieve—, aunque en las montañas, lo mismo que en Montevideo, evocar la imagen de Carlitos hacía aparecer una sonrisa en sus labios. No hacía reír tanto a los demás porque sus chistes fueran graciosos, sino por el efecto cómico que causaba su personalidad. Estaba en posesión de algo importante, pues había muy poco más con que poder divertirse.

Carlitos Páez pertenecía al segundo grupo en cuanto a poderes se refería. Con Algorta y Zerbino, actuaba de auxiliar de Daniel Fernández y los primos Strauch. Los tres recibían las órdenes de los que estaban por encima de ellos y las transmitían a quienes eran sus inferiores. Zerbino en particular, adulaba a los mayores y amedrentaba a los más jóvenes, a pesar de que él, con sus diecinueve años, figuraba entre los últimos. Era afectuoso, pero rígido. Lo mismo que Canessa, se excitaba con facilidad, y llegaba a ponerse histérico si, por ejemplo, alguien ocupaba su lugar en el avión frente a Daniel Fernández. Se sentía más unido a este último. Si Fernández le pedía unos pantalones, se los daba sin vacilar. En cambio, si lo hacía Vizintín, un expedicionario, le contestaba:

—Vete al infierno, sucia bestia. Búscalos por ahí si tanto los necesitas.

Fernández y Zerbino se responsabilizaron en la recogida del dinero y los documentos de quienes morían. Zerbino se impuso a sí mismo la tarea de investigar los pequeños desórdenes, tales como quiénes eran los que se movían por la noche. Por este motivo, a veces lo llamaban «el detective». Antes del accidente, lo apodaban «Orejas», pero después lo llamaron «Caruso», porque en el curso de una conversación sobre platos típicos, resultó que Zerbino nunca había comido *cappelletti alla Caruso* (una especie de *raviolis* con una salsa a la que se ha dado el nombre del tenor italiano) y ni siquiera sabía lo que eran. Su carácter sencillo y afectuoso hacía que a menudo fuese el blanco de las bromas de los demás. Los chicos se reían de él porque, a veces, a última hora de la tarde o a primera de la mañana, no sabía distinguir el sol de la luna, o viceversa. Siempre se mostraba pesimista. Si Fito le pedía que saliera para ver qué tiempo hacía, invariablemente regresaba diciendo:

—Hace un frío terrible y se avecina una tormenta.

Entonces Fito se volvía a Carlitos y le pedía:

—Ve a echar un vistazo.

Y Carlitos, que era un optimista, volvía con su versión:

—Nieva algo, pero no durará mucho tiempo. Dentro de media hora, el cielo estará despejado.

Pedro Algorta no era precisamente un héroe. De acuerdo con el criterio que había rebajado la moral de algunos, debería de haber sido el primero en desaparecer. Aunque había comenzado sus estudios en el Colegio Stella Maris, los continuó en Santiago y luego en Buenos Aires, debido al trabajo que hacía su padre; así que conocía a muy pocos de los diecinueve. De sus dos amigos, uno, Felipe Maquirriaín, había muerto y, el otro, Arturo Nogueira, permanecía inválido en el interior del avión.

Existían varias particularidades que separaban a Algorta de los demás. Era tímido, introspectivo y socialista, mientras que ellos eran impetuosos, extrovertidos y conservadores. En Uruguay había trabajado para el Frente Amplio, una especie de Frente Popular que había presentado su candidatura por primera vez en las recientes elecciones presidenciales. Por otra parte, Daniel Fernández y Fito Strauch pertenecían al Movimiento Universitario Nacional (MUN) que apoyaba a Wilson Ferreira (un blanco liberal); Eduardo Strauch apoyaba a Batlle (un colorado liberal), en tanto que Carlitos Páez

había votado por el reaccionario general Aguerrondo, del partido blanco.

Otra desventaja que tenía Algorta era la amnesia. Todavía no podía recordar lo que había sucedido en los días anteriores al accidente. En cierta ocasión, corrió loco de alegría alrededor del avión cuando Inciarte le dijo que un equipo de Argentina había ganado el campeonato de fútbol. Era absolutamente falso. Pero pasando a cosas más serias, Algorta había olvidado por completo que el interés que lo llevaba a Chile no eran los textos baratos de Ciencias Económicas, o un estudio in situ sobre el socialismo en Sudamérica, sino una chica que había conocido en los tiempos en que vivía en Santiago. En aquellos tiempos pensó que estaba enamorado, pero no habían vuelto a verse por espacio de año y medio, y las cartas que intercambiaron no bastaban para mantener sus sentimientos tan vivos como él hubiera deseado. Su propósito entonces, era solucionar esta cuestión, bien en un sentido o en otro, pero ahora había olvidado hasta que existía. La verdad es que una de las razones por las que deseaba regresar a Montevideo era la de encontrar una novia.

Tenía la mente lo suficientemente despierta para darse cuenta de que debía trabajar para sobrevivir, y sus esfuerzos merecieron la aprobación de los primos, en especial la de Fito. Algorta continuó sintiéndose marginado —principalmente porque no podía participar en las conversaciones que, en general, versaban sobre agricultura—, pero no hasta el extremo de que esto creara en él complejo de aislamiento.

Los tres que constituían el gobierno de esta pequeña comunidad, no eran, considerados individualmente, muy distintos de los demás. Dominaban al grupo en virtud de la fuerza nacida de su unión.

Daniel Fernández, por ejemplo, era el más viejo de los supervivientes después de Methol, y se daba cuenta de la responsabilidad que esto le creaba. Era bastante maduro, incluso para su edad (tenía veintiséis años), y trabajaba con ahínco conservando limpio el interior del avión, recogiendo documentos y controlando la distribución de cuchillos y encendedores. Le daba masajes a los pies congelados de Bobby François (por lo que Bobby le prometió ser su esclavo cuando regresaran a Montevideo) y aconsejó a Canessa que

no operase la pierna infectada de Coche. Aunque tímido por naturaleza, a Daniel le gustaba platicar y contar historias. Era sereno, responsable y agradable. La verdad es que las únicas cualidades que no poseía eran fuerza física y acusada personalidad.

Aunque a Eduardo Strauch lo apodaban «el Alemán», era, en muchos puntos, menos alemán que sus dos primos. Se parecía más a su madre, de la familia de los Urioste, y era menos corpulento que Fito. Su porte era distinguido y sus ademanes muy personales. Era el más culto de los diecinueve, quizá porque había viajado por Europa, y era, de todos, el de mentalidad más amplia. En general, conservaba la calma pero, a veces, se mostraba iracundo en extremo. Tenía cierta inclinación a dar órdenes, especialmente a Páez, pero, al igual que Fito, era amable con los más jóvenes y más exasperantes, como Mangino y François.

Fito Strauch era más temperamental que Eduardo, pero inspiraba más confianza en el grupo. Cuando pensaban en su situación, sus razones eran siempre las más positivas y sus juicios los más cabales. Tenía, además, a su favor, la invención de las gafas de sol, que tanto necesitaban para proteger los ojos de los reflejos de la nieve. Había tomado de la cabina de los pilotos los protectores contra el sol de plástico oscurecido; cortó dos pequeños círculos y los cosió a un armazón hecho de plástico de la carpeta que contenía el plan de vuelo.

Fito también tenía defectos. Al igual que a Daniel Fernández, Mangino lo irritaba. Discutía con Eduardo cuando se acostaban y en cierta ocasión se puso tan furioso con Algorta por apoyarse en él, que se levantó de un salto, gritando:

—¡Me estás matando, me estás matando!

Algorta abrió los ojos y dijo:

—Vamos, Fito, ¿cómo puedes decir eso? —y a continuación se dio vuelta y se quedó dormido.

4

El sistema que implantaron funcionaba bien. Lo mismo que en la Constitución de los Estados Unidos, existían partidas y contra-

partidas. Los Strauch, con sus auxiliares, limitaban el poder de los expedicionarios, y los expedicionarios limitaban el de los Strauch. Ambos grupos se respetaban recíprocamente y los dos actuaban con el consentimiento tácito de los diecinueve.

Entre ellos había dos que no podían formar parte en los grupos a causa de las heridas que sufrieron en el accidente: Rafael Echavarren y Arturo Nogueira. Ambos dormían en la hamaca que había construido Canessa y muy raramente salían del avión. Les era muy difícil caminar, y para arrastrarse hasta la nieve necesitaban más energías de las que disponían sus cuerpos.

Los dos eran distintos, tanto en sus antecedentes como en temperamento. Nogueira, a sus veintiún años, era un estudiante izquierdista de Ciencias Económicas. Echavarren, de veintidós años, era granjero y conservador. Sus puntos de vista eran divergentes y no parecía que pudiera reconciliarlos su sufrimiento común, ya que el menor e inadvertido movimiento de uno de ellos, causaba grandes dolores al otro.

Echavarren, vasco de origen, era de naturaleza abierta y valeroso. El estado de su pierna era lastimoso. El músculo de la pantorrilla, que se le había desprendido, lo habían vuelto a poner en su sitio, pero la herida se infectó. Peor aún, era incapaz de mover la pierna o de frotarse los pies por la noche, así que los dedos se le pusieron morados al principio y después negros por la congelación. Durante el día, le pedía a los otros que trataran de restaurarle la circulación.

—Patroncito —le decía a Daniel Fernández—, dame un masaje en las piernas, ¿quieres? Están tan entumecidas que ni siquiera las siento.

Y cuando Daniel Fernández terminaba, Rafael solía decirle:

—Te prometo, Fernández, que si salgo de ésta, te daré todo el queso que quieras por el resto de tu vida.

Estaba absolutamente decidido a escapar de allí. Todas las mañanas se repetía a sí mismo:

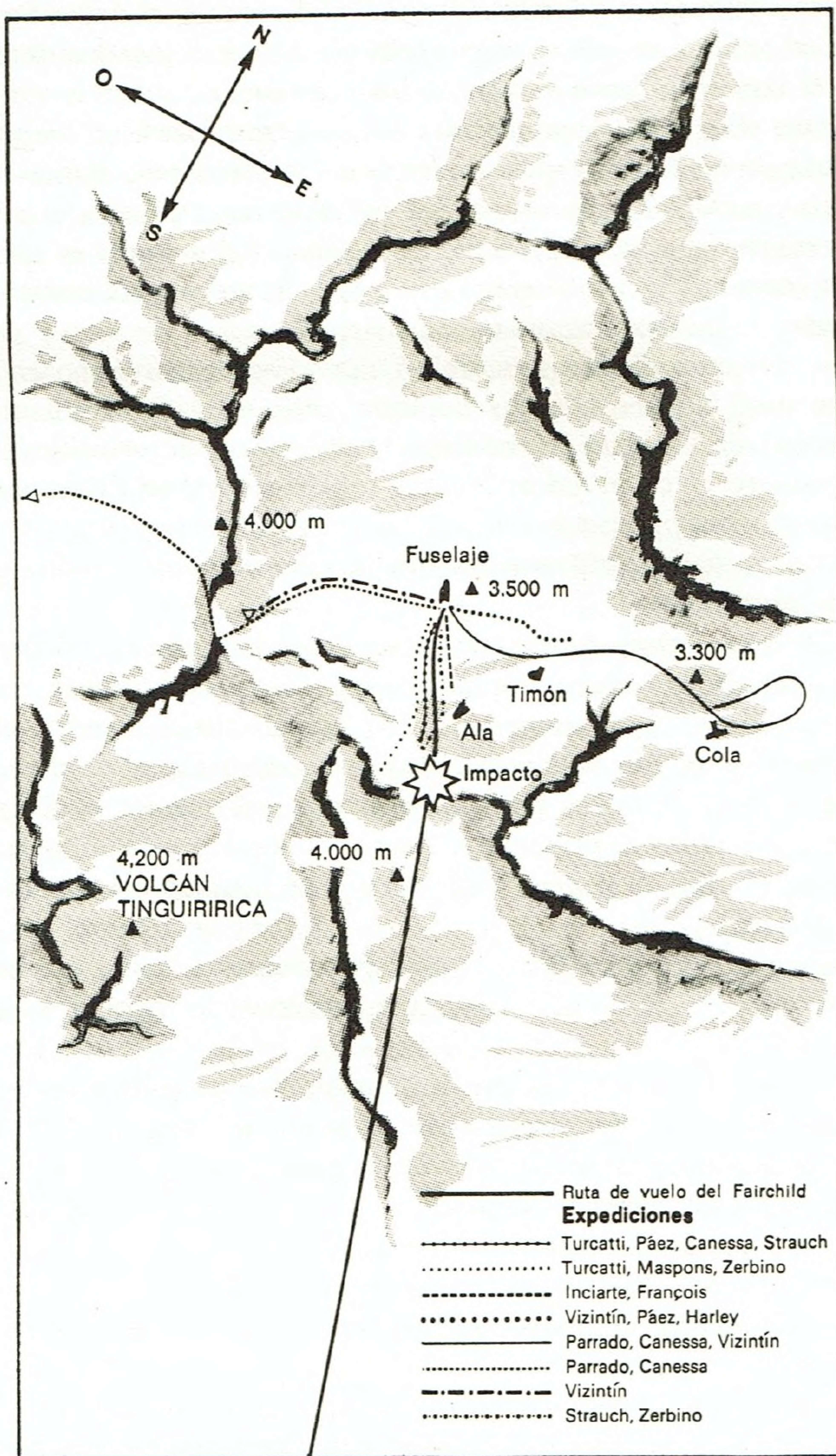
—Soy Rafael Echavarren y juro que regresaré.

Cuando alguien le sugería que escribiera una carta a sus padres o a su novia, contestaba:

—¿Para qué? Se lo contaré todo cuando vuelva.

Su fe lo hizo popular entre todos, como también su sinceridad y

3. ÁREA DEL ACCIDENTE



su honradez. Cuando alguien tropezaba con su pierna herida, lo solía maldecir, pero un minuto o dos más tarde, le pedía disculpas. Los hacía reír con su mímica, «comiendo» una caja de bombones vacía o los entretenía describiendo cómo hacía el queso en su granja.

Su estado empeoró. La pierna se hizo más pesada a causa del pus, y la piel ennegrecida por la gangrena se extendía desde los dedos por todo el pie. Una mañana, con la voz tan alegre y optimista como siempre, les pidió a todos que se reunieran a su alrededor porque quería hablarles, y una vez agrupados, les comunicó que iba a morir. Todos protestaron, pero él seguía firme. Lo comunicaba, dijo, porque quería que los supervivientes transmitieran su última voluntad a su familia: la moto se la regalaba a su criado y el *jeep* a su novia. Los chicos protestaron otra vez, y, al día siguiente, este estado de ánimo desapareció y él volvió a figurar entre los más optimistas.

El estado físico de Arturo Nogueira era mejor que el de Echavarren, pero el mental era el peor de todos. Aun antes del vuelo había sido una persona difícil y áspera, encerrado en sí mismo y silencioso incluso con su familia. La única persona que había sido capaz de hacerlo salir de su caparazón, fue su novia, Inés Lombardero. También ella había sufrido mucho en la vida, pues uno de sus hermanos se había ahogado con otros dos chicos en una canoa que zozobró en las costas de Carrasco. Su único consuelo era Arturo. A menudo, la besaba en plena calle.

Su otra pasión era la política. Su gran sentido de la justicia hizo de él un idealista, socialista unas veces, y otras anarquista. Más o menos abandonó la religión católica en favor de la Utopía. Al igual que Zerbino, trabajó a instancias de los jesuitas, en los barrios pobres de Montevideo, pero ahora confiaba más en hallar soluciones a los candentes problemas de la opresión y la pobreza.

Permanecía solitario en el avión y sus grandes ojos verdes se destacaban en el demacrado rostro con una pequeña perilla. Hubo un tiempo en que mostró algún interés por la situación en que se encontraban y se había adjudicado el papel de cartógrafo, pero al paso de los días su fe disminuyó y abandonó los mapas. Recordaba que de niño había tenido el presentimiento de que moriría a los veintiún años. Un día, hablando con Parrado, le dijo que estaba seguro de que iba a morir.

Peor que su desesperación, era el aislamiento a que se veía sometido. Era desabrido y caprichoso con los demás, y no había nadie, en estas condiciones, que se tomara la molestia de traspasar esta enemistosa coraza exterior. Pedro Algorta era su único amigo íntimo, pero el mismo Pedro estaba en peligro de quedarse aislado también, por lo que no se encontraba en posición de rescatar a Arturo en contra de su voluntad.

Su antagonismo con los demás era sobre todo político. Discutía acaloradamente con Echavarren por las mantas o la posición de los pies, pero esto sólo era una apariencia que cubría sus distintos puntos de vista políticos. Hubo una ocasión en que Páez divertía a los chicos contando historias de su padre. Una de ellas se refería a cuando su padre había estado en África con Gunther Sachs y cómo más tarde, Gunther Sachs y Brigitte Bardot habían estado con ellos en Punta Ballena.

—Oye, Arturo, ¿qué opinas de esto? —preguntó Canessa.

—No me interesa en absoluto. Yo soy socialista —contestó Arturo.

—Tú no eres socialista, tú eres tonto —arguyó Canessa—. Y deja ya de ser tan testarudo.

—Son ustedes unos dictadores y reaccionarios —replicó Arturo resentido—, y no quiero vivir en un Uruguay dominado por los valores materialistas que ustedes representan... especialmente tú, Páez.

—No estoy dispuesto a escucharlo —dijo Carlitos.

—Puede que seas un socialista —intervino Inciarte, temblando de indignación—, pero también eres un ser humano y eso es lo que aquí cuenta.

—No les hagas caso —le dijo Algorta a Nogueira—. Todo esto no tiene la menor importancia.

Nogueira guardó silencio y un poco más tarde, manifestó a Páez que se arrepentía de lo que había dicho.

Durante el día, aun cuando hiciera sol, Nogueira permanecía en el interior del avión. Recogía agua que se filtraba por un agujero del techo, o bien Algorta, Canessa o Zerbino se la llevaban del exterior. Le hablaban de su familia y trataban de persuadirlo para que saliera del avión, porque había quien pensaba que sus heridas eran imaginarias, pero todo lo que hacían sus amigos para levantarle los ánimos, era en vano.

Dentro del avión estaba oscuro, hacía frío y había humedad. Los que permanecían en el interior, respiraban su propio aliento. Nogueira estaba cada vez más débil, hasta que se dieron cuenta que hacía ya una semana que no comía su ración de carne. Después, Algorta se la llevaba y le metía pequeños trozos en la boca, que siempre tenía llena de saliva.

Por último, Parrado y Fito Strauch llegaron a la conclusión de que su aislamiento le costaría la vida. Parrado habló con él.

—¿Te quieres quedar aquí? —le preguntó.

«Quedar» era el eufemismo que empleaban por «morir».

—Sé que me quedaré —contestó Arturo.

—No lo harás —replicó Parrado—. Te sacaré de aquí para el cumpleaños de Inés. Ya lo verás.

Cierta noche cuando estaban preparándose para acostarse, Arturo pidió que le dejaran dirigir el rezo del rosario. Todos estuvieron de acuerdo en que debería hacerlo. Arturo dijo entonces sus dedicatorias, rezando a Dios por sus familias y sus países, por los compañeros que habían muerto y por los que quedaban aún con vida. Puso tal sentimiento en su voz que los dieciocho, algunos de los cuales pensaban que rezar el rosario era otra forma de contar ovejas, se sintieron conmovidos y llenos de un nuevo afecto y admiración por él. Después de terminar los cinco misterios, todos guardaron silencio. Sólo se oía a Arturo sollozar calladamente. Pedro se dirigió a él y le preguntó por qué lloraba.

—Porque me encuentro muy cerca de Dios —contestó Arturo.

Entre sus pertenencias se hallaba la lista de la ropa que había escrito antes de hacer la maleta. La tomó y, en el dorso, con un pulso más débil que de costumbre, escribió una carta para sus padres y su novia.

«En situaciones como ésta la razón humana no llega a abarcar la comprensión del poder infinito y absoluto de Dios sobre los mortales.

Nunca sufrí tanto como ahora físicamente, moralmente, aunque nunca creí más en Él. Físicamente esto es una tortura, día a día, noche a noche, con una pierna rota y el tobillo de la otra completamente inflamado. Moral y espiritual por la ausencia y el deseo de ver a mi NEGRITA, a ti te quiero como no se puede querer jamás. En las noches me pongo a llorar en mi deseo de verte y abrazarte, así como a mamá y papá, a los que les quiero decirles que estaba equivocado en mis manifestaciones y me gustaría abrazarlos y decirles mamita y papito queridos.

Pero como comprenderán, la mayor parte para la Negrita, mi compañera,

el amor más grande de mi vida, sufrida, injustamente golpeada por la vida, a la cual quisiera acompañar hasta el resto de sus días. Te quiero más que nunca, te necesito, mía. Arturo.

Te quiero mi vida, te quiero, te quiero, Negra de mi alma. Fuerza, que la vida es dura aunque merece vivirse, aun el sufrimiento. VALOR.»

Al día siguiente, Arturo estaba más débil todavía y con fiebre. Pedro Algorta se subió a la hamaca para dormir con él y darle calor. Hablaron de su familia, de Inés y los exámenes que tenían que sufrir juntos, de los partidos de fútbol que habían visto en televisión. Hablaba de forma incoherente y poco después comenzó a delirar.

—Mira, ya viene la camioneta de la leche. Ya está aquí el lechero. ¡Rápido, abre la puerta!

Continuó hablando de la camioneta de la leche, después de la de los helados y luego, de una comida con Inés y su familia. De repente se incorporó y trató de saltar sobre los cuerpos de los que dormían debajo. Pedro lo agarró, pero Arturo comenzó a decir a gritos que Páez y Echavarren querían matarlo. Pedro lo sujetó y después *lo golpeó hasta dejarlo tendido en la hamaca. Luego le dio unas* pastillas de librium y valium de las que tenían en el botiquín.

Arturo siguió medio en coma y delirando durante el día siguiente, y por la noche tenía tanto frío que lo bajaron de la hamaca y lo acostaron en el suelo entre ellos. Permanecía más tranquilo y durmió en brazos de Pedro. En esta posición murió. Methol y Zerbino trataron de reanimarlo por medio de la respiración artificial, pero Pedro sabía que era inútil. Lloró, y, al día siguiente, antes de que lo sacaran al exterior, se quedó con la cazadora y el abrigo de Arturo.

5

La muerte de Nogueira los dejó aturdidos. Destruía la tesis de que aquellos que habían sobrevivido al alud estaban destinados a vivir. El escapar se hacía más urgente y los chicos se impacientaban esperando que salieran los expedicionarios, pero, a causa de los vientos fríos y las nevadas, todavía permanecieron días atrapados en el avión.

En los días que siguieron al de la avalancha, no guardaron ningún orden al ocupar las plazas para dormir; los primeros que entraran por la noche, podían ocupar los lugares más calientes. Más tarde elaboraron un plan más estricto y, al mismo tiempo, más justo. Daniel Fernández y Pancho Delgado retiraban los cojines del techo del avión, donde habían permanecido secándose al sol, y los extendían en el suelo. Cuando, cerca de las cinco y media, el sol se ocultaba detrás de la montaña y empezaba a hacer frío, los chicos se alineaban en el orden en que iban a dormir. Primero se colocaba Inciarte (pero sin Páez, que era su compañero); después Fito y Eduardo; luego Daniel Fernández y Gustavo Zerbino (si no les tocaba el turno de dormir junto a la entrada). Después de ellos, el orden no era ya tan estricto. Canessa dormía donde le parecía y Parrado lo hacía, por lo general, junto a él. François y Harley siempre juntos. Javier Methol con Mangino, Algorta con Turcatti o Delgado y Sabella con Vizintín. La última pareja era la que le tocaba dormir en el lugar más frío, junto a la entrada, pero el último en entrar era Carlitos, a quien se le había concedido la tarea de cerrar la entrada a cambio de dormir al lado de Inciarte, en el sitio más caliente del avión.

Era el «tapiador». Pero esta plaza junto a la cabina de los pilotos implicaba otra obligación; la de vaciar, por un agujero del fuselaje, el recipiente de plástico que usaban como orinal. Era una tarea pesada, porque el recipiente solía tener menos capacidad que la vejiga de quien lo usaba, y a veces, tenía que pasarlo dos y hasta tres veces, pero no quedaba otro remedio, ya que no disponían de una vasija más grande. Se la pedían constantemente, porque en muchas ocasiones los chicos se veían obligados a permanecer en el interior durante quince horas seguidas. La mayor parte tenían la consideración de orinar antes de entrar, o si luego sentían esa necesidad lo hacían a las nueve, cuando salía la luna y se disponían a dormir, pero había algunos, en especial Mangino, que invariablemente se despertaba a las tres o a las cuatro de la mañana y le pedía el orinal a Carlitos. En una ocasión, Carlitos se enfadó tanto que pretendió no encontrarlo y Mangino tuvo que salir al exterior. En otra, le prestó el servicio a cambio de un cigarrillo.

Un día, trataron de hacer un segundo vertedero a la entrada del avión, pero cuando se fundía la nieve, también lo hacía la orina

y penetraba en el interior. Sin embargo, era muy difícil para los que dormían junto a la entrada pedir el orinal, ya que esto significaba despertarlos a todos para que lo fueran pasando. Algorta se despertó una noche con esta necesidad y no quiso molestar, por lo tanto decidió orinar contra la pared del avión. A la mañana siguiente, a la luz del día, vio que había orinado en la bandeja de grasa de alguien. No dijo nada.

El interior del avión se convirtió en un revoltijo. No sólo por la orina del suelo; había también restos de grasa y huesos por todas partes. Después de algún tiempo se acordó no dejar huesos dentro y si por la noche metían grasa en el avión, por la mañana tenían que sacarla. Así y todo, la nieve que había en los extremos continuó estando sucia, y sólo las bajas temperaturas evitaban el hedor.

Era difícil dormir. Estaban tan cerca unos de otros que si alguien se movía, habían de moverse todos los demás y, por lo tanto, las mantas se deslizaban y quedaban destapados. También tenían miedo de una segunda avalancha. Estaban atentos al menor ruido del exterior, el ronroneo del volcán Tinguiririca o el estruendo de aludes en otra parte de las montañas. Se desprendían rocas que rodaban montaña abajo hacia ellos. Una golpeó el avión cuando los supervivientes intentaban dormir e Inciarte y Sabella dieron un salto pensando que era otra avalancha. Los demás siempre estaban preparados para hacer lo mismo. Methol dormía sentado, con la cabeza cubierta por una camiseta de rugby para calentar el aire que inhalaba. Cuando se quedaba adormecido, se inclinaba hacia adelante o a un lado, molestando y enfadando a quienes dormían junto a él.

Esta clase de molestias provocaban las discusiones que podían degenerar en peleas. Se maldecían unos a otros por golpearse con los pies o por quitarse las mantas, pero sólo en muy contadas ocasiones esto fue causa de golpes. Canessa y Vizintín resultaban los más temibles en este aspecto. Eran más fuertes que los demás y se aprovechaban de sus privilegios de expedicionarios para dormir como y cuando les venía en gana, aunque tenían mucho cuidado de no enemistarse con Parrado, Fernández o los Strauch. En cierta ocasión Vizintín estaba tumbado con un pie en la cara de Harley porque éste no quería hacerle sitio. Cuando le pidió que lo quitara, no quiso. Entonces Roy le empujó el pie y Vizintín le dio una patada. Roy se puso furioso y hubiera atacado a Vizintín, si no hu-

biese intervenido Daniel Fernández. En otra ocasión Vizintín le dio un puntapié a Turcatti, que aunque se distinguía por su carácter amable, esta vez reaccionó de otra forma y le gritó:

—¡Eres un animal y no te dirigiré la palabra mientras viva!

Inciarte se puso al lado de Turcatti y le dijo:

—¡Tú, hijo de puta, quita la pierna de ahí o te rompo la cara!

Vizintín los mandó al infierno y de nuevo tuvo que intervenir Daniel Fernández para calmarlos.

Inciarte también discutió con Canessa, que levantó la mano para pegarle, pero Inciarte le dijo:

—Si te atreves, te parto la cabeza.

Osadas palabras para alguien que se encontraba entre los más débiles, pero suficientes para que Canessa pensara mejor lo que estaba a punto de hacer. Esta pelea, como la mayor parte de las demás, terminó tan rápidamente como había empezado, con lágrimas, abrazos y la sempiterna frase de que si no permanecían unidos, nunca lograrían salir de allí.

Las disputas, amenazas, juramentos y quejas eran lo único que les permitía relajar la tensión que se creaba en su interior. Si alguien chocaba con la pierna de Echavarren, éste chillaba en proporción con el dolor que le habían causado, y esto le servía al mismo tiempo para desahogarse de la constante agonía que padecía. De la misma forma había otros muchos que se sentían más tranquilos después de llamar a Vizintín «cojonazos» o a Canessa «hijo de puta». Lo verdaderamente extraño era que algunos, sobre todo Parrado, nunca discutían.

Coche Inciarte soñó una noche que estaba durmiendo en el suelo de la casa de su tío en Buenos Aires. Mangino dormía a su lado, rozándole la pierna infectada. En sueños, Coche empezó a darle patadas. Entonces oyó gritos y se despertó: Fito y Carlitos lo estaban sacudiendo por los hombros y Mangino lloraba a su lado. El sueño se hizo realidad, excepto que no estaba en casa de su tío en Buenos Aires, sino en los restos del Fairchild en medio de la cordillera de los Andes.

Antes de quedarse dormidos solían mantener conversaciones que versaban sobre temas distintos, como rugby, que casi todos practicaban, o agronomía, que para la mayoría era una asignatura común, pero casi siempre terminaban hablando de comida. Lo que echaban de menos en su dieta diaria, lo suplían con la imaginación y cuando uno había consumido totalmente su menú, participaba en el de otro. Echavarren, por ejemplo, tenía una granja y conocía al detalle todo lo referente al queso; les daba explicaciones del proceso de su fabricación y describía el sabor y la composición de cada variedad, con tal pasión que muchos de ellos llegaron a pensar en hacerse también granjeros. Para igualar la conversación y dejar que cada uno de ellos pudiera describir hasta los más mínimos detalles, hablaban por turno. Cada uno tenía que describir un plato de los que se cocinaban en su casa y, después, otro que pudiera hacer él mismo. Luego le tocaba el turno a la especialidad de la novia, luego el plato más exótico que hubieran probado, después su pastel favorito seguido de un plato extranjero y otro regional para terminar con la cosa más rara que hubieran comido en su vida.

Nogueira, antes de morir, les había «regalado» con pasteles, merengues y dulce de leche, un postre hecho con leche y azúcar que tenía un sabor entre el de la leche condensada y la crema de caramelo. Harley propuso, como plato de invierno, cacahuetes y dulce de leche, todo cubierto de chocolate y, para el verano, cacahuetes con dulce de leche y helado. Algorta no sabía cocinar ni un plato, pero les «ofreció» a los chicos la paella que su padre hacía a veces y los ñoquis *(gnoccis)* de su tío. Parrado les prometió los *barenkis* hechos por su abuela ucraniana; para los que no sabían qué eran, les describió estas pequeñas tortitas rellenas de queso, jamón y puré de patatas. Vizintín, que pasaba los veranos junto al mar, cerca de la frontera de Brasil, les hizo una descripción de la *bouillabaisse* y Methol le dijo que, cuando regresaran, Vizintín tenía que enseñarles cómo se hacía.

Numa Turcatti estaba escuchando esta conversación.

—Methol —comenzó diciendo.

—Si me llamas Methol no te contesto.

Numa era educado, además de tímido.

—Javier —dijo—, cuando hagas esa *bouillabaisse,* ¿me invitará?

—Lo haré —repuso Methol y sonrió, pues aunque Numa había comenzado la frase usando el verbo en segunda persona del singular, había pasado de la segunda a la tercera persona, lo que equivalía a tratarlo de nuevo de usted.

Methol era el experto en comidas. La ensaimada no fue su única aportación. Era el más viejo y, por lo tanto, el que había comido más variedades, y cuando comenzaron a hacer una lista de los restaurantes de Montevideo, él fue quien aportó más nombres. Inciarte se encargó de anotarlos en una agenda que había pertenecido a Nicolich y cuando escribió el último, con su especialidad más rara *(cappelletti alla Caruso),* contaron noventa y ocho.

Después organizaron un concurso para ver quién confeccionaba el mejor menú, incluidos los vinos, mas para entonces estos banquetes imaginarios les causaban más sufrimientos que alegría. Les deprimía bastante cuando despertaban de sus sueños de *gourmet* y volvían a la realidad de la carne cruda. También temían que los jugos gástricos que quedaban en libertad al pensar en tan suculentos banquetes, les produjera úlcera de estómago. Se pusieron entonces de acuerdo para suspender las conversaciones sobre comidas. Sólo Methol continuó.

Pero aunque conscientemente decidieron apartar de su pensamiento las comidas, no lograron ejercer ningún control sobre sus sueños. Carlitos soñó con una naranja sujeta por un hilo, que colgaba justo encima de su cabeza. Trató de apoderarse de ella, pero nunca podía tocarla. En otra ocasión soñó que un platillo volante se detenía sobre el avión. Bajaron las escaleras y apareció una azafata. Le pidió un batido de frutillas, pero sólo le dio un vaso de agua con una frutilla flotando en la superficie. Se subió al platillo volante y aterrizaron en el aeropuerto de Kennedy, en Nueva York, donde su madre y su abuela lo estaban esperando. Cruzó la sala de estar y compró un batido de frutillas, pero el vaso estaba vacío.

Roy soñó que se hallaba en una confitería y que sacaban galletas del horno. Intentó decirle al confitero que ellos estaban en los Andes, pero no pudo hacerse comprender.

Lo que más les gustaba era pensar y hablar de sus familias. Por esta razón a Carlitos le complacía mirar a la luna; le consolaba que sus padres pudieran estar mirando la misma luna desde Montevideo. Era una de las desventajas que tenía el lugar que ocupaba en el avión, ya que desde allí no podía observar la luna por la ventanilla, pero una vez, a cambio del orinal, Fito sostuvo un espejo de bolsillo de manera que él pudiera ver el reflejo de su adorada luna.

Eduardo solía hablarle a Fito de su viaje por Europa, o ambos hablaban de sus familias, pero cuando lo hacían, frecuentemente oían sollozar a Daniel Fernández que estaba al lado de ellos. Era muy doloroso pensar en sus hogares, y para proteger su entereza, la mayoría de los chicos conseguían apartar estos pensamientos de su mente.

Quedaban muy pocos temas sobre qué hablar. La mayoría de los supervivientes estaban interesados en la política uruguaya, pero se mostraban precavidos después de la reacción de Nogueira, en discutir algo que pudiera despertar tan enconadas pasiones. Cuando oían por la radio que Jorge Batlle, del partido Colorado había sido arrestado por criticar al ejército, Daniel Fernández, partidario de los blancos, daba saltos de contento. Tanto Canessa como Eduardo, habían votado por Batlle en las últimas elecciones presidenciales.

El tema más seguro era la agricultura, porque muchos habían trabajado o estaban trabajando en el campo, o bien sus familias eran propietarias de estancias. Páez, François y Sabella tenían propiedades en la misma región del interior, e Inciarte y Echavarren estaban ambos a cargo de una granja.

De vez en cuando Pedro Algorta se sentía apartado del grupo porque no sabía nada sobre las cuestiones del campo. Al darse cuenta de esto, los granjeros trataban de interesarlo. Planearon un Consorcio Regional Agropecuario Experimental en el que Pedro debía hacerse cargo de los conejos. Vivirían todos juntos en una tierra que poseía Carlitos en Coronilla y en casas diseñadas por Eduardo.

Todos se sentían entusiasmados con el Consorcio Regional, especialmente Methol, que, con Parrado, se haría cargo del restaurante. Cierta tarde, cuando estaban acostados preparándose para dormir, Methol se inclinó sobre Daniel Fernández para preguntarle

si no le importaba apartarse un poco porque le tenía que hacer una pregunta personal a Zerbino. Fernández así lo hizo, desorganizando a todos los demás, mientras que Methol le preguntaba a Zerbino, susurrándole al oído, si se podía hacer cargo de la contabilidad del restaurante.

El Consorcio Regional era un gran proyecto, pero el restaurante llegó a ser su debilidad, y muy pronto dejaron de hablar sobre métodos de engorde del ganado o de la producción de más cereales, para pasar a hacer comentarios sobre los huevos de chorlito y lechones que se iban a servir en el restaurante. Era muy difícil dejar a un lado las comidas cuando planeaban las fiestas que iban a dar acompañados de sus novias, cuando regresaran a Uruguay. No concebían invitar a nadie que no perteneciera al grupo, y cuando pensaban en sus novias, o hablaban de ellas, era siempre de forma honesta y respetuosa. Tenían demasiada necesidad de Dios como para ofenderle con pensamientos o conversaciones salaces. La muerte estaba rondando tan cerca que no se podían arriesgar a cometer el menor pecado. Por añadidura toda necesidad sexual parecía haberles abandonado, sin duda a causa del frío y su propia debilidad. Algunos llegaron incluso a alarmarse al pensar que su alimentación defectuosa llegaría a hacerlos impotentes.

De aquí que no hubiera frustraciones sexuales en el sentido fisiológico, pero existía una gran necesidad de pensar en la compañera de su vida. Las cartas que escribieron Nogueira y Nicolich, las dirigían principalmente a sus novias y no a sus padres. Los que aún vivían y tenían novia —Daniel Fernández, Coche Inciarte, Pancho Delgado, Rafael Echavarren, Roberto Canessa y Álvaro Mangino— pensaban en ellas constantemente y con gran devoción. Pedro Algorta, como ya hemos visto, se había olvidado de la chica que estaba esperándole en Santiago, y se mostraba impaciente por regresar a Uruguay y buscarse una novia. Zerbino no estaba comprometido, pero a menudo hablaba con los demás sobre una chica que había conocido y, por lo general, decía que llegaría a ser su novia.

Debido a lo crítico de su situación, no se sentían propensos a hablar extensamente sobre los temas filosóficos básicos de la vida y la muerte. Inciarte, Zerbino y Algorta, que, entre los dieciocho eran los más avanzados en materia política, discutieron en cierta ocasión sobre la diferencia entre la fe religiosa y la responsabilidad

política. En otra ocasión, Pedro Algorta y Fito Strauch también discutieron la existencia y naturaleza de Dios. Pedro estaba bien adoctrinado por los jesuitas de Santiago y podía explicar las teorías filosóficas de Marx y Teilhard de Chardin. Tanto él como Fito eran escépticos. Ninguno de ellos creía que Dios era el ser que vigilaba el destino de cada individuo. Para Pedro, Dios era el amor que había entre dos seres humanos o un grupo de ellos. Así, el amor era lo más importante.

Carlitos trató de participar en esta conversación —tenía sus puntos de vista propios sobre Dios—, pero Fito y Pedro le dijeron que su mente era demasiado lenta para seguir la conversación. Carlitos se tomó el desquite al día siguiente cuando Pedro maldijo a alguien por darle una patada en la cara cuando estaban acostados o por pisarle su bandeja de la grasa:

—Pero, ¿cómo te atreves a decir cosas tan horribles, Pedro? Yo creí que el amor era lo más importante.

No había nada para leer, excepto una o dos revistas cómicas. Ya nadie jugaba, ni cantaba, ni relataba anécdotas. Sólo quedaba el chiste vulgar sobre las hemorroides de Fito, y también se reían cuando Coche Inciarte se estiraba para alcanzar algo desde su litera y rozaba con la mano la cara de un cadáver que habían llevado para saciar el hambre durante la noche. En algunas ocasiones hacían chistes sobre el consumo de carne humana:

—Cuando vaya a la carnicería, en Montevideo, exigiré que primero me dejen probar la carne.

O sobre su propia muerte:

—¡Qué aspecto tendré dentro de un trozo de hielo!

También se dedicaban a inventar palabras o a cambiar el final de las mismas, especialmente Carlitos, y creaban frases y *slogans,* bien para levantar la moral o expresar con subterfugios lo que no se atrevían a decir realmente. «Los perdedores se quedan», era lo que empleaban para decir que los débiles morirían. «Jamás muere un hombre que lucha», decían, o «Hemos vencido el frío», y una y otra vez repetían lo único que sabían que era verdad: «Al Oeste está Chile».

Esta era su principal preocupación y a donde finalmente conducía su conversación, el escapar. Planearon la expedición una y otra vez. Pensaron en el equipo, lo proyectaron y prepararon. Nunca

hubo duda de que los expedicionarios actuaban en nombre de todos y que seguirían las indicaciones de la mayoría. Los que tenían más sentido práctico pensaron en cómo debían proteger los pies. Los soñadores pensaban en lo que harían cuando llegaran a Chile: que llamarían a Montevideo por teléfono para decirles a sus padres que estaban vivos y luego tomarían un tren con destino a Mendoza. Pensaban que cuando estuvieran de vuelta en Montevideo, encontrarían a un periodista que estuviera interesado en lo que habían pasado, y también planearon escribir un libro para el que Canessa ya había elegido el título de «Quizá mañana», porque siempre guardaban la esperanza de que algo bueno sucedería al día siguiente. Alrededor de las nueve, cuando la luna desaparecía en el horizonte, se callaban y se ponían a dormir. Carlitos empezaba el rosario, haciendo las mismas dedicatorias todas las noches: por su padre, su madre y la paz del mundo. Después, Inciarte o Fernández decían el segundo misterio, y Algorta, Zerbino, Harley o Delgado se repartían el resto. La mayoría creía en Dios y la necesidad que tenían de Él. También encontraban un gran consuelo rezándole a la Virgen, como si Ella entendiera mejor lo mucho que necesitaban regresar junto a sus familias. Algunas veces decían «la salve», pensando en sí mismos como «los desterrados hijos de Eva», y del valle en que estaban atrapados, como el «valle de lágrimas». Siempre temían que se produjera otro alud, sobre todo cuando había tormenta, y cierta noche en que el viento era particularmente violento, rezaron el rosario a la Virgen para que los protegiera, y, cuando terminaron, la tormenta cesó.

Fito continuaba mostrándose escéptico. Pensaba que el rosario era como una pastilla para dormir, algo que evitaba pensar en cosas deprimentes y que amodorraba con su monotonía. Los otros conocían su postura y una noche hicieron uso de ello. El terreno donde se encontraba el avión comenzó a temblar debido a la actividad interior del volcán Tinguiririca y de nuevo experimentaron el terror de que, debido a este movimiento, las grandes cantidades de nieve acumuladas por encima de ellos se removieran, originando una avalancha que los sepultaría para siempre. Pusieron el rosario en manos de Fito y le pidieron que rezara. Los que eran indiferentes tenían tanto miedo como los que creían. Se dedicó el rosario, a que se salvaran del volcán, y cuando terminaron, cesó el temblor.

Había dos cosas que los tenía constantemente preocupados. La primera eran los cigarrillos. Parrado, Canessa y Vizintín eran los únicos que no fumaban. Zerbino nunca había fumado, pero se aficionó en las montañas. El resto eran consumados fumadores y debido a las condiciones de vida que llevaban, a todos les hubiera gustado fumar aún más que antes.

Realmente no tenían escasez de tabaco. Javier Methol y Pancho Abal, que trabajaban los dos para una compañía de tabacos y sabían de la escasez del mismo en Chile, habían ido cargados con cartones de cigarrillos uruguayos.

Pero así y todo, los racionaron. Un paquete de veinte les tenía que durar a cada uno dos días y los más tenían el suficiente control sobre sí mismos para no consumir más de los diez diarios. Los débiles, sin embargo, en especial Inciarte y Delgado, terminaban el paquete el primer día y ya no tenían nada que fumar durante el segundo. Lo único que entonces podían hacer era solicitar que se les adelantase la ración del día siguiente o pedir cigarrillos a los más generosos. Era entonces cuando Delgado sacaba a colación lo buen amigo que era del hermano de Sabella, o Inciarte invitaba a Algorta a una cena especial cuando regresaran a Montevideo.

En cuanto se despertaban fumaban el primer cigarrillo del día tumbados en el avión. Después, alguno de ellos incitaba a otro para que saliera, diciéndole:

—Parece que hace buen tiempo. ¿Por qué no sales?

—¿Por qué no sales tú?

Por fin se levantaba alguien, buscaba los zapatos, los frotaba uno contra otro para descongelarlos, se los calzaba y luego apartaba las maletas y ropas con que Carlitos había bloqueado la entrada el día anterior. Todos tomaban los almohadones para colocarlos sobre el avión y que se secaran al sol. También se secaban ellos mismos, pues nunca se cambiaban de ropa ni se la quitaban. Las mantas las amontonaban en las hamacas y el último que salía tenía que dejarlo todo ordenado.

En el curso de la mañana, los primos se ponían a trabajar cortando carne mientras que otros aprovechaban la superficie endurecida de

la nieve para buscar grasa entre los despojos o para ir a un hoyo que había en la parte delantera del avión y tratar de defecar.

Ésta era su segunda preocupación, porque debido a la dieta a que se veían sometidos —carne cruda, grasa y nieve derretida— todos tenían estreñimiento crónico. Día tras día y después semana tras semana, lo intentaban con todas sus fuerzas, pero no conseguían nada. Algunos temían que reventaran sus intestinos y usaban todos los métodos que se les ocurrían para facilitar la salida de las heces. Zerbino utilizaba un trozo de palo para ayudarlas a salir y Methol, uno de los que más padecía, tomaba a guisa de laxante aceite que obtenía de la grasa. Carlitos usaba el mismo aceite para hacer una sopa laxante (cuando cocinaban) para él y para Fito, que, debido a sus hemorroides, era el que más lo necesitaba.

Era una desdichada situación, pero tenía su lado cómico. Los chicos empezaron a hacer apuestas sobre quién sería el último. Hubo una ocasión en que Moncho Sabella, acuclillado en la nieve, tratando de defecar, dijo:

—No puedo, no puedo.

Vizintín comenzó a reírse de él, diciéndole:

—No puedes, no puedes.

Entonces Sabella realizó un esfuerzo extraordinario y tuvo éxito, recogió el producto duro como una roca y se lo arrojó a su martirizador.

Javier Methol fue uno de los últimos. Día tras día se sentaba en un cojín contando el dinero y esperando que sus esfuerzos se vieran recompensados, y cuando al final lo consiguió, lo anunció a todo el grupo y le aplaudieron. Aquella noche, cuando se quejó por estar incómodo, todos le hicieron callar, gritando:

—Cállate, has cagado; pues cállate.

El concurso estaba tocando a su fin. Después de veintiocho días en la montaña, Páez se las arregló para defecar; Delgado a los treinta y dos, y el último, Bobby François, a los treinta y cuatro.

Por ironías del destino, al estreñimiento siguió una epidemia de diarrea. Su propio diagnóstico fue que habían comido demasiada grasa, aunque la causa también pudiera deberse a la dieta inadecuada. Algorta no la tuvo y achacaba su inmunidad a un cartílago que había comido y que los demás no probaron.

Era un sufrimiento más que añadir a los muchos que tenían. Una noche Canessa tuvo necesidad de defecar y, cuando salió, se encontró con media docena de figuras acuclilladas en la nieve e iluminadas por la luna. Esta escena lo deprimió mucho —pensó que era el final de todo— y desde entonces, y a pesar de continuar con la diarrea, no volvió a salir a defecar; lo hacía en una manta o en una camisa de rugby en el interior del avión. Esto puso furiosos a los demás, pero Canessa era terco y nada pudieron hacer para evitarlo. Carlitos estaba particularmente enfadado porque una noche, por azar, tomó una camiseta para bloquear la entrada y se encontró que estaba llena de suciedad de Canessa.

Sabella era el que sufría el peor ataque de diarrea. Le duraba ya algunos días y cada vez estaba más débil, hasta que una noche comenzó a delirar. Los otros chicos se alarmaron. Canessa le aconsejó que no comiera demasiado y sobre todo que no probara la grasa. Pero Sabella era perseverante. Todos los días caminaba diez pasos para hacer ejercicio y le parecía que si daba uno menos, sería el comienzo del declive. Por la misma razón pensaba que sería peligroso rebajar la dieta, pero cuando los primos observaron que seguía comiendo lo mismo, no le dieron más alimentos y lo encerraron en el avión.

Al día siguiente Sabella salió a defecar y regresó diciendo que estaba curado; pero no se había dado cuenta de que Zerbino, como médico y detective, había examinado las «pruebas». Lo denunció a los demás, así que lo mandaron al avión sin su ración de grasa.

Aunque se quejaba del tratamiento, resultó efectivo.

Se curó de la diarrea y más tarde volvió a recobrar parte de sus fuerzas.

8

Al acercarse al 15 de noviembre, se creó un ambiente de entusiasmo en el avión. Se discutía repetidamente quién sería el primero en telefonear a sus padres y cómo éstos se sorprenderían y llenarían de júbilo al ver que sus hijos estaban vivos. También pensaban en las empanadas de carne que comprarían en Mendoza, ca-

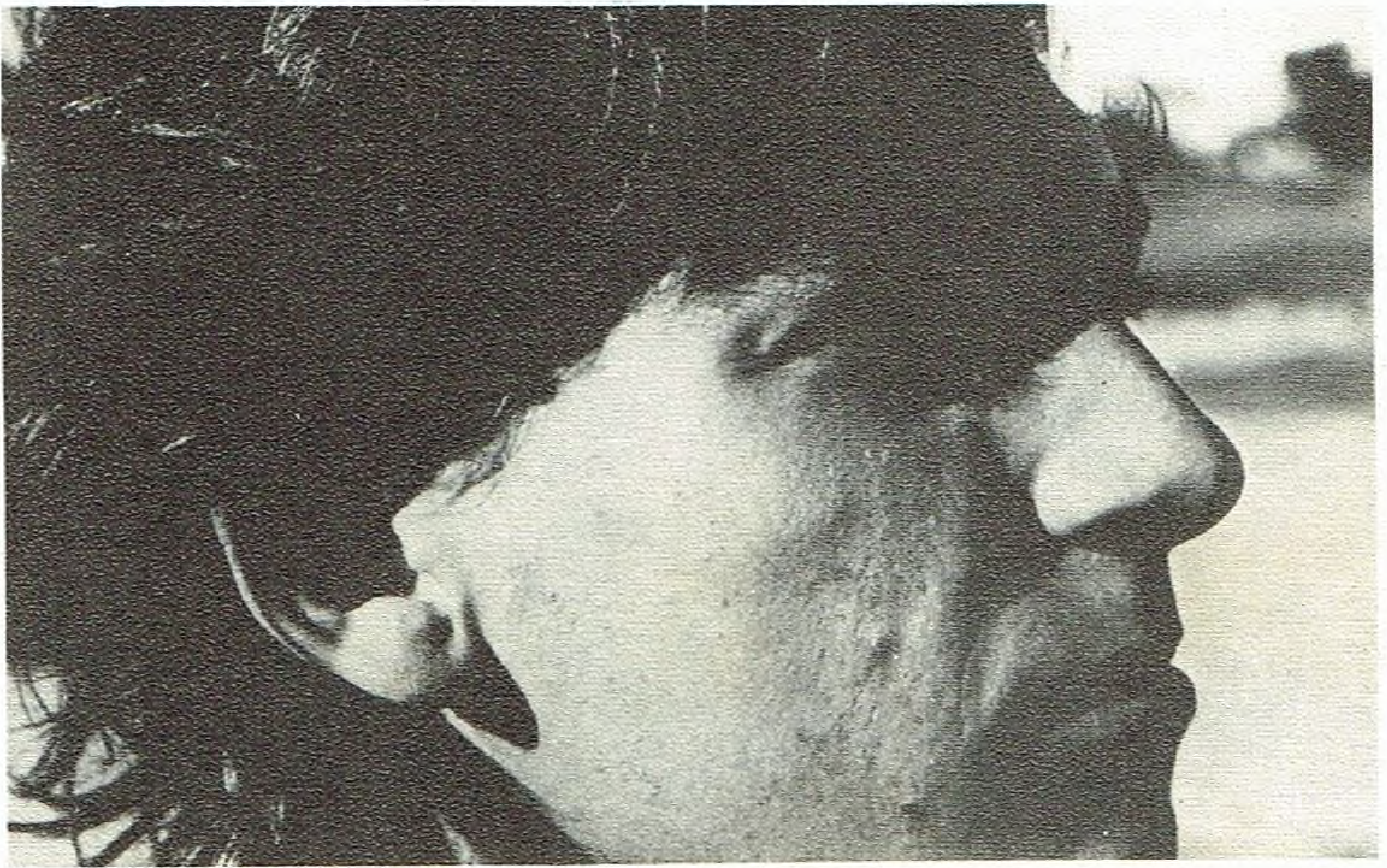




Bobby François

Roy Harley

Álvaro Mangino



Grupo de supervivientes fuera del Fairchild

En la Montaña

mino de regreso a casa. Desde allí irían en autobús hasta Buenos Aires y luego atravesarían en barco el Río de la Plata. A medida que se imaginaban las etapas del viaje, pensaban en lo que irían comiendo. Sabían que Buenos Aires tenía algunos de los restaurantes mejores del mundo y esperaban que una vez en el barco, sus estómagos estarían tan llenos que les darían tiempo de comprar regalos para sus familias.

Los expedicionarios estaban más preocupados con los problemas a que tenían que enfrentarse, sobre todo protegerse contra el frío. Cada uno llevaba tres pantalones, una camiseta, dos jerseys y un abrigo. Tenían las mejores gafas de sol. Vizintín usaba las que habían pertenecido al piloto; también llevaba su casco de vuelo. Canessa había hecho mochilas de unos pantalones. Ató cintas de nailon al extremo de las perneras, las pasó alrededor de los hombros y luego por las trabillas. Vizintín hizo seis pares de manoplas de la cubierta de los asientos. Sabían, por expediciones anteriores, que lo más importante era aislar los pies del frío. Tenían botas de rugby y Vizintín se había quedado muy a pesar de Harley las gruesas botas que le había regalado a Nicolich su novia, pero no tenían calcetines de invierno. Luego se le ocurrió la idea de que podían forrar los pies con una capa de grasa y piel procedente de los cadáveres. Descubrieron que si hacían dos cortes, uno por el codo y otro por la muñeca, arrancaban la piel con la capa de grasa que había debajo de ésta y cosían la parte baja, se hallaban en posesión de unos rudimentarios calcetines, y que la piel del codo se ajustaba perfectamente a sus talones [1].

El único contratiempo que sufrieron cuando se aproximaba la fecha de su partida consistió en que alguien tropezó con la pierna de Turcatti, y que la contusión consiguiente empezó a infectarse. Numa, sin embargo, la olvidó como si se tratara de algo sin importancia, y al principio nadie se preocupó seriamente del asunto.

[1] Compárese esto con lo que hacían sus antecesores los gauchos sudamericanos. «Sus botas, las botas de potro estaban hechas de la dermis de las patas traseras de un potro, que ponían sobre la pierna, mientras estaba húmeda, para que adquiriese la forma de ésta; la parte superior formaba la caña de la bota, la corva se ajustaba al talón y el resto cubría el pie, con una abertura para el dedo gordo». George Pendle, *The Land and People of Argentina* (New York: MacMillan Company, 1957).

Los pensamientos se centraban más bien en la ruta que los expedicionarios iban a seguir, pues si calculaban su posición y, por lo mismo, la dirección que debían tomar, se enfrentaban con dos evidencias contradictorias. Sabían por las palabras que pronunciara el piloto antes de morir, que habían pasado Curicó, que Curicó estaba en Chile, y que Chile estaba en el Oeste.

También sabían que todas las aguas van a parar al mar; y la brújula del avión, que aún estaba intacta, señalaba que el valle donde se encontraban, descendía hacia el Este.

La única respuesta que parecía satisfacer a todos era que el valle describiría una curva alrededor de las montañas hacia el Nordeste y luego otra para dirigirse al Oeste. Habiendo llegado a esta conclusión, los expedicionarios planearon descender por el valle aunque esto los alejara de Chile. Las montañas que había a sus espaldas eran tan inmensas que quedaba descartada la opción de escalarlas. Para ir hacia el Oeste, primero tendrían que dirigirse al Este.

Los supervivientes se levantaron temprano el día 15 de noviembre y ayudaron a los expedicionarios a colocarse el equipo. Estaba nevando, pero a las siete en punto partieron los cuatro. Parrado tomó uno de los pequeños zapatos rojos que había comprado para su sobrino y dejó el otro en el avión, diciéndoles a los que se quedaban que volvería a buscarlo. Regresó más pronto de lo que pensaban. La nevada se hizo más intensa y, a las tres horas, estaban de vuelta.

Siguieron dos días en que las condiciones atmosféricas fueron tan malas como las peores que recordaban, con ventiscas y vientos fuertes. Pedro Algorta que era el que les había dicho que el verano comenzaba el 15 de noviembre, se convirtió por algún tiempo en el blanco objeto de las iras y desengaños de todos. Durante estos días de compás de espera, la pierna de Turcatti empeoró. Tenía ahora dos bultos del tamaño de huevos de gallina y Canessa los sajó para sacarle el pus. Era extremadamente doloroso para Numa caminar con la pierna infectada, pero cuando Canessa le dijo que no estaba en condiciones de participar en la expedición, Numa se puso furioso. Insistía en que se encontraba bien, pero estaba claro para todos los otros que sólo conseguiría retrasarlos, así que se vio obli-

gado a aceptar la decisión de la mayoría. En la mañana del viernes día 17 de noviembre, después de cinco semanas en la montaña, se encontraron con un cielo azul y despejado. Nada había que detuviera las mermadas fuerzas de los expedicionarios. Llenaron las mochilas con hígado y carne, que previamente habían metido en calcetines de rugby, una botella de agua, cubiertas de asiento y la manta de viaje que la señora Parrado llevaba consigo en el avión.

Todos salieron del avión para despedirlos, y cuando Parrado, Canessa y Vizintín desaparecieron en lontananza, comenzaron a hacer apuestas sobre cuándo llegarían a la civilización. Estaban seguros de que todos se encontrarían en Montevideo dentro de tres semanas porque habían planeado con todo detalle la fiesta que se celebraría en casa de Parrado con motivo del cumpleaños de éste el día 9 de diciembre (incluido el plato que llevaría cada uno), por lo cual pensaban que llegarían a Chile mucho antes de esa fecha. Algorta creía que sería el próximo martes; Turcatti y François, el miércoles. Seis de ellos apostaban por el jueves, desde Mangino que pensaba que sería a las diez de la mañana, hasta Carlitos que estaba convencido que sería a las tres y media de la tarde. Harley, Zerbino y Fito Strauch apostaron por el viernes; Echavarren y Methol por el sábado y Moncho Sabella, el más pesimista, calculaba que llegarían a la civilización a las diez y diez del domingo en ocho días.

9

Canessa iba al frente de la expedición, arrastrando a guisa de trineo la mitad de una maleta en la que llevaba cuatro calcetines de rugby llenos de carne, las botellas de agua y los cojines que utilizarían para atarse a los pies cuando el sol derritiera la helada superficie de la nieve. Detrás iba Vizintín, cargado como un mulo con todas las mantas y Parrado cerraba la marcha.

Avanzaban rápidamente hacia el Nordeste. Iban colina abajo y las botas de rugby se agarraban bien a la nieve helada. Mientras caminaban, Canessa se adelantó y, después de dos horas, Parrado y Vizintín lo oyeron gritar y luego vieron que les hacía señas. Esta-

ba subido en lo alto de un montón de nieve y cuando llegaron a su lado, Canessa les dijo:

—Tengo una sorpresa para vosotros.

—¿Qué? —preguntó Parrado.

—La cola.

Parrado y Vizintín subieron a donde él estaba y vieron que a unos sesenta metros más abajo, se encontraba la cola del Fairchild. Había perdido los dos alerones, pero el cono estaba intacto. Lo que más les encantó fue la vista de las maletas que se encontraban esparcidas a su alrededor. Fueron hacia ellas, las abrieron y buscaron en el interior. Era como encontrar un tesoro. Había pantalones, jerseys, calcetines y el equipo de esquiar de Panchito Abal. En la maleta de Abal encontraron también una caja de bombones e inmediatamente comieron cuatro cada uno, pero después decidieron racionarlos.

Los tres se quitaron las ropas sucias y las cambiaron por las más gruesas que pudieron encontrar. Canessa y Parrado se quitaron los calcetines hechos de piel humana y los tiraron. Ahora tenían una buena provisión de calcetines de lana y tomaron tres pares cada uno. También se llevaron un pasamontañas que pertenecía al equipo de esquiar de Abal, y Parrado se hizo con las botas del mismo.

Después entraron en el interior de la cola y encontraron en la despensa un paquete de azúcar y tres empanadas de carne, de Mendoza, que se comieron inmediatamente. El azúcar lo guardaron para más adelante. Detrás de la despensa había un departamento de equipajes bastante grande, donde encontraron más maletas. Las abrieron, sacaron las ropas y las extendieron en el suelo. En una de ellas encontraron una botella de ron y, en otras, cartones de cigarrillos.

Buscaron las baterías del avión que el mecánico Roque les había dicho que se hallaban en la parte de cola, y las descubrieron a través de una pequeña escotilla abierta en el exterior del aparato. También encontraron más cajas de Coca Cola y revistas cómicas con lo que encendieron fuego. Canessa empezó a asar parte de la carne que se habían llevado consigo, mientras que Vizintín y Parrado continuaban revolviendo por el interior. Encontraron emparedados envueltos en plástico y llenos de moho, pero los desenvolvieron y salvaron lo que todavía era comestible. Luego comieron la carne que

habían cocinado y terminaron con una cucharada de azúcar mezclada con dentífrico con clorofila, disuelto todo en un poco de ron. Nunca en su vida habían probado un pastel que les hubiera gustado tanto.

El sol se ocultó tras las montañas y empezó a hacer frío. Vizintín y Parrado recogieron toda la ropa que había alrededor de la cola y la extendieron en el suelo del departamento de equipajes mientras que Canessa seguía los hilos que conducían a las baterías y los conectó a una bombilla que encontró en la despensa, pero se quemó. Probó otra y esta vez se encendió. Los tres entraron en el departamento, cerraron la entrada con maletas y ropas y se acostaron en el suelo. Como tenían luz, pudieron leer revistas antes de dormir. Comparado con las condiciones en que vivían en el avión, esto era deliciosamente cálido y cómodo. A las nueve, Canessa apagó la luz.

A la mañana siguiente nevaba un poco, pero cargaron la maleta, se echaron a las espaldas las mochilas y partieron en dirección Nordeste. A su izquierda se levantaba una montaña enorme y calculaban que tardarían, por lo menos, tres días en rodearla y llegar al valle por el que se dirigían al Oeste.

Cesó de nevar, se despejó el cielo y sobre las once de la mañana empezó a hacer calor. El sol daba de lleno en sus espaldas y la nieve lo reflejaba en las caras. De vez en cuando se paraban para quitarse un jersey o unos pantalones, pero esto consumía bastante de sus escasas energías y era tan cansado llevar la ropa puesta como acarrearla con ellos.

Alrededor de mediodía llegaron a una roca de la cual manaba una pequeña cantidad de agua. Formaba casi una corriente y decidieron quedarse allí y protegerse del sol construyendo una tienda con las mantas y las varas de metal que llevaban. Comieron parte de la carne que tenían y Vizintín fue a beber agua, pero parecía salobre y los otros dos prefirieron derretir nieve.

Mientras permanecían tumbados a la sombra, miraban la montaña que tenían frente a ellos. Su tamaño impedía calcular la distancia que los separaba. Al cambiar la luz, parecía que se alejaba y la lejana sombra donde el valle debía torcer hacia el Oeste, parecía que se alejaba más aún. Cuanto más estudiaba Canessa esta situación, menos convencido quedaba de lo acertado de sus planes. Deducía de lo que veía que el valle continuaba hacia el Este; por

tanto, cada paso que dieran en aquella dirección, los internaría más en el corazón de los Andes. Pero no comunicó nada de esto a los otros dos aquella tarde.

Estaban cansados y calentaba el sol, pero tan pronto como se ocultó por el Oeste, la temperatura descendió a bajo cero y comenzó a oscurecer, así que decidieron pasar la noche donde se encontraban. Cavaron un hoyo en la nieve para protegerse y, una vez dentro, se cubrieron con las mantas que llevaban.

Era una noche hermosa de cielo claro. Debido a la altitud, podían ver millones y millones de estrellas. Todo estaba en calma. No soplaba ni una tenue brisa. Su situación hubiera sido de envidiar, pero a medida que avanzaba la noche la temperatura descendía cada vez más y los tres comenzaron a helarse. Ropas y mantas no eran suficientes para resguardarlos del frío. En su desesperación se colocaron unos encima de otros, Vizintín abajo, Parrado en el medio y Canessa encima. De esta forma se daban calor unos a otros, pero no podían dormir.

Canessa y Parrado todavía estaban despiertos cuando salió el sol a la mañana siguiente.

—Es inútil —dijo Canessa—. No aguantaremos otra noche como ésta.

Parrado se levantó y miró hacia el Nordeste.

—Tenemos que continuar —replicó—. Tienen sus esperanzas puestas en nosotros.

—No les serviremos de nada si nos morimos.

—Yo continúo.

—Mira —dijo Canessa señalando la montaña—, no hay paso. El valle no va hacia el Este. Nos estamos internando cada vez más en los Andes.

—Nunca se sabe. Si seguimos…

—No seas tonto.

Parrado volvió a dirigir la mirada hacia el Nordeste, sin ver nada que le diera ánimos.

—Entonces, ¿qué te parece que hagamos? —preguntó.

—Volver donde está la cola —repuso Canessa—. Nos llevaremos las baterías al avión. Roque dijo que con ellas podíamos hacer funcionar la radio.

Parrado tenía dudas. Se volvió hacia Vizintín, que ya había despertado, y le preguntó:

—¿Tú que opinas, Tintín?

—No sé, yo haré lo que ustedes decidan.

—Pero ¿qué crees que debemos hacer? ¿Continuamos?

—Quizás.

—O intentamos hacer funcionar la radio.

—Sí. Tal vez es lo que deberíamos hacer.

—¿Cuál de las dos cosas?

—Me da igual.

Parrado se puso furioso con Vizintín porque no tomaba una decisión y trató de ponerlo de su lado o del de Canessa. Pero, por último, Vizintín se unió a Canessa cuando éste dijo:

—Si casi nos morimos de frío en una noche clara, piensa lo que nos pasaría con una tormenta. Equivale a suicidarse.

Regresaron en dirección a la cola, y a pesar de que la ascensión era mucho más difícil que la bajada, llegaron poco después del mediodía y cayeron exhaustos en el suelo del departamento de equipajes que aún estaba cubierto por las ropas que habían dejado allí. Era como una lujosa habitación para ellos, protegiéndose del sol durante el día y del frío por las noches, y resistieron la tentación de quedarse allí un par de días. Las reservas de carne se estaban acabando, de manera que emprendieron el camino hacia el Fairchild. Canessa y Vizintín pasaron al departamento donde estaban las baterías, las desconectaron y se las fueron pasando a Parrado. Vizintín notó que las grandes tuberías que formaban parte del sistema de calefacción del avión, estaban forradas con material aislante de una anchura aproximada de sesenta centímetros y más de un centímetro de espesor; eran de plástico y fibra artificial. Cortó algunas tiras pensando que sería un buen forro para su chaqueta.

Cargaron las baterías en la mitad de la maleta que les servía de trineo y trataron de arrastrarlo, pero las baterías eran demasiado pesadas y no pudieron moverlo. Como en algunos lugares tenían que subir pendientes con una inclinación que se aproximaba a los cuarenta y cinco grados, se dieron cuenta inmediatamente de que transportar las baterías hasta el avión, sería imposible. De todas formas no se desanimaron, pues, como dijo Canessa, sería fácil desconectar la radio de la cabina de los pilotos y llevarla hasta la cola.

En vez de las baterías, Canessa y Vizintín cargaron el trineo y las mochilas con ropa de abrigo para los otros chicos y treinta cartones de cigarrillos, mientras que Parrado volvió a la despensa y escribió con laca para las uñas: «Id hacia arriba. Todavía quedan dieciocho personas vivas». Escribió el mismo mensaje en otras dos partes del avión, con la letra clara que usaba para rotular las cajas de tornillos y tuercas del negocio de su padre. Canessa regresó a la despensa para llevarse la caja de medicinas que habían encontrado allí. Contenía diversos medicamentos, incluida cortisona, que serviría para calmar el asma que padecían Sabella y Zerbino.

Cuando salieron los dos, vieron que Vizintín había pisado la maleta y la había roto. Esto puso a Parrado fuera de sí. Maldijo a Vizintín por ser tan descuidado, pero Canessa se las arregló para repararla y por fin iniciaron la ascensión con los almohadones atados a los pies, pisando la nieve blanda en dirección al avión.

10

Los ánimos de los chicos que dejaron tras ellos habían mejorado mucho durante su ausencia. Sobre todo a causa de la inmensa sensación de alivio que experimentaban al saber que por fin se estaba haciendo algo efectivo para que los rescataran. Todos estaban seguros de que los expedicionarios encontrarían ayuda. También desde que ellos se habían marchado estaban más cómodos en el avión. Disponían de más espacio para dormir y sin Canessa ni Vizintín, la tensión se había relajado.

Algunos echaban de menos a los expedicionarios. Mangino, por ejemplo, había perdido la protección de Canessa. Pero, de todas formas, ahora la necesitaba menos, pues había empezado a sentirse menos indefenso. Sufría con estoicismo los dolores de la pierna rota y era más fácil dormir a su lado. Methol, su compañero —una vez le dijo que si fuera su padre le daría una paliza, hasta tal punto lo irritó Mangino—, era ahora el confidente de sus remordimientos.

—Yo estaba muy mimado —le dijo Mangino—. Aquí arriba se da uno cuenta de su horrible comportamiento anterior. Yo solía

darle patadas a mi hermano si me molestaba, o tirar la sopa si no la encontraba de mi gusto. ¡Quién pudiera tener aquella sopa ahora!

Todos creían que habían pasado por una experiencia que los había purificado. Delgado, Turcatti, Zerbino y Fito Strauch en cierta ocasión hablaron y estuvieron de acuerdo en que estaban pasando por una especie de Purgatorio. También se acordaron de los cuarenta días que Cristo había pasado en el desierto, y como ahora se cumplían los cuarenta días de la fecha del accidente, estaban seguros de que su suplicio iba a terminar de un momento a otro. Como para demostrar que sus sufrimientos los habían convertido en unos hombres mejores, pusieron todo su empeño en no discutir y ser todo lo amables posible unos para con los otros.

Cierto era que sus discusiones nunca fueron serias si se las comparaba con los fuertes vínculos que los unían en su común propósito. En especial, cuando rezaban por la noche, sentían casi una solidaridad mística, no sólo entre ellos, sino también con Dios. Le habían pedido ayuda cuando la necesitaron y ahora lo sentían muy cerca. Algunos llegaron a pensar que la avalancha fue como un milagro para proporcionarles más alimentos.

Esta unión no se limitaba sólo a Dios, sino a los amigos que habían muerto y cuyos cuerpos se estaban comiendo ahora para sobrevivir. Dios había llevado sus almas al cielo, porque su misión en la tierra ya había terminado, pero de todos los que vivían no había ni uno solo que no prefiriese estar en el lugar de quienes se habían ido. Nicolich, antes de la avalancha, y Algorta, mientras se estaba asfixiando bajo la nieve, se prepararon para morir y donar sus cuerpos a los amigos. Lo cierto era, como dijo Turcatti en el curso de la conversación sobre Cristo en el desierto, que las condiciones en la montaña eran tan terribles, que cualquier cosa hubiera sido mejor, incluso la muerte.

Numa Turcatti estaba cada vez más desanimado. Todavía se hallaba muy afectado por no haber podido participar en la expedición, y concentró su ira no en los otros, sino en sí mismo. Despreciaba su propia debilidad y parecía someter su cuerpo a un castigo por haberle fallado. Su ración, ahora que no era ya expedicionario, no era mayor que la de los otros y, aun así, nunca la terminaba. Siempre había sentido repulsión por la carne cruda, y si la había

comido, fue para adquirir fuerzas para la expedición. Ahora que ya no las necesitaba, volvió a sentir repugnancia, y lo que había deseado hacer por el bien de todos, era incapaz de hacerlo por sí mismo. De todas formas, puso la carne a su alcance, y cuando los Strauch le obligaban a comerla, la escondía.

A resultas de esto, cada vez se encontraba más débil y era incapaz de resistir el veneno de la pierna. La operación de Canessa le había sacado el pus, pero la infección se extendió y él tomó esto como una excusa para hacer cada vez menos por el grupo o por sí mismo. Se limitaba a derretir nieve para él, y le pedía a los otros cosas, como que le alcanzaran una manta, lo cual él podía hacer sin dificultad. La debilidad de su mente aumentaba con mayor rapidez que la de su cuerpo. En una ocasión le pidió a Fito que le ayudara a levantarse. Fito se negó, diciéndole que lo podía hacer por sí mismo y, efectivamente, unos minutos más tarde Turcatti se levantó del suelo y entró en el avión.

No era que estuviese enfadado con el grupo, sino consigo mismo, pero como si estuviera acusando a todos silenciosamente, algo como pensar: «Tienen razón, estoy débil y no sirvo para nada, pero esperen un poco y se darán cuenta hasta dónde puede llegar mi debilidad y lo inútil que puedo ser».

Rafael Echavarren era todo lo contrario. Seguía muy animado, pero lentamente los sufrimientos físicos parecía que iban a vencerlo. La herida de la pierna estaba negra y amarilla, debido a la gangrena y el pus y como no podía salir al exterior, sólo respiraba el aire viciado del avión, que le afectaba los pulmones, por lo que tenía dificultades para respirar.

Arriba, en la hamaca, hacía frío y Fernández trataba de que durmiera con ellos en el suelo, pero le dolía tanto la pierna que prefería quedarse en la hamaca. Una noche comenzó a delirar.

—¿Quién quiere ir conmigo a la tienda a buscar pan y «Coca-Colas»? —decía. Entonces empezó a gritar—: Papá, papá, entra, estamos aquí.

Páez se acercó a él y le dijo:

—Más tarde puedes decir lo que quieras, pero ahora vas a rezar conmigo. Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...

Los ojos abiertos de Echavarren dirigieron la mirada hacia Páez y lentamente sus labios comenzaron a moverse y a repetir las palabras de la oración. Durante ese corto instante, el tiempo que tardaron en decir el avemaría y el padrenuestro, se mantuvo lúcido. Después Páez se acostó frente a Inciarte y Echavarren volvió a sus frases incoherentes.

—¿Quién quiere ir conmigo a la tienda?

—Yo no, gracias —le contestaban gritando, o también: —Iremos mañana.

Todos estaban bastante endurecidos por los horrores que habían pasado. Muy pronto cesó su delirio y todo lo que podían oír era el jadeo de su trabajosa respiración. Más tarde se avivó y luego cesó por completo. Durante media hora, Zerbino y Páez trataron de reanimarlo por medio de la respiración artificial, mas para los otros, después de unos minutos, quedó claro que Rafael Echavarren había muerto.

La muerte de Echavarren los deprimió inevitablemente. Les trajo a la mente la posibilidad que también ellos tenían que morir. Fito estaba tumbado, sangrando a causa de las hemorroides, sintiéndose más angustiado, asustado y solo que nunca, y porque presentía que su propia muerte le andaba rondando se creía más cerca de Dios y rezaba por su alma y el bienestar de los demás.

Lo que le levantó los ánimos al día siguiente, como le sucedió a los otros catorce que quedaban en el interior, fue el pensamiento de que en aquel instante los expedicionarios ya debían de haber conseguido la ayuda que buscaban, y que antes de que llegara la noche se oiría y vería una flotilla de helicópteros que acudían a rescatarlos. Todo lo que oyó por la tarde fue el grito de uno de sus compañeros cuando divisó las figuras de los tres expedicionarios, y cuando el mismo Fito los vio, toda su piadosa resignación se convirtió en ira. Dios les había dado esperanzas sólo para arrebatárselas otra vez; su regreso significaba que se encontraban atrapados. Deseaba gritar como un loco y saltar por la nieve, pero se quedó inmóvil junto a los otros, mirando a los que se acercaban, con la cara larga y una expresión de desesperación y amargo desengaño.

Canessa venía el primero, seguido de Parrado y Vizintín. A medida que se iba acercando, pudieron oír su voz atiplada diciendo:

—Eh, muchachos, hemos encontrado la cola... todas las maletas... ropas y cigarrillos.

Y cuando alcanzaron el avión, se reunieron todos a su alrededor para escuchar el relato de lo que había sucedido.

—No lo hubiéramos conseguido por ese camino —dijo Canessa—. El valle no tuerce; sigue hacia el Este. Pero hemos encontrado la cola y las baterías. Todo lo que tenemos que hacer es llevarnos la radio hasta allí.

Frente a su optimismo, los ánimos volvieron a levantarse. Todos lloraban y se abrazaban y después rodearon el trineo para elegir pantalones, jerseys y calcetines, mientras que Pancho Delgado se hacía cargo de los cigarrillos.

SEXTA PARTE

1

El mismo día que la primera expedición salía del Fairchild, Madelón Rodríguez y Estela Pérez volvieron en avión a Chile. Iba con ellas Ricardo Echavarren, el padre de Rafael, Juan Manuel Pérez, el hermano de Marcelo y Raúl Rodríguez Escalada, el piloto con más experiencia de PLUNA (Primera Línea Uruguaya de Navegación Aérea) y que era primo de Madelón. Los hermanos Strauch también pensaron formar parte de la expedición, pero ambos tenían la presión arterial alta y les recomendaron que se quedaran.

Madelón estaba irritada por el escepticismo de Surraco en cuanto a los métodos de Gérard Croiset y estaba decidida a demostrarle que se equivocaba. Tanto ella como Estela Pérez confiaban, como treinta y seis días antes, cuando el avión acababa de desaparecer, en que sus hijos estaban vivos. Los hombres que las acompañaban en este viaje tenían menos confianza en hallar supervivientes, pero creían que era importante averiguar qué había sucedido con el Fairchild.

El 18 de noviembre llegaron a Talca y comenzaron a explorar los alrededores de Descabezado Grande. Alquilaron un avión e hicieron varios vuelos de reconocimiento por la zona. Desde el aire vieron, junto a Laguna del Alto, una extensión de terreno que era casi exactamente igual al dibujo que les había enviado Croiset. Regresaron a Talca para alquilar guías y caballos y luego partieron hacia las montañas para explorarlas sobre el terreno. Los caballos estaban entrenados para caminar por las sendas de las montañas, con precipicios al lado, pero los uruguayos tuvieron que vendarse los ojos para evitar el vértigo. Al acercarse a su objetivo, encontraron otra clave que encajaba en la visión de Croiset, un cartel que decía «Peligro». También se hallaba allí el lago y las montañas sin cima. Parecía que por fin estaban a punto de encontrar el Fairchild, aunque no se exaltaron, porque si el valle tenía vegetación de la que los seres humanos podían mantenerse, sólo se encontraba a un día de camino de Talca.

Nada hallaron y regresaron a Talca, donde un montañero holandés les dijo:

—Podrán encontrar el avión, pero estará en medio de una bandada de buitres.

Este era el parecer de la mayoría de la gente con quien hablaban.

César Charlone, el encargado de Negocios uruguayos en Santiago, parecía tener muy poca fe en la empresa. Cuando el grupo regresó a Santiago el día 25 de noviembre, les dijo que no se atrevía a pedirle al Gobierno chileno que los eximiera de la obligación de cambiar diariamente diez dólares por moneda chilena al desfavorable cambio oficial. Madelón Rodríguez y Estela Pérez se pusieron furiosas. Antes de salir de Montevideo habían ido al Ministerio de Relaciones Exteriores uruguayo para asegurarse de que comunicaran a Charlone que pidiera la exención.

La suma que tenían que abonar era de quinientos cincuenta dólares, que no hubiera llevado a la quiebra a las familias relacionadas con el caso, pero despertó la ira de estas dos voluntariosas mujeres. Estela Pérez, hija de una distinguida familia perteneciente al partido Blanco (era prima del líder blanco Wilson Ferreira), no tenía la intención de dejarse avasallar por un colorado. Acompañada de Madelón se fue directamente al Ministerio de Relaciones Exteriores chileno donde las recibió el propio ministro, Clodomiro Almeyda, quien las escuchó con atención e inmediatamente escribió una carta revocando la obligación del cambio.

Una vez conseguido esto, los cinco regresaron a Montevideo el día 25 de noviembre. Páez Vilaró había ido a Brasil y, como quien dice, era la primera vez, desde que había desaparecido el avión, que no se encontraba ninguna persona investigando en Chile. Pero antes de dejar Chile, ellos habían repartido por las montañas alrededor de Talca muchas octavillas de Páez Vilaró en las que se ofrecía una recompensa de trescientos mil escudos. Esperaban que esto diera resultado; de otra forma, sólo podían dedicar sus energías a la oración.

Ya había muy pocos que confiaran en el joven Croiset, y por aquellos días Ponce de León habló con él casi por última vez. Por entonces decía que cuando veía el avión, estaba vacío, y algunas madres consideraron que sus hijos lo habían abandonado en busca

Sabella dentro del fuselaje

Parrado dentro de la parte de la cola

Canessa y Vizintín en la cola; Harley de espaldas a la cámara
Cosiendo el saco de dormir

de ayuda, pero Rafael comenzó a sospechar que quisiera decir que todos habían muerto. Cuando antes había exigido a Croiset una respuesta sobre esto, él le contestaba siempre que había perdido el contacto. Esta vez, al hablar con Croiset, Rafael le recordó lo que había dicho —que el avión estaba vacío— y le expuso las conclusiones que las madres habían sacado de ello.

—Mis conclusiones —continuó Rafael— son otras. Yo lo interpreto como que todos han muerto.

—Pero no puede estar seguro —repuso Croiset por teléfono desde Utrecht.

—Escuche —dijo Rafael—. Ahora no hay aquí ningún pariente de los chicos, así que dígame con sinceridad qué cree que les ha pasado.

Hubo una pausa. Sólo se oían los silbidos y otros ruidos de la radio. Luego Croiset dijo:

—Personalmente yo creo... que están muertos.

Este fue el último contacto con Gérard Croiset, Jr. y aquellos que perdieron la fe en sus poderes, no perdieron, sin embargo, la esperanza de encontrar vivos a sus hijos. Regresaron a rezar con más fervor a su Dios y a visitar con más frecuencia la iglesia. Rosina y Sarah Strauch continuaron suplicando fervientemente a la Virgen de Garabandal, y todas las tardes, en su hogar de Carrasco, Madelón se arrodillaba junto a su madre y sus dos hijas para rezar el rosario. Muy a menudo se unían a ellas Susana Sartori, Rosina Machitelli e Inés Clerc, tres de las novias que esperaban el regreso de sus futuros maridos.

Al mismo tiempo que invocaban a los poderes sobrenaturales pidiendo ayuda, buscaban una explicación natural a lo que podía haber sucedido con el avión, y la madre de Roberto, Mecha Canessa sugirió la idea de que el avión podía haber sido secuestrado por los tupamaros y que podían tenerlo escondido en algún lugar secreto del sur de Chile, esperando el momento apropiado para pedir un rescate. Con la atmósfera de inestabilidad política que existía tanto en Uruguay como en Chile, la idea parecía posible, así que se investigó sobre las ideas políticas de los pilotos. Resultó que ambos eran de derechas. Como quedaba descartada la posibilidad de que el secuestrador fuera uno de los chicos, sólo quedaba la señora Mariani. Si se pensó en ella, fue principalmente por el hecho de que

iba a Chile para asistir a la boda de su hija con un político exiliado, pero luego la idea de que esta mujer gruesa y de mediana edad pudiera haberse hecho cargo del avión les pareció cada vez más absurda, más aún que la necesidad de una nueva teoría.

El día 1 de diciembre apareció una nota en un periódico de Montevideo informando que la Fuerza Aérea Uruguaya estaba a punto de enviar un avión a Chile en busca del Fairchild por los alrededores del volcán Tinguiririca. La noticia no había sido oficialmente confirmada. En Montevideo, las madres de los muchachos, estimuladas por la noticia, se enfrentaron con sus maridos para preguntarles por qué razón no podía salir inmediatamente un avión uruguayo para hacer ahora lo que el Servicio Aéreo de Rescate planeaba hacer dentro de dos meses.

El día 5 de diciembre Zerbino, Canessa y Surraco, en unión de Fernández, Echavarren, Nicolich, Eduardo Strauch y Rodríguez Escalada se reunieron con el comandante en jefe de la Fuerza Aérea Uruguaya, brigadier Pérez Caldas. Le mostraron un resumen de todo lo que habían hecho en Chile, por los alrededores de Talca y añadieron que ya no tenían fe en las visiones de Croiset. La búsqueda debía reanudarse por las cercanías del volcán Tinguiririca, y, para realizar esto, no contaban con los medios necesarios.

Pérez Caldas mandó a buscar un oficial subordinado que acababa de regresar de Santiago, donde había estado trabajando con el Servicio Aéreo de Rescate en una investigación técnica del accidente.

Llevó consigo un informe en el que se decía que nada se podía hacer antes de febrero. Aquel invierno habían caído las nevadas mayores desde hacía treinta años. El avión estaría completamente enterrado y no había posibilidades de sobrevivir.

Pérez Caldas se volvió hacia los ocho hombres que lo estaban observando, esperando que aceptaran lo irremediable de la situación, pero aunque de corazón pensaran que la búsqueda sería infructuosa, insistieron en que se debía llevar a cabo. Le explicaron el estado mental en que se encontraban las madres y las novias, y Pérez Caldas comenzó a enternecerse. Por fin se decidió.

—Caballeros —dijo poniéndose de pie—, ustedes han hecho una petición y yo he tomado una decisión. La Fuerza Aérea Uruguaya hará lo necesario para poner un avión a su disposición.

La expedición definitiva estaba en marcha.

2

Se despertó un nuevo espíritu de optimismo entre los parientes por las noticias de que un C-47 de la Fuerza Aérea Uruguaya, con equipo especial, iba a ser enviado en busca del Fairchild y para unirse a la expedición hubo muchos voluntarios entre los padres. Páez Vilaró estaba todavía en Brasil y aunque la Fuerza Aérea sólo permitía que fueran cinco pasajeros, además de la tripulación, era claro que él deseaba ser uno de ellos. Ramón Sabella iba a ser otro, pero tuvo que quedarse por consejo de su médico. Los otros cuatro elegidos para acompañar a Páez Vilaró eran Rodríguez Escalada y los padres de Roberto Canessa, Roy Harley y Gustavo Nicolich. Pero no eran únicamente estos hombres los que participaban en la operación. Las familias de Methol, Maquirriaín, Abal, Parrado y Valeta contribuyeron con dinero y sugerencias, mientras que Rafael Ponce de León siguió en contacto con los radioaficionados de Chile.

El día 8 de diciembre un grupo de parientes, incluidos los que iban a participar en la expedición, se dirigieron a la base n.° 1 de la Fuerza Aérea para conferenciar con el piloto del C-47, comandante Rubén Terra, y proyectar planes para la búsqueda. El mismo día, Páez Vilaró regresó de Brasil y confirmó que, aunque no se fiaba nada de los aviones de la Fuerza Aérea Uruguaya, volaría con la expedición.

Durante todo el día siguiente continuaron haciendo preparativos para la marcha y a mediodía del 10 de diciembre se celebró una última reunión a la que asistieron los padres, parientes y novias en unión de los expedicionarios, en el espacioso *bungalow* de estilo moruno de los Nicolich. Invitaron a la reunión a dos expertos pilotos uruguayos, y todo el material que habían reunido el Servicio Aéreo de Rescate, la Fuerza Aérea Uruguaya y los padres, se hallaba sobre una mesa a la vista de todos. El doctor Surraco sacó unos mapas y explicó por qué él y los demás estaban ahora convencidos de que el avión tenía que haberse estrellado entre las montañas Tinguiririca y Sosneado. Nadie lo contradijo. Las montañas de Talca y Vilches habían pasado al olvido. La razón triunfó sobre la parasicología.

La reunión continuó hasta bien entrada la tarde. Luego, los dos matrimonios Strauch fueron a casa de los Harley donde permanecieron hasta muy tarde hablando sobre la expedición que esperaban encontrara a sus hijos. Al final, Walter Harley se dirigió a Rosina Strauch y le dijo:

—Escucha, voy a los Andes. Los voy a recorrer centímetro a centímetro hasta que encuentre a los muchachos. Pero te voy a pedir que tú también hagas algo. Si fracasamos esta vez, debes aceptar que ya no hay esperanza. Cuando regresemos de la expedición, todo habrá terminado.

A las seis de la mañana del día 11 de diciembre el C-47 despegó de Montevideo en dirección a Santiago. A bordo iban el piloto, comandante Rubén Terra, cuatro tripulantes y Páez Vilaró, Canessa, Harley, Nicolich y Rodríguez Escalada. Aun a hora tan temprana, había muchos familiares en el aeropuerto para despedirlos.

El avión era un transporte militar. No tenía asientos cómodos y los cinco hombres de mediana edad, habían de sentarse en bancos pegados a los laterales. Era muy ruidoso también, pero todos estaban contentos porque por vez primera desde que desapareció el Fairchild, tenían a su disposición los medios para explorar entre los picos más altos de los Andes. De acuerdo con la prensa uruguaya, el C-47 había sido equipado especialmente para esta expedición; lo habían dotado con el oxígeno y la presurización necesarios para volar a gran altitud. Cuando sobrevolaban el estuario del Río de la Plata, Páez Vilaró tomó un periódico que encontró en el avión y leyó un artículo sobre la expedición. Miraba de vez en cuando a su alrededor para ver si notaba signos del «equipo especial de excepcional precisión» del que hablaba el periódico y cuando llegó a un párrafo que hablaba de la habilidad y experiencia de la Fuerza Aérea Uruguaya, se irritó un poco. Después de todo, desde que desapareció el avión, esto era prácticamente lo primero que hacían para tratar de rescatar a cinco de sus hombres.

Se preguntó qué opinaría de este artículo el piloto y se dirigió a su cabina. Cuando entró, pudo ver que ya habían alcanzado el lado argentino del estuario y se preparaban para volar sobre Buenos Aires.

—¿Ha visto esto? —le preguntó a gritos a Rubén Terra, sos-

teniendo a su lado el periódico con el artículo que acababa de leer.

—Sí —dijo el comandante.

—¿Qué piensa de ello?

—Muy justo.

Páez Vilaró se encogió ligeramente de hombros.

El piloto pareció notarlo, por lo que continuó:

—Por cierto, en una ocasión se paró uno de los motores y fui capaz de aterrizar con uno solo...

En ese preciso instante, el avión sufrió una sacudida y comenzó a vibrar. Páez Vilaró miró hacia el ala y vio lo que el comandante acababa de describir: la hélice del motor de la derecha estaba parándose.

Se dirigió de nuevo al piloto:

—Bien, ha sucedido otra vez —dijo.

Hicieron un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto militar de El Palomar, donde Rubén Terra pidió por cable un motor nuevo a Montevideo, pero los pasajeros no deseaban aguardar hasta que reparasen el C-47. Alquilaron una avioneta que los llevó hasta el aeropuerto de Ezeiza y desde allí tomaron un avión de la Línea Aérea Nacional Chilena en vuelo regular a Santiago. Llegaron sobre las siete de la tarde y se dirigieron al cuartel general del Servicio Aéreo de Rescate en Los Cerrillos.

—¡Cómo! —exclamó el comandante Massa cuando vio a Páez Vilaró y sus compañeros—. ¿Otra vez está usted aquí? Éste no es el momento apropiado para reanudar la búsqueda. Ya le hemos dicho que le avisaríamos cuando llegara la hora.

El comandante tenía buenas razones para estar sorprendido. No era raro que desapareciera un avión en los Andes, pero lo que sí era harto extraño es que alguien se empeñara en encontrarlo dos meses después del accidente. Incluso cuando un DC-3 de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos (USAF) se estrelló en 1968, la búsqueda no había durado tanto, y ahora tenía allí a un grupo de civiles uruguayos que no querían darse por vencidos.

—Dígame, comandante —dijo Walter Harley—. ¿Qué probabilidades hay de que el avión se encontrara atrapado en las montañas e hiciera un aterrizaje de emergencia en la nieve?

—Con un poco de suerte —contestó Massa—, un dos por mil.

—Para nosotros un uno por mil nos basta —respondió Harley.

Los uruguayos trataron de convencerlo para que empleara helicópteros en la búsqueda, pero Massa, aunque los escuchaba pacientemente, no aceptaba sus peticiones.

—Es que no lo entienden —les dijo—. Es extremadamente peligroso usar helicópteros en la cordillera. No puedo arriesgar la vida de nuestros pilotos a menos que haya una evidencia concreta de que los restos se hallan en un lugar determinado. Si lo consiguen, vuelvan y actuaré, pero mientras tanto, nada puedo hacer... Lo siento.

Los cinco hombres regresaron al hotel sin haber conseguido nada, excepto la vaga promesa de Massa, pero no se desanimaron. Aunque estaban cansados por el incómodo viaje, inmediatamente se sentaron para forjar planes de acción. Se dividirían en grupos. Uno de ellos exploraría la zona de las montañas Tinguiririca y Palomo por tierra, otro lo haría desde el aire, tan pronto como llegara el C-47 a Santiago, y el tercero saldría en busca del minero Camilo Figueroa, que aseguraba haber visto caer el avión. Estas serían las tres avanzadas de su asalto a los Andes. La denominaron «Operación Navidad».

SEPTIMA PARTE

1

El 23 de noviembre, Bobby François cumplía veintiún años. Como regalo de cumpleaños, recibió de los dieciséis compañeros un paquete extra de cigarrillos. Mientras tanto, Canessa y Parrado se dedicaron a desmontar la radio del panel de instrumentos que estaba medio enterrado en el pecho del piloto.

Los auriculares y el micrófono estaban conectados a una caja metálica negra, del tamaño de una máquina de escribir portátil, y que extrajeron con facilidad después de sacar unos cuantos tornillos. De todas formas se dieron cuenta que no tenía sintonizador; por lo tanto debía de pertenecer a la radio de VHF. También tenía sesenta y siete cables que salían por la parte trasera, que serían sin duda las conexiones de la mitad que faltaba. El avión estaba tan repleto de instrumentos que era muy difícil averiguar cuáles formaban parte de la radio y cuáles no, aunque poco después, detrás de un panel de plástico, en el departamento de equipajes, encontraron el transmisor. Éste resultó mucho más difícil de separar del resto de los instrumentos, teniendo en cuenta, además, que no disponían de luz para trabajar. Sus herramientas consistían en un destornillador, un cuchillo y unos alicates y, tras varios días de esfuerzo, consiguieron extraerlo.

Obtuvieron la confirmación de que ésta era la parte que se adaptaba a la caja del panel de instrumentos, cuando vieron que por la parte posterior también asomaban sesenta y siete cables. La dificultad surgió al tratar de empalmar los cables unos con otros, pues ignoraban qué cable de una parte correspondía al otro de la otra mitad. Con sesenta y siete cables por cada lado, se podían hacer miles de permutaciones. Después descubrieron que los cables estaban marcados especialmente para hacer las conexiones.

Canessa era el que mostraba más entusiasmo por la radio. Creía que era cosa de locos arriesgar su vida atravesando las montañas cuando había posibilidad de tomar contacto con el mundo exterior desde allí mismo. La mayoría estaba de acuerdo con él, pero otros

muchos dudaban de la eficacia de los resultados. Pedro Algorta estaba convencido de que nunca la harían funcionar, pero no dijo nada para no desanimar a los optimistas. Roy Harley, que era el experto en radio, también era el que más dudas tenía. Sabía muy bien hasta dónde alcanzaban sus escasos conocimientos en los que los demás basaban sus esperanzas —consistían en haber ayudado a montar el equipo estéreo de un amigo— e insistía repetidamente que esto no lo calificaba para desmontar y volver a montar la radio de VHF.

Los muchachos pensaban que decía esto debido a su debilidad física y mental. Su cara tenía una expresión permanente de aflicción y desesperación, y su cuerpo que antes había sido fuerte y ancho, era ahora como la estilizada figura de un fakir hindú. Los expedicionarios y los primos le aconsejaron que caminara alrededor del avión con el fin de entrenarse para el viaje hasta la cola, pero estaba demasiado débil. (No consideraban apropiado aumentarle la ración de carne.) Cuanto más insistían, más se resistía Roy. Lloraba y suplicaba diciéndoles una y otra vez que él sabía tanto de radio como cualquiera de los demás. De todas formas era difícil de resistir su autoridad. Entonces lo sometieron a otra clase de presión, diciéndole:

—Tienes la obligación de ir —le decía su amigo François—, porque la radio es nuestra única oportunidad. Si tenemos que salir caminando, las personas como Coche, Moncho, Álvaro, tú y yo, nunca lo conseguiremos.

Muy a pesar suyo, Roy cedió ante estas explicaciones y decidió ir. De todas formas, la salida no era inminente, pues había varios tratando de desmontar la antena de «aleta de tiburón» acoplada en el techo del avión justo sobre la cabina de los pilotos. Tenían que quitar los remaches valiéndose únicamente de un destornillador y la empresa se hacía aún más difícil por cuanto, debido al golpe de la caída del avión, el metal se había arrugado y retorcido.

A pesar de que la soltaron y la depositaron en la nieve junto con las otras partes de la radio, Canessa se pasaba las horas muertas mirando las diferentes piezas y respondía bruscamente a cualquiera que le preguntara qué faltaba por hacer y por qué no salían ya de una vez. Todos se impacientaron, pero tenían miedo a la agresividad de Canessa. Si no hubiera sido un expedicionario, y el que

tenía más inventiva de los tres, no se lo hubiesen permitido; pero como era así, no deseaban enfrentarse con él. De todas formas, posponer constantemente la salida no parecía muy razonable y comenzaron a pensar que estaba retrasando el experimento con la radio para alejar el momento en que quizá tuvieran que atravesar andando las montañas.

Por último, los tres primos Strauch no lo soportaron más, así que le dijeron que tomara la radio y partiera inmediatamente. Canessa no pudo encontrar ninguna excusa y, a las ocho de la mañana del día siguiente, una pequeña columna empezó a descender por la montaña. Primero iba Vizintín, cargado como un mulo, lo que era habitual en él; después Harley, con las manos en los bolsillos y, finalmente, Canessa y Parrado con mochilas y bastones, como si fueran dos deportistas de invierno.

Comenzado el descenso, los trece que quedaban detrás estaban encantados de verlos partir. No sólo se libraban de la irritable presencia de Canessa y Vizintín, sino que, con la ausencia de los cuatro, podían dormir más cómodamente. Pero sobre todo, tenían la sensación de que el rescate estaba al alcance de la mano.

De todas formas, no se hallaban en situación de sentarse y aguardar a que se realizaran sus sueños. Por primera vez desde que habían decidido comer carne humana, se estaban agotando las reservas. El problema no consistía en que no hubiera bastantes cuerpos, sino que no podían encontrarlos; los que habían muerto en el accidente y habían quedado en el exterior, estaban ahora profundamente enterrados en la nieve a consecuencia de la avalancha y sabían que muy pronto tendrían que recurrir a ellos. También había que tener en cuenta que los primeros que habían muerto estaban más gordos y sus hígados poseían más vitaminas, que tanto necesitaban para sobrevivir.

Por tanto, se dedicaron a buscarlos. Carlitos Páez y Pedro Algorta se encargaron de esta tarea, pero todos los demás se les unieron. El método consistía en clavar una vara metálica en la nieve, en el lugar aproximado donde recordaban que había estado un cuerpo, pero muy a menudo no encontraban nada. En otras ocasiones tenían más suerte, pero a veces con desastrosas consecuencias. Se recordaba, por ejemplo, que había un cuerpo junto a la entrada del avión, y Algorta pasó muchos días haciendo agu-

jeros metódicamente, avanzando cada vez más. Era un trabajo difícil, porque la nieve estaba dura y Pedro, como todos los otros, se había quedado muy débil. Era como encontrar oro cuando la pieza de aluminio que usaban a guisa de pala tropezaba con algo duro o descubría lo que parecía una camisa. Esta vez Pedro cavó más rápido alrededor de las piernas y pies de aquel cuerpo, pero repentinamente vio, al descubrirlo, que tenía pintadas las uñas de los pies. En vez del cuerpo de un muchacho, había encontrado el de Liliana Methol y por deferencia a los sentimientos de Javier, habían acordado no comerla.

Otro método consistía en que todos los chicos orinaran en un lugar determinado. Esto era muy efectivo si por la mañana se podían contener el tiempo suficiente para alcanzar dicho lugar. Pero ¡ay!, muchos de ellos se despertaban con tal necesidad, que tenían que hacerlo en cuanto salían del avión. Algorta solía dormir abiertas las braguetas de los tres pantalones que llevaba y, así y todo, a veces no le daba tiempo ni a salir del avión. Era una pena porque se hacía un agujero con más facilidad orinando que cavando.

La mayoría de los muchachos se sentían demasiado débiles para hacer esta clase de trabajo. Algunos se habían acostumbrado ya a su inutilidad, pero otros no se permitían a sí mismos permanecer inactivos, sin hacer alguna contribución en beneficio del grupo. Carlitos se enfadó un día con Moncho Sabella por no hacer nada, por lo que Moncho comenzó a cavar un hoyo con tal histérica actividad, que los que lo observaban temieron por su vida, pero este arrebato sólo le condujo a caer agotado sobre la nieve. Éste fue un claro ejemplo de que el espíritu es fuerte pero la carne es débil. A Moncho le hubiera gustado encontrarse entre sus heroicos primos y los expedicionarios, pero su cuerpo le traicionaba; no tenía otro remedio que pertenecer al grupo de los espectadores.

Al mismo tiempo que los chicos cavaban en la nieve en busca de los cuerpos ocultos, los otros que habían dejado cerca de la superficie comenzaron a sufrir las consecuencias del fuerte sol, que derretía la capa delgada de nieve que los cubría. Por fin había empezado el deshielo —el nivel de la nieve que rodeaba al Fairchild descendió considerablemente— y el sol calentaba tanto a mediodía que si se dejaba un trozo de carne expuesto a sus rayos,

se pudría en seguida. Así que, además de los trabajos de cavar, cortar carne y derretir nieve, tenían que hacer ahora el de cubrir los cuerpos con una capa de nieve y después taparlos con plástico o cartón.

A medida que las existencias se iban agotando, los primos dieron la orden de que quedaba terminantemente prohibido hurtar carne. El edicto no fue mucho más efectivo que todos los que alteraban una costumbre arraigada. De aquí que buscaran la forma para que les durasen más las existencias, comiendo las partes de los cuerpos humanos que antes habían despreciado. Las manos y los pies, por ejemplo, tenían carne que se podía aprovechar. También intentaron comerse las lenguas, pero eran incapaces de tragarlas, y hubo quien, en cierta ocasión, se comió los testículos.

Por otra parte, todos se dedicaron a comer los tuétanos. Cuando habían terminado hasta la última partícula de carne, partían el hueso por la mitad y, con un alambre o un cuchillo, extraían el tuétano, que se repartían. También comían los coágulos de sangre que encontraban alrededor del corazón en casi todos los cuerpos. La materia y el sabor eran distintos de los de la carne y la grasa, y para aquellas fechas todos estaban asqueados de su invariable dieta. No sólo se debía a que buscaran sabores diferentes; sus cuerpos exigían esos minerales de los que se les había privado por tanto tiempo, sobre todo sal. Y obedeciendo a estas exigencias, los menos escrupulosos entre los supervivientes, comenzaron con aquellas partes de los cuerpos que habían empezado a descomponerse. Esto ya había sucedido con la parte exterior de los cuerpos que estaban expuestos al sol, y había también otras partes adheridas a los esqueletos abandonados alrededor del avión. Días más tarde todos hicieron lo mismo.

Lo que hacían era tomar el intestino delgado, extraer el contenido del interior y cortarlo en pequeños trozos que se comían. Tenía un sabor fuerte y salado. Uno de ellos intentó envolverlo en un hueso y asarlo al fuego. La carne descompuesta que probaron después, tenía sabor a queso.

El siguiente descubrimiento que hicieron en su búsqueda de nuevos sabores y nuevas fuentes de alimentación, fueron los cerebros de los cuerpos que ya habían abandonado. Canessa les había dicho que aunque no tenían mucho valor nutritivo, contenían

glucosa, la cual les daría energías. Él había sido el primero en tomar una cabeza, hacer un corte en la frente, arrancar el cuero cabelludo y romper el cráneo con un hacha. Entonces se repartían los sesos para comerlos mientras estaban congelados o bien se usaban para hacer cocido; el hígado, intestinos, carne, grasa y riñones, bien cocidos o crudos, se cortaban en pequeños trozos y se mezclaban con los cerebros. De esta forma sabían mejor y eran más fáciles de comer. La dificultad consistía en la escasez de escudillas porque, antes, la carne la servían en platos, bandejas o trozos de aluminio. Para este cocido caldoso, Inciarte usaba una bacía. Otros empleaban la parte superior de los cráneos —había cuatro escudillas hechas de cráneos— y algunos las hicieron de hueso.

Los sesos no eran comestibles cuando estaban podridos, así que juntaron todas las cabezas de los cuerpos que habían consumido y las enterraron juntas en la nieve. La nieve estaba llena de otros restos que habían tirado anteriormente. Encontrarlos tenía ahora gran valor, y entre todos los que buscaban se destacaba Algorta, que fue nombrado jefe de «buscadores». Cuando estaba cavando hoyos o ayudando a los primos a cortar carne, se podía ver su figura agachada, clavando una varilla de acero en la nieve por las cercanías del avión. Se parecía tanto a un vagabundo que Carlitos le dio el nombre de Viejo Vizcacha,[1] pero su aplicación tuvo recompensa, porque encontró muchos pedazos de grasa, algunos con tiras de carne adheridas.

Todo esto lo colocaba en su sitio del techo del avión. Si estaban húmedas se secaban al sol, y entonces se formaba una corteza que las hacía más sabrosas. O, como hacían los demás, las ponía en un trozo de metal que al recibir los rayos del sol se calentaba; y en ciertas ocasiones, cuando calentaba mucho, era como si se cocinaran.

Era un motivo de satisfacción para Algorta que no estuvieran allí los expedicionarios porque de esta forma podía quedarse con

1 *...vivía como el chuncaco en los bañaos, como el tero, un haragán, un ratero, y más chillón que un barraco!*

José Hernández. *El gaucho Martín Fierro*

todo lo que encontrara y preparase. Pero de todas formas, lo repartía con Fito. Al lado de su parcela en el techo del avión, estaba la de Fito, y entre las dos, una zona que era común para ambos, y Algorta era el que proporcionaba la carne que siempre había allí. Se había hecho inseparable de Fito, de la misma forma que Zerbino había llegado a ser «El paje del alemán», como decía Inciarte. A Inciarte le molestaba extraordinariamente que Zerbino le diera cigarrillos a Eduardo, incluso cuando éste todavía tenía de los suyos, pero Zerbino recordaba los días de la primera expedición, cuando Eduardo le había permitido dormir con los pies hinchados, apoyados en sus hombros.

Cuando la división entre los dos grupos, los trabajadores y los que no trabajaban, los previsores y los que no lo eran, se acentuó más, aumentó la importancia del papel de Coche Inciarte. Por su comportamiento e inclinaciones, estaba bien asegurado en el campo de los parásitos; pero, por otra parte, era un íntimo amigo de Fito Strauch y Daniel Fernández. Además, tenía ese carácter inocente e ingenioso que es imposible odiar. Mientras convencía a Carlitos para que cocinara en un día de viento, o extrajera grandes cantidades de pus de su pierna infectada, siempre estaba sonriendo y hacía sonreír a los demás. Su estado, lo mismo que el de Turcatti, empeoraba cada vez más por negarse a comer carne cruda. Coche llegó incluso a delirar, y en su delirio decía, con toda seguridad, que existía una puerta en el avión junto al lugar en que él dormía, que conducía a los verdes valles del otro lado de las montañas. Cuando una mañana anunció, al igual que hizo Rafael Echavarren, que iba a morir aquel mismo día, nadie lo tomó en serio. Cuando despertó al día siguiente, todos se rieron de él al tiempo que le preguntaban:

—Bueno, Coche, ¿qué se siente cuando uno está muerto?

Los cigarrillos eran, como siempre, la causa principal de las tensiones que surgían entre ellos. Los que, como los primos, tenían la fuerza de voluntad suficiente para espaciar el tiempo preciso entre un cigarrillo y el siguiente, de forma que les durase su ración los dos días, se encontraban con que hacia el final del segundo cada vez que fumaban eran observados con envidia por una

docena de pares de ojos. Los que no tenían esta previsión, y Coche Inciarte era de los peores, agotaban su ración el primer día y luego trataban de conseguir algún cigarrillo de quienes todavía tenían. Pedro Algorta, que fumaba menos que los demás, caminaba siempre con los ojos bajos por miedo de encontrarse con una mirada de súplica de Coche, y si conseguía evitarlo por algún tiempo, Coche acababa dirigiéndose a él y diciéndole:

—Pedrito, cuando regresemos a Montevideo, te invitaré a comer ñoquis en casa de mi tío.

El siempre hambriento Algorta levantaba la vista para encontrarse con los ojos sonrientes que le dirigían una larga y suplicante mirada.

Pancho Delgado tampoco era capaz de controlarse y entonces se deslizaba al lado de Sabella, por ejemplo, y comenzaba una larga conversación sobre los días transcurridos en el colegio con su hermano, esperando durante esta charla ganarse un cigarrillo. Inciarte lo convencía para que persuadiese a Fernández que les diera un adelanto sobre la ración del siguiente día:

—Compréndelo —le decía—, Coche y yo somos muy nerviosos.

Hubo un tiempo en que Delgado estaba a cargo de los cigarrillos, lo que era tanto como poner a un alcohólico al frente de un bar. Cierta noche la tormenta fue tan intensa que metía la nieve dentro del avión. Delgado y Zerbino, que dormían junto a la puerta, se fueron al lado de la cabina para charlar y fumar unos cigarrillos con Coche y Carlitos. La mayoría estaban despiertos, fumando y escuchando el ruido de las avalanchas, pero, por la mañana, cuando despertaron cubiertos de nieve, dudaron mucho que hubieran fumado tantos cigarrillos como aseguraba Pancho.

Hubo otra ocasión en que Fernández e Inciarte discutieron a causa de los cigarrillos. Fernández, que tenía a su cargo uno de los tres encendedores, no hacía caso de Coche cuando éste le pedía fuego constantemente, porque pensaba que fumaba demasiado. Esto puso furioso a Coche que no dirigió la palabra a Fernández durante todo el día. Por la noche, como era habitual, estaban acostados uno junto al otro, pero cada vez que la cabeza de Fernández se inclinaba sobre el hombro de Inciarte, éste la sacudía. Entonces, Fernández le dijo:

—No seas así, Coche.

Y a Coche se le fue el enfado. Era de naturaleza demasiado generosa para que le durase.

Su imprevisión con los cigarrillos reforzó los lazos de unión que ya existían entre Coche y Pancho. Ambos andaban a la caza de cigarrillos —Pancho tomando algunos de Numa Turcatti porque pensaba que a éste no le hacían ningún bien, mientras que Coche perseguía a Algorta—, o como ya hemos dicho, haciendo un frente común para conseguir un adelanto de Daniel Fernández. Solían hablar de su vida en Montevideo o de los fines de semana en el campo con Gastón Costemalle, que era su amigo común. Pancho Delgado, con su natural elocuencia, describía escenas del feliz pasado, tan vívidas que Coche Inciarte se sentía transportado desde los confines del húmedo y maloliente interior del avión a las verdes campiñas de los alrededores de su granja. Después, cuando se terminaba la historia, se encontraba de repente con la triste realidad, y se sentía entonces tan deprimido que permanecía sentado por largo tiempo con la mirada fija, como si fuera un cadáver.

Debido a esto, los Strauch y Daniel Fernández trataban de alejar a Coche de Delgado. Presentían que estas conversaciones perjudicaran su moral hasta el extremo de que pudiera perder la voluntad de sobrevivir. También comenzaron a desconfiar de Delgado. Hubo un incidente, cuando parte de los muchachos estaban en el exterior y dijeron a los que estaban en el aparato que enviaran a alguien a recoger sus raciones de comida. Apareció Pancho y mientras recogía los trozos de carne, le preguntó a Fito si podía quedarse con uno.

—Naturalmente —le contestó Fito.

—¿El mejor?

—Como quieras.

Fito y los demás permanecieron en el techo del avión comiendo sus pedazos de carne, y después de entregar el resto a los otros, Pancho salió y se unió a ellos. Cuando, poco después, Fito entró en el avión, Daniel Fernández, que tuvo que cortar las piezas de carne que le dio Pancho en otras más pequeñas, le dijo a Fito:

—Oye, hoy no nos has dado mucho de comer.

—Doce trozos —contestó Fito.

—Querrás decir ocho. Tuve que cortarlos otra vez.

Fito se encogió de hombros y no dijo más, porque de haber dicho lo que sospechaba, hubiese obrado en contra de su buen criterio. Era esencial que no hubiera tensiones entre ellos.

Carlitos, por otra parte, se sentía menos puntilloso.

—Me pregunto por dónde andará el fantasma —dijo, mirando a Pancho—. ¿Dónde están los otros cuatro trozos?

—¿Qué insinúas? —preguntó Pancho—. ¿Qué quieres decir? ¿No te fías de mí?

Podían haber añadido algo más, pero tanto Fito como Daniel Fernández aconsejaron a Carlitos que diera por zanjada la cuestión.

2

Mientras ocurrían estos sucesos en el avión, los tres expedicionarios y Roy Harley se encontraban en la cola. Sólo habían tardado hora y media en recorrer tal distancia, y por el camino encontraron una maleta que había pertenecido a la madre de Parrado. Hallaron algunos dulces dentro y dos botellas de «Coca-Cola».

Pasaron el primer día descansando y mirando el interior de las maletas que habían aparecido al fundirse la nieve desde la última vez que estuvieron allí. Entre otras cosas, Parrado encontró una cámara fotográfica con película y la bolsa con las dos botellas de ron y de licor que su madre le había dado en Mendoza para que las guardara. No estaban rotas y abrieron una, reservando la otra para la marcha que tendrían que hacer si no conseguían que funcionara la radio.

Canessa y Harley se dedicaron a esta tarea a la mañana siguiente. Al principio parecía que no iba a ser muy difícil, porque las conexiones en la parte trasera del transmisor estaban marcadas con las letras BAT y ANT para señalar dónde se debían conectar los cables de la batería y de la antena. Pero desgraciadamente tenían otros cables cuyas conexiones no estaban tan claras. Sobre todo, no sabían distinguir las fases, y a menudo, cuando conectaban un cable, saltaban chispas a sus ojos.

Sus esperanzas de conseguir el éxito se vieron incrementadas

cuando Vizintín encontró en la nieve, al lado de la cola del avión un manual de instrucciones del Fairchild. Miraron el índice para buscar la página referente a la radio y descubrieron que todo el capítulo treinta y cuatro estaba dedicado a «Comunicaciones», pero cuando trataron de encontrar esta sección, vieron que algunas páginas las había arrancado el viento y eran precisamente las que ellos necesitaban.

No tuvieron otro remedio que volver a ensayar, expuestos a cometer errores. Era un trabajo lastimoso y mientras se dedicaban a él, Parrado y Vizintín revisaban las maletas por segunda vez, o encendían fuego para cocinar. Aunque sólo eran cuatro, no estaban libres de las tensiones que había en el avión. Roy Harley se irritaba porque Parrado no le daba la misma ración que a los otros. Parecía normal que mientras formara parte de una expedición, debería comer lo mismo que los expedicionarios. Por otra parte, Parrado sostenía que él era solamente un auxiliar; si fracasaba el asunto de la radio, no tendría que caminar a través de las montañas. Por lo tanto sólo comería lo necesario para sobrevivir.

Tampoco permitía que Roy fumara. La razón que alegaba era que sólo tenían un encendedor y que podían necesitarlo para la expedición final. Pero también era cierto que ni Parrado, Canessa o Vizintín fumaban y que a todos les irritaba el constante lamentarse y quejarse de Roy. Así que le dijeron que sólo podría fumar cuando encendieran fuego. En cierta ocasión, cuando Roy se acercó a encender un cigarrillo en el fuego, Parrado, que estaba cocinando, le dijo que no le molestara y que volviese cuando hubiera terminado. Pero cuando Roy volvió, el fuego se había apagado. Se enfadó tanto que se apoderó del encendedor que Parrado había dejado encima de un cartón, y encendió un cigarrillo. Cuando los tres expedicionarios vieron esto, lo persiguieron como celosos guardianes. Lo insultaron y le habrían quitado el cigarrillo, si Canessa pensándolo mejor, no los hubiese detenido diciéndoles:

—Déjenlo tranquilo. No olviden que Roy puede ser el que nos salve a todos haciendo funcionar esta maldita radio.

Al tercer día se dieron cuenta que no se habían traído suficiente carne para mantenerse durante el tiempo que tardaran en reparar la radio. Entonces, Parrado y Vizintín regresaron al avión, dejando

a Canessa y Harley en la cola. El ascenso, como la vez anterior, era mil veces más difícil que el descenso. Después de escalar hasta la cumbre de la última colina que estaba justo al lado Este del avión, Parrado se sintió, de momento, profundamente desesperado: en vez de encontrar los restos del avión, sólo divisó una extensa llanura cubierta de nieve.

Su primer pensamiento fue que otra avalancha había cubierto por completo el avión, pero fijándose más detenidamente observó que no había signos de nieve fresca al lado de las montañas que tenía en frente. Siguió caminando y con gran consuelo encontró los restos del aparato al otro lado de la siguiente colina.

Los muchachos no los esperaban y no tenían carne preparada. Además, se encontraban demasiado débiles para buscar la carne necesaria. De ahí que tuvieran que ser Parrado y Vizintín los que se dedicaran a esta tarea. Hallaron un cuerpo del que los primos cortaron carne que metieron en calcetines y después de pasar dos noches en el avión, regresaron a la cola.

Una vez allí, vieron que Harley y Canessa habían hecho todas las conexiones necesarias entre las baterías y la radio, y de la radio a la antena de aleta de tiburón, pero todavía no habían captado ninguna señal exterior. Creyeron que esto se debía a alguna deficiencia de la antena, así que arrancaron cables del circuito eléctrico del avión y los empalmaron. Un extremo del cable resultante lo ataron a la cola del avión y el otro a una maleta llena de rocas que situaron en la parte alta de la montaña, construyendo así una antena de más de veinte metros de largo. Cuando la conectaron a la radio de transistores que se llevaron consigo, sintonizaron muchas estaciones de radio de Chile, Argentina y Uruguay. Cuando la conectaron a la radio del Fairchild, no consiguieron oír nada. Volvieron a conectar con la radio de transistores, sintonizaron una estación que radiaba música alegre y se pusieron a trabajar de nuevo.

De repente, oyeron gritar a Parrado; había encontrado en una maleta la fotografía de un niño en una fiesta de cumpleaños. Era una niña pequeña y estaba sentada a una mesa atiborrada de pasteles y galletas. Parrado sostenía la fotografía y devoraba los alimentos con los ojos, pero muy pronto los otros tres, avisados por el grito, llegaron junto a él, y se unieron a la fiesta.

—Échate una miradita a ese pastel —dijo Canessa gimiendo y frotándose el estómago.

—Y ¿qué me dices de los sandwiches? —dijo Parrado—. Creo que los prefiero.

—Las galletas —gimió Vizintín—. Me conformo con las galletas.

En la radio de transistores a la que habían conectado la antena, oyeron los cuatro las noticias en las que se anunciaba que iba a ser reanudada la búsqueda por un C-47 de la Fuerza Aérea Uruguaya. Cada uno recibió la noticia de distinta forma. Harley estaba loco de alegría y esperanza. Canessa también parecía entusiasmado. Vizintín no reaccionó de ninguna forma mientras que Parrado parecía desilusionado.

—No sean tan optimistas —dijo—. Que nos estén buscando otra vez, no quiere decir que nos encuentren.

De todas formas pensaron que sería una buena idea hacer una gran cruz al lado de la cola del avión, y así lo hicieron empleando las maletas que estaban esparcidas por los alrededores. Por aquel entonces ya estaban casi convencidos de que no conseguirían hacer funcionar la radio, aunque Canessa seguía intentándolo y se oponía a regresar al avión. Parrado y Vizintín ya tenían en sus mentes la idea de la expedición, pues se había decidido en el avión que si fallaba la radio, los expedicionarios deberían partir inmediatamente montaña arriba, obedeciendo a la única cosa de que estaban seguros: que Chile se encontraba hacia el Oeste. Entonces Vizintín arrancó el resto del material que envolvía las tuberías de calefacción del Fairchild en la zona oscura de la base del avión donde estaban almacenadas las baterías. Era un material ligero diseñado por una de las industrias del mundo tecnológicamente más avanzadas en esta materia; cosiendo los trozos de manera que formaran una bolsa, conseguiría un excelente saco de dormir y resolvería uno de los problemas más difíciles: evitar el frío durante la noche cuando no estuvieran refugiados en la cola o en el avión.

Durante el tiempo que estuvieron en la cola, la nieve no cesó de derretirse, excepto la que se encontraba debajo de la cola porque la sombra le daba siempre. En consecuencia, la cola estaba como en una tarima de nieve y no sólo se hacía difícil entrar, sino que

se movía peligrosamente cuando caminaban por el interior. Durante la última noche este movimiento se hizo tan acentuado que Parrado estaba paralizado por el terror de que se cayera y se deslizara montaña abajo. Los cuatro estaban tendidos y tan quietos como podían, pero el viento la hacía oscilar, y Parrado no conseguía dormir.

—Oigan —dijo por fin a los otros—, ¿no creen que sería mejor dormir fuera?

Vizintín lanzó un gruñido y Canessa repuso:

—Mira, Nando. Si tenemos que morir, moriremos, así que mientras tanto, vamos a tratar de dormir tranquilos.

La cola se encontraba en la misma posición al día siguiente, pero estaba claro que ya no ofrecía ninguna seguridad. También resultaba obvio que no serían capaces de hacer funcionar la radio, así que decidieron regresar al avión. Antes de partir cargaron de nuevo con más cigarrillos, y Harley, dando rienda suelta al infortunio y frustración que había sentido durante todos aquellos días, rompió a puntapiés todos los componentes de la radio que con tanto trabajo habían conseguido poner en orden.

Era una equivocación desperdiciar así sus energías. La pendiente de 45 grados que habría que subir para regresar al avión, tenía más de kilómetro y medio. Al principio no se hizo difícil porque la superficie de la nieve estaba dura. Más tarde, cuando se ablandó y se hundían en ella hasta las caderas, o caminaban con los almohadones atados a los pies, eran necesarios esfuerzos casi sobrehumanos que el pobre Roy no tenía de dónde sacar. A pesar de que descansaban cada treinta pasos, muy pronto se rezagó, pero Parrado se quedaba junto a él adulándole, animándole y rogándole que continuara. Roy lo intentaba, pero muy pronto volvía a caer en la nieve, desesperado y agotado. Se quejaba más que nunca y las lágrimas corrían por sus mejillas con más profusión. Rogaba que lo dejaran morir allí, pero Parrado no lo abandonaba. Juraba y lo insultaba para hacerle reaccionar. Lo injuriaba como nunca antes había injuriado a nadie.

Los insultos eran una medida extrema, pero dieron resultado. Hicieron continuar a Roy hasta el punto que no respondía ni a

exhortaciones ni a insultos. Parrado se dirigió a él, hablándole con calma y diciéndole:

—Escucha, ya falta poco. ¿No crees que merece la pena hacer un pequeño esfuerzo aunque nada más sea por ver a tus padres otra vez?

Después lo agarró de la mano y le ayudó a levantarse. De nuevo subió tambaleándose por la montaña apoyado en el brazo de Parrado y cuando llegaron a una pendiente que de ninguna forma pudieron conseguir que Roy salvara, Parrado cargó con él haciendo uso de aquella extraordinaria fuerza que aún parecía poseer y lo llevó hasta el Fairchild.

Llegaron al avión entre las seis y media y las siete de la tarde. Soplaba un viento frío y caía algo de nieve. Los trece que quedaban allí ya habían entrado y recibieron a los expedicionarios bastante deprimidos y malhumorados.

A Canessa le afectó menos su poco amigable acogida que el aspecto desastroso que presentaban. Después de ocho días observó objetivamente lo demacradas que estaban las barbudas caras de sus amigos. También se había dado cuenta del horror de aquella nieve sucia y llena de huesos y cráneos abiertos y pensó para sí que antes que los rescataran, había que hacer algo para limpiar y ocultar lo que estaba a la vista de todos.

3

Hacia el final de la primera semana de diciembre, después de cincuenta y seis días en la montaña, aparecieron dos cóndores en el cielo, describiendo círculos sobre los diecisiete supervivientes. Estos dos enormes pájaros de rapiña, con los cuellos y las cabezas peladas, el collar de plumas blancas y una envergadura de tres metros eran el primer signo de vida que veían en más de ocho semanas. Los supervivientes temieron de inmediato que descendieran y se llevaran la carroña. Les hubiera gustado dispararles con el revólver, pero tenían miedo que el ruido provocara otra avalancha.

A veces los cóndores desaparecían, pero volvían a aparecer a la

mañana siguiente. Vigilaban los movimientos de los seres humanos, pero nunca se lanzaban sobre ellos, y después de algunos días se desvanecieron para siempre. De todas formas, aparecieron otros signos de vida. En cierta ocasión entró una abeja en el avión y volvió a salir inmediatamente después; luego llegaron una o dos moscas y finalmente una mariposa voló alrededor del avión.

Ahora hacía calor durante el día; la verdad era que a mediodía hacía tanto que se les quemó la piel y se les agrietaron los labios, que comenzaron a sangrar. Algunos trataron de levantar una tienda para protegerse del sol con las varas de metal de las hamacas y una pieza de tela que Liliana Methol había comprado en Mendoza para hacerle vestidos a su hija. También pensaron que sería una buena señal para los aviones que los sobrevolaran, porque esta posibilidad nunca abandonó sus mentes. Cuando Roy y los expedicionarios regresaron de la cola del avión, les dijeron a los trece que habían permanecido allí que habían oído por la radio de transistores que la búsqueda se había iniciado de nuevo.

Los muchachos estaban decididos a que esto no tentara a los expedicionarios a abandonar su antiguo proyecto. No tenían puestas muchas esperanzas en el éxito de la radio, así que cuando Harley, Canessa y Vizintín regresaron, no se entregaron a la desesperación, al contrario, estaban deseosos de que los tres últimos salieran inmediatamente otra vez. Pero muy pronto se hizo evidente que mientras que la noticia de que el C-47 había iniciado la búsqueda no hizo mella en la voluntad de Parrado, causó ciertos reparos en Canessa pensando en que iba a arriesgar la vida en la ascensión de la montaña.

—Es absurdo que salgamos ahora —decía— con este aparato equipado especialmente que han fletado para encontrarnos. Debemos concederles por lo menos diez días y salir, quizás, al cabo de ellos. Es una locura arriesgar nuestras vidas si no es necesario.

Los demás se pusieron furiosos ante este retraso. No habían soportado a Canessa y sufrido su intolerable temperamento durante tanto tiempo para que ahora les dijera que no iba. Tampoco estaban muy seguros de que los encontrara el C-47, pues habían oído que se había visto obligado a aterrizar en Buenos Aires y que le habían tenido que montar los motores en Los Cerrillos. También contaba la escasez de alimentos, pues aunque sabían que

había más cuerpos enterrados en la nieve bajo ellos, o no los encontraban, o los que encontraban eran aquellos que habían acordado no comer.

Existía otro factor, además de éstos, y era su orgullo por lo que habían conseguido. Habían sobrevivido durante ocho semanas bajo las más extremas e inhumanas condiciones. Querían demostrar que también eran capaces de escapar por sus propios medios. Les gustaba imaginarse la expresión de la cara del primer pastor o campesino que encontraran cuando le dijeran que eran tres expedicionarios de los supervivientes uruguayos del Fairchild. Todos practicaban mentalmente el tono inocente que adoptarían cuando llamaran por teléfono a sus padres en Montevideo.

La impaciencia de Fito era más realista.

—¿No te das cuenta —le decía a Canessa— que no están buscando supervivientes? Están buscando cadáveres. Y el equipo especial que mencionan es un equipo fotográfico. Toman fotografías aéreas y regresan, luego las revelan y las estudian... Les llevará semanas encontrarnos y esto si vuelan justo por encima de nosotros.

Estas razones parecieron convencer a Canessa. A Parrado no necesitaban convencerlo y Vizintín siempre estaba de acuerdo con lo que decidieran los otros dos. Por lo tanto, se pusieron a preparar la expedición final. Los primos cortaron carne no sólo para cubrir sus necesidades diarias, sino para crear una reserva para el viaje. Los demás se dedicaron a coser los materiales aislantes a los sacos de dormir. Era difícil. Se les acabó el hilo y tuvieron que usar cables de los circuitos eléctricos.

A Parrado le hubiera gustado ayudarles en esta tarea, pero no era muy habilidoso. En vista de esto, se dedicó a sacar fotografías con la cámara que encontraron en la cola y a reunir toda la ropa que necesitaba para el viaje. Una mochila hecha de unos pantalones la llenó con la brújula del avión, la manta de su madre, cuatro pares de calcetines de repuesto, el pasaporte, cuatrocientos dólares, una botella de agua, una navaja y un lápiz de labios de mujer para sus labios agrietados.

Vizintín metió la máquina de afeitar en la mochila, no porque intentara afeitarse antes de llegar a la civilización, sino porque era un regalo de su padre y no quería abandonarla. También se

llevó los mapas del avión, una botella de ron, otra de agua, calcetines y el revólver.

La mochila de Canessa estaba llena con las medicinas que calculó que podían necesitar en el viaje: esparadrapo, un tubo de dentífrico, pastillas contra la diarrea, pomadas, pastillas de cafeína, linimento y unos comprimidos grandes de aplicación desconocida. Llevaba además crema base para protegerse la piel, sus documentos —incluido el certificado de vacunación—, la navaja de Methol, una cuchara, un trozo de papel, un trozo de cable y un pelo de elefante como amuleto de la buena suerte.

El día 8 de diciembre era la fiesta de la Inmaculada Concepción. Para honrar a la Virgen y rogarle que intercediera por el éxito de la expedición final, los chicos decidieron rezar los quince misterios completos del rosario. Pero cuando acabaron el quinto sus voces se hicieron cada vez más débiles y uno tras otro se fueron quedando dormidos. Por este motivo, rezaron el resto al día siguiente, 9 de diciembre, que era también el día en que Parrado cumplía veintiún años. Era un día triste, porque ya habían planeado con todo cuidado la fiesta que para tal ocasión iba a tener efecto en Montevideo. Para celebrarlo en la montaña, la comunidad regaló a Parrado uno de los cigarros habanos que habían encontrado en la cola del avión. Parrado se lo fumó, pero le satisfizo más el calor que el aroma que despedía.

Para el 10 de diciembre, Canessa seguía insistiendo en que la expedición no estaba todavía bien preparada para partir. El saco de dormir no lo habían cosido a su entera satisfacción y aún no había reunido todo lo que podían necesitar. Pero, en vez de dedicar sus esfuerzos a estas tareas, Canessa se tumbaba para «reservar sus energías» o insistía en curar los bultos que le habían salido a Roy Harley en las piernas. También discutía con los chicos más jóvenes. Le dijo a François que Vizintín se había limpiado el trasero, cuando estaban en la cola, con el mejor polo Lacoste de Bobby, lo que hizo que éste se encolerizara. También discutía con su mejor amigo y gran admirador, Álvaro Mangino, pues aquella mañana, mientras defecaba en la cubierta de un asiento en el interior del avión (tenía diarrea por comer carne putrefacta) le dijo a Mangino que apartara la pierna. Mangino le contestó que había tenido calambres durante toda la noche y que no lo haría. Canessa

le gritó. Mangino maldijo a Canessa. Canessa perdió el dominio de sí mismo y agarró a Mangino por el pelo. Cuando estaba a punto de pegarle, lo pensó y simplemente lo empujó contra la pared del avión.

—Has dejado de ser mi amigo —le dijo Mangino sollozando.

—Lo siento —repuso Canessa sentándose y volviendo a recobrar el dominio de sí mismo—. Es porque me siento muy enfermo.

Aquel día no le habló nadie. Los primos creían que estaba demorando la marcha deliberadamente y se habían enfadado con él. Aquella noche no le reservaron la plaza especial de expedicionario y tuvo que dormir junto a la entrada. El único que tenía alguna influencia sobre él era Parrado, y su determinación de salir de allí era tan grande como siempre. Por la mañana, mientras estaban acostados en el avión aguardando la hora de salir, dijo repentinamente:

—Si ese avión vuela por encima de nosotros, quizá no nos vea. Deberíamos hacer una cruz.

Y sin esperar a que ningún otro pusiera en práctica su idea, salió del avión y señaló una zona donde la nieve estaba limpia y mejor se podía hacer la cruz. Los otros lo siguieron y muy pronto todos los que podían caminar sin dolor, comenzaron a pisar el suelo dentro de las líneas marcadas para hacer una cruz gigante. En el centro, donde se cruzaban los dos brazos, colocaron boca abajo el cubo de la basura que Vizintín recogió en la expedición de ensayo. También tendieron las chaquetas de vuelo de los pilotos, de color amarillo y verde brillantes. Pensando que el movimiento podía atraer la atención de los que volaban, organizaron un plan que consistía en correr en círculos tan pronto como divisaran un avión.

Aquella noche Fito Strauch se acercó a Parrado y le dijo que si Canessa no quería ir en la expedición, iría él.

—No —repuso Parrado—. No te preocupes. He hablado con Músculo e irá. Tiene que ir. Está mucho mejor entrenado que tú. Todo lo que tenemos que hacer ahora es terminar el saco de dormir.

A la mañana siguiente los Strauch se levantaron temprano decididos a terminar el saco. Habían llegado a la determinación de

que a partir de aquella misma tarde no habría ninguna excusa para retrasar de nuevo la salida. Pero algo iba a suceder ese día que dejaría sin valor todas sus precauciones.

Numa Turcatti se encontraba cada vez más débil. Su salud, junto con la de Roy Harley y Coche Inciarte eran la causa de las mayores preocupaciones de los dos «doctores», Canessa y Zerbino. Aunque a Turcatti, tan sano de espíritu, lo apreciaban en grado sumo todos los del avión, su mejor amigo antes del accidente había sido Pancho Delgado, y era Delgado precisamente quien se encargaba de cuidarlo. Le llevaba a diario su ración alimenticia y derretía nieve para que tuviera agua suficiente, trataba de convencerlo para que no fumara porque Canessa le había dicho que esto lo perjudicaba y le daba pequeñas dosis de pasta de dientes de un tubo que Canessa había tomado de la cola del avión.

A pesar de todos estos cuidados, Turcatti seguía empeorando, así que Delgado pensó que debería hacer algo más. Decidió conseguir más comida, cayó en el hábito de hurtar. Creía que si se lo hubiera pedido a los primos, éstos se habrían negado. Llegó cierto día en que Canessa se encontraba con diarrea y estaba sentado cerca de Numa en el interior del avión. Delgado salió a buscar la comida y regresó con tres platos. Canessa había decidido ayunar a causa de su diarrea, pero un día que hicieron un cocido y vio a Delgado con él le pidió que se lo dejara probar. Delgado se lo permitió con toda amabilidad y una vez que Canessa lo probó decidió que, a pesar de todo, tomaría una ración.

Canessa salió y le pidió a Eduardo, que estaba sirviendo, que le diera su parte. Eduardo le contestó:

—Pero si ya le he dado tu ración a Pancho.

—Bueno, pues no me la ha dado.

Eduardo perdía los estribos con facilidad y así sucedió esta vez. Comenzó a vituperar a Delgado y, mientras lo hacía, Pancho salió del avión.

—¿Estás hablando de mí?

—Sí. ¿Pensabas que no nos daríamos cuenta de que has escamoteado una ración?

Delgado se ruborizó y dijo:

—No sé cómo puedes pensar esto de mí.

—Entonces, ¿por qué no le distes a Músculo su ración?

—¿Crees que me quedé yo con ella?

—Sí.

—Era para Numa. Tú no te habrás dado cuenta, pero está más débil cada día. Si no le damos de comer, se morirá.

Eduardo se quedó anonadado. Le preguntó:

—¿Por qué no nos lo pediste a nosotros?

—Porque creí que ustedes lo negarían.

Los primos nada dijeron, pero continuaron sospechando de Delgado. Sabían, sin ir más lejos, que los días que la carne estaba cruda costaba mucho trabajo convencer a Numa para que comiera una ración, así que sería muy difícil que hubiera comido dos. Tampoco les pasó inadvertido que los cigarrillos que Delgado evitaba que Numa fumara, se los fumaba él mismo.

Aun con una ración suplementaria, el estado de Numa no mejoró. A medida que aumentaba su debilidad, se desanimaba más, y cuanto más se desanimaba, menos se preocupaba de alimentarse, lo que a su vez lo debilitaba más aún. Le salió una irritación en la rabadilla debido a que permanecía mucho tiempo acostado y cuando le pidió a Zerbino que lo examinara, éste se dio cuenta de lo extremadamente delgado que se había quedado. Hasta entonces tenía la cara recubierta de barba y el cuerpo de ropas. Al quitarle la ropa para examinar la irritación, Zerbino advirtió que prácticamente no tenía carne entre la piel y los huesos. Numa era como un esqueleto y Zerbino les dijo después a los demás que sólo le daba unos días de vida.

Al igual que Inciarte y Sabella, Numa deliraba a ratos, pero la noche del 10 de diciembre durmió con tranquilidad. Por la mañana, Delgado salió a tomar el sol. Le habían dicho que Numa se iba a morir, pero su mente se negaba a aceptarlo. Poco después salió Canessa y le dijo que Turcatti se hallaba en estado de coma. Delgado regresó en seguida al interior del avión a ver a su amigo. Numa estaba allí tendido con los ojos abiertos, pero no parecía darse cuenta de la presencia de Delgado. Respiraba lenta y trabajosamente. Delgado se arrodilló a su lado y comenzó a rezar el rosario. Mientras rezaba, Numa dejó de respirar.

Al mediodía tendían los almohadones en el suelo del avión otra vez. Se habían acostumbrado, debido al calor, a dormir la siesta.

Sentíanse deprimidos por permanecer inactivos, pero de todas formas era mejor que quemarse. Se sentaban a charlar o se quedaban adormecidos. Luego, sobre las tres de la tarde, salían de nuevo. Aquella tarde Javier Methol se hallaba instalado al fondo del avión.

—Ten cuidado —le dijo a Coche cuando éste se levantó y pasó sobre el cuerpo de Numa—. Ten cuidado, no pises a Numa.

—Numa está muerto —respondió Parrado.

Javier no se había enterado de lo sucedido, y ahora que se dio cuenta, se sintió anonadado. Lloró como cuando la muerte de Liliana, porque había llegado a apreciar al tímido y sencillo Numa Turcatti como si se tratara de su hermano o su hijo.

Con la muerte de Turcatti se consiguió lo que no se había logrado con discusiones y argumentos de todas clases. Canessa se convenció de que no podían esperar más tiempo. Roy Harley, Coche Inciarte y Moncho Sabella estaban muy débiles y deliraban de vez en cuando. Un día de retraso podía significar para ellos la vida o la muerte. Se acordó, por tanto, que la expedición final debería iniciarse al día siguiente, partiendo hacia el Oeste, donde se encontraba Chile.

Por la tarde, antes de entrar en el avión por última vez, Parrado llamó aparte a los tres primos Strauch y les dijo que si se quedaban escasos de carne, podían comerse los cuerpos de su madre y su hermana.

—Naturalmente, preferiría que no lo hicieran, pero si está en juego vuestra supervivencia, deben hacerlo.

Los primos no dijeron nada, pero la expresión de sus caras denunciaba cuánto les había conmovido las palabras de Parrado.

4

A las cinco de la mañana siguiente, Canessa, Parrado y Vizintín se prepararon para salir. Primero se vistieron con las ropas que habían recogido del equipaje de los cuarenta y cinco pasajeros y

tripulación. Parrado llevaba una camisa «Lacoste» y un par de leotardos de lana. Encima se había puesto tres pantalones vaqueros, y sobre la camisa, seis jerseys. Llevaba en la cabeza un pasamontañas de lana; después, la capucha unida a las hombreras que había cortado del abrigo de pieles de Susana, y finalmente, una cazadora. Bajo las botas de rugby, cuatro pares de calcetines y después, para evitar la humedad, una funda hecha de una bolsa de plástico de un supermercado. También usaba guantes y gafas de sol y, para apoyarse, un tubo de aluminio que se ató a la muñeca.

Vizintín también disponía de un pasamontañas, blanco. Llevaba tantos pantalones y jerseys como Parrado, pero los cubría con un impermeable y calzaba un par de botas españolas. Lo mismo que las veces anteriores, llevaba la carga más pesada, incluida la tercera parte de la carne metida en una bolsa de plástico o en un calcetín de rugby. Junto con la carne había trozos de grasa para darles energía, e hígado por las vitaminas. Contándolo todo, tenían provisión de alimentos para quince días.

Canessa llevaba el saco de dormir. Para proteger el cuerpo, buscaba prendas de lana, pensando que habiendo de hacer frente a los elementos, lo mejor eran las materias naturales. También pensaba que cada prenda tenía un recuerdo especial. Uno de los jerseys que llevaba se lo había regalado una amiga íntima de su madre, otro, su madre misma y un tercero estaba tejido por su novia, Laura Surraco. Uno de los pantalones había pertenecido a su amigo íntimo Daniel Maspons y el cinturón se lo dio Parrado, diciéndole:

—Éste es un regalo de Panchito, que era mi mejor amigo. Ahora tú eres mi mejor amigo, así que tómalo.

Canessa aceptó el regalo; también usaba los guantes de esquiar de Abal y las botas de Javier Methol.

Los primos obsequiaron a los expedicionarios con un desayuno, antes de partir. Los demás miraban en silencio. No había palabras para expresar lo que sentían en este preciso momento. Todos sabían que era la última oportunidad que tenían de salvarse. Entonces Parrado tomó de nuevo los zapatitos que había comprado para su sobrino en Mendoza. Se guardó uno en el bolsillo y colgó otro de la red de equipajes del avión.

—Volveré a buscarlo. No se preocupen.

—Muy bien —le contestaron todos, más animados por su optimismo—. Y no se olviden de reservarnos habitación en Santiago.

Luego los abrazaron a todos y entre gritos de ¡hasta luego!, los tres expedicionarios partieron montaña arriba.

Cuando ya llevaban unos cuatrocientos cincuenta metros recorridos, Pancho Delgado salió corriendo del avión.

—Esperad —les dijo gritando y haciendo señales con una pequeña imagen que llevaba en la mano—. ¡Se olvidaron de la Virgen de Luján!

Canessa se detuvo y se volvió.

—No te preocupes —le contestó—. Si quiere quedarse, déjala que se quede. Nosotros llevamos a Dios en nuestros corazones.

Iban bordeando la ladera, pero sabían que esto les conducía hacia el Noroeste y que llegaría un momento en que tendrían que dirigirse al Oeste y ascender directamente por la montaña. La dificultad consistía en que la ladera tenía por todas partes la misma pendiente y altura. Canessa y Parrado comenzaron a discutir sobre cuándo deberían empezar la ascensión. Vizintín, como siempre, no tomaba parte en la discusión. Poco después los dos llegaron a un acuerdo. Consultaron con la brújula que pertenecía al avión y comenzaron la ascensión hacia el Oeste por la ladera. Tenían que hacer grandes esfuerzos. No sólo porque la pendiente era pronunciada, sino porque la nieve se estaba derritiendo y, a pesar de sus improvisadas «raquetas de nieve», se hundían en ella hasta las rodillas. La nieve húmeda empapaba los almohadones y, por tanto, los hacía más pesados y difíciles de llevar con las piernas arqueadas pendiente arriba. Pero no se daban por vencidos; descansaban cada pocos metros y cuando llegaron a unas rocas al mediodía y se detuvieron a comer, ya habían alcanzado bastante altura. Debajo de ellos todavía podían ver el Fairchild con algunos de los chicos sentados al sol observando su ascensión.

Después de la comida a base de carne y grasa y un pequeño descanso, continuaron su camino. Su plan consistía en alcanzar la cumbre antes del anochecer, porque sería casi imposible dormir en la pendiente de la montaña. Mientras subían, sus mentes estaban ocupadas pensando en la vista que encontrarían al otro lado de la cima. Esperaban hallar pequeñas colinas en un valle verde, quizá con cabañas de pastores o alguna granja a la vista.

La cruz vista en la montaña de Santa Elena

Canessa y Parrado parten hacia Los Maitenes

Nota de Parrado a Catalán

Vengo de un [illegible] cayó en las
montañas Soy uruguayo – Hace 10
días que estamos [illegible] Tengo
un amigo [illegible]
quedaron [illegible]
que [illegible] y no
sabemos como [illegible] comida
Estamos debil[illegible] nos [illegible]
a buscar [illegible] Por favor.
No podemos ni [illegible] Dónde estamos?

Roy Harley reunido con su madre



Como ya habían comprobado anteriormente, las distancias en la nieve engañan, y cuando el sol se ocultó, todavía no tenían la cumbre a la vista. Llegaron a la conclusión de que habrían de dormir en alguna parte de la ladera, y trataron de encontrar un lugar más o menos nivelado. Pero con creciente alarma comprobaron que no había tal lugar por las cercanías. La montaña era casi vertical. Vizintín escaló el saliente de una roca para evitar dar la vuelta caminando por la nieve y se atascó. Estuvo a punto de caer rodando debido al peso de la mochila y se salvó desatándola y dejándola caer en la nieve. Este suceso lo puso tan nervioso que comenzó a lloriquear diciendo que no podía continuar. Estaba tan agotado que para mover las piernas tenía que levantarlas ayudándose con las manos.

Oscurecía con rapidez y el pánico estaba apoderándose de ellos. Llegaron a otro saliente de roca y Parrado pensó que tal vez existiría una superficie plana encima y comenzó a escalarlo. De repente Canessa oyó el grito « ¡Cuidado! », y una gran roca, desprendida por las botas de rugby de Parrado pasó rodando junto a él, rozándole la cabeza.

—Por el amor de Dios —le dijo Canessa a gritos—. ¿Es que quieres matarme?

Después rompió a llorar. Estaba totalmente deprimido y desesperado.

No había lugar apropiado para dormir encima de aquel saliente, pero un poco más allá encontraron una roca inmensa al lado de la cual el viento había formado una trinchera de nieve. El fondo de la trinchera no era horizontal, pero la pared de nieve evitaba que se deslizaran montaña abajo; allí montaron el campamento y se deslizaron en el interior del saco de dormir.

Era una noche perfectamente clara y la temperatura había descendido a muchos grados bajo cero, pero el saco de dormir fue un éxito, pues no sentían frío. Comieron algo más de carne y bebieron un trago de ron cada uno. Desde donde se encontraban la vista era magnífica. Tenían ante ellos un enorme paisaje de montañas cubiertas de nieve, iluminadas por la pálida luz de la luna y las estrellas. Se sentían un tanto extraños tendidos allí, Canessa entre los otros dos, medio poseídos por el terror y la desesperación y al

mismo tiempo un tanto maravillados por la inmensidad de la blanca belleza que se extendía ante ellos.

Al final se durmieron o quedaron semiinconscientes. La noche era demasiado fría y el suelo muy duro para que pudieran dormir bien, y la primera luz de la mañana los sorprendió a los tres despiertos. Todavía hacía frío y permanecieron en el saco de dormir esperando que apareciera el sol y deshelara las botas que durante la noche se habían pegado a la roca donde las dejaron la noche anterior. Mientras esperaban, bebieron agua de la botella, comieron algo de carne y tomaron otro trago de ron.

Todos miraban cómo cambiaba el paisaje por efecto de la luz, pero la vista de Canessa, que era la mejor de las tres, estaba fija en una línea a lo largo del valle que se dirigía al Este, más allá del Fairchild y de la cola. Como toda la zona estaba todavía en penumbra era difícil de ver, pero parecía que allí el suelo estaba limpio de nieve y la línea que lo cruzaba podía ser una carretera. No dijo nada a los otros porque la idea parecía absurda; Chile se encontraba al Oeste.

Cuando asomó el sol por detrás de las montañas del lado opuesto, reanudaron la ascensión. Parrado el primero, seguido por Canessa y luego Vizintín. Los tres estaban todavía cansados y tenían las extremidades embotadas por el esfuerzo realizado el día anterior, pero encontraron una especie de sendero en la roca, que parecía que los llevaría a la cima.

La montaña aparecía ahora tan inclinada que Vizintín no se atrevía a mirar hacia abajo. Sencillamente seguía a Canessa a una distancia prudencial, lo mismo que Canessa seguía a Parrado. Lo que más les desanimaba era que cada cima que veían enfrente de ellos resultaba ser falsa, un montón de nieve o un saliente de rocas. Al mediodía se detuvieron junto a uno de estos salientes para comer, descansar y luego continuar. A media tarde todavía no habían alcanzado el final y aunque presentían que estaban cerca, no quisieron cometer el mismo error que la noche anterior; por lo tanto, buscaron por los alrededores hasta que encontraron otra trinchera parecida a la anterior, al lado de una roca similar, y decidieron quedarse allí.

Al contrario que Vizintín, Canessa no había tenido miedo de mirar hacia abajo, y cada vez que lo hacía, la línea que estaba en

la lejanía se destacaba más y más pareciéndose en todo a una carretera. Cuando, esta vez, se sentaron en el saco esperando a que se pusiera el sol, le dijo a los otros:

—¿Ven aquella línea allá abajo? Creo que es una carretera.

—No veo nada —dijo Nando que era corto de vista—. Pero no puede ser una carretera porque estamos mirando en dirección Este y Chile está hacia el Oeste.

—Ya sé que Chile está al Oeste —replicó Canessa—, pero así y todo creo que es una carretera. Y, además, no hay nieve. Mira, Tintín, tú puedes verla, ¿no?

La vista de Vizintín no era mejor que la de Parrado. Trató de ver a través de la distancia con sus pequeños ojos.

—Sí, veo una línea —dijo—, pero no me atrevería a asegurar que es una carretera.

—No puede ser una carretera —insistió Parrado.

—Puede ser una mina —apuntó Canessa—. Hay minas de cobre en plena cordillera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Parrado.

—Lo leí en alguna parte.

—Más bien parece un accidente geológico.

Hubo una pausa. Luego Canessa añadió:

—Creo que debemos regresar.

—¿Regresar? —repitió Parrado.

—Sí —dijo Canessa—. Regresar. Esta montaña es demasiado alta. Nunca llegaremos a la cima. A cada paso que damos arriesgamos nuestras vidas. Es una locura continuar.

—¿Y qué haremos si regresamos? —preguntó Parrado.

—Ir hasta esa carretera.

—¿Y qué pasará si la carretera no es una carretera?

—Escuchen —dijo Canessa—. Mi vista es mejor que la de ustedes y yo digo que es una carretera.

—Puede que sea una carretera y puede que no lo sea, pero de una cosa estamos seguros: hacia el Oeste está Chile, así que si continuamos en esa dirección, llegaremos allí.

—Si continuamos hacia el Oeste, seguro que nos romperemos la cabeza.

Parrado suspiró.

—Bueno, yo, de todas formas, regreso —dijo Canessa.

—Y yo continúo —contestó Parrado—. Si vas hasta la carretera y descubres que no es una carretera, ya será demasiado tarde para volver a intentarlo por esta parte. Ya andan escasos de alimentos allá abajo. No habrá suficiente para otra expedición como ésta, así que perderemos todos; todos nos quedaremos en la cordillera.

Aquella noche durmieron sin haber llegado a una conclusión. A cierta hora de la noche un resplandor lejano despertó a Vizintín que a su vez despertó a Canessa, temiendo que se acercara una tormenta. Pero la noche estaba clara y no hacía viento, y los dos chicos se durmieron de nuevo.

La noche no alteró el pensamiento de Parrado. Tan pronto como se hizo de día, se preparó para continuar la ascensión. Canessa parecía menos resuelto a regresar al Fairchild, así que sugirió que Parrado y Vizintín dejaran allí las mochilas y subieran un poco más para ver si alcanzaban la cumbre. Parrado aceptó sin dudar y salió seguido de Vizintín, pero con su impaciencia por alcanzar la cima de inmediato subía con prisa y muy pronto Vizintín se quedó rezagado.

La ascensión llegó a ser excepcionalmente difícil. La pared de nieve era casi vertical y Parrado sólo podía continuar haciendo escalones para agarrarse con las manos y apoyarse con los pies, escalones que Vizintín usaba al seguirlo. Si resbalaba, rodaría cientos de metros, pero no por esto se desanimó. La superficie de la nieve era tan escarpada y el cielo tan azul que sabía por ello que estaba cerca de la cima. Lo empujaba toda la emoción de un montañero que tiene el triunfo al alcance de la mano y la intensa ansiedad que se siente por ver lo que hay al otro lado. Mientras escalaba, pensó: «Voy a encontrarme con un valle, voy a ver un río y hierba verde, y árboles...», y, repentinamente, la cara que estaba subiendo, dejó de ser tan escarpada. Apareció una pequeña pendiente y luego una superficie plana de unos cuatro metros antes de descender hacia el otro lado. Estaba en la cumbre de la montaña.

La alegría de Parrado por haberlo conseguido al fin, sólo duró el tiempo que tardó en ponerse de pie; la vista que tenía ante él no era de verdes valles que descendían hacia el océano Pacífico, sino una interminable extensión de montañas cubiertas de nieve. Desde donde estaba, sólo veía la continuación de la cordillera, y por pri-

mera vez, Parrado pensó que estaban perdidos. Cayó de rodillas y quiso gritar insultando al cielo por esta injusticia, pero no salió ni un sonido de su boca y cuando alzó la vista otra vez, jadeando por el esfuerzo que acababa de realizar y por la altitud a que se encontraba, su momentánea desesperación fue reemplazada por cierto júbilo por lo que había realizado. Cierto era que la vista que tenía ante sí estaba plagada de montañas, con una sucesión de picos que se perdían en el lejano horizonte, pero también era cierto que él se encontraba por encima de todos, lo que demostraba que había escalado una de las montañas más altas de los Andes. «He escalado esta montaña —pensó—, por lo que la llamaré Monte Seler, en memoria de mi padre.»

Llevaba consigo la barra de carmín que utilizaba para curarse los labios, y una bolsa de plástico. Escribió en la bolsa «Seler» y la colocó bajo una piedra en la cumbre. Luego se sentó para admirar el paisaje.

Mientras estudiaba las montañas que tenía ante él, observó que hacia el Oeste, en la lejana parte izquierda del panorama, había dos montañas cuyos picos no estaban cubiertos de nieve.

«La cordillera tiene que terminar en alguna parte —pensó—, así que quizás esas dos estén en Chile.»

La verdad es que no sabía nada sobre la cordillera, pero esta idea renovó su optimismo, y cuando oyó a Vizintín desde más abajo, le contestó con animoso tono de voz:

—Vuelve y trae a Músculos. Dile que todo va bien. ¡Dile que venga y lo compruebe por sí mismo!

Y notando que Vizintín lo había oído y que regresaba, Parrado volvió para admirar la vista desde la cima del Monte Seler.

Mientras que los otros dos partían hacia la cima, Canessa se sentó al lado de las mochilas viendo como su carretera cambiaba de color a medida que cambiaba también la luz. Cuanto más la miraba, más se convencía de que era una carretera, pero, al cabo de dos horas, regresó Vizintín con la noticia de que Parrado había alcanzado la cumbre y quería que se uniera a él.

—¿Estás seguro de que está en la cima?

—Sí, completamente.

—¿Subiste hasta allí?

—No, pero Nando dice que es maravilloso. Dice que todo irá bien.

De mala gana, Canessa se levantó y comenzó la ascensión de la montaña. Había dejado la mochila con Vizintín, pero así y todo, tardó una hora más que Parrado en subir. Siguió los escalones que habían hecho en la nieve y mientras se acercaba, iba llamando a su amigo. Oyó gritar a Parrado y siguió la dirección de la voz hasta que también él se encontró en la cima.

El efecto que le causó a Canessa fue el mismo que había experimentado Parrado. Miraba horrorizado la interminable cadena de montañas en dirección al Oeste.

—Estamos perdidos, absolutamente perdidos. No tenemos ni una maldita oportunidad de atravesar todo eso.

—Pero mira —dijo Parrado—, mira allí al Oeste. ¿No ves a la izquierda dos montañas sin nieve?

—¿Quieres decir aquellas dos gemelas?

—Sí, las gemelas.

—Pero hay kilómetros de distancia hasta allí. Por lo menos tardaremos cincuenta días en llegar.

—¿Cincuenta días? ¿Tú crees? Mira allí —Parrado señaló a una distancia media—. Si bajamos la montaña y caminamos a lo largo de ese valle, llegaremos a esta especie de Y. Uno de los brazos de la Y debe conducir hasta las gemelas.

Canessa siguió las indicaciones de Parrado y vio el valle y la Y.

—Quizá —dijo—. Pero así y todo, tardaremos cincuenta días y sólo nos quedan alimentos para diez.

—Lo sé —repuso Parrado—. Pero he pensado en algo. ¿Por qué no enviamos a Tintín de vuelta al avión?

—No estoy seguro de que quiera hacerlo.

—Irá si se lo pedimos y podemos quedarnos con su ración. Si lo repartimos con cuidado, nos durará veinte días.

—Y después, ¿qué hacemos?

—Después ya encontraremos algo.

—No sé —contestó Canessa—. Creo que prefiero volver y buscar la carretera.

—Pues vuelve —le dijo Parrado con sequedad—. Vuelve y busca tu carretera, pero yo voy a Chile.

Regresaron montaña abajo y, hacia las cinco de la tarde, llegaron

a donde se encontraba Vizintín. Mientras estaban en la cima, Vizintín había derretido nieve, así que pudieron calmar la sed antes de comer algo de carne. Mientras comían, Canessa se dirigió a Vizintín y, como por casualidad, le dijo:

—Oye, Tintín, Nando cree que sería mejor que regresaras al avión. Esto nos permitiría tener más comida.

—¿Regresar? —preguntó Vizintín, iluminándosele la cara—. Si piensan ustedes que es mejor, de acuerdo.

Y antes de que a ninguno de los dos le diera tiempo a decir una sola palabra, tomó la mochila para colocársela a la espalda.

—Pero no esta noche —añadió Canessa—. Mañana por la mañana será mejor.

—¿Mañana por la mañana? Bueno. De acuerdo.

—¿No te importa?

—¿Importarme? No. Lo que digan ustedes.

—Y cuando vuelvas —dijo Canessa—, dile a los otros que hemos ido en dirección Oeste. Y si un avión les ve y les rescatan, por favor, no se olviden de nosotros.

Canessa no durmió aquella noche, pues todavía no estaba seguro si continuaría con Parrado o regresaría con Vizintín. Siguió discutiendo el asunto con Parrado bajo las estrellas y Vizintín se quedó dormido, mientras ellos no cesaban de discutir. Pero a la mañana siguiente, ya se había decidido. Seguiría con Parrado. Por lo tanto, tomaron la carne que tenía Vizintín y todo lo que les pudiera hacer falta, aunque dejaron el revólver porque lo consideraban un peso muerto, y se prepararon para despedirlo.

—Dime, Músculo —dijo Vizintín—. ¿Hay alguna parte de los cuerpos que *no se pueda* comer?

—Ninguna —contestó Canessa—. Todas tienen algún valor nutritivo.

—¿Incluso los pulmones?

—Incluso los pulmones.

Vizintín afirmó con la cabeza. Entonces se dirigió a Canessa otra vez.

—Bueno —dijo—, como ustedes continúan y yo regreso, ¿hay algo que yo tenga que piensen ustedes que puedan necesitar? No duden en decirlo, porque todas nuestras vidas dependen de que ustedes consigan llegar y buscar ayuda.

—Bien —repuso Canessa mirando de arriba abajo a Vizintín y repasando todo su equipo—. No me importaría que me dieras ese pasamontañas.

—¿Esto? —preguntó Vizintín cogiendo el pasamontañas de lana blanca que llevaba en la cabeza—. ¿Quieres decir esto?

—Sí, eso.

—Yo... bueno... yo... ¿Crees realmente que lo necesitas?

—Tintín, ¿crees que te lo pediría si no lo necesitara realmente?

De mala gana, Tintín le dio el pasamontañas que tanto apreciaba.

—Bien, buena suerte —dijo.

—Lo mismo te deseamos —terció Parrado—. Y ten cuidado con el descenso.

—Lo tendré.

—Y no lo olvides —añadió Canessa—. Dile a Fito que hemos ido en dirección Oeste. Y si les rescatan, no olviden venir por nosotros.

—No se preocupen —dijo Vizintín.

Abrazó a sus dos compañeros y comenzó a descender montaña abajo.

OCTAVA PARTE

1

Los trece muchachos que quedaban en el Fairchild observaban la ascensión de los expedicionarios con sus caseras gafas de sol. Era fácil verlos durante el primer día, pero en el segundo se habían convertido en puntos en la nieve. Lo que les desanimaba era la lentitud con que ascendían. Pensaban que tardarían una mañana, o todo lo más un día en alcanzar la cima, pero al segundo, todavía estaban a la mitad. En la tarde del segundo día llegaron a una sombra y se perdieron de vista.

Aproximadamente a la misma hora, apareció un avión por un lado de la montaña. Se prepararon para hacerle señales, pero casi tan pronto como lo vieron, cambió de rumbo y desapareció por el Oeste.

No había nada más que pudieran hacer por los expedicionarios, excepto rezar; y, por otra parte, había algunos problemas a los que tenían que hacer frente de inmediato. El principal era la escasez de alimento. Aunque no habían encontrado todos los cuerpos alrededor del avión, Fito decidió que subiría por la montaña en busca de los que se habían caído del avión en el accidente. A cada día que pasaba aparecían nuevas formas y manchas en la ladera, y era importante, si lo que veían eran cuerpos, subir y cubrirlos con nieve antes de que se pudrieran.

Zerbino, que había subido a la montaña y encontrado los cuerpos hacía más de siete semanas, decidió acompañar a Fito, y los dos salieron por la mañana temprano del día 13 de diciembre. La superficie de la nieve todavía estaba dura y avanzaban con rapidez. Mejor equipados que cuando Zerbino participó en la primera expedición con Maspons y Turcatti, los dos estaban ahora también mejor entrenados. De vez en cuando, a medida que ascendían, se detenían para descansar y miraban hacia el Fairchild y las montañas más allá de donde se encontraba el avión. Cuanto más ascendían, más montañas aparecían ante su vista, todas excepcionalmente altas y cubiertas de nieve, lo que les deprimía en grado

sumo. Era imposible que se hallaran, como creían, en las estribaciones de la cordillera andina. Con aquellos montes gigantes, era seguro que se encontraban en medio de ella. ¿Qué oportunidad tenían Canessa, Parrado y Vizintín de llegar hasta Chile a través de aquel inaccesible terreno? Debía de haber kilómetros y kilómetros hasta el próximo lugar habitado, y los tres expedicionarios sólo llevaban comida para quince días.

—Deberíamos enviar otra expedición —dijo Fito—. Y esta vez con más comida que la anterior.

—¿Quién? —preguntó Zerbino.

—Nosotros dos y, quizá, Carlitos o Daniel.

—Puede ser que el avión nos encuentre antes.

Se pararon y miraron hacia el Fairchild. Como tenía el techo blanco, era prácticamente invisible; lo que más se veía desde aquella altura, eran los asientos, ropas y huesos que había a su alrededor sobre la nieve.

—Es mejor que dejemos allí los huesos —dijo Fito—. Es lo único visible.

Después de subir por espacio de dos horas, llegaron a un punto con señales indicadoras que estaban en la proximidad de donde podían hallarse los cuerpos. Era una cazadora de algodón ribeteada con lana. Fito la recogió, le sacudió la nieve y se la puso sobre el jersey.

Continuaron subiendo y pronto hallaron un cuerpo boca arriba tendido en la nieve. Fito se quedó paralizado al reconocer las facciones de otro de sus primos, Daniel Shaw. Inmediatamente se sintió entre la espada y la pared. Allí tenía el alimento que estaban buscando, pero como era el cuerpo de su primo, no se atrevía a tocarlo. Se dirigió a Zerbino diciéndole:

—Continuemos a ver si encontramos los otros.

Siguieron andando por la nieve que muy pronto empezó a hundirse bajo sus pies. Cuando alcanzaron la zona donde Zerbino creía recordar que estaban los otros cuerpos, no había nada a la vista excepto pequeños fragmentos del mismo avión. De todas formas, uno de ellos era lo suficientemente grande como para usarlo de trineo y Fito, pensando que su obligación para con los demás no le daba otra alternativa, lo tomó y se dirigó hacia el cuerpo de su primo.

Cuando alcanzaron el punto donde se hallaba, ataron el cadáver, tieso por el frío, al trineo con cuerdas de nailon procedentes del departamento de equipajes. Fito se sentó en uno de los almohadones que habían llevado para caminar por la nieve y que ató al trineo. Empujaron clavando los tacones en la nieve y comenzaron a moverse descendiendo por la ladera de la montaña.

Esta forma improvisada de trasladar el cadáver, dio mejor resultado del que esperaban, y mientras se deslizaban por el valle, fueron adquiriendo velocidad que aumentaba rápidamente. Zerbino, que iba sentado detrás, trataba de dirigirlo con los pies, pero no tenía el control suficiente para dominarlo ni para maniobrar con libertad, pero parecía que una mano oculta los guiaba, porque el trineo no chocó contra ninguna roca y cuando llegaron a la altura del Fairchild, Fito clavó los pies en la nieve y se pararon lentamente.

Pero habían calculado mal. Estaban en la otra parte del valle y para entonces la nieve estaba tan blanda y ellos tan cansados que decidieron dejar el cuerpo donde estaba, enterrado en la nieve, y recogerlo al día siguiente. Cuando estaban cavando un hoyo con las manos, vieron las figuras de Eduardo, Fernández, Algorta y Páez que acudían hacia ellos.

—¿Están bien? —les preguntó Eduardo a gritos.

No contestaron.

—Los vimos descender por la montaña a tal velocidad que pensamos que se habían matado.

Tampoco contestaron esta vez.

—¿Encontraron algo?

—Sí —dijo Fito—. Encontramos a Daniel.

Fernández miró a Fito, pero no dijo nada. Regresaron en silencio al Fairchild, pero a la mañana siguiente, cuando la superficie de la nieve estaba helada, volvieron en busca del cuerpo. Llevado hasta el avión, Fito preguntó a los demás si podían dejar a su primo junto a los otros cuerpos que reservaban para el final, y todos contestaron afirmativamente.

A la mañana siguiente, Páez y Algorta, por separado, subieron por la montaña otra vez para intentar encontrar otro cuerpo. Primero hallaron un bolso de mujer, del que tomaron la barra

de pintura de labios para proteger los suyos del sol. Los dos se pintaron, mirándose al espejo de la polvera.

—¿Sabes lo que pensarán —dijo Carlitos, riendo al ver el rostro pintado de Pedro—, si nos rescatan esta tarde y nos encuentran pintados de esta forma? Que la frustración sexual nos ha convertido en preciosos mariquitas.

Continuaron ascendiendo hasta que encontraron un cuerpo. La piel del rostro y de las manos había estado expuesta al sol y se había vuelto negra, y le faltaban los ojos, bien por que el sol los había quemado o porque los cóndores se los habían comido. Para entonces ya hacía mucho calor y la nieve se estaba ablandando, así que cubrieron el cuerpo con nieve y regresaron.

Al día siguiente Algorta, acompañado de Fito y Zerbino, volvieron a buscarlo. Comenzaron a cortarlo allí mismo, pues habían llegado a la conclusión de que sería más fácil transportarlo de esta forma. Llenaron calcetines de rugby con carne y grasa y comieron lo que calcularon que merecían por el esfuerzo realizado. Después, a las nueve y media de la mañana, aunque todavía no habían terminado el trabajo, volvieron al avión, Fito y Zerbino con las mochilas llenas, Algorta con un brazo sobre el hombro y el hacha atada a la cintura.

Cuando llegaron al Fairchild se encontraron con una escena extraordinaria. Todos los supervivientes estaban en el exterior, de pie en medio de la cruz y mirando al cielo. Algunos se abrazaban y otros rezaban en voz alta. En un extremo de la cruz se hallaba Pancho Delgado de rodillas, diciendo a gritos:

—Gastón, pobre Gastón. ¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí!

Daniel Fernández estaba en el centro de la cruz, con la radio pegada al oído.

—Han encontrado la cruz —dijo—. Acabamos de escuchar por la radio que han encontrado la cruz en un lugar llamado la montaña de Santa Elena, o algo por el estilo.

Los tres que acababan de llegar con la carne estaban locos de alegría, porque ¿qué cruz podían haber encontrado que no fuera la suya? Creyeron que la montaña de Santa Elena era la que se encontraba detrás de ellos, y durante el resto de la mañana esperaron el rescate que creían inminente, y Fernández sin separarse

un momento de la radio, oyó que aviones chilenos y argentinos se habían unido en la búsqueda al C-47 uruguayo, y que las autoridades argentinas estaban examinando la cruz, ya que se suponía que se hallaba en su territorio.

Mientras Fernández escuchaba la radio, Methol apareció con una imagen de santa Elena, que Liliana tenía entre sus cosas. En unión de otros muchachos rezó a esta patrona de las cosas perdidas y prometieron que si alguna vez tenían una hija, la llamarían Elena. Todo el día esperaron la llegada de los helicópteros, y alrededor del mediodía los oyeron en el otro lado de la montaña. De nuevo se abrazaron y dieron saltos por el aire, pero su alegría era prematura. No apareció ningún helicóptero en el cielo. El ruido que escucharon se convirtió en estruendo y luego cesó, dejando paso al impresionante silencio de la cordillera. Lo que habían tomado por ruido de helicópteros había sido el de una avalancha.

Cuando llegó la noche, regresaron muy desengañados al interior del avión y sus pensamientos fueron más objetivos. ¿Qué avión había volado sobre ellos o sobre la cola, capaz de haber visto una de las cruces que habían hecho? Y si era así, ¿por qué no enviaban los helicópteros?

A la mañana siguiente, muy temprano y con muy baja temperatura, los mismos tres muchachos volvieron como antes a la montaña para terminar de cortar la carne del cuerpo, antes de que se descompusiera. De nuevo comieron la ración extra a que suponían tener derecho y llenaron las mochilas hasta que sólo dejaron los huesos de las costillas, la espina dorsal, los pies y el cráneo. Este último lo abrieron con el hacha, pero los sesos olían a podrido, así que los abandonaron y comenzaron el descenso de la montaña.

2

La mañana del día 15 de diciembre, los muchachos que estaban sentados en los asientos frente al avión, vieron algo que se deslizaba montaña abajo a una velocidad extraordinaria. Al principio creyeron que era una roca que se había desprendido por efectos

de la nieve al derretirse, pero a medida que se fue acercando observaron que era un hombre, y cuando se acercó más aún, comprobaron que era Vizintín. Parecía que estaba cayendo, pero tenía controlado el descenso, pues estaba sentado en un almohadón y cuando llegó a la altura del avión, enterró los pies y se paró.

Los trece muchachos pasaron por una serie de terribles emociones cuando observaban que se dirigía hacia ellos por la nieve. Creyeron que uno, o los otros dos expedicionarios se habían matado, o que los tres se habían rendido y Vizintín era el primero en regresar. Algunos, más optimistas, supusieron que el avión que había aparecido por un lado de la montaña los había visto.

Cuando Vizintín llegó hasta ellos, explicó lo que había sucedido:

—Nando y Músculo han coronado la cima —dijo—. Continúan, pero me pidieron a mí que regresara para que les durase más la comida.

—Pero ¿qué hay al otro lado? —preguntaron todos formando un círculo a su alrededor.

—Más montañas... montañas hasta donde alcanza la vista. A mi entender, no tienen muchas oportunidades.

De nuevo decayeron los ánimos. Otro hermoso sueño —el encontrar verdes valles al otro lado— se había desvanecido, devolviéndolos a la brutal realidad. Lo que dijo Vizintín los deprimió a todos.

—La ascensión fue un infierno, un verdadero infierno —dijo—. Tardamos tres días en llegar a la cima. Si tienen que subir otra semejante, no creo que lo consigan.

—¿Cuánto tardaste en bajar?

Vizintín se echó a reír.

—Tres cuartos de hora. Para bajar no hay problema. Subir es lo difícil. —Hizo una pausa y luego añadió—: Y lo gracioso es que hay menos nieve hacia el Este —dijo señalando hacia el valle— que hacia el Oeste. Y Músculo creyó ver una carretera.

—¿Una carretera? ¿Dónde?

—Hacia el Este.

Los Strauch sacudieron la cabeza.

—Pero eso es imposible. Chile está hacia el Oeste.

—Sí —repitieron al unísono todos los jóvenes—, Chile está hacia el Oeste, Chile está hacia el Oeste.

Último día en la montaña. De izquierda a derecha: *sentados*: Methol, Harley, Zerbino, François, Sabella, un andinista, Fito Strauch y Delgado; *de pie*: Vizintín y dos andinistas.



François abandona el helicóptero. Sabella se halla dentro.

Navidad en el Sheraton San Cristóbal

Tumba en la montaña

A mediodía surgió una disputa sobre cuánta carne deberían darle a Vizintín.

—Acabo de regresar de una expedición. Necesito recobrar fuerzas... y no he comido mucho. Les di todos los alimentos a Nando y Músculo.

Le dieron un poco más, pero bajo la promesa de que en lo sucesivo lo tratarían como a los otros. Aquella misma tarde, Vizintín recorrió los alrededores del avión recogiendo todos los pulmones que pudo encontrar y amontonándolos en su bandeja. Hasta entonces los habían despreciado (excepto en una ocasión en que Canessa lo repartió como si fuera hígado) y nadie se había preocupado de cubrirlos con nieve; por este motivo habían comenzado a pudrirse, y a causa del calor del sol, se había formado una dura corteza en la parte exterior. Los otros miraban a Vizintín mientras éste hacía su cosecha y dejaba la carga en el lugar que le correspondía en el techo del avión.

—¿Vas a comerte eso? —le preguntó alguien.

—Sí.

—Te pondrás enfermo.

—No, no me pondré. Músculo dijo que se podía comer.

Lo observaban mientras cortaba en pedazos la carne podrida y se los comía. Cuando al día siguiente vieron que no le habían sentado mal, algunos siguieron su ejemplo. Lo hacían en busca de nuevos sabores y no porque tuvieran escasez, pues al derretirse la nieve habían aparecido los cuerpos de los que habían muerto durante o después del primer accidente. Disponían de diez cuerpos, cinco de los cuales prometieron no comer, a no ser que se vieran en extrema necesidad. Uno lo habían consumido en gran parte antes del alud, pero los seis que quedaban, junto con los dos pilotos que todavía estaban en sus asientos, podían durarles todavía cinco o seis semanas más. Todos los cuerpos estaban perfectamente conservados por la nieve y como eran los primeros que habían muerto, tenían más y mejor carne que los de quienes murieron durante el alud o después.

Estos inesperados frutos que les proporcionaba el deshielo hubieran tentado a un grupo menos disciplinado a aumentar la estricta ración de carne, pero los Strauch ya estaban convencidos de que quizá tuvieran que organizar una segunda expedición y equiparla

con más alimentos para un viaje más largo del que habían previsto para Canessa, Parrado y Vizintín. Por lo tanto, cavaron dos hoyos en la nieve. En uno metieron los cuerpos de los que debían reservar hasta el último momento y en el otro los que consumían según lo iban necesitando.

Ahora ya no tenían necesidad de comer pulmones e intestinos en mal estado, que pertenecían a los cuerpos que habían descuartizado las semanas anteriores, pero la mitad de los jóvenes continuaron haciéndolo porque tenían la necesidad de sabores más fuertes. A estos muchachos les había costado un supremo esfuerzo de voluntad comer carne humana, pero una vez que comenzaron y continuaron haciéndolo, se les había abierto el apetito de comer, y el instinto de sobrevivir era como un tirano que no sólo les exigía comer a sus ex compañeros, sino que llegaron a acostumbrarse a hacerlo.

Quizás el caso más paradójico en este aspecto era el de Pedro Algorta. No descendía de estancieros como la mayoría de los otros; era un sensible intelectual socialista, y él fue quien halló la justificación al comer las primeras tiras de carne humana, comparando lo que estaban haciendo, con comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo en la Sagrada Comunión. Y ahora era él, cuando descubrieron el cuerpo del que primero cortaron carne, quien se sentó en un almohadón armado de un cuchillo y cortó la carne medio podrida que todavía quedaba en los hombros y costillas. Para él y para los otros era más difícil todavía comer aquellas partes humanas más fácilmente reconocibles, como las manos o los pies, pero lo hacían de todas formas.

El sol calentaba ahora tanto a mediodía que casi podían cocinar en el techo del avión. También surgieron otras consecuencias a causa del rápido deshielo. El nivel de la nieve había descendido hasta la base del fuselaje, lo cual no sólo hacía difícil alcanzar el techo, sino que temían que el avión se diera la vuelta. Al derretirse la nieve, quedaban rocas sueltas que rodaban montaña abajo hacia donde se encontraban. El calor aportó más signos exteriores de vida. Algunas golondrinas volaron alrededor del avión y una de ellas se posó en el hombro de uno de los muchachos y éste trató de agarrarla, pero falló. Sin embargo, de todas formas, la espera influía en su estado nervioso. Sus mentes se dividían entre la

esperanza de que Canessa y Parrado lograran el éxito, y los planes para una expedición que saldría el dos o el tres de enero.

En este momento apareció en el centro de la escena la víctima propiciatoria. Se habían repartido un tubo de dentífrico que tomaban como postre, un poco cada vez. Hallaron el tubo vacío en el suelo del avión. Se inició inmediatamente una investigación y las sospechas recayeron en Moncho Sabella y Pancho Delgado, porque eran los únicos que habían estado en el interior, pero como no pudieron probar nada, no acùsaron a nadie. No obstante, durante la investigación, se averiguó que Roy Harley tenía entre sus cosas otro tubo de pasta dentífrica. Cuando le preguntaron de dónde procedía, él contestó que se lo había cambiado a Pancho Delgado por siete cigarrillos.

—Y ¿dónde lo cogiste tú, Pancho? —le preguntaron a Delgado.

—Lo trajo Músculo de la cola del avión y me lo dio a mí para que yo se lo diera a Numa, pero cuando Numa murió...

—¿Te quedaste con él?

—Sí.

—¿Por qué no lo entregaste a la comunidad?

—¿Entregarlo? No sé, no se me ocurrió.

Discutieron el asunto y un jurado compuesto de doce hombres llegaron a la conclusión de que Delgado no tenía derecho a quedarse con el tubo después de la muerte de Numa y que, por tanto, tampoco tenía derecho a cambiárselo a Roy por los cigarrillos; la pasta sería confiscada y entregada a la comunidad y Delgado tenía que devolver a Roy los cigarrillos.

A Roy lo consideraron inocente porque había permanecido en la cola durante casi todo el tiempo en que Delgado estuvo en posesión del dentífrico y, por tanto, no sabía que era para Numa. Delgado era culpable, pero la creencia general fue que, en lo que hizo, había procedido de buena fe, y como aceptó el veredicto de los jueces y devolvió los cigarrillos a Roy (pero solamente cuatro por que Roy se había comido parte de la pasta), este incidente quedó zanjado de inmediato. Sin embargo, persistieron las sospechas y la mayor parte de los supervivientes creían que Delgado se había comido la pasta del otro tubo; aunque nadie lo acusó de manera directa, estaban molestos con él y le dirigían reproches abiertamente.

Aunque todos escamoteaban trozos de carne sin andarse por las

ramas —Inciarte cuando cocinaba—, Delgado lo hacía en secreto, y como tenía menos oportunidades que los demás, cada vez tomaba más cantidad. Pero Zerbino, fiel a su oficio de detective, pensó tenderle una trampa. Daniel Fernández estaba cortando carne de un cuerpo a cierta distancia del avión. Le daba los trozos grandes a Zerbino, quien, si no se los comía, se los pasaba a su vez a Delgado y éste a Eduardo Strauch, quien los cortaba en pedazos más pequeños. Dos piezas pequeñas no llegaron a su destino. Zerbino le pidió inmediatamente a Fito que vigilara a Delgado y luego pasó una pieza grande de carne. Delgado, sin advertir que lo estaban vigilando, la escondió en una bandeja que tenía a su lado y le pasó a Eduardo un pedazo más pequeño. Zerbino se acercó a él rápidamente:

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—¿Cómo que qué pasa? —inquirió Delgado.

—¿Qué hay en tu bandeja? —quiso saber Fito.

—¿De qué estás hablando? —dijo Pancho—. ¿Esto? ¿Este trozo de carne? Es un pedazo que le sobró a Daniel esta mañana.

Fito y Zerbino lo miraron con disgusto, tratando de dominarse. Luego le volvieron la espalda y fueron a decírselo al Alemán. Eduardo no fue capaz de contenerse. No se dirigió directamente a Delgado, pero, en voz alta, lo acusó ante los demás, de forma que Delgado no pudo evitar oírlo.

—¿Qué significa todo esto? —le dijo a Eduardo—. ¿Estás hablando de mí?

—Sí —contestó Eduardo—. Esta es la séptima vez que desaparece comida, y ahora está ahí en tu bandeja.

Delgado se puso pálido y no dijo nada. Fito tomó a su primo por el brazo.

—Déjalo, dejémoslo —dijo.

La furia del Alemán cedió, pero la desaprobación de los primos constituía un asunto grave en la pequeña comunidad del Fairchild. Se levantó una firme animosidad contra Delgado. Si faltaba algo, se oían comentarios sobre el «oportunista» o la «mano sagrada». Este sentimiento era incluso compartido por Algorta, que dormía a su lado por las noches y recordaba cómo Delgado lo había calentado después de la avalancha. Aunque no estaba convencido ni mucho menos de que Delgado fuera el responsable de todos los robos, que-

daba implicado en aquella atmósfera de antagonismo. También temía que si se ponía de parte de Delgado, los demás lo aislaran del grupo. Methol y Mangino no estaban contra él. El único que continuó siendo amigo de Delgado era Coche Inciarte, porque recordaba que Pancho le había prestado el abrigo cuando tenía frío y le había obligado a comer carne y grasa cuando sentía tanta repugnancia que hubiera muerto, de no haber sido por él. Pero Coche era tan estimado por los primos y por todos los muchachos, que nadie se atrevía a echarle en cara su amistad. Esta amistad evitó que Pancho Delgado se sintiera completamente aislado.

Incidentes tales como los que ocurrieron con Delgado, poco hicieron para levantar el ánimo de los muchachos. A medida que pasaban los días, sólo recibían malas noticias por la radio. La cruz que se había encontrado en la montaña no era la suya, sino la de unos geofísicos argentinos de Mendoza. En consecuencia, los helicópteros del Servicio Aéreo de Rescate se habían retirado y sólo continuaba la búsqueda el C-47 uruguayo.

Sucedió después que, una tarde, oyeron el ruido de unos motores. De nuevo, como cuando se enteraron de las noticias de la cruz, se excitaron hasta el paroxismo, gritando y rezando pero, con gran desilusión de todos, el ruido se desvaneció. Los muchachos permanecieron de pie en la nieve con el oído atento, tratando de percibir hasta el más leve rumor. El ruido del avión decreció, después se hizo más audible, luego decreció otra vez hasta que aumentó de nuevo su intensidad. No podían ver el avión pero, por el sonido, deducían que estaba sobrevolando la zona en líneas paralelas. Inmediatamente prepararon las cosas más brillantes de que disponían y dándose cuenta de que los tripulantes del avión advertirían mejor cualquier cosa en movimiento, prepararon un espectáculo en el cual los que estaban más sanos corrían en círculos, mientras que los impedidos formaban en línea, haciendo señas. Para que todos supieran por dónde tenían que correr o permanecer de pie, marcaron la nieve —con una línea recta, y un círculo un poco más allá— con los huesos que había alrededor del Fairchild. Esperaron hasta la tarde, oyendo cada vez más cerca el zumbido de los motores del avión. Cuando oscureció y cesaron los

ruidos, se acostaron muy contentos pensando que al día siguiente se reanudaría la búsqueda donde se había abandonado el día anterior. Aquella noche, como todas, rezaron para que los rescataran, pero también para que los expedicionarios encontraran ayuda antes de que los vieran desde el avión. A la mañana siguiente, como respuesta parcial a sus oraciones, oyeron por radio que al C-47 se le habían estropeado otra vez los motores y estaba detenido en Santiago.

Hacía ya una semana que Canessa y Parrado iniciaron su viaje y faltaba menos de otra semana para la Navidad. Estaban ahora casi seguros de que pasarían las Navidades en la montaña, y este pensamiento los deprimió. Sólo Pedro Algorta parecía contento pensando en el cigarro habano que se fumaría para celebrar la ocasión. Sin embargo, este pensamiento desanimó en extremo a los demás. Incluso Fito, que había escalado la montaña con Zerbino y visto lo que los rodeaba, dudaba de que Canessa y Parrado consiguieran atravesar la cordillera. Discutió con Páez, Zerbino y los primos la posibilidad de organizar otra expedición, pero sin el optimismo y entusiasmo que había mostrado en la ocasión anterior. Si sus campeones, los expedicionarios, habían fracasado, ¿qué oportunidades de tener éxito les quedaban a ellos?

Durante la mañana sus mentes se apartaban de estos pensamientos pesimistas, distraídos por el trabajo de cortar carne. Pero, después de comer, cuando regresaban al avión para dormir la siesta, se deprimían más aún. No podían ni trabajar ni dormir, sólo estar tumbados en el húmedo y maloliente departamento, esperando que refrescara el día. Mangino pensaba en Canessa. Methol vio por vez primera la carta que Liliana le había escrito a sus hijos y lloró desconsoladamente cuando la leyó.

A las tres o las cuatro de la tarde salían de nuevo, y las horas que pasaban antes de oscurecer eran las más agradables del día. Solían sentarse y realizar pequeñas tareas, tales como raspar la poca carne que quedaba en algún hueso o derretir nieve, y olvidaban momentáneamente dónde se encontraban. Luego, cuando el sol se ocultaba tras las montañas que estaban al Oeste, subían un poco por la ladera y se sentaban en los almohadones a fumar el último cigarrillo. En estos momentos, se sentían casi felices.

Hablaban de cualquier cosa, excepto de sus hogares y familias.

Pero en la tarde del 20 de diciembre, mientras que los dos Strauch y Daniel Fernández estaban esperando a que oscureciera, no pudieron evitar el recuerdo de las Navidades anteriores en las que tan felices habían sido. La sangre alemana todavía corría por sus venas y los tres no se hacían a la idea de que estas fiestas fueran lo mismo en su ausencia. Y por primera vez en mucho tiempo, las lágrimas corrieron por las mejillas no sólo de Eduardo y Daniel, sino también de Fito.

NOVENA PARTE

1

A mediodía del 12 de diciembre, el C-47 llegó por fin al aeropuerto de Los Cerrillos de Santiago. Páez Vilaró y sus compañeros fueron a ver al piloto, quien les dijo que había tenido más dificultades con los motores al sobrevolar los Andes. Según parecía, el intenso frío de las grandes altitudes afectaba los carburadores, y los pilotos hicieron rápidas gestiones para que los reparasen cuanto antes. Para calmar su impaciencia, los uruguayos trataron de alquilar un helicóptero en el «Helicopservice», que ya los habían ayudado con anterioridad cuando se encontraron en Talca. Pero fue imposible. Se había extendido la voz de que la búsqueda se realizaría entre los montes más altos de los Andes, lo que era imposible para estos pequeños helicópteros.

A las seis de la mañana siguiente, el C-47 estaba listo para realizar el primer vuelo y despegó con Nicolich y Rodríguez Escalada a bordo para volar por encima del paso de Planchón. Mientras tanto, Páez Vilaró salió hacia el Sur. Intentaba conseguir de nuevo la ayuda de sus amigos del Radio Club de Talca y del Aero Club de San Fernando.

Su objetivo consistía en obtener permiso para aterrizar y repostar el C-47 en los pequeños aeropuertos provinciales. Por otra parte, la estrategia consistía en despertar de nuevo el interés por la búsqueda del Fairchild.

Al día siguiente, el 14 de diciembre, Canessa y Harley salieron para Curicó. Su propósito era el de entrevistarse con el minero llamado Camilo Figueroa. Desde que había afirmado, poco después de la desaparición del Fairchild, que había visto el avión en llamas caer y desaparecer detrás de la montaña, parecía que se lo había tragado la tierra. Hablaron con su hermano, pero no les pudo indicar dónde se encontraba Camilo. Por otra parte, les presentaron al íntimo amigo del minero, Diego Rivera, que también tenía la misma profesión y era el secretario de una pequeña cooperativa de mineros a la que Figueroa pertenecía. Rivera y su esposa se encon-

traban en el valle de Teno el día 13 de octubre y habían oído los motores del Fairchild, pero no lo habían visto debido a la nieve que entonces caía con fuerza. Afirmaron que Figueroa se hallaba cerca del punto donde se había estrellado el aparato. Lo había visto volar desde Planchón hacia Santiago y después desaparecer detrás de los montes Gamboa y Colorado.

Esto animó a Canessa y Harley, ya que confirmaba la teoría general de que el avión debería de hallarse en algún lugar cerca del volcán Tinguiririca. Inmediatamente fueron a casa de uno de los amigos radioaficionados, que los puso en contacto con Santiago. Hablaron con Nicolich, que había estado de nuevo en el C-47 y se disponían a darle la información que habían conseguido de Rivera, cuando les interrumpió con la noticia de que había sido vista una cruz en la nieve en la ladera de la montaña de Santa Elena.

El descubrimiento de la cruz, indudablemente hecha por humanos, en la ladera de una de las montañas más altas de los Andes, tuvo un efecto devastador en los tres hombres de uno de los países situados en la parte más meridional del continente sudamericano. Una vez más los periódicos publicaron artículos en primera plana hablando del destino del Fairchild uruguayo, y una vez más también, los padres de los muchachos que estaban en Montevideo e iban perdiendo la esperanza, volvieron a recobrarla. La Fuerza Aérea de Chile y Argentina reanudaron la búsqueda de los supervivientes. Y esta vez no sólo se hicieron salidas desde Santiago, sino también desde Mendoza, porque la cruz había sido vista cerca de la frontera en territorio argentino.

Pero para los que estaban en Chile, Páez Vilaró, Canessa, Harley y Nicolich, no bastaban estos vuelos. Habían visto la cruz y querían ir hasta allí de inmediato. Para ello necesitaban un helicóptero capaz de volar a esa altitud, pero el Servicio Aéreo de Rescate chileno se negó a utilizar los helicópteros hasta que no hubiera absoluta seguridad de la existencia de seres humanos vivos.

Canessa y Harley no se conformaron con esta decisión y, con una fotografía de la cruz en el bolsillo, solicitaron una entrevista con el presidente de Chile, don Salvador Allende. Les dijeron que Allende no podía recibirlos —se hallaba descansando después de un viaje a la Unión Soviética—, pero un ayudante prometió a los uruguayos

que al día siguiente podían hacer uso del propio helicóptero presidencial.

Sin embargo, no iba a ser así: el helicóptero presidencial, antes de que acudiera en su ayuda, se averió. Este nuevo contratiempo llevó a los padres a la desesperación. Después de tanto tiempo, habían encontrado un dato indudable de que sus hijos vivían y ahora no había forma de acudir a rescatarlos. Páez Vilaró, Canessa y Nicolich salieron inmediatamente en el C-47 para volar de nuevo sobre la cruz y ver si, en las proximidades, había algún rastro del avión. Pero cuando volaban sobre los Andes, se averió otra vez uno de los motores del C-47. Los cuatro observaban la hélice del avión que se iba parando lentamente —el avión dando bandazos, enderezándose después y girando para regresar a Santiago— y parecía como si un hado maligno estuviera tratando de deshacer sus planes en el último momento de la búsqueda.

Aquella mañana, día 16 de diciembre, el ministro chileno del Interior, afirmó que la cruz era una señal de socorro. De todas formas, incluso entre los cinco uruguayos, hubo quien tenía sus dudas sobre la cruz, porque estaba hecha con geométrica perfección. En Montevideo, esto reanimó a algunas madres, que no habían perdido la esperanza, pero hubo otras que se mostraron más precavidas, temerosas de volver a creer que sus hijos vivían y caer de nuevo en otra desilusión. Se sentían algo confusas porque los cinco hombres de Santiago no estaban de acuerdo con ellas. Se apretujaban alrededor de la radio de Rafael Ponce de León escuchando las noticias y hablando con Páez Vilaró, Harley, Nicolich, Rodríguez Escalada y, finalmente, con Canessa. Cuando este último habló por radio, la señora Nogueira tomó el micrófono y le preguntó qué idea tenía de todo aquello, pues confiaba mucho en su juicio.

—Cuando oí lo de la cruz —dijo Canessa—, quise lanzarme en paracaídas, pero al ver la fotografía me di cuenta de que era demasiado perfecta para haber sido hecha por nuestros muchachos.

Después de oír esto, la señora Nogueira no hizo comentario alguno, pero cuando regresó a casa le dijo a su esposo:

—No es la cruz de los chicos.

Pero la señora Delgado, que ya se había acostumbrado a la idea de haber perdido a Pancho cuatro o cinco días después del accidente, ahora creía de nuevo que se hallaba con vida. Sin embargo,

sus esperanzas duraron poco tiempo. Aquella misma tarde, la del día 16 de diciembre, se anunció desde la Argentina que la cruz había sido reconocida como el trabajo de una expedición de geofísicos de Mendoza. Habían enterrado en la nieve doce conos en forma de X. Al fotografiarlos desde el aire a intervalos regulares, los científicos podían averiguar a qué velocidad se fundía la nieve en las montañas y conocer así la cantidad de agua que recibirían los áridos valles de la Argentina.

2

El efecto de esta noticia fue desastroso. La señora Delgado se puso enferma, los aviones regresaron de nuevo a sus bases y la patrulla del Regimiento Colchagua, que había sido enviada por el comandante de San Fernando, coronel Morell, a reconocer la cruz, recibió órdenes de regresar. Sin embargo, a pesar de la desilusión de las personas de ambos países, los cinco uruguayos que estaban en Chile no regresaron a Montevideo. Se prometieron a sí mismos continuar la búsqueda y así lo hicieron. El día 17 de diciembre, Canessa y Harley volvieron a Curicó para llevar a Santiago al minero Diego Rivera. Allí dio éste una explicación más detallada de dónde había visto caer el avión en las montañas, y una vez más confirmó la hipótesis de que deberían buscar en la zona del volcán Tinguiririca. El otro minero, Camilo Figueroa, que se encontraba más cerca del lugar del accidente, todavía no había aparecido.

Al día siguiente, el 18 de diciembre, Páez Vilaró alquiló un avión para sobrevolar el Tinguiririca y esta vez llevó con él al minero Rivera y a Claudio Lucero, comandante del Cuerpo de Socorro Andino, compuesto en su totalidad de voluntarios. En su segunda salida sobrevolaron un lago cubierto de nieve, que se encontraba al Oeste del Tinguiririca y de pronto Lucero advirtió que en el lago había huellas de pies humanos. El avión viró para dar una segunda pasada sobre el lago, volando más bajo para que Páez Vilaró también pudiera ver las marcas.

—¿Qué crees? —le preguntó a Lucero.

—Seguro que son huellas de pies humanos.

—¿Los chicos?

—Imposible. Serán de algún pastor.

—Pero ¿qué haría un pastor caminando en la nieve por estas soledades?

Lucero se encogió de hombros.

Después de la desilusión que se llevó con la cruz de la montaña de Santa Elena, Páez Vilaró no se permitió creer que aquellas huellas fuesen las de los muchachos. La idea que acudió a su mente fue que aquello era el rastro del minero Figueroa, que iría camino del Fairchild para robar lo que encontrara en los cuarenta y cinco cadáveres de los uruguayos. Cuando aterrizaron en San Fernando le comunicó estos temores a Rodríguez Escalada, añadiendo:

—Rulo, si vienes conmigo, llegaremos allí antes que los ladrones.

Mientras tanto, el doctor Canessa hablaba de las huellas con Lucero.

—¿Está seguro de que no son las de los chicos? —preguntó.

Lucero dirigió una mirada triste a Canessa.

—Doctor —dijo—, ya hace más de dos meses...

Desilusionado por el escepticismo de Lucero, Páez Vilaró fue a ver al coronel Morell, que ya entonces era un gran amigo. El coronel estuvo de acuerdo en mandar una patrulla para que investigara por aquella zona, y por la tarde se fue al valle en un helicóptero del Ejército para examinar por sí mismo el lugar. No fue capaz de encontrar las huellas que habían visto Lucero y Páez Vilaró, pero, cuando regresó, aún se sentía optimista.

—Escucha, Carlitos —le dijo a Páez Vilaró—, vete a casa a pasar las Navidades y mientras estás fuera, haremos lo siguiente: mantendremos una patrulla en la zona para ver si encuentran algo, y dentro de dos o tres días enviaremos a un grupo del Cuerpo de Socorro Andino para ver qué pueden hacer. Si no conseguimos nada, regresas después de las Navidades y comenzamos de nuevo.

Páez Vilaró estuvo de acuerdo, lo mismo que los otros cuatro miembros del grupo. Canessa, Harley y Nicolich se prepararon para regresar a Montevideo al día siguiente en el C-47, mientras que Páez Vilaró y Rodríguez Escalada reservaron plazas en un vuelo regular para un día después.

DECIMA PARTE

1

Después de la partida de Vizintín, Canessa y Parrado decidieron pasar el resto de aquel día descansando cerca de la cumbre de la montaña. Habían quedado agotados por los tres días de ascensión y sabían que necesitaban todas sus fuerzas para alcanzar de nuevo la cima y luego iniciar el descenso por el otro lado. También tenían la esperanza de que el avión que había pasado tan cerca de ellos el día anterior, volviera a pasar en la misma dirección y los viese. Pero la paz de los cielos, no fue interrumpida por encima de ellos. Comieron carne, derritieron nieve, bebieron el agua y pensaron en lo que les aguardaba, Canessa tratando de ahuyentar su pesimismo con frases como «*Qui ne risque rien, n'a rien*», o «*El agua que baja por el otro lado de esta montaña, de alguna forma tiene que llegar al mar*».

A las nueve de la mañana del sábado día 16 de diciembre, Canessa y Parrado iniciaron de nuevo la ascensión a la cima; Parrado el primero. Esta vez llevaban las mochilas que, con la marcha de Vizintín, se habían hecho más pesadas aún. El ascenso fue considerablemente difícil. A aquella altitud el aire tenía menos oxígeno; el ritmo de los latidos del corazón aumentó y se veían obligados a descansar cada tres pasos, colgados de la pared de nieve con el precipicio al fondo.

Tardaron tres horas en alcanzar la cumbre. Allí descansaron y buscaron el mejor camino para descender. Había mucha menos nieve y el valle a donde se dirigían estaba casi limpio, pero el camino para descender era el mismo por todas partes, así que eligieron uno al azar y partieron, Parrado una vez más a la cabeza. La marcha se hacía muy difícil porque la ladera de la montaña no era escarpada, sino muy inclinada y a veces no había roca sólida, sino pizarra. Atados el uno al otro con una larga cuerda de nailon de las que se usan para atar equipajes, hicieron casi todo el descenso deslizándose sentados o sobre la espalda, provocando pequeños aludes de piedras

grises montaña abajo. Sentían las piernas débiles y temblorosas ya que ambos sabían que el más simple tropezón los enviaría rodando montaña abajo, o podían romperse un tobillo, lo que en sus circunstancias era tan mortal como lo otro. Canessa comenzó un continuo diálogo con Dios. Había visto la película *El violinista en el tejado* y recordaba que Tevye le hablaba a Dios como a un amigo. Ahora empleaba el mismo tono con el Creador:

—Puedes hacerlo duro, Dios, pero no imposible —rezaba.

Después de descender de esta manera unos centenares de metros, llegaron a un punto situado a la sombra de otra montaña, y la ladera se encontraba cubierta de una espesa capa de nieve. Había mucha pendiente pero la superficie de la nieve era sólida y suave, así que Parrado decidió bajar sentado en un almohadón, como deslizándose por un tobogán. Desató la cuerda de nailon, se sentó en uno de los dos almohadones y colocó la barra de aluminio entre las piernas para usarla de freno y se deslizó montaña abajo. Inmediatamente ganó velocidad y cuando trató de clavar la barra en la nieve, no logró resultado alguno. Iba cada vez más de prisa, alcanzando una velocidad que calculó que sería de cien kilómetros por hora. Metió los tacones en la nieve, pero no consiguió reducir la velocidad y temió verse lanzado de cabeza y romperse el cuello o una pierna. De repente, vio ante él una pared de nieve que interrumpía su camino. Pensó que si había roca detrás, acabaría allí su aventura. Un instante después se estrelló contra la pared. Estaba completamente consciente y bien. La pared era sólo de nieve.

Un momento más tarde llegó Canessa gritando:

—Nando, Nando, ¿te encuentras bien?

Una alta figura salió estremeciéndose de entre la nieve.

—Sí, estoy bien —dijo—. Continuemos.

Siguieron bajando con más cautela esta vez.

A las cuatro de la tarde llegaron a una gran roca plana en forma de plataforma y aunque no sabían dónde se encontraban, decidieron quedarse allí y secar las ropas antes de que se ocultara el sol. Calcularon que habían bajado las dos terceras partes de la montaña. Se quitaron los calcetines y los secaron al sol, y cuando éste se ocultó se metieron en el saco y durmieron en la roca. No hacía mucho frío aquella noche, pero estaban muy incómodos.

Se despertaron con la primera luz de la mañana, pero permanecieron en el saco de dormir hasta que los rayos de sol cayeron sobre ellos. Se desayunaron con carne cruda y un sorbo de ron y se dispusieron para la marcha. Era el sexto día de su viaje y a mediodía llegaron a la base de la montaña. Estaban en el lugar planeado, el valle que les conducía a la Y. Estaba cubierto de nieve, que a esa hora era blanda y suelta, así que tuvieron que hacer uso de los almohadones, pero la inclinación oscilaba entre diez y doce grados. Antes de reanudar la marcha, comieron, y después, con los esfuerzos que se veían obligados a hacer para caminar con los almohadones húmedos, se sintieron sofocados en extremo, pero prefirieron continuar sudando bajo los cuatro jerseys y los cuatro pantalones, que gastar tiempo y energías en quitárselos.

Poco después de reanudar la marcha, se rompió la cinta que sujetaba la mochila de Canessa y tuvieron que detenerse para arreglarla. El muchacho se sintió contento de hallar una excusa para sentarse, porque le estaban fallando las fuerzas. Cada vez que el intrépido Parrado miraba hacia atrás, se encontraba a Canessa sentado en la nieve. Le decía a gritos que continuara y, lentamente, Canessa se levantaba y seguía su rastro. Mientras caminaba iba rezando. A cada paso decía una palabra del padrenuestro. El pensamiento de Parrado estaba más lejos de su Padre celestial que de su padre en la tierra. Sabía lo que estaría sufriendo su padre porque conocía la necesidad que tenía de su hijo. Caminaba por la nieve para salvar al hombre que tanto quería, más que para salvarse a sí mismo.

Con el pensamiento puesto en su padre, Parrado se adelantaba a Canessa. Cuando se acordaba de su compañero se volvía y lo encontraba centenares de metros detrás. Entonces lo esperaba, y cuando llegaba Canessa, le permitía descansar durante cuatro o cinco minutos. En una de estas paradas vieron a su derecha un pequeño arroyo que bajaba por un lado de la montaña. Era la primera agua fresca que veían desde que Vizintín había probado el chorrito que salía de una roca durante su primera expedición. Desde donde se encontraban, podían ver creciendo a ambos lados del arroyo, musgo, hierba y juncos. Era el primer signo de vegetación que veían en sesenta y cinco días, y Canessa, a pesar de estar tan cansado, subió hasta el arroyo, buscó hierbas y juncos

y se los comió. Tomó algunos más y se los guardó en el bolsillo. Después bebieron agua del arroyo y continuaron la marcha.

Cuando llegó la última hora de la tarde, Canessa y Parrado comenzaron a discutir sobre cuándo y dónde deberían quedarse a dormir.

—No hay ningún lugar apropiado para dormir aquí —decía Parrado—. No hay rocas, nada. Continuemos.

—Tenemos que detenernos —replicaba Canessa—. Estoy acabado y necesito descansar. Te matarás tú también si no aflojas la marcha.

La mente de Parrado luchaba con las ansias de continuar y el consejo que el estudiante de medicina que tenía por compañero de viaje le daba en cuanto a que reservara energías. También era evidente que si Parrado podía soportar aquel ritmo, a Canessa le era imposible. Así que, decidió hacer un alto y quedarse allí el resto del día, y montaron el campamento en la nieve.

El sol ya se había ocultado entre las montañas y comenzaba a hacer frío, por lo que se metieron en el saco de dormir y se calentaron con un trago del ron que llevaban consigo. Luego se tumbaron mirando hacia el valle que los conducía a su libertad y tratando de adivinar lo que les depararía el día siguiente.

Desde donde se encontraban, podían ver algo más allá del final del valle, que era la Y por donde habían estado caminando. De repente ambos notaron que mientras que el sol se había ocultado para ellos alrededor de las seis de la tarde, todavía brillaba en la montaña al otro lado de la Y. Observaban el fenómeno con creciente interés y entusiasmo, pues como el sol se ponía por el Oeste, si continuaba iluminando la ladera de la montaña hasta ya avanzada la tarde, esto significaba que ya no había más montañas en su camino.

Y hasta las nueve de la noche el sol no dejó de brillar en la roca roja salpicada de nieve. Canessa y Parrado durmieron aquella noche con la firme convicción de que uno de los brazos de la Y conducía a campo abierto hacia el Oeste.

A la mañana siguiente, después del acostumbrado desayuno, comenzaron a caminar valle abajo, y de nuevo era Parrado quien

iba a la cabeza, espoleado por la curiosidad de ver lo que había al final del valle. Canessa no podía seguirlo. Había recobrado algo las fuerzas después del descanso nocturno, pero no lo suficiente. Cuando Parrado se detuvo y lo animó para que se diera prisa, le contestó a gritos que estaba demasiado cansado y no podía continuar.

—Piensa en otra cosa —dijo Parrado—. No pienses en que estás caminando.

Canessa comenzó a imaginarse que caminaba por las calles de Montevideo, viendo los escaparates, y cuando Parrado le dio prisa de nuevo, Canessa le contestó:

—No puedo ir de prisa. Quiero ver todos los escaparates.

Más tarde se distraía diciendo a gritos el nombre de una muchacha que en cierta ocasión Parrado le dijo que le gustaba. « ¡Makechu, Makechu...! »

El nombre se perdió entre la nieve que los rodeaba, pero Parrado lo oyó y se detuvo sonriendo para esperar a su amigo.

Continuaron caminando y, lentamente, el sonido de los almohadones en la nieve, que era lo único que rompía el silencio, fue ahogado por un estruendo que iba en aumento a medida que se aproximaba al final del valle. Los dos se sintieron poseídos por el pánico. ¿Qué pasaría si un torrente bloqueaba el camino? La impaciencia de Parrado por ver lo que había al final del valle se hizo insoportable. Sus pasos que antes eran rápidos, ahora eran más veloces todavía y más espaciadas las huellas que dejaba en la nieve.

—¡Te matarás! —le gritaba Canessa siguiéndolo, aunque él sentía más miedo que curiosidad por lo que iban a encontrar.

—¡Oh, Dios! —rezaba de nuevo—. ¡Pruébanos hasta el límite de nuestras fuerzas, pero, por favor, permítenos continuar! ¡Por favor, que haya un paso al lado del río!

Parrado caminaba con más rapidez aún. También rezaba, pero sobre todo, le picaba la curiosidad. Iba unos doscientos metros delante de Canessa y, de repente, se encontró al final del valle.

El panorama que apareció ante sus ojos, era paradisíaco. No había nieve. Desde donde ésta terminaba, surgía un torrente de agua gris que con tremenda fuerza discurría por una garganta, chocando con rocas y piedras y perdiéndose en dirección Oeste. Y lo más hermoso todavía, era que a dondequiera que mirase había zonas verdes, musgo, hierba, juncos, matorrales de aulagas y flores amarillas y purpúreas.

Mientras Parrado permanecía allí con los ojos llenos de lágrimas, Canessa apareció detrás de él y lanzó exclamaciones de júbilo ante la maravillosa vista de aquel bendito valle. Luego ambos salieron de la nieve y se pararon en las rocas al lado del río. Allí, entre pájaros y lagartos, con todo el fervor de sus jóvenes corazones rezaron en voz alta a Dios, dándole las gracias por haberlos sacado del frío y del estéril corazón de los Andes.

Descansaron al sol durante más de una hora y como si, de verdad, estuvieran en el jardín del Edén, los pájaros que tanto tiempo hacía que no veían se posaban a su alrededor en las rocas, sin asustarse por la asombrosa aparición de aquellos barbudos y demacrados seres humanos, con los cuerpos cubiertos por varias prendas de ropa sucia, las espaldas abultadas por la mochilas y los rostros llenos de grietas y quemados por el sol.

Ahora tenían la confianza de que se habían salvado, pero todavía debían tener precaución. Canessa tomó una piedra y la guardó para dársela a Laura cuando regresaran, y ambos prescindieron de un almohadón y reservaron el otro para dormir. Después comenzaron el descenso por el lado derecho del torrente. Aunque no había nieve, la marcha no era fácil. Habrían de caminar por encima de rocas y saltar por salientes del tamaño de sillones. A mediodía se detuvieron para comer. Luego continuaron y hasta después de haber caminado durante una hora, Canessa no advirtió que había perdido las gafas de sol. Recordó en seguida que se las había quitado y dejado encima de una roca mientras comían, y aunque no quería volver en la dirección por donde habían venido, temía que sin las gafas se le quemaran y enrojecieran los ojos lo mismo que había sucedido con los labios. Entonces, mientras Parrado se tumbó

a esperar por él, Canessa volvió sobre sus pasos hacia el lugar donde habían comido. Llegó en menos de una hora y aunque reconocía el lugar, no recordaba en cuál de aquellos centenares de rocas había dejado las gafas. Comenzó a buscarlas, rezando mientras lo hacía, pues no encontraba por ningún sitio lo que andaba buscando. En sus ojos, aparecieron lágrimas de desesperación; estaba cansado y desesperado, hasta que, por fin, en una roca alta, cuya cima había estado oculta a su vista, halló las gafas.

Dos horas después de dejar a Parrado, Canessa se reunió con él, y ambos reanudaron inmediatamente el viaje. De todas formas un poco más adelante se vieron detenidos por un saliente de roca que se levantaba casi perpendicularmente y caía en vertical dentro del torrente. Desde donde estaban podían observar que el suelo estaba más igualado al otro lado del río. En vez de escalar el obstáculo que tenían ante ellos, prefirieron vadear el río, pero tampoco era sencilla esta tarea. Tenía unos ocho metros de ancho y la corriente bajaba con tanta fuerza que arrastraba grandes piedras. Pero había una roca en el centro de la corriente lo suficientemente grande como para soportar el empuje de la corriente y lo bastante alta para sobresalir por encima de la misma. Pensaron que podían cruzar saltando de la orilla a la roca y desde la roca al otro lado.

Canessa fue el primero. Se quitó todas las ropas para conservarlas secas y se ató a la cintura una cuerda de nailon y otras dos a ésta. Luego, mientras Parrado sujetaba el otro extremo, por si caía en la corriente, saltó a la roca y de la roca a la otra orilla. Cuando Parrado vio que su compañero se encontraba a salvo, tomó el saco de dormir, lo ató con la cuerda y lo tiró con todas sus fuerzas al otro lado. Allí lo desató Canessa y le devolvió la cuerda para poder enviar de la misma forma las ropas, zapatos, bastones y mochilas. Le costó un gran esfuerzo arrojar las mochilas a aquella distancia y la segunda se quedó corta y se estrelló en las rocas junto al río. Canessa tuvo que bajar hasta la orilla para recogerla, empapándose con el agua que salpicaba y cuando la abrió, vio que la botella de ron se había roto.

Parrado se reunió con él, pero como casi todas las ropas las tenían mojadas, sólo llegaron hasta un poco más lejos. Encontraron una roca que sobresalía y allí acamparon para pasar la

noche. Todavía hacía sol, de manera que tendieron las ropas para secarlas. Luego se sentaron en los almohadones y comieron algo de carne, mientras gran número de lagartos los observaban con curiosidad.

Aquella noche fue la más cálida hasta la fecha. Durmieron bien y al día siguiente continuaron; era el octavo día de su viaje a través de los Andes. A la luz de la mañana, la vista que tenían ante ellos, aun para ojos menos hambrientos que los suyos para los frutos de la naturaleza, era de una belleza sorprendente. Aunque todavía estaban a la sombra de las grandes montañas que tenían detrás, el sol iluminaba la lejanía del estrecho valle, mezclando el verde de los juncos y plantas de cactus con el plateado y dorado del rocío y la luz. Ahora veían árboles en lontananza y a media mañana creyeron ver un rebaño de vacas apacentándose en una ladera.

—¡Veo vacas! —dijo Canessa emocionado a Parrado.

—¿Vacas? —repitió Parrado forzando la vista, pero sin ver nada a causa de su miopía—. ¿Estás seguro de que son vacas?

—Bueno, a mí me lo parecen.

—Quizá sean ciervos..., o carpinchos.

Lo que veían ante ellos tenía más la apariencia de un espejismo que cualquier cálculo que pudieran hacer sobre aquellos lejanos animales. Sin embargo, parecían tener el ánimo alegre y optimista, cuando sus cuerpos, sobre todo el de Canessa, estaban sufriendo por el esfuerzo a que habían estado sometiéndolos. El horizonte era verde, pero el terreno por donde avanzaban no era mejor que cualquiera de los que habían atravesado antes; cargados con las mochilas, aún habían de saltar por encima de rocas y pedruscos, desde un saliente de roca hasta el otro, o caminar sobre las molestas piedras sueltas de la orilla del río.

Más tarde encontraron un evidente signo de civilización: una vacía lata de sopa. Estaba oxidada, pero aún pudieron leer el nombre de la marca en la etiqueta: «Maggi». Canessa la recogió.

—Mira, Nando —dijo—. Esto significa que aquí estuvo gente.

Parrado se mostró más cauto.

—Puede haberse caído de un avión.

—Pero ¿cómo es posible que se haya caído de un avión? Los aviones no tienen ventanas.

No había forma de averiguar el tiempo que la lata había estado allí, pero el sólo hecho de verlo les dio esperanzas y, a medida que continuaron descendiendo, hallaron otros signos de vida. Vieron dos liebres saltando por encima de las piedras en la otra orilla del río, luego estiércol.

—Esto es bosta —dijo Canessa—. Ya te dije que eran vacas lo que había visto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Parrado—. Cualquier animal puede haber hecho eso.

—Si supieras tanto de vacas como sabes de automóviles —dijo Canessa—, no dudarías de que esto es bosta.

Parrado se encogió de hombros y siguieron caminando. Más tarde se sentaron junto al río para descansar y comer un poco de carne. Al sacar los calcetines de rugby advirtieron que, mientras, en la montaña, la carne se conservaba, aquí empezaba a sufrir las consecuencias de la temperatura más alta. Después de comer una ración de dos trozos, guardaron el resto y continuaron el descenso por el valle. El río se hizo más ancho, alimentado de arroyuelos que de vez en cuando bajaban de las laderas de las montañas que tenían a sus lados.

Donde el río se hacía más ancho, encontraron la herradura de un caballo. Estaba tan oxidada como la lata de sopa, así que tampoco pudieron saber el tiempo que llevaba allí, pero evidentemente era algo que no podía haber caído de un avión y, en cambio, era una evidencia de que estaban llegando a una zona habitada de los Andes. A éste, siguieron otros signos. Cuando rodearon una de las muchas estribaciones que llegaban hasta el valle, vieron, a una distancia de cien metros, las vacas que Canessa había visto antes aquella misma mañana.

Aun así, Parrado continuaba mostrándose precavido.

—¿Estás seguro de que no son vacas salvajes? —le preguntó a Canessa mirando las vacas mientras que las vacas lo miraban a él.

—¿Vacas salvajes? No hay vacas salvajes en los Andes. Te digo, Nando, que en algún lugar cerca de aquí encontraremos al dueño de las vacas o a alguien que las esté cuidando.

Y como para probar lo que estaba diciendo, señaló unos árboles.

—No me digas que los carpinchos o las vacas salvajes talan árboles.

Parrado no podía dudar de que las marcas de los árboles estaban hechas por un hacha, y un poco más adelante encontraron un corral para el ganado, hecho de ramas y juncos, lo que inmediatamente reconocieron como un buen combustible. Por lo tanto, pensaron pasar allí la noche y celebrar su inminente salvación con un festín a base de la carne que todavía les quedaba.

—Después de todo —dijo Canessa—, se está pudriendo y estoy seguro de que por la mañana encontraremos a algún pastor o granjero. Te prometo, Nando, que mañana por la noche dormiremos en un cama.

Se quitaron las mochilas, sacaron la carne y encendieron un fuego. Después asaron diez trozos cada uno y comieron hasta saciarse. Luego se metieron en el saco de dormir a esperar que se pusiera el sol. Ahora su rescate parecía tan cercano que se atrevieron a pensar en cosas que antes era muy doloroso considerar. Canessa le habló a Parrado de Laura Surraco y de las comidas del domingo en su casa; Parrado le habló a Canessa de las chicas que había conocido antes del accidente y cuánto le envidiaba por tener novia.

El fuego se apagó. El sol se puso. Y con estos agradables pensamientos en sus mentes, los dos muchachos, con el estómago lleno, se quedaron dormidos.

3

Cuando despertaron a la mañana siguiente, las vacas habían desaparecido. Esto no los alarmó. Se deshicieron de lo que creyeron que no iban a necesitar en adelante: el martillo, el saco de dormir, unos zapatos de repuesto y algunas ropas. Con las mochilas aligeradas, continuaron el camino, esperando encontrar, después de cada saliente, la casa de algún aldeano. Pero mientras transcurría la mañana, el valle seguía siendo tal cual era anteriormente. La verdad es que no encontraron más signos como los anteriores, la lata y la herradura, que tanto les había levantado el ánimo el día anterior, y Parrado comenzó a recriminar a Canessa por su optimismo.

—Así que tú eres el que sabe tanto del campo, ¿no? Y yo sólo soy un pobre individuo que sólo sabe de automóviles y motos. Bueno, pues al menos yo no estaba tan seguro de encontrarme una casa a la vuelta de la esquina..., y ahora, nos hemos comido la mitad de la carne y hemos tirado el saco de dormir.

—De todas formas, la carne se estaba poniendo mala —dijo Canessa de mal talante, pues empezaba a sentir los primeros síntomas de diarrea.

También estaba completamente agotado. Le dolía todo el cuerpo y cada paso que daba aumentaba su agonía. Tenía que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para poner una pierna delante de la otra, y cuando se paraba o se quedaba atrás, los juramentos e insultos de Parrado le hacían caminar de nuevo.

Ya avanzada la mañana llegaron a un saliente de roca bastante difícil de salvar y tenían que elegir entre seguir la ruta peligrosa junto al río, o una más larga y segura subiendo el promontorio. Parrado, que iba delante de Canessa, eligió la ruta más prudente y comenzó a escalar la roca, pero Canessa se sentía demasiado cansado para realizar tal esfuerzo y cuando llegó a aquel punto, siguió la ruta inferior y más pendiente que bajaba por el río.

Cuando sólo estaba a medio camino, pisando de saliente en saliente, o pasando por bordes de roca, la amenazante tormenta estalló en su vientre; su estómago se agitó por el horrible malestar de la diarrea aguda. Tan agudo fue el desorden, que Canessa se vio forzado a buscar una roca plana, bajarse los tres pares de pantalones y agacharse en un intento de encontrar alivio. En circunstancias normales esto no hubiera llevado mucho tiempo, pero una irregularidad había sido precedida por otra opuesta. La explosiva secreción había sido detenida en el recto por los productos duros como rocas de su anterior estreñimiento, y sólo sacando éstos con los dedos pudo Canessa descargar lo que tantos dolores de estómago le estaba causando.

Mientras tanto Parrado había llegado al otro lado, y comenzó a alarmarse e impacientarse porque su compañero no aparecía. Empezó a llamarlo a gritos y oyó veladas contestaciones. Llenó de injurias a Canessa y siguió haciéndolo hasta que la delgada figura de éste apareció por un lado del recodo del río.

—¿Dónde diablos has estado? —preguntó Parrado.

—Tengo diarrea. Me siento muy mal.

—Bueno, escucha: hay una especie de senda que sigue a lo largo de la orilla del río. Si la seguimos, seguro que nos llevará a alguna parte.

—No puedo continuar —repuso Canessa, dejándose caer en el suelo.

—Tienes que continuar. ¿Ves aquel cerro? —dijo, señalando hacia la parte baja del valle—. Pues tenemos que llegar allí esta noche.

—No puedo —contestó Canessa—. Estoy demasiado cansado. No puedo caminar más.

—No seas estúpido. No vas a abandonar ahora que ya estamos llegando.

—Ya te he dicho que tengo diarrea.

Parrado se puso rojo de indignación e impaciencia.

—Siempre estás enfermo. Mira, yo llevaré tu mochila y así no tendrás más excusas.

Y sin dudarlo un instante, cargó con la mochila de Canessa y partió con las dos a sus espaldas.

—Y si quieres algo de comer —le dijo a gritos a Canessa—, será mejor que me sigas, porque ahora soy yo el que tiene toda la carne.

Canessa lo siguió tambaleándose y cojeando y muy furioso también, no tanto porque Parrado se burlase de su enfermedad, sino por su propia debilidad.

Era fácil caminar por la senda, y de vez en cuando se sentían animados al ver excrementos de caballo. Los síntomas de la diarrea se pasaron y los dos caminaban a buen ritmo. Ante ellos estaba el cerro, y a medida que avanzaba la tarde lo tenían cada vez más cerca. Ahora que ya no había nieve, las distancias eran más fáciles de calcular. A última hora de la tarde habían alcanzado la base, y la promesa de descansar en la cima dio fuerzas a Canessa para subirlo.

Lo primero que vieron fue un corral con paredes de piedra y una puerta de entrada. En el centro había un palo clavado en el suelo, de los que se utilizan para atar caballos. El suelo del cercado había sido hollado recientemente por caballos, y los muchachos sintieron renacer su optimismo, pero el estado físico de

Canessa había empeorado tanto que no podía mejorar sólo con un poco más de esperanza. Se tambaleaba al caminar y tenía que apoyarse en el brazo de Parrado y cuando llegaron a un pequeño grupo de árboles, ambos acordaron pasar allí la noche. Los dos tenían la idea de que Canessa necesitaba descansar más tiempo.

Mientras Parrado fue en busca de leña para encender fuego, y al mismo tiempo ver si había por los alrededores algo que pareciera una vivienda, Canessa permaneció tumbado de espaldas bajo los árboles. El suelo estaba cubierto de hierba fresca, las montañas se levantaban detrás de ellos y el rumor del río se podía escuchar desde varios centenares de metros lejos de donde caía en cascada a la garganta. Aunque estaba agotado, con todas las extremidades doloridas, la belleza del lugar no pasó inadvertida para Canessa. Miraba lánguidamente a los matorrales y las flores salvajes y se acordó del caballo y el perro que tenía en el campo en Uruguay.

Levantó la cabeza y vio a Parrado que se dirigía hacia él, su alta figura encorvada por la pesadumbre. Canessa se incorporó apoyándose en el codo y preguntando:

—¿Qué tal es esto?

—No muy bueno —dijo Parrado sacudiendo la cabeza—. Hay otro río que se junta con éste. Atraviesa justamente nuestro camino y no veo cómo podremos cruzar cualquiera de los dos.

Canessa se tumbó de nuevo y Parrado se sentó a su lado.

—Pero he visto dos caballos y dos vacas —dijo.

—¿En este lado del río?

—Sí, en este lado del río. —Dudó un momento y luego añadió—: ¿Tú sabes cómo se puede matar una vaca?

—¿Matar una vaca?

—La carne está podrida. Necesitamos más alimentos.

—No sé cómo se puede matar una vaca.

—Bueno, tengo una idea —dijo Parrado, inclinándose hacia adelante como impulsado por el entusiasmo—. Yo sé que duermen bajo los árboles. Mañana, mientras estén apacentándose, me subiré con una piedra a uno de los árboles, y cuando vuelvan por la noche, tiro la piedra a la cabeza de una de las vacas.

—De esa forma nunca conseguirás matar una vaca —replicó Canessa riéndose.

—¿Por qué no?

—Nunca conseguirás subir a un árbol con una piedra lo suficientemente grande..., y de todas formas, puede que no duerman en el mismo lugar.

Parrado se quedó pensando en silencio. De repente, su cara se iluminó por otra idea.

—Ya sé. Podemos juntar ramas y hacer lanzas.

Canessa sacudió la cabeza.

—¿Y golpeándolas en la cabeza?

—No. Nunca lo conseguirás.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Canessa se encogió de hombros.

—Vení a verlo por ti mismo. Están tumbadas ahí cerca. —Parrado volvió a dudar de nuevo—. Aunque también están los caballos. ¿Crees que nos atacarán?

—Naturalmente que no.

—¿Qué pensás entonces?

—Bien, ante todo, creo que el matar una vaca no animará al dueño a ayudarnos.

—En eso tenés razón.

—Sería más fácil *ordeñar* la vaca.

—Pero primero tienes que atraparla.

—Ya lo sé. —Canessa pensó sobre esta cuestión—. Ya sé; podemos enlazar una ternera con las cuerdas de nailon y atarla a un árbol. Entonces, cuando venga la madre, la agarramos.

—¿Y no se escapará?

—Si la atamos con una cuerda de nailon no lo hará.

—Pero ¿dónde vamos a recoger la leche?

—No lo sé.

—Tenemos que conseguir carne.

—Entonces no hay más remedio que matar la vaca; pero primero le cortaremos los tendones de las patas para que no se pueda escapar.

—¿Y qué pasará con el dueño?

—Sólo podemos hacerlo si no hay nadie por aquí cerca.

—Muy bien.

Parrado se puso de pie.

—Pero, por amor de Dios, vamos a esperar hasta mañana —dijo Canessa—. Yo no puedo hacer nada esta noche.

Parrado lo miró y se dio cuenta que era verdad lo que decía.

—Bien; de todas formas, encenderemos fuego —dijo—. Y si hay alguien por los alrededores, nos podrán ver más fácilmente.

Parrado se alejó de Canessa en busca de ramas y arbustos secos. Como el sol se estaba poniendo, se alargaban las sombras de los árboles y de las peñas y parecía que se movían y cambiaban de lugar. Entonces, repentinamente, de entre estas sombras surgió un figura lo suficientemente grande para ser un hombre a caballo. Canessa trató inmediatamente de ponerse de pie, pero aún estando excitado, las piernas se negaban a moverse, así que llamó a Parrado a gritos:

—¡Nando! ¡Nando! ¡Mira hay un hombre, un hombre a caballo! ¡Creo que he visto un hombre a caballo!

Parrado miró en la dirección que indicaba Canessa, pero era tan corto de vista que no podía ver nada.

—¿Dónde? —le contestó con otro grito—. Yo no lo veo.

—¡Ven pronto! ¡Corre! ¡Al otro lado del río! —le decía Canessa a gritos con su voz chillona.

Y mientras Parrado echaba a correr hacia el río, él se arrastró por la hierba hacia el jinete que se encontraba unos trescientos metros más allá. De vez en cuando, se paraba a observar si Parrado se equivocaba de dirección.

—No, Nando, hacia la derecha, hacia la derecha —le decía.

Y oyéndolo, Parrado cambiaba de dirección y continuaba corriendo a ciegas, porque todavía no conseguía ver nada en la otra orilla.

Peor aún, con los gritos y los gestos, las vacas se levantaron y ahora estaban entre Parrado y el río. Lo miraban resoplando y el bravo Nando no era tan bravo y dio un rodeo para evitarlas. De esta forma, él y Canessa alcanzaron la orilla de la garganta al mismo tiempo.

—¿Dónde? ¿Dónde está el jinete? —preguntó Parrado.

Cuando Canessa miró por encima del rugiente torrente hacia el punto donde había visto el jinete, lo único que encontró fue una alta roca con su sombra alargada.

—Estoy seguro de que era un hombre —dijo—. Juro que lo he visto. Un hombre a caballo.

Parrado negó con la cabeza.

—No hay nadie ahí ahora.

—Ya lo veo —repuso Canessa dejándose caer en el suelo y hundiendo con gran desilusión la cabeza entre las manos.

—Vamos —dijo Parrado tomando a su compañero por el brazo—. Es mejor que encendamos fuego antes de que se haga de noche.

Ya habían dado la vuelta para regresar al campamento, cuando de repente, oyeron sobre el ruido del torrente un grito humano. Se volvieron y allí, en la otra orilla, vieron no uno, sino tres hombres a caballo. Los estaban mirando mientras conducían tres vacas a lo largo de una estrecha senda que había entre el río y la montaña.

Inmediatamente los muchachos empezaron a hacer señas y a gritarles y pareció que los jinetes los vieron, pero el ruido del torrente era tan grande que parecía que no llegaban las palabras hasta ellos. La verdad era que el interés que mostraron los jinetes era muy poco, y parecía que se iban a marchar haciendo caso omiso de los dos uruguayos.

Parrado y Canessa exageraron los ademanes y gritaron con más fuerza, diciendo que eran supervivientes de un avión que se había estrellado en los Andes. « ¡Socorro! », gritaban. « ¡Socorro! » Y mientras Canessa gritaba con voz más aguda pensando que se oiría más lejos, Parrado se hincó de rodillas y juntó las manos en un gesto de súplica.

Los jinetes dudaban. Uno de ellos cabalgó hasta la orilla y les dijo a gritos unas palabras, de las cuales la única que pudieron descifrar fue «mañana». Luego desaparecieron los tres conduciendo las vacas delante de ellos.

Canessa y Parrado regresaron a su campamento. Parrado estaba agotado también y Canessa no podía caminar sin ayuda. De todas formas, la única palabra que entendieron era bastante para darles enormes esperanzas. Por fin habían tomado contacto con otros hombres.

A pesar de que los dos muchachos estaban cansados, decidieron montar una guardia, relevándose cada dos horas y manteniendo el fuego encendido. Y aunque se hallaban agotados, les era difícil conciliar el sueño. Estaban demasiado excitados. Hacia el alba, Parrado cayó rendido y durmió más de las dos horas que habían

acordado. Canessa lo dejó dormir, porque sabía que él no podía caminar y Parrado necesitaría para el siguiente día todas las fuerzas de que pudiera hacer acopio.

4

Salió el sol en el décimo día de su viaje a través de los Andes. A las seis de la mañana, ya estaban los dos despiertos y, mirando hacia el otro lado del río, vieron el humo de una hoguera y a un hombre de pie al lado de ella. Próximos a él había otros dos hombres, ambos a caballo. Tan pronto como los vio, Parrado corrió hasta la orilla. Estaba ahora lo bastante cerca del hombre como para entender sus ademanes que le indicaban que bajase hasta el mismo borde de la garganta. Lo hizo y el campesino también hizo lo mismo, quedando separados solamente por los treinta metros del río. Aunque ahora estaban más cerca, el ruido del torrente era aún más alto que antes y no había forma de entenderse, pero el campesino, que tenía la cara redonda y aire astuto, y llevaba un sombrero de paja en la cabeza, había venido preparado.

Tomó un pedazo de papel, escribió algo en él, lo envolvió en una piedra y lo lanzó a través del río.

Parrado se tambaleó por las rocas, recogió la misiva, la desenvolvió y leyó:

«He enviado a un hombre que llegará ahí más tarde. Dígame lo que desea.»

Parrado buscó inmediatamente en los bolsillos, pero no tenía nada con que escribir; solamente un pedazo de barra de labios. Entonces le hizo gestos al hombre de la otra orilla indicándole que no tenía nada con qué escribir y el aldeano tomó su bolígrafo, lo ató a una piedra con un pañuelo blanco y azul y lo lanzó a la otra orilla.

Cuando Parrado lo recogió se sentó y con gran impaciencia escribió el siguiente mensaje:

«Vengo de un avión que cayó en las montañas. Soy uruguayo. Hace diez días que estamos caminando. Tengo un amigo herido arriba. En el avión quedan 14 personas heridas. Tenemos que salir rápido de aquí y no sabemos cómo. No tenemos comida. Estamos débiles. ¿*Cuándo* nos van a buscar arriba? Por favor. No podemos ni caminar. ¿Dónde estamos?»

Añadió a esto un SOS escrito con la barra de labios y envolvió una piedra con el papel y todo ello con el pañuelo. Entonces lo tiró al otro lado del río, donde lo recogió el campesino.

Parrado miraba y rezaba mientras el campesino desenvolvía el papel y leía el mensaje. Por fin levantó la vista e indicó que había entendido. Luego sacó del bolsillo un pedazo de pan, lo lanzó a la otra orilla, saludó una vez más y se volvió para subir por la orilla de la garganta. Parrado hizo lo mismo. Alcanzó el cerro y regresó al lado de Canessa, con el pan en la mano, un signo tangible de que finalmente había tomado contacto con el mundo exterior.

—Mira —le dijo a Canessa cuando llegó a su lado—. Mira lo que tengo.

Canessa volvió el rostro ovalado hacia su amigo y fijó sus ojos cansados en el pan.

—Estamos salvados —dijo.

—Sí —repuso Parrado—. Estamos salvados.

Se sentó y partió el pan en dos trozos.

—Toma —le dijo—. Vamos a desayunarnos.

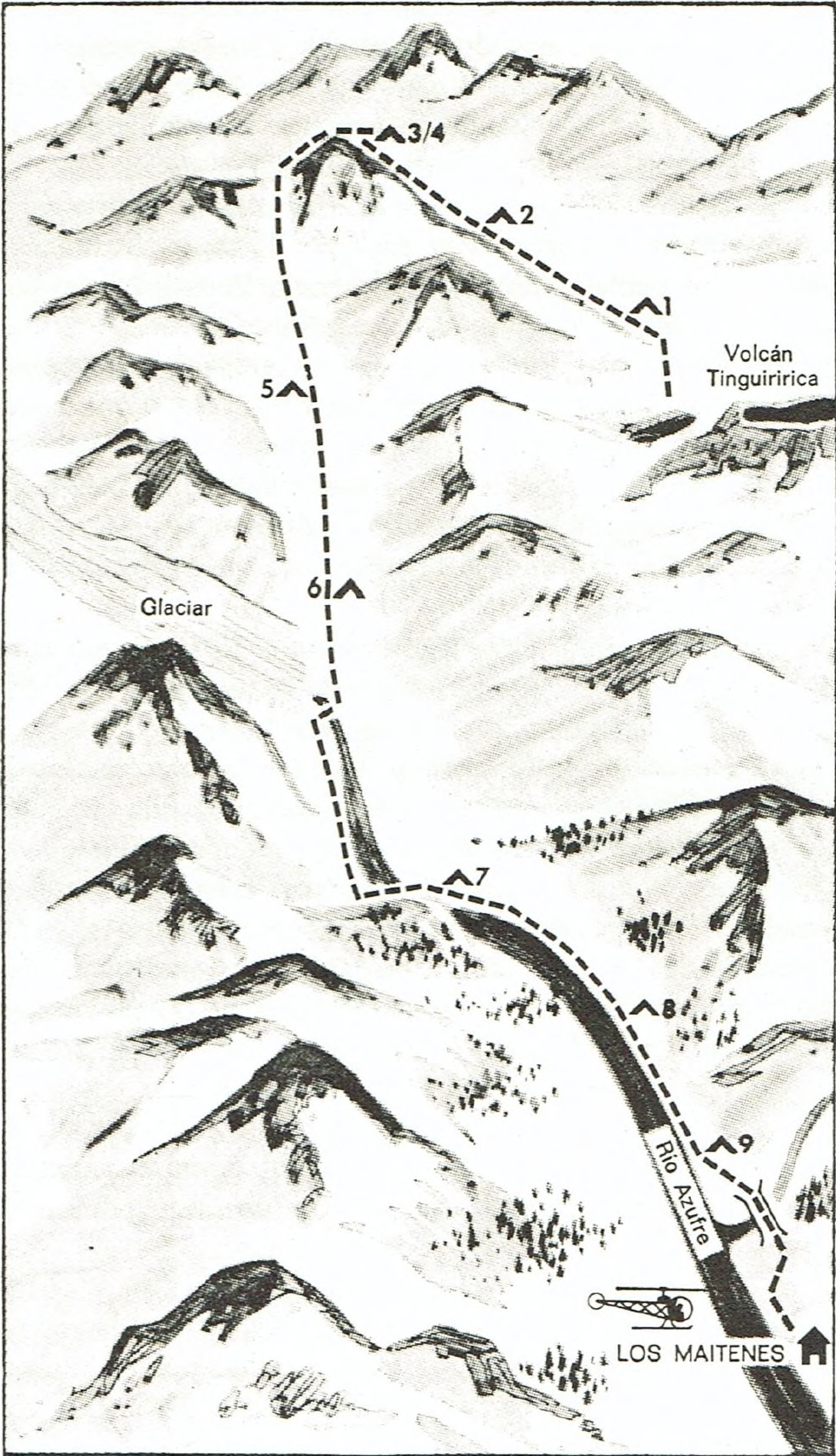
—No —le contestó Canessa—. Cómelo tú. Yo he sido un inútil y no me lo merezco.

—Vamos —contestó Parrado—. Quizás no lo merezcas, pero lo necesitas.

Le tendió el pan y esta vez Canessa lo aceptó. Luego los dos se sentaron y comieron lo que les habían dado y nunca en sus vidas el pan les había sabido mejor.

Dos o tres horas más tarde, sobre las nueve de la mañana, vieron otro jinete, pero esta vez en la orilla donde se encontraban y venía cabalgando hacia ellos. Inmediatamente Parrado se levantó y salió a recibirlo.

Saludó a Parrado con gran reticencia, si se considera la ex-


3/4
2
1
Volcán
Tinguiririca
5
6
Glaciar
7
8
9
Río Azufre
LOS MAITENES

traordinaria impresión que se llevaría al ver aquel alto, barbudo y harapiento muchacho vestido con varias prendas de ropa sucia. El hombre lo siguió hasta donde estaba Canessa acostado y, con gran paciencia reflejada en su cara curtida, escuchó el relato entrecortado de los dos. Cuando le permitieron hablar se presentó a sí mismo como Armando Serda. Le habían dicho que los dos uruguayos estaban allí, pero creía que se encontraban más arriba y tenía intención de llegar hasta ellos por la tarde. El hombre que los había visto había salido a caballo hacia Puente Negro para informar de su descubrimiento a los carabineros.

Parrado y Canessa pudieron ver que el campesino era pobre, tan pobre que sus ropas estaban en peores condiciones que las de los supervivientes, pero sospecharon que, aunque pobre, ese hombre podía tener lo que ellos en este momento valoraban más que cualquier tesoro, y así fue, pues cuando le dijeron a Serda que se estaban muriendo de hambre, el hombre sacó queso del bolsillo y se lo dio a los muchachos.

Tan contentos estaban con el queso que no les importó que el chileno se marchara río arriba para ver las vacas que estaban paciendo y abrir unas compuertas y regar el campo.

Mientras hacía esto, Canessa y Parrado comieron el queso y descansaron. Después, antes de que regresara Serda, tomaron los restos de carne humana que todavía les quedaban y los enterraron bajo una piedra, pues tan pronto como comieron el pan y el queso, volvieron a sentir la repugnancia que experimentaron al principio.

Alrededor de las once de la mañana el campesino terminó el trabajo y regresó con los muchachos. Canessa no podía caminar, así que lo subieron al caballo de Serda y los tres partieron valle abajo. Cuando llegaron al afluente del río Azufre, que Parrado había creído que no se podía cruzar, Serda le pidió a Canessa que desmontara y mientras se llevaba el caballo montaña arriba hacia un vado, le dijo a Parrado y Canessa que cruzaran por un puente que Parrado no había visto la noche anterior.

En la otra orilla esperaron a Serda y su caballo, y cuando se reunieron de nuevo, volvieron a subir a Canessa a la montura y continuaron bajando por el valle. Allí, en una pradera, llegaron a la primera residencia humana que habían visto desde el accidente. Era una casa modesta que reconstruían cada primavera, con pa-

redes de madera y cañas y el techo de ramas de árboles, pero ningún palacio les hubiera parecido más elegante. Canessa desmontó y se quedó junto a Parrado, mareado por el olor de rosas silvestres que crecían en el rudimentario pórtico. Su anfitrión los condujo hasta un patio, los sentó a una mesa y les presentó a otro campesino, Enrique González. Este hombre les dio más queso y leche, mientras que Armando Serda se ocupaba en la cocina. Poco después les sirvió un plato de alubias a cada uno, que tuvo que volver a llenar cuatro veces, al tiempo que las comían. Ambos chicos comieron como jamás habían comido antes, sin pensar un solo momento en sus estómagos. Cuando terminaron las alubias pasaron a los macarrones con trozos de carne, y después, comieron pan con miel.

Al principio, mientras comían, los dos chilenos permanecían cohibidos al otro extremo de la habitación, pero Parrado y Canessa les pidieron que se sentaran con ellos. Los campesinos así lo hicieron observando cómo los chicos se hartaban con la comida que les habían dado. Después, cuando ninguno de los dos pudo comer más, los condujeron a una cabaña de madera que se encontraba al otro lado. Había sido construida para el dueño cuando iba a visitar sus tierras, y allí había dos cómodas camas en las que Parrado y Canessa fueron invitados a dormir la siesta. Con repetidas muestras de gratitud para los dos tímidos anfitriones, así lo hicieron. No habían dormido casi nada la noche anterior y habían estado caminando diez días por algunas de las montañas más altas del mundo.

Era el mediodía del jueves día 21 de diciembre y hacía setenta días que el Fairchild se había estrellado en los Andes.

DECIMOPRIMERA PARTE

1

El C-47 de la Fuerza Aérea Uruguaya despegó de Santiago en dirección a Montevideo a las dos de la tarde del miércoles día 20 de diciembre, pero cuando sobrevolaban Curicó informaron a los pilotos que hacía mal tiempo, así que regresaron a Santiago. Los tres pasajeros, Canessa, Harley y Nicolich, esperaron en el aeropuerto hasta las cinco, y a esa hora les dijeron que el tiempo había mejorado y que el aparato podía salir. El avión despegó, voló hacia el sur de Curicó, después al Este, hacia Planchón, pero cuando estaban llegando a Malargüe en la Argentina, oyeron el ruido familiar que indicaba fallos en uno de los motores.

Los pilotos no tenían otra alternativa que hacer un aterrizaje forzoso en el aeropuerto de San Rafael, a unos trescientos kilómetros al sur de Mendoza. Los pasajeros pasaron la noche en esta pequeña ciudad argentina. A la mañana siguiente les dijeron los pilotos que el avión no se podía réparar sin recambios procedentes de Montevideo. En este trance, los tres hombres se sintieron inclinados a procurarse otro medio de transporte, pero había algo que les hacía dudar: los dos pilotos uruguayos que estaban a cargo del C-47. Ambos hombres habían sido amigos de Ferradas y Lagurara y, aunque habían perdido toda esperanza de encontrarlos con vida, creían que descubriendo la causa del accidente podían salvar su honor. Estaban desesperados por los continuos fallos del C-47, y para darles ánimos, Harley y Nicolich decidieron quedarse hasta que reparasen el avión. Por otra parte, Canessa había prometido estar en casa para la Navidad y descubrió que, por la tarde, salía un autobús de San Rafael con destino a Buenos Aires.

Mientras esperaban, los tres hombres decidieron ponerse en comunicación con sus esposas a través de la red de radio de Rafael Ponce de León. Una vez más encontraron al radioaficionado que siempre encontraban a dondequiera que fuesen. Tuvieron alguna dificultad en sintonizar la onda, porque había interferencia de otros radioaficionados de Chile, y entre los silbidos y ruidos de

la radio los cuatro hombres oyeron parte de una conversación entre otros dos radioaficionados.

«...Increíble, pero han encontrado el avión...»

Tan pronto como oyeron esto, perdieron el contacto.

Los tres uruguayos se miraron unos a otros.

—No puede ser... —comenzó a decir uno de ellos.

Los otros movieron la cabeza, negando. Habían despertado sus esperanzas muy a menudo para borrarlas poco después por cualquier insignificancia como ésta.

Un momento más tarde se pusieron en contacto con Rafael. Le contaron lo que había pasado, que el avión había tenido que efectuar un aterrizaje forzoso y que saldrían para casa tan pronto como pudieran. Ponce de León les prometió informar a sus familias.

Los tres hombres vagaron por las cálidas y secas calles de San Rafael hasta que a Canessa le llegó la hora de tomar el autobús. A las ocho, el doctor abrazó a sus dos amigos y partió para Buenos Aires.

2

Aquella misma tarde, Páez Vilaró y Rodríguez se trasladaron desde Santiago al aeropuerto de Pudahuel para tomar el avión que los llevaría a Montevideo. Cuando llegaron se pusieron a la cola para pasar la aduana, pero la gente avanzaba y Páez Vilaró no se movía de su sitio, permitiendo que pasaran delante los que estaban detrás de él.

—¿No vienes? —le preguntó Rodríguez.

—Estoy esperando algo —contestó Páez Vilaró.

—Perderás el avión —dijo Rodríguez.

—Tú sigue —replicó Páez Vilaró—. No tardaré mucho.

Rodríguez pasó el control de pasaportes y el de aduanas mientras que Páez Vilaró continuaba al final de la cola. Entonces, cuando pasó el último pasajero y dieron el aviso final para el vuelo, llegó un hombre corriendo.

—Aquí está —le dijo a Páez Vilaró, pasándole de forma fur-

tiva un cachorro de *poodle* que él había prometido a sus hijas para Navidad.

Como sabía que iba contra las normas llevar un perro a bordo, Páez Vilaró escondió el cachorro debajo del abrigo y entregó el equipaje. Después, con la carta de embarque, pasó el control de pasaportes y la barrera de aduanas. Nadie pareció notar la extraña posición de su brazo izquierdo y Páez Vilaró ya se estaba felicitando por su éxito como contrabandista cuando, por los altavoces del aeropuerto, hicieron una llamada.

—Habla la policía internacional, habla la policía internacional. Detengan a Carlos Páez Vilaró, detengan a Carlos Páez Vilaró.

Su cara se descompuso. Alguien le habría visto meter el cachorro bajo el abrigo. Se dirigió a un policía que había cerca de él y le dijo:

—Yo soy Carlos Páez Vilaró.

Maldiciendo su mala suerte, fue conducido a través de la ancha sala del aeropuerto, pero cuando llegó a la oficina de la policía, no se encontró con unas esposas, sino con un teléfono.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El oficial se encogió de hombros.

—No lo sé. Una llamada urgente para usted.

Tratando todavía de esconder el cachorro, tomó el teléfono.

—Al habla Páez Vilaró —dijo.

—¿Carlitos? ¿Eres tú?

Era el coronel Morell.

—Sí, soy yo —le contestó con cierta irritación—. Te agradezco mucho que me llames para despedirte, pero el avión está esperando a que yo embarque... Te veré después de Navidades.

—Muy bien —dijo Morell—. Perdóname que te retrases por mi culpa. Pensé que has estado buscando a los muchachos durante tanto tiempo, que quizá te gustaría venir a verlos.

Páez Vilaró no dijo nada. El cachorro cayó al suelo.

—También pensé que podías darle un vistazo a esta nota —continuó Morell—. Puede ser falsa, pero no lo creo. Dice: «Vengo de un avión que cayó en las montañas. Soy uruguayo».

—Cegado por las lágrimas, Páez Vilaró salió corriendo de la oficina de la policía en dirección a la pista. Los motores del avión

ya estaban en marcha. Sólo esperaban que él subiera por la escala para despegar.

—¡Rulo, Rulo! —dijo a gritos—. ¡Los han encontrado! ¡Me quedo!

En un instante, Rodríguez llegó a su lado y los dos uruguayos, llorando, cayeron uno en brazos del otro, exclamando:

—¡Están vivos, están vivos!

Los dos juntos regresaron pasando por la aduana y el control de pasaportes, gritando y llorando con gran sorpresa por parte de los oficiales y demás pasajeros.

—¿Qué ocurre? —preguntó un policía a otro, no sabiendo si intervenir ante este comportamiento tan insólito.

—Déjalos —le contestó el otro—. Es el lunático que busca al hijo que iba en un avión que se estrelló en la cordillera.

Cuando Páez Vilaró y Rodríguez llegaron a la parada de taxis, se dieron cuenta de que no tenían dinero chileno.

—¿Podría llevarnos a San Fernando? —le preguntaron al conductor del taxi que era el primero de la fila.

—No sé —contestó el taxista—. Está muy lejos.

—Han encontrado a mi hijo. Se estrelló en un avión en los Andes.

—¡Ah, sí! —dijo el conductor reconociendo a Páez Vilaró—. Usted es el chiflado, ¿no? Muy bien. Entren.

—No tenemos dinero.

—No importa.

Y los dos hombres subieron al taxi.

Llegaron a San Fernando tres horas más tarde y fueron directamente a los cuarteles del Regimiento Colchagua. Allí, mientras el conductor se hacía cargo del cachorro, no sólo encontraron al coronel Morell, sino a todos los chilenos que les habían estado ayudando en la búsqueda: los radioaficionados que habían difundido la noticia, los pilotos del Aero Club de San Fernando, los guías, los andinistas locales y los mismos soldados que tantas veces habían participado en la búsqueda sin ningún resultado.

Morell, cuando pudo rescatar a Páez Vilaró de la multitud de entusiastas que lo felicitaban, lo llevó al cuartel de los carabineros y le enseñó la nota que habían enviado desde Puente Negro.

—¿Qué opinas? —preguntó Morell—. ¿Es auténtica?

—No sé —dijo—. Puede ser falsa.

Luego la miró otra vez y creyó reconocer unas características únicas del Colegio Stella Maris.

—Pero no estoy seguro —añadió rápidamente—. También puede haberla escrito uno de los muchachos.

Regresó con Morell al cuartel regimental. Allí se había formado un comando de acción del que Morell era el comandante en jefe, y los comandantes de San Fernando, el de la guarnición y el de carabineros. Morell unió a Páez Vilaró a este equipo diciendo:

—Has estado investigando durante tanto tiempo, que no te puedes quedar aquí sentado sin hacer nada.

3

A media noche, en San Rafael, Harley y Nicolich se pusieron de nuevo en contacto con Ponce de León en Montevideo. Éste les dijo sin pérdida de tiempo que la policía de San Fernando había recibido una nota que se suponía era de un superviviente del avión uruguayo.

Inmediatamente Harley y Nicolich quisieron regresar a Chile, pero a aquellas horas de la noche no estaba muy claro cómo podían hacerlo. Durante media hora, esperaron con ansiedad en casa del radioaficionado, quien, al oír la noticia, salió para ver si podía conseguir algún medio de transporte. Regresó media hora más tarde con el coche del comandante.

Sin aguardar a recoger el equipaje que estaba en el C-47, en el aeropuerto de San Rafael, los dos hombres partieron para Mendoza a donde llegaron a las cuatro de la mañana y se fueron directamente al aeropuerto militar. No tenían dinero, pero cuando explicaron lo que sucedía, los oficiales de la Fuerza Aérea Argentina les prometieron dos plazas en el primer vuelo para Chile.

Esperaron sentados el resto de la noche, calentándose con los capotes que los dos pilotos uruguayos les habían dado antes de salir de San Rafael. A las ocho de la mañana aterrizó un avión con una carga de carne congelada con destino a Santiago. Media hora más tarde despegó con Harley y Nicolich a bordo.

Aquella misma mañana, el doctor Canessa llegó a Buenos Aires. Había pasado toda la noche sentado en el autobús, y antes de continuar el viaje hasta Montevideo, pensó en ir a casa de un amigo, lavarse y quizá descansar un poco. Salió de la estación de autobuses, alquiló un taxi, se sentó en el asiento de atrás y corrió por las calles de la ciudad hasta que llegó a casa de su amigo.

La radio del taxi estaba transmitiendo música hasta que el conductor bajó el volumen y, dirigiéndose al doctor Canesa, le preguntó:

—¿Ha oído las noticias? Han encontrado el avión.

—¿Qué avión?

—El avión uruguayo. El Fairchild.

Antes de que el conductor del taxi pudiera decir otra palabra, se encontró al pasajero a su lado manejando la radio.

—¿Está seguro? —preguntó Canessa.

—Naturalmente que estoy seguro.

—¿Hay algún superviviente?

—Dos muchachos.

—¿Han dicho los nombres?

—Los nombres... sí, creo que sí, pero no puedo recordarlos.

Repentinamente Canessa levantó la mano indicando al conductor que se callara. Por la radio estaban dando la noticia que dos supervivientes del Fairchild uruguayo que se había estrellado en los Andes el día 13 de octubre habían sido hallados en un lugar llamado Los Maitenes, junto al río Azufre, en la provincia de Colchagua. Sus nombres eran Fernando Parrado y Roberto Canessa.

Al oír esta última palabra, al doctor Canessa se le saltaron las lágrimas y, con un grito de felicidad, abrazó al conductor del taxi mientras conducía el coche por las calles de Buenos Aires.

DECIMOSEGUNDA PARTE

1

Canessa y Parrado, los dos expedicionarios, se despertaron de su siesta a las siete de la tarde. Salieron de la cabaña de madera al valle iluminado por la suave luz de la tarde y respiraron el aire cálido aromado por las flores y la vegetación. Las camas donde habían dormido y el olor del aire eran para sus incrédulas y asombradas mentes la prueba de que ya no estaban atrapados en los Andes, e inmediatamente fueron, a lo largo de la senda cubierta de hierba, a la cabaña de los aldeanos para hablar con sus anfitriones. Los dos chicos habían hablado largo tiempo entre ellos; ahora deseaban hablar con otras personas. También había que tener en cuenta la comida, porque las alubias, el queso, los macarrones, la leche, el pan y la miel ya lo habían digerido durante la siesta y sus estómagos estaban dispuestos a aceptar más.

Enrique y Armando los estaban esperando y con su tímida simpatía comprendieron inmediatamente lo que querían los dos uruguayos. Aunque su despensa estaba ahora casi agotada, les dieron más leche y queso, y después, dulce de leche y café instantáneo.

Mientras Canessa y Parrado devoraban la comida de la tarde, interrogaron a los dos campesinos sobre el hombre que había ido a avisar a la policía. Le dijeron que su nombre era Sergio Catalán Martínez. Era un arriero de las colinas, y él había sido el primero en ver a los dos chicos en la otra orilla del río el día anterior. Creyó que eran turistas en una excursión de caza, que Canessa era la mujer de Parrado y los bastones que llevaban, rifles para disparar contra los ciervos.

—Pero ¿están seguros de que ha ido a avisar a la policía?

—Sí, a los carabineros.

—¿A qué distancia está el puesto más próximo?

Enrique y Armando se miraron desconcertados.

—En Puente Negro.

—¿A qué distancia está de aquí?

De nuevo se miraron los campesinos.

—¿Treinta kilómetros? ¿Ochenta kilómetros?

—Un día de camino, me parece —dijo uno de ellos.

—Menos de un día —corrigió el otro.

—¿Caminando? —preguntó Parrado.

—Cabalgando.

—¿Fue a caballo?

—Sí, a caballo.

—¿A qué distancia está la ciudad más próxima?

—¿San Fernando?

—Sí, San Fernando.

—A dos días, diría yo —dijo Armando.

—Sí, a dos días —corroboró Enrique.

—¿A caballo?

—Sí, a caballo.

Los muchachos no se sentían impacientes por ellos mismos. Con los estómagos llenos, sus pensamientos estaban en los catorce amigos que aún se hallaban atrapados en el Fairchild. No sólo pensaban en su moral, sino en Roy, Coche y Moncho, cuya salud era tan precaria diez días antes. Cada hora que esperaban, significaba para ellos la vida o la muerte.

De repente, oyeron un grito que procedía de un lugar más abajo en el valle. Los dos chicos se pusieron rápidamente en pie. Parrado se dirigió a la entrada y Canessa lo siguió cojeando. Vieron dirigirse hacia ellos, resoplando y moviendo los brazos a un carabinero gordo con un rollo de cuerda al hombro. Detrás de él, iba otro. Cuando llegaron a la cabaña, todavía excitado por el ejercicio, les preguntó a los dos uruguayos:

—Muy bien, muchachos, ¿dónde está el avión?

Canessa se adelantó hasta la cerca.

—Bien —dijo señalando al valle—. ¿Ve aquella abertura allí?

—Sí —repuso el carabinero.

—Bueno, pues tiene que caminar por esa dirección unos noventa o cien kilómetros, y torcer luego hasta que llegue a la base de una montaña. Encontrará el avión al otro lado.

El carabinero se sentó.

—¿Viene alguien más? —preguntó Parrado con ansiedad.

—Sí —contestó el carabinero—. Viene una patrulla de camino.

Poco después, aparecieron por el valle diez carabineros a ca-

ballo, con sombreros puntiagudos, capotes y rollos de cuerda colgando de las sillas. Detrás, también a caballo, iba Sergio Catalán, el hombre a quien Parrado le había dado la nota.

Canessa y Parrado abrazaron a los carabineros y luego abrazaron a Catalán también. Éste sonreía y hablaba poco.

—Gracias a Dios —murmurada sonriendo siempre, mirando a un lado y a otro para disimular la timidez. Y cuando dieron muestras más expresivas de su gratitud, levantó las manos para detenerlos diciendo—: No me den las gracias. Todo lo que hice era mi obligación como chileno e hijo de Dios.

El capitán de los carabineros pidió a Parrado y Canessa detalles de la situación del avión. Les preguntó si se podía llegar a pie, pero cuando oyó el relato de su viaje a través de los Andes, se dio cuenta de que sería imposible. Por lo tanto envió a dos de sus hombres de vuelta a Puente Negro para que pidieran un helicóptero a Santiago.

Los hombres partieron con otros dos como guías. Para entonces ya estaba oscureciendo y Canessa y Parrado se dieron cuenta que ya nada se podía hacer aquel día. Se permitieron olvidar de momento a los catorce que quedaban en las montañas y se dedicaron a hablar con los carabineros, relatándoles la increíble historia de lo que había sucedido en el Fairchild, omitiendo uno o dos detalles. Precisamente lo que se callaron, les hizo mirar con cierta curiosidad los paquetes y faltriqueras de los carabineros.

Inmediatamente los carabineros se dieron cuenta del significado de estas miradas y sacaron todo lo que llevaban, así que los dos muchachos comenzaron el tercer festín del día, comiendo huevos, pan y bebiendo zumo de naranja, acabando con todas las reservas de los carabineros como antes habían hecho con las de los campesinos Enrique y Armando. Después de la comida tuvieron gana de conversación y los carabineros escucharon con gusto. Por último, a las tres de la mañana, el capitán sugirió que se fueran todos a dormir para estar dispuestos a esperar los helicópteros, que llegarían poco después de levantarse el sol.

Cuando Canessa y Parrado se levantaron al día siguiente y salieron de la cabaña, vieron con desaliento que estaban en medio de

un banco de niebla. En la otra cabaña encontraron a Catalán, Enrique, Armando y el capitán mirando con idéntica desilusión la espesa niebla.

—¿Pueden aterrizar así? —preguntó Parrado.

—Me parece que no —repuso el capitán—. Además, no nos encontrarán.

—Esperemos —dijo Catalán—. Es la niebla de la mañana. No durará todo el día.

Los dos chicos se sentaron a tomar el desayuno que prepararon Enrique y Armando. La desilusión de un nuevo retraso en el rescate de sus amigos no disminuyó su apetito y disfrutaron de otro banquete a base de pan duro y café instantáneo. Cuando estaban terminando de desayunarse, oyeron un ruido extraño en la lejanía. No era el de un motor, de manera que no podían ser los helicópteros. Era como el rumor de animales en un zoológico. A medida que se acercaba y se hacía más claro, pudieron adivinar que se trataba de los gritos y conversaciones de una multitud de personas.

Imaginando que los habitantes de algún pueblo cercano, por alguna razón desconocida se dirigían a donde ellos estaban, los muchachos, campesinos y carabineros salieron de la cabaña y miraron al valle en dirección a Puente Negro y se quedaron paralizados y asombrados ante lo que tenían ante sus ojos. Acercábase por la vereda una columna de hombres vestidos de paisano, gesticulando y tambaleándose, encorvados por el peso de maletines y cámaras de todas clases. De esta horda que se acercaba, salían voces que preguntaban a gritos: «¿Los Maitenes? ¿Y los supervivientes? ¿Dónde están los supervivientes?», hasta que el primero en llegar a las cabañas, advirtió por la longitud del pelo, las caras delgadas y las barbas, quiénes eran los hombres que habían ido a ver.

—«El Mercurio», Santiago —dijo uno con un bloc y lápiz en las manos.

—La «BBC», Londres —dijo otro, metiendo con una mano un micrófono bajo sus narices, mientras que con la otra ponía en marcha un magnetófono portátil.

De repente se encontraron rodeados por cincuenta periodistas que se apretujaban empujándose unos a otros.

Canessa y Parrado estaban asombrados ante esta horda de re-

porteros. En unión de los otros muchachos, cuando se hallaban en las montañas, se imaginaban que sus experiencias sólo interesarían a dos o tres periodistas de Montevideo. Debido a la limitada experiencia de sus cortas vidas, habían sido incapaces de prever el apetito de sensacionalismo que había llevado a esta multitud en taxis y coches particulares por la estrecha carretera de Santiago y luego los había hecho caminar durante dos horas y media cargados con cámaras de televisión y cine por un estrecho y peligroso camino de herradura.

Canessa y Parrado se sentían contentos de responder a sus preguntas, pero omitendo de nuevo uno o dos detalles, principalmente aquellos referentes a lo que habían comido para sobrevivir. En plena conferencia de prensa los llamó el capitán de los carabineros. La niebla había cedido un poco, pero todavía no había rastro de los helicópteros, así que el capitán decidió enviar a Canessa y Parrado a Puente Negro a caballo. Montaron detrás de dos de sus hombres y entre el zumbido de cámaras de cine y los gritos de los periodistas, partieron valle abajo, pero antes de que se hubiesen alejado demasiado, oyeron el ruido de los motores de los helicópteros que acudían a su encuentro. Cuando el ensordecedor estruendo caía directamente sobre ellos, los caballos se asustaron, piafaron y luego dieron la vuelta y llegaron a Los Maitenes al mismo tiempo que los tres helicópteros de la Fuerza Aérea Chilena salían de la nube y aterrizaban en la otra orilla del río.

2

Cuando el coronel Morell informó al Servicio Aéreo de Rescate de Los Cerrillos, en Santiago, que dos de los supervivientes del Fairchild habían sido hallados en Los Maitenes, la noticia fue acogida con escepticismo. Enviaron a San Fernando una petición de confirmación de la noticia, pero mientras tanto, el Servicio Aéreo de Rescate lo comunicaba a los oficiales de la Fuerza Aérea, comandantes Carlos García y Jorge Massa, que en principio habían dirigido la búsqueda del aparato uruguayo. Estaba ya

avanzada la tarde del jueves día 21 de diciembre cuando García, el comandante del grupo de acción n.° 10, recibió la noticia, y también él la acogió con escepticismo, creyendo que Catalán había tropezado con dos escaladores de los que estaban buscando el Fairchild.

De todas formas era demasiado tarde para hacer algo aquel día. García dio la orden de que los helicópteros de su grupo estuvieran preparados a las seis de la mañana del día siguiente y se fue a dormir. A media noche sus subordinados recibieron la noticia de que los dos de Los Maitenes eran probablemente del Fairchild. Cuando García se enteró de esto a la mañana siguiente, se quedó anonadado.

En vista de esto, García decidió pilotar él mismo el primer helicóptero. El segundo se lo asignó a Massa y el tercero, como auxiliar, al teniente Ávila. También decidió llevar a dos mecánicos en vez de copilotos, y a un enfermero de la Fuerza Aérea como asistente sanitario y tres miembros del Cuerpo de Socorro Andino incluido su comandante, Claudio Lucero.

El tiempo en Los Cerrillos era muy malo. Estaba nevando y la visibilidad sólo alcanzaba los cien metros, con una capa de espesa niebla a unos treinta metros por encima del suelo. A las siete no había indicaciones de que el tiempo mejorase, así que a las siete y diez minutos, los tres helicópteros despegaron en dirección a San Fernando, volando bajo la niebla a ras de suelo.

Aterrizaron en San Fernando junto a las barracas del Regimiento Colchagua donde los recibieron el coronel Morell y Carlos Páez Vilaró.

—¡Cómo! ¿Usted otra vez? —dijo García cuando vio a Páez Vilaró—. No me diga que todavía continúa con este asunto del Fairchild.

Bien podía burlarse. Ahora ya se había confirmado que algunos de aquellos a quienes se dio por muertos hacía dos meses estaban vivos. El arriero, Sergio Catalán, había dicho que hablaban de forma rara, que se podía atribuir al acento uruguayo, y los nombres de los muchachos que se hallaban en Los Maitenes eran Fernando Parrado y Roberto Canessa y ambos formaban parte del pasaje del avión.

El grupo trazó un plan de rescate. Los helicópteros continuarían

hasta Los Maitenes, que designarían Campo Alfa. Llevarían consigo al coronel Morell, un médico y el asistente sanitario.

—Y tú, Carlitos —dijo el coronel Morell—, mereces ir.

—No —contestó Páez Vilaró—. No quiero ocupar una plaza que puede hacer falta. Esperaré aquí.

Luego se dirigió a uno de los del Cuerpo de Socorro Andino y le dijo con gran emoción:

—Pero si mi hijo Carlos Miguel está entre los supervivientes, le agradecería mucho que le entregara esta carta. Y tú, Morell, ponte mis botas de montaña. Las puedes necesitar y así será como si caminases con mis pies.

Los helicópteros despegaron de nuevo. Llegaron hasta el río Tinguiririca y luego siguieron su curso adentrándose en las montañas. Llevaban cartas de vuelo, pero en la primera pasada por el valle, no vieron el punto donde el río Azufre se separa del Tinguiririca, de manera que tuvieron que regresar para encontrarlo. Estaban informados de que los carabineros se hallaban a unos tres kilómetros de esta confluencia, pero la visibilidad era tan mala, que García y Massa apenas podían ver. Hubieron de elegir entre volar a ciegas o aterrizar, y como se hallaban en un valle estrecho, optaron por lo último. Por tanto, descendieron en el lado izquierdo del río.

Cuando cesó el ruido de los motores, oyeron gritos que procedían de la otra orilla. Se acercaron al río donde, una vez más, un oficial de los carabineros les lanzó un mensaje envuelto en un pañuelo informándoles que estaban en el lugar justo, así que regresaron a los helicópteros y pasaron a la otra orilla.

En seguida quedó establecido que las dos demacradas y barbudas personas eran verdaderamente supervivientes del Fairchild. Uno de ellos, Canessa, todavía se hallaba paralizado por el agotamiento, y el doctor y sus ayudantes se pusieron en acción con rapidez, auscultándolo y dándole masajes en las piernas. El otro, Parrado, rechazó estas atenciones médicas, y dio prisa a García y Massa para que despegaran y salieran inmeditamente hacia el Fairchild. García le dijo que era imposible a causa de la niebla. De todas formas le pidió información sobre el lugar donde se hallaba el avión, y Parrado describió su ruta a través de las montañas.

—¿Tiene idea de la altitud a que se encuentra el avión? —preguntó García.

—No lo sé realmente —contestó Parrado—. Pero debe de estar muy alto, porque no había árboles ni vegetación de ninguna clase.

—¿Qué comieron?

—Comimos queso y cosas parecidas.

—¿Puede recordar si el altímetro del avión marcaba alguna altitud?

—Sí —dijo Canessa—. Dos mil quinientos metros.

—¿Dos mil quinientos metros? Muy bien, no tendremos dificultades. ¿Creen que lo encontraremos con facilidad?

Canessa y Parrado se miraron.

—No va a ser fácil —contestó Parrado—. Está en la nieve.

Se hallaba ante un dilema. Tenía miedo de volar y al mismo tiempo deseaba subir al helicóptero. Esta lucha interior duró unos segundos, hasta que recordó la promesa que había hecho a los compañeros de regresar por el otro zapato rojo, así que le dijo a García:

—Iré con usted si me lo permite y le mostraré el camino.

Esperaron a que se levantara la niebla. Mientras tanto, muchos de los periodistas regresaron a Santiago para escribir la historia. Tres horas después de la llegada, García decidió que la visibilidad era lo bastante buena para que despegaran dos de los tres helicópteros. Llevaron consigo a los dos mecánicos, el asistente sanitario y los tres miembros del Cuerpo de Socorro Andino, Claudio Lucero, Osvaldo Villegas y Sergio Díaz. Detrás de Díaz iba Parrado, con un casco en la cabeza y un micrófono en la mano.

Era alrededor de la una de la tarde, la peor hora del día para volar en los Andes. Por este motivo, García y Massa no pensaban evacuar a los muchachos aquel día, pero querían localizar el lugar donde se encontraban. Parrado era un guía excelente. Miraba a través de los cristales del helicóptero y reconocía todos los puntos por donde habían pasado caminando y cuando llegaron a la Y le dijo a García que girase a la derecha y siguiera por el estrecho valle cubierto de nieve que se adentraba en las montañas.

El vuelo ya resultaba difícil, pero García observó en el altímetro que ya estaban a dos mil quinientos metros y confiaba en poder controlar el aparato a aquella altura. Pero delante de él no vio los

restos del Fairchild sino la escarpada ladera de una enorme montaña.

—¿Hacia dónde ahora? —le preguntó a Parrado a través del teléfono interior.

—Hacia arriba —dijo Parrado señalando al frente.

—¿Dónde?

—Todo derecho.

—Pero no han podido bajar por ahí.

—Sí, lo hicimos. Está en el otro lado.

García se imaginó que Parrado no lo había oído.

—No han podido bajar por esa montaña —insistió.

—Sí, lo hicimos —repitió Parrado.

—¿Cómo?

—Deslizándonos, saltando...

García miró al frente, luego hacia arriba. Lo que Parrado le decía parecía increíble, pero no le quedaba otra alternativa que aceptarlo. Comenzó a ascender. Detrás de él iba Massa en el segundo helicóptero. A medida que ascendían, el aire se hacía más ligero y había más torbellinos. Los motores rugían por el esfuerzo y el helicóptero comenzó a sacudirse y vibrar. La cumbre estaba más arriba todavía. El altímetro marcaba 3.500 metros, luego 4.000, luego 4.300, luego 4.500, hasta que alcanzaron la cima. Allí se encontraron con un fuerte viento que los rechazó y los hizo descender. García lo intentó de nuevo, pero también esta vez fue rechazado. Parrado gritaba de miedo y Díaz, que se sentaba junto a él, le dijo a García por el teléfono:

—Comandante, le ha entrado pánico.

García estaba demasiado preocupado en mantener el helicóptero bajo control para prestar atención. Vio que la cima era un poco más baja hacia la derecha, así que en el siguiente asalto, rodeó la cima por la derecha y todavía sacudiéndose y vibrando debido a las fuertes corientes de aire, se encontraron al otro lado, pero, al seguir una ruta distinta, Parrado se despistó. No sabía dónde se encontraban y nadie podía ver el Fairchild. El helicóptero volaba en círculos y Parrado trataba desesperadamente de encontrar alguna marca conocida que lo pudiera orientar. De repente vio a través del valle un pico que reconoció e inmediatamente supo dónde estaba.

—Tiene que estar ahí abajo —le dijo a García.

—No puedo ver nada —contestó García.

—Baje —indicó Parrado.

El helicóptero empezó a descender, y a medida que lo hacía, la forma de las montañas y el afloramiento de las rocas resultaban más familiares para Parrado. Por último, divisó a lo lejos, allá abajo, las diminutas manchas que él sabía eran los restos del Fairchild.

—¡Ahí están! —dijo, gritando, a García.

—¿Dónde, dónde? No puedo verlos.

—¡Allí —exclamó Parrado—, allí!

García acabó por distinguir lo que estaba buscando, mientras luchaba con los controles del helicóptero, que saltaba y se zarandeaba.

—¡De acuerdo, puedo verlos! —dijo él—. Ahora no me hable, no me hable. Veamos por dónde podemos bajar.

DECIMOTERCERA PARTE

1

En la noche del miércoles día 20 de diciembre, la moral de los catorce que quedaban en el Fairchild, alcanzó el punto más bajo. Ya hacía nueve días que se habían marchado los expedicionarios, siete desde que Vizintín regresó de la cumbre de la montaña. Todos sabían las existencias que habían llevado. Por lo tanto, todos sabían también que se les estaba acabando el tiempo. Miraban con miedo la posibilidad de una segunda expedición y pasar las Navidades en los Andes.

Aquella noche, después de dirigir el rezo del rosario como de costumbre, Carlitos Páez dirigió una oración especial a su tío, que se había matado en un accidente de aviación hacía algunos años. Al día siguiente, el veintiuno, sería el aniversario del accidente y sabía que su abuela también le rezaría a su hijo pidiéndole algún favor especial aquel día.

A la mañana siguiente escucharon las noticias por la radio y no hicieron mención alguna del rescate. Al contrario, anunciaron que el C-47 de la Fuerza Aérea Uruguaya había salido de Chile el día anterior, así que se dedicaron a sus habituales tareas con el mismo pesimismo que el día anterior. A mediodía comieron la acostumbrada ración de carne y se retiraron al avión para descansar y protegerse del sol.

Ya avanzada la tarde, cuando Carlitos salía del avión, tuvo el presentimiento de que habían encontrado a Parrado y Canessa. Avanzó unos pasos por la nieve y dio la vuelta para ir a la parte delantera del avión, donde se encontró a Fito agachado en el «retrete». Se inclinó para ponerse al nivel de Fito y le dijo en voz baja:

—Escucha, Fito, no se lo digas a los otros, pero tengo el presentimiento de que Nando y Músculo han llegado a alguna parte.

Fito abandonó su intento de defecar, se subió los pantalones y durante un trecho caminó con Carlitos montaña arriba.

Aunque no era supersticioso, se sintió contento de que este vaticinio disipara su melancolía.

—¿De verdad crees que han encontrado a alguien?

—Sí —contestó Carlitos con su áspera voz—. Pero no se lo digas a los otros porque no quiero que se lleven un desengaño si no es cierto.

De nuevo los catorce muchachos se dedicaron a sus quehaceres, mientras que el sol iba descendiendo. Entonces, aquellos a quienes aún les quedaban cigarrillos (las existencias se estaban agotando), encendieron el último del día. El sol se puso. El aire helaba. Daniel Fernández y Pancho Delgado entraron a preparar el dormitorio y el resto formó una fila de dos en fondo para entrar en el avión y pasar su septuagésima noche en la montaña.

Rezaron el rosario y Carlitos hizo una mención especial de su tío, pero nada dijo de su presentimiento. Sin embargo, cuando se terminó el rosario, Daniel Fernández dijo repentinamente:

—Caballeros, tengo el vivo presentimiento de que los dos expedicionarios lo han conseguido. Nos rescatarán mañana o pasado mañana.

—Yo también lo tengo —dijo Carlitos—. Lo sentí esta tarde. Nando y Músculo lo han conseguido.

El segundo presentimiento parecía confirmar el primero y la mayoría durmieron aquella noche llenos de esperanza y optimismo.

A la mañana siguiente, como de costumbre, Daniel Fernández y Eduardo Strauch salieron a las siete y media para sintonizar Montevideo y escuchar las noticias. Lo primero que oyeron fue que dos hombres que aseguraban ser supervivientes del Fairchild uruguayo habían sido encontrados en un valle remoto de los Andes. Eduardo estaba a punto de saltar y comunicar la noticia a los demás, cuando Fernández lo retuvo agarrándolo de un brazo.

—Espera —le dijo—. Puede ser un error. Tenemos que estar seguros. No podemos decepcionarlos otra vez.

Fue él quien les había dado esperanzas cuando descubrieron la cruz: no quería hacerlo de nuevo. Los dos volvieron a prestar atención a la radio, sintonizando otras emisoras y, repentinamente, de todas las antenas salió la noticia del descubrimiento, emitida por las estaciones de Argentina y Brasil y por los radioaficionados de Chile, Argentina y Uruguay.

Eduardo podía gritar ahora tan alto como quisiera y todos los muchachos que estaban en el exterior se apretujaron alrededor de la radio para oír con sus propios oídos el extraordinario y magnífico parloteo de los radioaficionados. Las palabras, una vez pronunciadas, pasaron de un país a otro hasta que todas las ondas del continente transmitieron la sensacional noticia: habían sido hallados dos supervivientes del avión uruguayo que se estrelló en los Andes diez semanas atrás, y que otros catorce todavía se hallaban en el lugar del accidente y ya estaba organizado el rescate.

El momento que los muchachos habían imaginado durante tanto tiempo, había llegado por fin. Agitaban los brazos en el aire saludando y diciendo a las inconmovibles montañas que los rodeaban, gritando que estaban salvados y dando gracias a Dios en alta voz y al mismo tiempo con sus corazones por la feliz noticia de su salvación. Luego fueron a buscar los cigarros. Ya no pasarían las Navidades en los Andes; en una o dos horas, llegarían los helicópteros y se los llevarían. Abrieron la caja de «Romeo y Julieta» y cada uno tomó un habano, lo encendió, y las delgadas columnas de humo eran como un lujo en el aire seco de la montaña. Los que todavía tenían cigarrillos, los compartieron con aquellos que lo deseaban y también los encendieron.

Mientras fumaban, se calmó su excitación.

—Tenemos que arreglarnos un poco —dijo Eduardo—. Mira tu pelo, Carlitos. Tienes que peinarte.

—¿Y qué hacemos con todo esto? —dijo Fernández señalando los restos y partes de los cuerpos humanos que había alrededor del avión—. ¿No creen ustedes que debemos enterrarlo?

Fito dio una patada en la superficie de la nieve. Todavía estaba congelada. Luego miró a los rostros demacrados de los chicos que lo rodeaban.

—No seremos capaces de cavar un hoyo mientras la nieve esté tan dura como ahora.

—De todas formas, ¿por qué preocuparnos? —intervino Algorta.

—¿Y qué pasará si hacen fotografías? —preguntó Fernández.

—Romperemos las cámaras —contestó Carlitos.

—De todas formas —dijo Eduardo—, no tenemos por qué ocultar lo que hemos hecho.

Algorta no entendía lo que estaban hablando y los otros se olvidaron de los cuerpos. Zerbino y Sabella comenzaron a hablar de lo que harían cuando llegaran los que iban a rescatarlos.

—Ya sé lo que haremos —dijo Moncho—. Cuando oigamos los helicópteros entraremos en el avión y esperaremos allí. Luego, cuando vengan a buscarnos, les diremos: «Buenas, ¿qué desean?».

—Y cuando me ofrezcan un cigarrillo chileno —añadió Zerbino riéndose—, les diré: «No, gracias, prefiero de los míos» —y sostuvo en alto un paquete de cigarrillos uruguayos—. Reservaré un paquete de «La Paz» para poder hacerlo.

Presintiendo que el rescate estaba ya al alcance de la mano, los chicos se prepararon para volver al mundo exterior. Páez se peinó como le indicó Eduardo e incluso se puso algo de brillantina que encontró entre el equipaje. Sabella y Zerbino se pusieron camisas y corbatas. Todos trataron de encontrar ropas que estuvieran menos sucias que las que llevaban. Para casi todos esto significaba quitarse las de dentro y las de fuera y cambiar el orden. También se lavaron los dientes con la última pasta que tenían, poniéndola en abundancia en los cepillos y enjuagándose la boca con nieve.

Estaban dispuestos, pero los helicópteros no llegaban. La radio seguía informando sobre el rescate. Hubo incluso una oración en acción de gracias en una emisora de Chile que los conmovió a todos mientras escuchaban, pero a mediodía todavía no se veían señales del rescate y los muchachos parecían indecisos no sabiendo si volver o no a sus tareas. A aquellas horas muchos estaban hambrientos, pero la carne, preparada el día anterior, la habían tirado al enterarse de la noticia. Zerbino y Daniel Fernández comenzaron a buscarla. Roy Harley, que había pensado en la posibilidad de usar un verdadero retrete, no pudo aguantarse por más tiempo y fue a defecar en la parte delantera del avión mientras que los otros se reían de él diciéndole que el huesudo trasero se parecía a la rabadilla sin plumas de una gallina.

Empezaba a hacer calor y muchos se refugiaron en el avión. Mientras estaban allí tumbados, impacientes pero extraordinariamente felices ante la inminencia de su rescate, Eduardo Strauch les dijo a los otros:

—Piensen lo terrible que sería si se produjera una avalancha ahora, antes de que llegaran a rescatarnos.

—No puede ser —replicó Fernández—. No puede ser, ahora que hemos llegado hasta este momento.

De repente oyeron un grito que decía:

—¡Cuidado! ¡Una avalancha!

Oyeron un ruido y vieron una masa blanca que se aproximaba. Por un instante se quedaron helados por el terror, pero cuando la «nieve» se asentó vieron que era la espuma de uno de los extintores del avión, y detrás no estaba la cara de la muerte, sino la gatuna sonrisa de Fito Strauch.

Hasta la una de la tarde no oyeron los motores de los helicópteros y luego los vieron volar sobre las cimas de las montañas, ligeramente al nordeste de donde se encontraban. El ruido era completamente distinto del que se habían imaginado, lo que probaba que no estaban presenciando un espejismo. Los que se encontraban en el exterior comenzaron a hacer señas y a gritar, y los que se hallaban en el avión, salieron.

Con desaliento, observaron que los helicópteros parecían incapaces de encontrarlos. Volaban en otra dirección, luego volvían y describían círculos y pasaban por encima de ellos. Esto sucedió tres veces antes de que el helicóptero que marchaba en cabeza, sacudiéndose y extremeciéndose en el aire, descendiera describiendo círculos sobre ellos. Pudieron ver a Nando que les hacía ademanes señalando la boca y luego enseñando cuatro dedos de una mano. También pudieron ver que los del otro helicóptero estaban haciendo fotografías y rodando película. Parecía que el piloto no podía aterrizar. El viento era tan fuerte que cada vez que descendía corría el peligro de estrellarse contra la pared rocosa de la montaña más cercana. Desde el helicóptero lanzaron una señal de humo pero el aire se lo llevó en todas direcciones, así que no se pudo establecer de dónde soplaba el viento. Pero un cuarto de hora más tarde, el primero de los helicópteros se acercó tanto al suelo que uno de los soportes tocó la nieve. Arrojaron dos paquetes por la puerta, a los que siguieron, un segundo después, dos hombres.

El primero de ellos era el andinista Sergio Díaz y el segundo el asistente sanitario. Tan pronto como Díaz se vio libre del peligro de la hélice, con los brazos abiertos, avanzó hacia los muchachos que se lanzaron sobre él, levantando y abrazando al corpulento profesor universitario y empujándolo por la nieve. No todos lo salu-

daron de la misma forma. Algunos estaban desconcertados ante la invasión de estos extraños. Pedro Algorta, al ver que Fito abrazaba a Díaz, le preguntó si lo había conocido antes.

También temían que con el ruido de los motores se produjera otra avalancha y los dos chicos que se hallaban más cerca del primer helicóptero, se agacharon bajo las hélices y trataron de subir a bordo. No era fácil conseguirlo. García no se atrevía a aterrizar en la nieve, primero debido a la pendiente y segundo porque sabía que la nieve no soportaría el peso del helicóptero. Por lo tanto, lo sostenía en posición horizontal, temiendo siempre que las palas de la hélice tropezaran con la ladera de la montaña, incapaz de situarlo en un ángulo que permitiera a los muchachos subir más fácilmente. El primero en intentarlo fue Fernández. Se estiró y lo agarró Parrado, quien lo ayudó a entrar. El segundo fue Mangino, que había ido cojeando por la nieve y se las arregló para subir a bordo.

Con estos dos pasajeros, Parrado, Morell y el mecánico, García consideró que la carga estaba completa y se elevó de nuevo para detenerse en el aire mientras que Massa hacía la misma maniobra y dejaba a dos andinistas más, Lucero y Villegas, con su equipo. Mientras los dos helicópteros cambiaban de posición, Díaz se libró de los abrazos de los chicos y preguntó por Páez. Carlitos se identificó y Díaz le dio dos cartas de su padre.

—Una es para ti y la otra para todo el grupo.

Carlitos las abrió y leyó primero la dedicada a todos.

«Anímense y tengan confianza —decía—. Les mando unos helicópteros como regalo de Navidad.»

La segunda era para él:

«Como verás, siempre estuve pendiente de ti. Te espero con más confianza en Dios que nunca. Mamá está en camino con dirección a Chile. El viejo.»

Guardó las cartas en el bolsillo y miró a ver si el segundo helicóptero estaba en posición. Se dirigió a él y subió a bordo en unión de Algorta y Eduardo. Detrás de él, Inciarte, a quien ayudó Díaz. Con estos cuatro, Massa completó sus pasajeros y se elevó en el aire dejando a Delgado, Sabella, François, Vizintín, Methol, Zerbino, Harley y Fito Strauch en unión de los tres andinistas y el asistente sanitario.

El ascenso por el lado Este de la montaña no fue menos terrible que el realizado por el otro lado, tan terrible, la verdad, que los nuevos pasajeros se arrepintieron de haber dejado la relativa seguridad de su «hogar» en el Fairchild. Cuando el helicóptero comenzó a vibrar debido al esfuerzo de los motores, Fernández se dirigió a Parrado para preguntarle si aquello era normal.

—¡Oh, sí! —le contestó el aludido, pero Fernández pudo observar en su rostro que estaba tan asustado como él.

Mangino se dirigió al soldado que estaba sentado a su lado para preguntarle si el helicóptero se podía elevar en estas condiciones. El mecánico lo tranquilizó, pero en la expresión de su cara se podía ver que tenía poca confianza en sus mismas palabras, y Mangino comenzó a rezar como nunca lo había hecho en su vida.

El problema a que se enfrentaban García y Massa era que el aire, a aquella altitud, resultaba demasiado ligero para que los helicópteros se elevaran más, utilizando sólo la fuerza de los motores. Por tanto, lo que intentaron fue usar los aparatos como planeadores, buscando una corriente de aire caliente que los levantara unos metros y poder así ascender un poco hasta que encontraron otra corriente y así sucesivamente. Era una técnica que exigía una habilidad extraordinaria, pero no mayor que la que ellos poseían, porque al fin pasaron la cumbre y aceleraron por el valle hacia la Y y Los Maitenes.

Sólo tardaron quince minutos en llegar al Campo Alfa, donde los nuevos seis rescatados de entre los supervivientes saltaron al suelo verde en un éxtasis de alegría y alivio. Estaban asombrados ante el colorido del terreno que los rodeaba, embriagados con el olor de las hierbas y las flores. Como si estuvieran ebrios, se abrazaban unos a otros y rodaban por el suelo jugando. Eduardo se había tendido en un lecho de hierba, como si fuera más suave que la colcha de más fina seda. Volvió la cabeza y vio una margarita que crecía ante sus narices. La arrancó, la tomó y estaba a punto de olerla también, cuando pensándolo mejor, se la metió en la boca y se la comió.

También, Canessa y Algorta se abrazaban y rodaban por el suelo. Debido al entusiasmo y la emoción, Algorta agarró por el pelo a

Canessa. «Otra vez este estúpido idiota —pensó Canessa— fastidiando lo mismo que allá arriba».

Cuando pasó esta primera hora de entusiasmo, y los muchachos se dieron cuenta de que sobrevivían no sólo después de los setenta y un días en los Andes, sino también luego del terrible viaje del helicóptero, sus mentes pensaron inmediatamente en comer y los seis se precipitaron sobre el café, el chocolate y el queso que habían preparado para ellos. Los examinó el equipo médico y se descubrió que todos sufrían de desnutrición y falta de vitaminas, pero ninguno se hallaba en estado crítico.

En consecuencia, los ocho supervivientes recuperados de la montaña podían esperar en Los Maitenes mientras los helicópteros recogían a los demás. Pero García le dijo al coronel Morell que como ninguno de los que allí quedaban se hallaba en inminente peligro de muerte, consideraba muy conveniente no volver aquella tarde debido a que las condiciones atmosféricas eran excepcionalmente malas. Morell aceptó posponer el segundo rescate hasta el día siguiente y aquella misma tarde los ocho primeros rescatados fueron trasladados a San Fernando.

2

De esta decisión se informó por radio al cuartel de San Fernando, y al mismo tiempo se le transmitió la lista completa de los dieciséis supervivientes. El operador que la recibió se la pasó al miembro del equipo que estaba encargado de estos menesteres: Carlos Páez Vilaró.

Páez Vilaró no la aceptó. Ahora sabía que de los cuarenta pasajeros que salieron en el Fairchild, sólo dieciséis habían sobrevivido. Ignoraba si su hijo Carlitos era uno de los dieciséis, y cuando llegó el momento de poder conocer la verdad, el terror a saberla era demasiado grande. Sin decir una sola palabra, le pasó la hoja de papel a la secretaria del coronel Morell.

La corta lista fue rápidamente mecanografiada, y muy pronto, por segunda vez, los dieciséis nombres se hallaron de nuevo frente a Páez Vilaró, quien tapó la lista con otro papel. Tan pronto como

lo hizo, sonó el teléfono; llamaban de radio Carve en Montevideo.

—¿Tienen alguna noticia? —preguntaron.

—Sí —respondió Páez Vilaró—. Tenemos la lista de los supervivientes, pero no se la podemos dar sin autorización del comandante en jefe. Está con los helicópteros.

Al oír esto, el comandante de San Fernando le dijo a Páez Vilaró que le autorizaba para que la leyese, y todavía con el teléfono en la mano, el pintor descubrió lentamente el primer nombre, de la misma forma que un uruguayo mira las cartas cuando está jugando al truco.

—Roberto Canessa —dijo y, luego, repitió el nombre—: Roberto Canessa.

Bajó un centímetro más la hoja de papel.

—Fernando Parrado —dijo esta vez, y repitió—: Fernando Parrado. —Bajó el papel un poco más—: Daniel Fernández... Daniel Fernández. —Después—: Carlos Páez... Carlos Páez.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y durante un momento no pudo leer más.

A medida que pronunciaba los nombres, éstos eran retransmitidos por la emisora, y podían oírse en todas las casas uruguayas que la hubieran sintonizado. Entre los que escuchaban se encontraba la señora Nogueira. Había estado esperando noticias en el jardín de los Ponce de León, pero el ambiente le pareció demasiado tenso e histérico. Ahora estaba en la cocina de su casa, y cuando Páez comenzó a leer la lista de nombres, su mente y su cuerpo se quedaron paralizados como si toda la esperanza y el terror pasados en los dos últimos meses se hubiesen concentrado en ese instante.

—Carlos Páez —dijo de nuevo Páez Vilaró.

Luego, el resto de los nombres: Mangino, Strauch, Strauch, Harley, Vizintín, Zerbino, Delgado, Algorta, François, Methol y Sabella.

No había más nombres. Sus esperanzas, que habían nacido, desaparecido y vuelto a nacer tantas veces, desaparecieron ahora para siempre. «Es estupendo —pensó—, que el pequeño Sabella haya sobrevivido.» No conocía a su familia, pero había hablado con su madre por teléfono. En aquella ocasión parecía estar muy triste. Ahora ella sería muy feliz.

Harley y Nicolich, los padres de los dos chicos que habían viajado en un avión de carga desde Mendoza a Santiago, llegaron a San Fernando cuando se estaban ultimando los preparativos para recibir a los helicópteros que transportaban a los ocho primeros supervivientes. Los dos hombres no sabían todavía los nombres de los que se hallaban con vida. Se abrieron paso entre la multitud de excitados chilenos que aguardaban a la entrada de las barracas y se reunieron con Páez Vilaró que se encontraba en compañía de César Charlone, el encargado de negocios uruguayo, frente a los trescientos soldados del Regimiento Colchagua formados militarmente.

De la multitud surgió de pronto un grito. Muchos de los asistentes que habían ayudado a Páez Vilaró con aviones, a pie, radios y plegarias en su quijotesca búsqueda, vieron acercarse por el aire los tres helicópteros de la Fuerza Aérea Chilena. La vista de tres cruces en el cielo, o de una corte de ángeles, no podía en aquel momento ser menos conmovedora o milagrosa que la de estas máquinas que aparecían en el aire, se paraban, describían círculos y, por último, se detenían en la pista de aterrizaje.

Antes de pararse los motores se abrieron las puertas y Páez Vilaró padre vio el rostro de Páez hijo. Se adelantó lanzando un grito y se hubiera metido entre las palas de la hélice si no lo hubiera detenido Charlone. Esperó entonces, mientras Carlitos saltaba al suelo y corría hacia él. Después de él, saltó Parrado, que también corrió hacia Páez Vilaró, quien, libre de su aprehensor, se dirigió a los chicos y abrazó a ambos al mismo tiempo.

No hubo necesidad de palabras. Para el padre, las semanas de enloquecida búsqueda fueron recompensadas con los anhelantes cuerpos que tenía abrazados. Lloró, y también las lágrimas corrían por las mejillas de los trescientos soldados del Regimiento Colchagua. Para el hijo, estar entre los brazos del padre, era como hallarse ya en casa. Lo único que enturbiaba su felicidad era el rostro expectante y asustado de Nicolich, que estaba detrás de su padre.

Bajó la mirada. Se daba cuenta de que su alegría era como un brazo armado que descargase un golpe mortal en la cabeza del padre de su mejor amigo, y, cuando levantó la vista de nuevo, vio que Nicolich estaba hablando con Daniel Fernández. La expresión de los dos rostros reflejaba muy bien cuál era el motivo de su conversación.

3

El coronel Morell había avisado a las seis de la mañana al hospital San Juan de Dios de San Fernando, para que estuvieran preparados para recibir a los supervivientes del Fairchild uruguayo. El director del hospital formó inmediatamente un equipo compuesto de sus mejores colaboradores, los doctores Ausin, Valenzuela y Melej, que se dispusieron a recibirlos. Pero ignoraban las condiciones en que se hallaban los supervivientes. Todo lo que sabían era que habían estado atrapados en los altos Andes durante más de setenta días con muy pocos alimentos o sin ninguno.

El primer paso consistió en procurarles alojamiento. El hospital era un edificio antiguo y pequeño que ocupaba una manzana, con patios interiores y galerías cubiertas alrededor de cada bloque. Pero había un ala reservada para pacientes privados, y decidieron evacuarla para instalar allí a los supervivientes. Mientras hacían esto, los tres doctores llamaron por teléfono a otro doctor llamado también Valenzuela, jefe de la Unidad de Cuidados Intensivos en la Posta Central de Santiago. Le explicaron el tratamiento que habían planeado para los pacientes cuando llegaran y él les confirmó que el tratamiento era correcto.

A las tres y media llegó la ambulancia con los ocho primeros supervivientes. Condujeron a los muchachos a través del patio entre el edificio principal y la capilla de ladrillos y después los transportaron en camillas a todos, excepto a Parrado, que insistió en ir andando, abriéndose camino entre la multitud de enfermeras y visitantes que los esperaban. Cuando llegó a la entrada del ala privada, le impidió el paso el policía que estaba allí de guardia.

—Lo siento mucho —dijo—, pero no puede pasar. Esto es sólo para los supervivientes.

—¡Pero yo soy uno de ellos! —exclamó.

El policía miró al joven alto que tenía delante y la barba y el largo pelo sin peinar lo persuadió de que lo que decía Parrado era verdad. Las enfermeras también estaban asombradas y trataron de que el expedicionario se metiera en cama, pero él se negó a acostarse y a que lo examinaran los médicos hasta que le permitieran tomar un baño. Las enfermeras se enfadaron y fueron a consultar

con los doctores, quienes se encogieron de hombros y respondieron que era preferible que se hiciera lo que él quería. Esta fue la primera advertencia de que los pacientes no iban a comportarse tal y como ellos se habían imaginado.

Prepararon el baño a Parrado. Pidió champú y una enfermera fue a buscar su propia botella. Por último, Parrado se quitó las malolientes ropas y sumergió su cuerpo en el agua. Se lavó bien por todas partes y luego permaneció en el agua caliente durante una hora y media. Después del baño se duchó para hacer desaparecer los restos de agua sucia y se puso la túnica blanca que le habían proporcionado. Se sentía maravillosamente bien y con benigna indiferencia permitió a los tres perplejos doctores que lo examinaran. No encontraron nada.

Naturalmente, Parrado, al igual que los otros siete, había perdido mucho peso. Pesaba unos veintitrés kilos menos que en condiciones normales. Los que menos habían perdido eran Fernández, Páez, Algorta y Mangino, unos trece o catorce kilos cada uno. Canessa perdió dieciséis, Eduardo Strauch veinte e Inciarte treinta y seis. Esta enorme diferencia mostraba no sólo lo delgados que se habían quedado, sino lo mucho que habían pesado antes; porque mientras Fernández, Algorta, Mangino y Eduardo Strauch tenían un peso que oscilaba entre los sesenta y siete y los setenta y seis kilos, Parrado e Inciarte pesaban alrededor de los noventa. Lo que sorprendió a los doctores fue que Páez, aunque no era muy alto, pesaba sesenta y ocho kilos y medio cuando ingresó en el hospital de San Juan de Dios de San Fernando.

Algunos tenían algo de qué quejarse y los médicos hicieron todo lo posible para remediarlo. Mangino tenía una pierna rota; la de Inciarte estaba todavía muy infectada y Algorta se quejaba de un dolor en la región del hígado. Mangino también tenía algo de fiebre, la presión un poco alta y el pulso irregular. Más adelante, a la vista de los análisis, descubrieron en todos deficiencia de grasas, proteínas y vitaminas. También tenían los labios quemados y llenos de grietas, conjuntivitis y varias infecciones en la piel.

Muy pronto para los doctores que estaban reconociéndolos, quedó claro que los muchachos, durante las últimas diez semanas, se habían alimentado con algo más que nieve derretida y, mientras examinaban la pierna de Inciarte, uno de ellos le preguntó:

—¿Qué ha sido lo último que ha comido?

—Carne humana —contestó Coche.

El médico continuó con su tarea, sin hacer ningún comentario ni demostrar sorpresa.

Fernández y Mangino también les dijeron a los doctores lo que habían comido en la montaña y tampoco esta vez los médicos hicieron comentario alguno, pero dieron órdenes estrictas de que no se dejara entrar en el hospital a ningún periodista. No se les ocurrió alterar las instrucciones que habían dado sobre la alimentación de los chicos. A Mangino, Inciarte y Eduardo Strauch, que eran los que peor se encontraban, los alimentaron por vía intravenosa y a los demás les dieron líquidos y pequeñas porciones de gelatina que habían preparado especialmente para ellos, y los dejaron descansar.

Pasó algún tiempo antes de que los chicos se dieran cuenta de que éstos eran todos los alimentos que les iban a dar por el momento. El único alimento sólido que vieron hasta que entraron en el hospital fue un trozo de queso que Canessa se había llevado de Los Maitenes como recuerdo y lo tenía encima de la mesita de noche. Cada uno estaba en una habitación independiente, pero los más fuertes visitaban a los otros y pronto llegaron a la conclusión de pedir a las enfermeras algo más sustancial que comer. Ellas contestaron que los doctores Melej, Ausin y Valenzuela habían dado instrucciones estrictas sobre el particular y, por tanto, no podían darles más alimentos.

La rudeza muere con la necesidad. Carlitos Páez admitió que, en cierto sentido, había llegado a ser una celebridad y prometió a las enfermeras toda clase de autógrafos especiales y algunos recuerdos si le conseguían algo más de comer. Sin embargo, las encantadoras enfermeras chilenas no se sobornaban con facilidad. Por lo tanto, los chicos elevaron una queja contra los doctores Melej, Ausin y Valenzuela acusándoles de que los dejaban morir de hambre.

Los doctores regresaron al ala y escucharon la petición. Les explicaron los peligros a que se exponían si tomaban alimentos sólidos, después de tan largo período de hambre.

—Pero, doctor —dijo Canessa—, yo comí porotos y macarrones ayer y ahora me encuentro perfectamente.

Los médicos se rindieron. Ordenaron a las enfermeras que sirvieran una comida completa a cada uno de los ocho supervivientes.

Ya había quedado claro que ninguno de los ocho pacientes se hallaba en estado crítico, así que la atención de los doctores pasó ahora a su estado mental. Habían notado desde el principio dos síntomas muy evidentes: primero, la necesidad de hablar, y segundo, el miedo a quedarse solos. Coche Inciarte, que había sido el primero en entrar en el hospital, se agarró a la mano del doctor Ausin y no la soltó hasta que lo metieron en la cama. Después hablaba con todos los que entraban en su habitación; esto mismo hacían los demás, sobre todo Carlitos Páez.

Este comportamiento no tenía nada de extraordinario entre hombres jóvenes que habían pasado diez semanas perdidos en los Andes, pero los doctores, al saber que se habían alimentado de carne humana, pensaron que podían ser los primeros síntomas de un comportamiento psicótico más extremado. Por esta razón los doctores dieron orden de no permitir a nadie que hablara con ellos, ni siquiera las madres de Carlitos y Canessa que ya habían llegado de Montevideo.

Pero se hizo una excepción con un hombre que se encontraba entre la multitud agolpada en la entrada del hospital: el padre Andrés Rojas, cura párroco de la iglesia de San Fernando Rey. Como todos los habitantes de San Fernando, oyó hablar del «Milagro de la Navidad» (como se llamaba ahora el descubrimiento de los supervivientes) y aquella tarde había visto sobrevolar la ciudad los helicópteros procedentes de Los Maitenes. Había sentido un repentino impulso de ir al hospital y ofrecer su ayuda, pero el impulso se vio frenado por temor a interferir con las autoridades del hospital. De todas formas, más tarde, recordó algunos asuntos pendientes que le dieron la excusa que necesitaba para ir hasta allí.

Era un hombre joven, de veintiséis años de edad, y había sido ordenado el año anterior. Parecía aún más joven de lo que era; de estatura baja, cabello negro, piel oscura y fisonomía aniñada. No usaba sotana, sino pantalones grises y una camisa también gris de cuello abierto, y cuando llegó al hospital no se hubiera diferenciado de la multitud, pero los doctores Ausin y Melej lo reconocieron y le invitaron a visitar a los supervivientes.

Lo condujeron al ala privada y allí pasó a la primera habitación, que estaba al empezar el pasillo y había sido destinada a Coche Inciarte. Fue una buena elección, pues nada más entrar e identifi-

carse, salió un torrente de palabras de la boca de Coche. Habló al padre Andrés sobre la montaña, no en el lenguaje frío de un observador imparcial, sino con palabras místicas y elevadas más de acuerdo con la experiencia que él había vivido.

—Fue algo que nadie ha podido imaginar. Yo solía ir a misa todos los domingos y la comunión era como algo automático. Pero allá arriba, viendo tantos milagros, estando tan cerca de Dios, casi tocándolo, he aprendido algo más. Ahora rezo a Dios pidiéndole que me dé fuerzas y que me impida volver a lo que antes era. He aprendido que la vida es amor y el amor es darte a tu vecino. El alma es lo mejor que tiene el hombre. No hay nada mejor que entregarse a otro ser humano...

Mientras el padre Andrés escuchaba, llegó a entender la exacta naturaleza del don a que Coche Inciarte se refería: el regalo de la carne que les hicieron sus compañeros muertos. Tan pronto como se dio cuenta de esto, el joven sacerdote lo reconfortó diciéndole que no había pecado alguno en lo que había hecho.

—Regresaré esta tarde con la Comunión —añadió.

—Entonces me gustaría confesarme —dijo Coche.

—Ya te has confesado durante esta conversación —repuso el sacerdote.

Cuando fue a ver a Mangino, el padre Andrés se encontró con el mismo fenómeno, un ansioso deseo de relatar lo que había hecho, dicho en una confusión de remordimiento y autojustificación. Una vez más el sacerdote reconfortó al muchacho. No había pecado en lo hecho. Podía comulgar aquella tarde sin confesarse y, si deseaba hacerlo, tendría que ser por otros pecados.

De todas formas había una cuestión sobre la que Inciarte le había preguntado y él no pudo contestar: ¿Por qué razón él había quedado con vida mientras los otros habían muerto? ¿Con qué propósito había hecho Dios esta selección? ¿Qué conclusiones se podían sacar de ello?

—Ninguna —respondió el padre Andrés—. Hay ocasiones en que la inteligencia humana no puede comprender la voluntad de Dios. Hay cosas que con toda humildad debemos aceptar como misterios.

Al permitir al padre Andrés visitar a los supervivientes, los doctores eligieron un buen tratamiento. La decisión de comer los cuerpos de sus amigos había sido una prueba muy dura para muchos de los chicos que estaban en la montaña. Todos eran católicos y estaban expuestos al juicio de su Iglesia por lo que hicieron. Como la Iglesia católica dice que la antropofagia *in extremis* se autoriza, este joven sacerdote se vio capacitado para perdonarlos y decirles que nada malo habían hecho. Este juicio, respaldado por toda la autoridad de la Iglesia, devolvió la tranquilidad de conciencia por lo menos a aquellos que tenían dudas. Había uno o dos para quienes esto no era necesario, o no admitían tal necesidad, y por lo tanto poco podían contar al padre Andrés. Algorta, por ejemplo, no estaba de humor para hablar con nadie, y menos con este joven clérigo en cuyo rostro había una expresión de santidad.

4

El momento de la reunión no podía posponerse durante mucho más tiempo. Los padres y los parientes de los supervivientes no se daban cuenta de lo delicado que era para los doctores permitir que los vieran, y aunque la mayoría se mostraban heroicamente pacientes mientras esperaban para ver a sus hijos que habían vencido a la muerte, otros se mostraban cada vez más impacientes.

A Graciela Berger, la hermana casada de Parrado, la tuvo que parar un policía a la puerta del ala privada.

—¡Yo quiero ver a mi hermano! —le dijo a gritos.

Oyó la voz de Nando que, desde dentro, también le decía a gritos:

—¡Graciela, estoy aquí!

Y entonces, la decidida joven uruguaya empujó al policía y entró en la habitación de Nando. Tan pronto como lo hizo, rompió a llorar. La emoción de ver a Nando de nuevo, unida al asombro que le produjo su aspecto, pudo más que el dominio de sí misma.

Detrás de ella venía su marido, Juan, y detrás de éste la encorvada y llorosa figura de Seler Parrado. Este pobre hombre, que había perdido todo el gusto por la vida cuando su mujer, su hijo y

su hija desaparecieron en los Andes, había recobrado las esperanzas cuando leyó una lista falsa en que figuraban los tres como supervivientes. Poco antes de partir para ir a verlos se enteró de la verdad; sólo Nando vivía. Estaba, por tanto, confundido por sentimientos de alegría y tristeza a la vez, pero cuando vio a Nando y lo abrazó, el primer sentimiento se sobrepuso al segundo y las lágrimas que corrieron por sus mejillas fueron de alegría.

Un poco más adelante, en otra habitación individual, Canessa escuchaba las voces de los parientes a medida que iban entrando. De repente levantó la vista y vio en la puerta la cara de su novia, Laura Surraco. Su primera reacción fue de sorpresa. Siempre había creído, cuando se encontraba en las montañas, que volvería a verla en Montevideo. Su presencia allí, en Chile, debía de obedecer a alguna equivocación, y cuando ella se precipitó hacia él llorando, se apartó.

A Laura Surraco la seguía Mecha Canessa. Se adelantó y le dijo con serenidad:

—Felices Navidades, Roberto.

Luego, comenzó a llorar también al ver la angulosa cara de un viejo a través de la barba de su hijo. Cuando el doctor Canessa entró en la habitación, también lloraba, y este torrente de emociones hizo que Roberto llorara con tanto sentimiento que sus padres temieron por su vida y quisieron marcharse. Pero él se negó rotundamente, y cuando se calmó la situación, comenzó a hablarles del accidente y de su salvación, incluyendo que habían tenido que comer carne humana para sobrevivir. De los tres que escucharon esta información, sólo el padre experimentó asombro, pero logró suficiente dominio sobre sí mismo para imponerse a sus sentimientos. Las dos mujeres se sentían tan felices de tener a Roberto allí, que casi no se daban cuenta de lo que les decía. Por otra parte, el doctor adivinó los horrores que su hijo acababa de pasar y las pruebas a que se vería sometido de ahora en adelante.

El encuentro de Eduardo Strauch con sus padres y su tía Rosina, pasó por circunstancias parecidas. Sara Strauch hizo todo lo posible por conservar la calma, pero, naturalmente, estaba nerviosa, y el momento del encuentro con Eduardo casi fue demasiado para su autodominio. Pasando al mismo tiempo por la alegría de verlo vivo, el asombro de hallarlo en tales condiciones físicas y la

exaltación espiritual de esta respuesta a sus oraciones a la Virgen de Garabandal, no pudo evitar en su rostro la expresión de horror cuando Eduardo les dijo a qué extremos habían tenido que llegar para sobrevivir y convertir el milagro en realidad.

De la misma forma, Madelón Rodríguez hizo un involuntario gesto de espanto cuando Carlitos le dijo lo que había tenido que comer para seguir con vida. Como muchas madres que tuvieron fe en encontrar a sus hijos, no había pensado con detalle en los pormenores que hicieron posible el milagro; imaginó que tendrían madera para calentarse y que habría conejos corriendo por encima de las agujas caídas de los pinos y peces nadando en los ríos. Ni ella ni los padres y parientes de todos los muchachos, habían supuesto que tuvieran que comer los cuerpos de los compañeros muertos. Era inevitable, por tanto, que al enterarse de lo sucedido se quedaran asombrados, y los chicos, aún en el estado en que los había dejado su odisea, consideraban con suficiente juicio e inteligencia el comportamiento humano fuera de los Andes para comprender que esto debía suceder así.

La excepción la constituía Algorta. Estaba acostado en la cama de su habitación privada, sin deseos de hablar con nadie, y había despedido al piadoso sacerdote. Lo visitaron su padre y una mujer que pudo reconocer como la madre de la chica a quien había ido a visitar en Santiago. Le preguntó por su hija y, a la mañana siguiente, se presentó ella a verlo. De repente, él sintió por la muchacha todo el afecto que le tenía antes del accidente. El único fallo de la reunión fue la expresión de horror que apareció en el rostro de la madre cuando Algorta les dijo lo que habían comido para sobrevivir. Su sobresalto lo sobresaltó. ¿Cómo podía estar tan sorprendida de que se comieran a los muertos cuando era algo tan obvio y normal?

Coche Inciarte, que era el más vulnerable a las expresiones de censura por parte de los visitantes, evitaba tales reacciones hablando de su experiencia en términos muy elevados.

—Carlos —le dijo a su tío, el primero de los doce parientes que llegaron a Chile—, Carlos, estoy lleno de Dios.

Su tío le respondió en los mismos términos:

—Cristo quiso que volvieras de los Andes, Coche, y ahora Él está contigo.

DECIMOCUARTA PARTE

1

Los ocho supervivientes que quedaron en la montaña observaron el ascenso de los dos helicópteros hasta que desaparecieron detrás de la cima. Luego Zerbino se dirigió a Lucero, uno de los tres andinistas, y lo invitó a visitar su «hogar», los restos del Fairchild, mientras aguardaban el regreso de los helicópteros. Cuando iban de camino hacia la entrada, Lucero miró los restos de cuerpos humanos que había esparcidos por la nieve y preguntó:

—¿Se han comido los cóndores los cuerpos?

—No —contestó Zerbino, siguiendo la dirección de la mirada—. Hemos sido nosotros.

Lucero no dijo nada ni demostró sorpresa, pero cuando llegaron al avión, el techo cubierto de tiras de grasa, dudó un momento. Luego dio un paso hacia adelante y entró. Zerbino lo hizo detrás de él y le explicó cómo habían vivido y dormido en el reducido lugar durante tanto tiempo y cómo la avalancha había matado a ocho de los que sobrevivieron al accidente. Lucero escuchó con gran simpatía e interés, pero era incapaz de ignorar el olor del interior del aparato. Por desgracia, su anfitrión parecía comportarse como si allí no existiera tal olor. El andinista era demasiado educado para mencionarlo, pero regresó al exterior tan pronto como pudo.

Mientras tanto, los otros visitantes examinaron al resto de los supervivientes, atendiendo primero a su salud y después a las necesidades de sus estómagos. Primero con sandwiches de carne, lonjas de carne de vaca entre rebanadas de pan sin levadura. Después, jugo de naranja, jugo de limón, sopa que calentaron en la estufa y, por último, pastel de frutas que había llevado Díaz porque era su cumpleaños al día siguiente. Fue un festín. Los muchachos comieron y bebieron con sumo placer, tomando la mantequilla con los dedos.

Preparándose para el regreso de los helicópteros, los andinistas trataron de construir una pista para que pudieran aterrizar en la nieve. Demolieron la barrera a la entrada del avión, tomaron una

gruesa lámina de plástico que había servido para separar el departamento de pasajeros del de equipajes y la colocaron en la nieve en la posición más horizontal que pudieron conseguir. También emplearon piezas de cartón para hacer la pista para los helicópteros, que ya hacía tiempo habían partido.

Comenzaron a hacer fotografías de lo que había por los alrededores. Al ver esto, los muchachos se enfadaron y les preguntaron si era necesario. Los andinistas los tranquilizaron diciéndoles que sólo era información para el Ejército chileno, que estaban obligados a hacerlo, pero que ninguna de las fotografías se publicaría.

Los chicos parecieron quedar satisfechos y de todas formas resultaba difícil enfadarse con sus salvadores, especialmente cuando eran tan amables como aquellos cuatro chilenos. Uno de ellos incluso le ofreció a Zerbino un cigarrillo.

—No, gracias —dijo Zerbino—. Prefiero los míos.

Y sin una sonrisa siquiera para no denunciar que había estado ensayando con anterioridad esta frase, encendió uno de sus últimos cigarrillos uruguayos.

Alrededor de las cuatro de la tarde se hizo evidente que los helicópteros no volverían aquel día. De repente, la elevada moral de los ocho supervivientes dio paso al triste pensamiento de pasar otra noche en la montaña. Los andinistas al darse cuenta de esto, hicieron todo lo posible para levantarles los ánimos. Encendieron la estufa y prepararon más sopa, primero de gallina, luego de cebollas y, por último, sopa escandinava. Cuando terminaron, Methol les preguntó si por casualidad habían llevado mate.

—¿Mate? Naturalmente que tenemos mate. ¿Cómo se puede imaginar que cuatro chilenos anden por el mundo sin mate?

Hicieron mate y después café. Pero ya entonces el sol se había puesto y comenzaba a hacer frío. Para los chicos este bajón en la temperatura era una rutina a la que ya estaban acostumbrados. También los andinistas se habían preparado, pues llevaban brillantes impermeables que los protegían del frío. El único que sufrió las consecuencias fue Bravo, el asistente sanitario, porque había bajado del helicóptero en mangas de camisa y con unos simples mocasines, de manera que los andinistas hubieron de proporcionarle algunas ropas.

Los cuatro chilenos estaban ahora sentados en el interior del

avión, cantando canciones para conservar la moral de los chicos, pero a medida que el sol se ocultaba más y más tras la montaña el frío se hacía más intenso, y para todos llegó la hora de tratar de dormir. Con toda naturalidad, los ocho supervivientes invitaron a los visitantes que se quedaran a dormir en el avión, pero los chilenos se mostraron reacios y montaron una tienda de campaña en la nieve a cierta distancia del avión. Los ocho muchachos se sintieron ofendidos cuando rechazaron su hospitalidad, aunque algunos ya habían adivinado que el interior del avión no debía oler lo mismo para los andinistas como olía para ellos, pero decidieron que, por lo menos, uno de los andinistas, debería pasar la noche allí.

Eligieron a Díaz porque al día siguiente era su cumpleaños. Le dijeron que si no se quedaba con ellos, a medianoche arrancarían las estacas de la tienda. Díaz se rindió. Mientras sus compañeros andinistas y el asistente sanitario se refugiaban en la tienda, él ayudó a los muchachos a reconstruir la barrera a la entrada del avión, entró con ellos y se sentó en medio de los ocho apestosos, demacrados y al mismo tiempo felices uruguayos. Ninguno durmió y ni siquiera lo intentó. Díaz les habló de la vida de los andinistas y les relató alguna de sus aventuras en las montañas. Cuando les llegó el turno a los chicos, éstos le contaron con más detalle su odisea. Díaz les advirtió que lo que habían hecho produciría un impacto en el mundo.

—Pero ¿lo comprenderá la gente? —le preguntaron los chicos.

—Naturalmente —les contestó—. Cuando sepan los detalles, todos comprenderán que hicieron lo que tenían que hacer.

A medianoche Díaz cumplió cuarenta y ocho años y los ocho uruguayos cantaron «Cumpleaños feliz».

Nadie durmió aquella noche y a la mañana siguiente todos tenían el pensamiento puesto en el desayuno. Todos los alimentos se encontraban en la tienda y cuando salieron al exterior con la primera luz de la mañana, no vieron signos de que los otros tres chilenos estuvieran despiertos. Se oyó un coro de voces en el valle que decía:

—¡Queremos el desayuno, queremos el desayuno!

Y poco después, las caras adormiladas de Lucero y Villegas aparecieron por la abertura de la entrada de la tienda.

—¿Qué quieren para desayunar? —les preguntó a gritos Lucero.

—Ayer tomamos café —contestó uno de los chicos—. Hoy queremos té.

—¿Té? Muy bien.

Lucero, Villegas y luego Bravo salieron de la tienda y, al poco rato los ocho muchachos estaban desayunándose con té caliente y galletas. Mientras comían, los andinistas les explicaron cómo tenían que subir a los helicópteros cuando llegaran, porque abandonaron la idea de un aterrizaje y sabían que tendrían que sostenerse en el aire sin tocar la nieve.

Después del desayuno, los chicos se prepararon para el rescate. Se arreglaron las ropas y se peinaron de nuevo, y Zerbino sacó del interior del avión la maleta que él y Fernández habían llenado con el dinero y los documentos que pertenecieron a los muchachos muertos. También tomó el pequeño zapato rojo que Parrado había comprado en Mendoza, compañero del que este último se había llevado en la expedición.

—No podrás llevar esto en el helicóptero —dijo el andinista, al ver a Zerbino con la maleta.

—Tengo que hacerlo —le contestó Zerbino.

Y a continuación le explicó a Lucero dónde se hallaban los cuerpos de los que habían caído del avión cerca de la cumbre de la montaña.

Sobre las diez de la mañana oyeron el ruido de los helicópteros y luego vieron aparecer tres en el cielo por encima de ellos. Como por la mañana el aire estaba más en calma, no sufrieron las sacudidas del día anterior; de todas formas no descendieron en seguida y estuvieron describiendo círculos sobre los restos del Fairchild. Los muchachos, que agitaban los brazos saludando, vieron cámaras fotográficas y de cine asomando por las ventanillas. Finalmente desaparecieron las cámaras y el primer helicóptero comenzó a descender hasta que uno de los soportes descansó en la nieve.

Se adelantaron los tres primeros chicos, pero era difícil acercarse a los aparatos debido al viento que producían las hélices. Roy Harley estaba muy débil y Bobby François lo ayudó a acercarse, pero el propio François fue rechazado por el viento del helicóptero. Sólo pudieron subir a bordo ayudados por los chilenos.

Por último, el primer helicóptero se elevó con los tres pasajeros y descendió el segundo, el piloto procurando que las hélices no to-

caran la roca y el siguiente grupo de supervivientes tratando de que las cuchillas no los decapitaran. Cuando el aparato estuvo cargado, se elevó, y el tercero ocupó su puesto; los dos supervivientes que quedaban subieron a bordo, incluido Zerbino con su maleta. Las corrientes de aire no eran tan traidoras por la mañana y los pilotos no tardaron en pasar al otro lado de la montaña y volar con más facilidad por el valle hacia la Y. A través de las paredes transparentes de los helicópteros pudieron contemplar el río Azufre, con las orillas salpicadas de vegetación, que iban aumentando en extensión y densidad hasta que aterrizaron en los verdes pastos de Los Maitenes.

Allí los chicos saltaron de los helicópteros y se dejaron caer en la hierba, riendo, dando tumbos, abrazándose unos a otros y dando a voces gracias a Dios por su salvación. Estaban asombrados ante los alrededores verdes que los rodeaban. Como Carlitos hizo el día anterior, Methol arrancó una flor y empezó a comérsela. Tan extasiado se encontraba a la vista de los árboles y los pastos, que decidió que cuando regresara al Uruguay, pasaría muchos meses en su estancia, simplemente mirando el verde paisaje que la rodeaba.

El helicóptero de García despegó una vez más para volver por los andinistas y el asistente sanitario. Mientras tanto, el doctor Sánchez que pertenecía al Ejército, examinó a los supervivientes para ver si alguno necesitaba un tratamiento de urgencia. Llegó a la conclusión de que todos podían continuar el viaje; la verdad era que los chicos se comportaban más como si estuvieran en una excursión que como inválidos. Mientras unos se lavaban en el arroyo que corría próximo a la casa de Serda y González, otros charlaban con Sergio Catalán y sus hijos, y Fito Strauch y Gustavo Zerbino le pidieron el caballo para dar un paseo.

Estuvieron en Los Maitenes durante media hora, mientras llegaba García con Lucero, Díaz, Villegas y Bravo. Luego, todo el grupo volvió a subir a los helicópteros y continuaron viaje hasta San Fernando. Fito Strauch, Bobby François, Moncho Sabella y Gustavo Zerbino iban en el primer helicóptero y tan pronto como aterrizaron en los cuarteles del Regimiento Colchagua, los padres de Fito fueron a recibir a su hijo. Sus rostros eran como máscaras de dolor, tal era su alegría, y tan pronto como se detuvo la hélice y se abrió la puerta, ya tenían a su hijo en los brazos. Rosina lo abrazó y mien-

tras lo hacía, rezaba a su pequeña Virgen del Garabandal que había realizado el milagro.

Después de los Strauch llegaron los Zerbino, con los ojos secos y el rostro sereno, para recibir a su severo y saludable hijo y, detrás de ellos, como si se hubiera establecido un orden de precedencia de acuerdo con el grado de fe que los padres habían tenido en la salvación de sus hijos, llegaron los padres de Bobby François. El muchacho a quien diez semanas antes habían dado por muerto, estaba ahora ante ellos y la alegría parecía incapacitar por completo al doctor François, un hombre de ademanes lentos y silencioso, que había adelgazado desde la última vez que su hijo lo había visto y que mientras se dirigía hacia el helicóptero parecía excitado y confuso. Para los Strauch e incluso para los Zerbino, el retorno del hijo significaba el premio de sus esfuerzos y esperanzas. Para el doctor François era una resurrección, que como hombre de ciencia, ni había pedido ni esperado.

En el siguiente helicóptero llegaron Roy Harley, Javier Methol, Antonio Vizintín y Pancho Delgado. De estos cuatro, sólo Roy encontró a sus padres esperándolo. Para ellos también era una recompensa a su fe y sus esfuerzos, pero como todos los otros padres, su alegría se veía menguada por el dolor y la compasión que sentían por todo lo que habían pasado sus hijos. Vieron que el chico a quien despidieron como un saludable jugador de rugby, ahora sólo era piel y huesos. Toda la carne había desaparecido de su cuerpo. Tenía los ojos hundidos, pegada la piel a los huesos de las mejillas, y las manos parecían las de un esqueleto cubiertas por la piel. Y no sólo las manifestaciones exteriores ocasionadas por el hambre y las privaciones les decían cuánto había sufrido: lo decía también la expresión de sus ojos.

Después del encuentro con los padres, los ocho supervivientes fueron llevados a la enfermería del regimiento para ser sometidos a otra revisión médica, mientras que los doctores, el Comité de Acción y el encargado de Negocios uruguayo, César Charlone, discutían si sería conveniente llevarlos al hospital de San Fernando, como se había hecho con los otros ocho, o directamente a Santiago. Una vez que se llegó a la conclusión de que estaban en condiciones para continuar el viaje, decidieron llevarlos a Santiago. Era el sábado día 23 de diciembre y se creía que era importante reunir a

todo el grupo con sus parientes para que celebraran las Navidades. Por tercera vez aquel día, los supervivientes embarcaron en los helicópteros. Se permitió a los Harley y a la señora Zerbino que viajaran con sus hijos y, todos juntos, despegaron de los cuarteles del Regimiento Colchagua y poco tiempo después tomaron tierra en la terraza del hospital del Servicio Nacional de Salud —llamado Posta Central— en Santiago.

2

Mientras tanto, en el hospital de San Juan de Dios de San Fernando, el primer grupo de supervivientes durmió por primera vez en una cama desde hacía setenta y un días. No fue fácil para ellos acostumbrarse a la comodidad. Daniel Fernández soñó que bajaba una avalancha por la ladera de la montaña, y se despertó para encontrarse que lo que lo cubría no era nieve, sino las blancas sábanas y mantas. Trató de dormir de nuevo, pero se sentía incómodo.

—¿Quién es el estúpido que me está dando patadas? —dijo para sí y, una vez más, se despertó para encontrarse solo en la cama del hospital.

Coche Inciarte durmió más profundamente que Fernández y lo despertaron los trinos de los pájaros. Continuó acostado, asombrado y feliz, y cuando una enfermera entró en la habitación, le pidió que abriera la ventana. Así lo hizo, y respiró el aire fresco. Al mismo tiempo, los supervivientes que se encontraban en mejores condiciones físicas que él, salieron de las habitaciones y se sentaron en las sillas de las galerías cuyas ventanas daban a las estribaciones de los Andes.

A las ocho en punto, el padre Andrés regresó al hospital con un magnetófono y grabó algunas manifestaciones de los supervivientes.

—Teníamos un enorme deseo de vivir —dijo Mangino—, y fe en Dios. Nuestro grupo siempre estuvo unido. Cuando alguien se desanimaba, los demás se aseguraban de que volviera a animarse. Al rezar el rosario todas las noches, nuestra fe iba en aumento y esta fe nos ayudó a mantenernos. Dios nos ha proporcionado una experiencia para cambiar nuestras vidas. Yo he cambiado. Ahora sé que

debo comportarme diferentemente de como lo hacía..., todo gracias a Dios.

—Esperamos predicar la fe al mundo —dijo Carlitos Páez—. Aunque esta experiencia ha sido muy triste por todos los amigos que hemos perdido, nos ha ayudado mucho; la verdad es que ha sido la mayor experiencia de mi vida. En lo que se refiere a los viajes, jamás en mi vida volveré a subir a un avión. Viajaré en tren... He tenido muchas experiencias como jugador de rugby. Cuando consigues un ensayo, no eres tú, sino todo el equipo, quien marca. Esto es lo mejor del juego. Si hemos sido capaces de sobrevivir, ha sido porque actuamos con espíritu de equipo, con gran fe en Dios, y porque rezamos.

A las diez y media se organizó una conferencia de prensa en la terraza exterior del pabellón privado, en la que participarían todos los desesperados periodistas que habían estado sitiando el hospital desde el día anterior. Inciarte y Mangino se quedaron en cama, pero los otros cuatro permitieron que los fotografiaran, ya que ahora estaban vestidos con ropas que el hospital había comprado o que los comerciantes de San Fernando les habían regalado. La conferencia fue corta y se dijo muy poco. Cuando les preguntaron de qué se habían alimentado, respondieron que habían comprado una enorme cantidad de queso en Mendoza, y de algunas hierbas que crecían en las montañas.

A las once, el obispo de Rancagua, asistido por otros tres sacerdotes, celebró una misa en la iglesia de ladrillo del hospital. Los supervivientes, algunos en sillas de ruedas, estaban en primera fila de la congregación. Fue un momento emocionante para todos y en los rostros demacrados de los supervivientes se podía ver la expresión de amor y gratitud que sentían hacia Dios. En todas las semanas que habían estado esperando este día, ni por un solo momento perdieron la fe en Él. Nunca habían dudado de su amor y su aprobación en la horrorosa lucha que estaban sosteniendo para sobrevivir. Ahora, aquellas bocas que habían comido los cuerpos de sus amigos, estaban hambrientas del Cuerpo y la Sangre de Cristo; y, una vez más, de la mano de un sacerdote de su Iglesia, recibieron el sacramento de la Comunión.

Después de la ceremonia se dispusieron a salir para Santiago, pues ya estaba decidido que mientras Mangino e Inciarte irían en

ambulancia a la Posta Central, los otros seis podían ir directamente al Hotel Sheraton San Cristóbal, donde todos los uruguayos celebrarían la Navidad.

Antes de partir, algunos de los supervivientes aceptaron invitaciones para comer con varios ciudadanos de San Fernando. La familia Canessa fue a casa del doctor Ausin, en tanto que Parrado, con su padre, hermana y cuñado, fueron a un restaurante con Mr. Hughes y su hijo Ricky, después de lo cual recorrieron los ciento cuarenta kilómetros que los separaban de Santiago en un Chevrolet Camaro, una alegría para Parrado que no se sentía acobardado por su experiencia en los Andes.

Javier Methol fue el primero del segundo grupo de supervivientes que entró en la Posta Central de Santiago. Habían preparado un pabellón en el último piso del hospital y, como el helicóptero tomaba tierra en la terraza, sólo tuvieron que bajar un tramo de escaleras. Pero a lo largo de los anchos corredores se agolpaba una multitud, sonriendo, aplaudiendo y algunos llorando de alegría a la vista de los jóvenes uruguayos que tan milagrosamente habían sido devueltos a la civilización.

Tan pronto como le mostraron la cama, Javier Methol, que aún vestía las ropas que llevaba en los Andes, preguntó si le permitían ducharse.

—Naturalmente —le contestó la enfermera y lo llevó en la silla de ruedas hasta un baño cercano.

Después le explicó que como ella era la responsable de su cuidado, debería quedarse con él mientras tomaba la ducha. Methol la tranquilizó. Aunque hubiera sido el hombre más modesto del mundo, ni una multitud de enfermeras le hubiesen impedido tomar aquella ducha. Se quitó las sucias ropas y se metió bajo los potentes chorros de agua caliente. Luego se frotó la piel de sus delgados hombros y espalda, pero le causaba dolor tanta alegría. Cuando salió de la ducha y se puso la bata blanca del hospital, se sintió un hombre nuevo. Volvió a sentarse en la silla de ruedas y la enfermera lo llevó al pabellón donde se encontró con un grupo de compañeros que todavía llevaban las mismas ropas sucias.

—Por favor —dijo Methol—, por favor, saquen de aquí a estos sucios.

Tan pronto como los pacientes estuvieron limpios, los médicos de la Posta Central los examinaron, observándolos por la pantalla y analizándoles la sangre. Una vez terminado el reconocimiento, los médicos permitieron a todos, excepto a Harley y Methol, que se trasladaran al Hotel Sheraton San Cristóbal aquella misma tarde. A estos dos los acomodaron en un pabellón junto con Inciarte y Mangino que ya habían llegado de San Fernando. De los cuatro, el estado de Roy era el más crítico, pues los análisis de sangre revelaron una gran carencia de potasio, que ponía en peligro el corazón.

Los otros no sólo estaban bien físicamente, sino que tenían la moral muy alta. Gustavo Zerbino escapó del hospital para ir a comprarse unos zapatos, acompañado por su padre, con quien se encontró en la calle. Moncho Sabella bebió una botella de «Coca-Cola», y el líquido le produjo hinchazón de estómago. También sufrió a causa del celo de una joven enfermera tan dispuesta a ayudar a los jóvenes uruguayos que trató de sacar sangre del brazo de Moncho sin que, al parecer, supiera encontrar la vena con la aguja. Moncho soportó esta investigación científica, aunque tuvo el brazo dolorido durante los tres días siguientes; pero él, lo mismo que sus compañeros, estaba totalmente convencido de cuál debía ser su medicina; mientras los doctores examinaban su estado, ellos pedían comida.

Las enfermeras les llevaron té, galletas y queso. Inmediatamente pidieron más queso. Se lo dieron, y poco tiempo después, les sirvieron la comida: filetes con puré de patatas, tomates, mayonesa y luego gelatina. En pocos segundos se comieron la gelatina y pidieron más. Luego reclamaron pastel de Navidad, pero les dijeron que esto no se lo podían servir. Tenían que descansar.

A las siete de la tarde, después de una misa en el anfiteatro de la Posta Central, Delgado, Sabella, François, Vizintín, Zerbino y Fito Strauch salieron para reunirse con los otros en el hotel. A las nueve de la noche, los que se quedaron, vieron recompensada su paciencia con un pedazo de pastel de Navidad. Las enfermeras también les dijeron que a las once de la noche les darían una sorpresa. Y, en efecto, a la hora señalada, recibió cada uno un delicioso dulce de chocolate con crema, dulce que las enfermeras tenían para ellas aquella noche. Los cuatro se lo comieron, saboreando cada cucharada, y luego se quedaron dormidos tan felices.

Una hora más tarde, Javier se despertó. Tenía el estómago descompuesto. Llamó a una enfermera y le pidió algo para ayudar a la digestión. La enfermera le llevó una bebida que él se tomó, pero una hora más tarde volvió a despertarse afectado de una terrible diarrea. Estaba pagando el precio del dulce de chocolate.

3

Durante la tarde del día 23 de diciembre, todos los uruguayos que habían salido para Chile al oír las noticias del rescate, ya estaban acomodados en Santiago, los supervivientes con sus padres y parientes en el Hotel Sheraton San Cristóbal en las afueras de la ciudad, y los padres y familiares de los que no habían sobrevivido, en el Hotel Crillon, que era más antiguo y estaba situado en el centro.

Allí, en el Crillon, el padre de Gustavo Nicolich abrió las dos cartas que su hijo escribió y que Zerbino le había entregado: «Una cosa que te parecerá increíble —a mí me parece imposible—, es que hoy comenzamos a cortar la carne de los muertos para comérnosla. No hay otra solución». Y un poco más adelante, las palabras con que el chico tan noblemente había predicho su destino:

«Si llega el día en que yo pudiera salvar a alguien con mi cuerpo, me daría por satisfecho».

Esta era la primera noticia que uno de los padres que estaban en el Crillon tenía de que los cuerpos de sus hijos habían mantenido con vida a los dieciséis supervivientes, y Nicolich, aniquilado aún por el dolor que le causó la muerte de su hijo, se quedó más anonadado todavía ante las horribles noticias de la carta. Considerando en aquel momento que quizá no se conociera nunca la verdad, sacó la cuartilla de la carta que iba dirigida a la novia de Gustavo, Rosina Machitelli, y la escondió.

Mientras tanto, en el Sheraton San Cristóbal, los doce supervivientes a quienes se les había permitido salir del hospital, estaban nadando en una plenitud absoluta de todo lo que por tanto tiempo se les había negado. La mitad de ellos estaba con sus padres. Pancho

Delgado y Roberto Canessa se encontraban de nuevo con sus leales novias, Susana Sartori y Laura Surraco. En la Posta Central, Coche Inciarte estaba con Soledad González. El hotel contrastaba por entero con el Fairchild. Era un edificio completamente nuevo desde el cual se veía Santiago, y muy lujoso. Tenía piscina y restaurante y este último era el que más usaban los muchachos. Cuando Moncho Sabella llegó al Sheraton la tarde del día 23, encontró a Canessa comiéndose un gran plato de camarones. Moncho se sentó inmediatamente en compañía de su hermano que había venido de Montevideo y pidió otro plato de camarones. Muy poco tiempo después de haberlos comido, ambos se pusieron enfermos, pero esto no les quitó el apetito. Pidieron más comida y comenzaron de nuevo con filetes, ensaladas, pasteles y helados.

Por otra parte, ni a Canessa ni a Sabella les sorprendía este lujo. Cuando el doctor Surraco le comentó a Canessa que el hotel le debía parecer extraordinariamente cómodo después de haber vivido en los restos del avión, Canessa le contestó que, para él, no había diferencia entre estar en el hotel comiendo camarones o en la cabaña de los pastores comiendo queso.

Los padres y los familiares se sentían tan contentos de tener a los chicos con ellos y entre los vivos, que se mostraban indulgentes ante esta patológica gula. También comprendían ellos y ellas, que sus hijos y novios no se iban a comportar como si acabasen de llegar de unas vacaciones de verano. Las largas semanas de sufrimientos y hambre, habían dejado su huella en el comportamiento de los muchachos; como si fueran chiquillos caprichosos, algunos no toleraban que les llamaran la atención, y cuando no se tenía indulgencia para sus caprichos, se mostraban irritables y malhumorados, sobre todo con sus padres, cuya preocupación por su bienestar les molestaba en grado sumo. ¿No habían demostrado suficientemente que sabían cuidar de sí mismos?

Estos sentimientos fueron aumentados por la reacción de algunos padres ante el aspecto antropófago del Milagro de Navidad. No se hallaban preparados para recibir esta noticia; por lo tanto, se habían quedado asombrados y la mayor parte de ellos no volvieron a hablar del asunto. También les asustaba la posibilidad de que la noticia trascendiera al mundo exterior, y aunque algunos de los supervivientes consideraban que la reacción de sus padres era normal, se sentían

francamente decepcionados y heridos ante la idea de que alguien se horrorizara por lo que habían hecho. En las involuntarias expresiones de asombro y asco, advertían que, planteada la alternativa, preferían que todos hubieran muerto antes que comer la carne de sus compañeros.

La tranquilidad de sus mentes también se veía turbada por la legión de periodistas que preguntaban incesantemente y fotógrafos que los perseguían disparando sus cámaras dondequiera que estuviesen, o cuando estaban comiendo o besaban a sus padres. Lo todavía más angustioso eran las preguntas persistentes de los familiares de los chicos que no habían regresado: los padres de Gustavo Nicolich y Rafael Echavarren, los hermanos de Daniel Shaw, Alexis Hounie y Guido Magri, que fueron del Crillon para conocer las circunstancias exactas en que habían muerto sus hermanos e hijos. Era algo que, por el momento, los supervivientes no deseaban recordar ni discutir.

Tampoco se habían adaptado a la vida lujosa del Sheraton. Se sentían muy incómodos en las grandes y blandas camas, porque estaban acostumbrados a dormir en posiciones violentas. Aquella noche, Sabella se despertaba cada media hora, y hallándose despierto, llamaba al camarero para que le sirviera algo de comer. Fue una noche terrible para él, y también para su hermano que dormía en la misma habitación.

Al día siguiente, el 24 de diciembre, a los cuatro que se habían quedado en el hospital les dieron de alta y se reunieron con los demás en el Sheraton, pero los dieciséis estuvieron juntos poco tiempo, pues las familias de François y Daniel Fernández decidieron regresar en seguida a Montevideo. Aunque Daniel tenía dos tíos y dos tías en Santiago, quería ver a sus padres, y consideraba que era innecesario y absurdo que ellos se trasladaran a Santiago. Por lo tanto, tomó un avión de la KLM en vuelo regular a Montevideo. El padre y el hermano de Daniel Shaw iban en el mismo aparato.

Unos muchachos quisieron ir de compras e intentaron alquilar un taxi, pero los chilenos no se lo permitieron y los llevaron a la ciudad en sus automóviles. Allí caminaron por las calles, mirando los escaparates. Todos los reconocían, porque, acostumbrados a moverse sobre la nieve blanda, caminaban tambaleándose, como los pingüinos. Dondequiera que los reconocían, los habitantes de San-

tiago los saludaban con muestras de alegría y amabilidad, como si ellos fueran sus propios hijos perdidos y rescatados de los Andes.

Cuando entraron a una tienda de ropas y pidieron lo que deseaban, los dueños no quisieron cobrarles e insistieron en que lo aceptaran como un regalo de la casa. Lo mismo sucedió cuando llegaron a un estanco donde se había formado una larga cola debido a la escasez de tabaco. Un anciano que estaba delante, insistió en que aceptaran su paquete de cigarrillos.

En otra ocasión, cuando regresaban al hotel (Parrado se fue andando desde el centro de Santiago) y un grupo se sentó a comer y pidió una botella de vino blanco, los chilenos que estaban en la mesa de al lado, les dieron su botella. En el bar los obsequiaron con whisky y champaña, y a la entrada del hotel, un chiquillo les regaló una gran caja de chicles.

No sólo los trataban y admiraban como héroes que habían conseguido un extraordinario triunfo sobre los aterradores Andes que se extienden majestuosos a lo largo de todo Chile, sino como demostración viviente de un manifiesto milagro. El queso y las hierbas que ellos decían que les permitieron sobrevivir, parecían una fuente tan escasa de alimentación como los panes y los peces de la Biblia. Su salvación parecía por entero milagrosa. Una mujer que tenía un hijo enfermo, fue hasta el hotel en la creencia de que si abrazaba tan sólo a uno de los supervivientes, su hijo se curaría.

Aquella tarde de Navidad, se celebró la fiesta organizada por César Charlone. Fue un momento de intensa emoción para todos. Sólo cuatro días antes parecía que no había esperanza de que los padres pudieran volver a ver a sus hijos, o que los chicos pudieran pasar la Navidad con sus padres. Ahora estaban reunidos. La ardiente fe de Madelón Rodríguez, Rosina Strauch, Mecha Canessa y Sarah Strauch; la heroica búsqueda de Carlos Páez Vilaró, Jorge Zerbino, Roy Harley y Juan Carlos Canessa, todos tenían la recompensa en los cuerpos vivos de sus hijos allí presentes. Como con Abraham e Isaac, Dios había evitado el sacrificio de sus hijos en el mismo momento en que el mundo cristiano se preparaba para conmemorar el nacimiento del suyo propio.

Aquella noche, un poco más tarde, un jesuita uruguayo que enseñaba Teología en la Universidad Católica de Santiago, fue al hotel por invitación de la señora Herrera de Charlone para que hablara

con algunos de los supervivientes a fin de que los preparara para la misa que se iba a celebrar al día siguiente. Y así fue. El padre Rodríguez se quedó hablando con Fito Strauch y Gustavo Zerbino hasta las cinco de la mañana. Le dijeron que habían comido los cuerpos de sus amigos para mantenerse con vida y, lo mismo que el padre Andrés en San Fernando, el padre Rodríguez no dudó en aprobar la decisión que habían tomado. Cualquier duda que pudieran tener sobre la moralidad de lo que habían hecho, quedaba disipada por el espíritu sensato y religioso con que habían tomado tal decisión. Los dos le contaron lo que Algorta había dicho cuando cortaron carne del primer cuerpo y mientras el jesuita descartaba cualquier relación entre el canibalismo y la Comunión, quedó emocionado, como otros lo habían estado, por el espíritu piadoso que se puso de manifiesto en el acto.

La misa de Navidad se celebró en la Universidad Católica a las doce del día siguiente y el sermón que pronunció el padre Rodríguez, aunque no hizo mención a la antropofagia, fue una aprobación inequívoca de lo que los jóvenes habían hecho para mantenerse con vida. Aunque no todos los chicos o sus familiares estaban familiarizados con Karl Jaspers, o el concepto de una situación límite, todos creían en la autoridad de la Iglesia Católica y se sintieron completamente tranquilizados por lo que allí se dijo.

Fue la calma que precedió a la tempestad. La continuación de la celebración de la Navidad después que terminó la misa, marcó las últimas horas de tranquilidad que iban a pasar en Santiago. Periodistas de todo el mundo continuaban vigilándolos como si fueran los cóndores en los Andes y estaba claro para los uruguayos que ellos todavía no habían encontrado el rastro de su presa real. No era que los muchachos o los padres conspiraran, más allá de las piadosas mentiras de las hierbas y el queso, para ocultar lo que habían hecho; era que esperaban que la noticia no se extendiera antes de que llegaran a Montevideo.

La noticia se publicó en un periódico peruano e inmediatamente la reprodujeron los periódicos de Argentina, Chile y Brasil. Tan pronto los periodistas que estaban en Santiago olieron la noticia, cayeron de nuevo sobre los supervivientes para preguntarles si era verdad. Los muchachos, confundidos, continuaron negándolo, pero los que habían revelado el secreto, proporcionaron las pruebas, y el

día 26 de diciembre, el periódico de Santiago «El Mercurio» publicó en primera página la fotografía de una pierna humana a medio comer que estaba sobre la nieve cerca del Fairchild. Los muchachos, no sabiendo lo que debían hacer, decidieron que, en lugar de relatar a un periódico determinado la historia de lo que había sucedido, celebrarían una conferencia de prensa cuando regresaran a Montevideo. Como habían estado en contacto con el presidente del club de los Old Christians, Daniel Juan, acordaron que la conferencia la celebrarían en su antiguo colegio, el Stella Maris.

Éstas eran frágiles defensas contra el ciclón que se desató a su alrededor. La noticia, que había sido comunicada a los periódicos por los andinistas, no mitigó el apetito de la prensa mundial, y en el hotel, bombardearon a los muchachos con constantes preguntas que se negaron a contestar. La verdad es que se enfadaron cada vez más con los periodistas que no mostraban ningún tacto en lo que preguntaban. Un periodista argentino sugería constantemente que no había habido avalancha, sino que la habían inventado para ocultar el hecho de que los más fuertes habían matado a los más débiles para procurarse alimentos.

Los supervivientes todavía se hallaban en un estado de hipersensibilidad y estos asaltos los irritaban. Además, vieron que una revista chilena, habitualmente especializada en pornografía, había dedicado dos páginas para publicar fotografías de extremidades y huesos que estaban sobre la nieve alrededor del Fairchild. Otro periódico chileno publicó la historia bajo el título «Que Dios los perdone». Cuando algunos de los padres vieron esto, lloraron desconsoladamente.

El ambiente en el Sheraton San Cristóbal se había envenenado con este rumor. Los supervivientes estaban impacientes por regresar a Montevideo y, muy a pesar suyo, decidieron ir en avión y no en autobús o en tren. Charlone, a quien algunos padres no habían perdonado por la que consideraban inadecuada forma de tratar a Madelón Rodríguez y Estela Pérez, reservó un Boeing 727 de las LAN Chile para que regresaran el día 28 de diciembre. Antes de esto, Algorta se marchó con sus padres a casa de unos amigos en las afueras de Santiago. También Parrado abandonó el Sheraton San Cristóbal en compañía de Juan, Graciela y su padre; primero fueron al Sheraton Carrera en el centro de Santiago y después a una casa en

Viña del Mar que les dejaron unos amigos. Estaba cansado de que le hicieran fotografías constantemente y asqueado de las preguntas mordaces de los periodistas. Incluso las constantes fiestas, le deprimían porque aunque él estaba vivo, las dos mujeres que más había querido en su vida, eran dos cadáveres congelados en los Andes.

DECIMOQUINTA PARTE

1

La historia de la supervivencia de los jóvenes uruguayos después de diez semanas en los Andes, había sido lo suficientemente sensacional como para interesar a todos los periódicos y emisoras de radio y televisión del mundo entero, pero cuando se extendió la noticia de que habían logrado sobrevivir comiendo los cuerpos de los muertos, esos mismos medios de información se enfurecieron. La historia se radió e imprimió en todas las naciones del mundo, con una sola excepción: Uruguay.

Naturalmente habían publicado reportajes del descubrimiento y rescate de los supervivientes, pero cuando los rumores de canibalismo llegaron a las redacciones de los periódicos, primero los acogieron con escepticismo y luego con reserva. En aquel tiempo no había censura de prensa (excepto la prohibición de mencionar a los tupamaros); la decisión de los periodistas uruguayos de esperar a que sus compatriotas regresaran a Montevideo y dar su versión de los hechos, sólo se puede explicar como el producto de una espontánea y patriótica reserva.

No quiere esto decir que no hubiera periodistas deseosos de averiguar la verdad, pero como casi todos los supervivientes todavía estaban en Santiago, no era cosa fácil de conseguir. De todas formas, Daniel Fernández ya se encontraba en Montevideo. Lo habían recibido sus padres en el aeropuerto de Montevideo, desde donde lo condujeron a su piso y no permitieron que nadie lo visitara. Pero al día siguiente toda la manzana estaba sitiada por amigos y periodistas deseosos de verlo. Era el día de Navidad y los Fernández no podían mantener la puerta cerrada para siempre, así que la abrieron para admitir a un amigo, pero una vez abierta, no pudieron volver a cerrarla. Una multitud de periodistas y conocidos penetraron en el apartamento y Daniel permitió que lo entrevistaran.

Se sentó frente a los periodistas y, de repente, uno de ellos le dio un trozo de papel y le pidió que lo leyera. Daniel lo desdobló y vio que era un mensaje transmitido por télex con la noticia de

que él y los otros quince supervivientes habían comido carne humana.

—No tengo nada que decir sobre esto —dijo.

—¿Puede confirmarlo o negarlo? —preguntó el periodista.

—No tengo nada que decir hasta que mis amigos estén de vuelta en Uruguay —contestó Daniel.

Mientras se cruzaba este diálogo, Juan Manuel Fernández leyó el télex.

—El hombre que escribió esto es un hijo de perra y el que lo trajo aquí es un hijo de perra más grande todavía —dijo iracundo. Estaba a punto de echar violentamente de la casa al periodista, pero un amigo de Daniel lo contuvo y el periodista salió sin dificultad.

Cuando se hubo marchado, Fernández llevó aparte a su hijo diciéndole:

—Mira, ahora tienes que decir que eso no es verdad.

—Es verdad —repuso Daniel.

El padre miró a su hijo con una expresión de disgusto en el rostro, pero más tarde, cuando se dio cuenta que era algo que su hijo había hecho empujado por la necesidad, se acostumbró a la idea e incluso se sorprendió de que esto no se le hubiera ocurrido antes.

2

El Boeing 727 de LAN Chile que había sido fletado por Charlone para trasladar a los supervivientes y sus familias a Montevideo, llevaba la tripulación especial que usaba el presidente Allende cuando iba a bordo. Estaba preparado en la pista del aeropuerto Pudahuel la tarde del día 28 de diciembre, mientras que los sesenta y ocho pasajeros eran emocionada y ceremoniosamente despedidos por los chilenos que tan bien los habían tratado durante toda su estancia en el país.

Subieron al avión a las cuatro de la tarde, pero tuvieron que esperar una hora antes de despegar. La primera razón era la ausencia de Vizintín, que había sido retenido en Santiago en el curso de una

entrevista; luego, noticias de mal tiempo en la cordillera. Esto era desagradable, pero la tripulación, para no alarmar a los supervivientes, les dijeron que se les había acabado el jugo de frutas y que tenían que esperar su reposición.

Llegó Vizintín, pero el avión todavía continuó en la pista. Los supervivientes se mostraban nerviosos y tensos, atados a sus asientos. La mayor parte hubiera preferido regresar por tierra, pero el viaje en tren a través de los Andes y la Argentina se consideraba peligroso debido al estado de su salud.

Por fin los partes meteorológicos fueron favorables y el avión despegó. Un poco más tarde, el piloto, comandante Larson, anunció que estaban sobrevolando Curicó, pero nadie aceptó la invitación de pasar a la cabina para ver la ciudad cuyo nombre tanto había significado para ellos. El grupo estaba nervioso, no porque estuvieran de nuevo en un avión, sino por la incertidumbre de lo que les esperaba en Uruguay. Hablaban entre ellos y con los dos periodistas chilenos que los acompañaban.

Uno de éstos, Pablo Honorato, de «El Mercurio», estaba sentado al lado de Pancho Delgado, quien, cuando el avión descendió para tomar tierra en el aeropuerto de Carrasco, se puso aún más nervioso de lo que había estado y se agarró a Honorato. Entonces se dieron gritos de « ¡Viva Uruguay! », y luego « ¡Viva Chile! », para mantener el valor de los supervivientes. Cuando el avión describía un círculo sobre Montevideo y cuando vieron de nuevo las aguas enlodazadas del Río de la Plata y los tejados y calles de su amada ciudad, comenzaron a cantar el himno nacional:

Orientales, la Patria o la tumba,
Libertad o con gloria morir...

Cuando las últimas palabras salían de sus labios, el avión tocó suelo uruguayo.

El aparato rodó por la pista y se detuvo frente al mismo edificio del que con tanto optimismo habían salido hacía casi once semanas. Las diferencias entre aquella salida y esta llegada, eran muchas; si antes sólo uno o dos miembros de la familia de cada uno habían ido a despedirlos, ahora toda la ciudad de Montevideo parecía estar allí para recibirlos, incluida la esposa del presidente del Uruguay.

Los balcones del edificio del aeropuerto estaban repletos de gente que gritaba y los saludaba, y había cordones de policía para evitar que toda esta gente penetrara en la pista.

Los supervivientes y sus familiares fueron conducidos hacia unos autobuses parados al lado del avión. Los muchachos querían que los llevaran frente a los balcones para poder saludar a sus amigos, pero según instrucciones del ejército, fueron llevados directamente desde el aeropuerto al Colegio Stella Maris.

Todo estaba preparado para su llegada. El gran salón de actos, diseñado por el padre de Marcelo Pérez, había sido dispuesto como para una entrega de títulos, con una larga mesa en una tarima y una red de micrófonos y altavoces que permitiría a los periodistas, que ya estaban sentados de frente a este escenario, oír lo que se dijera. No sólo fueron los Hermanos Cristianos quieren dispusieron esto, sino el personal del club de los Old Christians, que saludaron a los supervivientes cuando los autobuses entraban por la senda del colegio.

Fue una reunión emocionante en la que lo confuso de la situación, los zumbidos y chasquidos de las cámaras en torno a ellos, conseguía disimular la tremenda realidad de que entre los que bajaban de los autobuses y ocupaban su lugar en la tribuna, sólo había tres miembros del equipo de rugby que había salido para Chile: Canessa, Zerbino y Vizintín. Parrado y Harley todavía estaban en Chile. Cuando Daniel Juan y Adolfo Gelsi miraban los delgados y barbudos rostros, buscaban a sus campeones —Pérez, Platero, Nicolich, Hounie, Maspons, Abal, Magri, Costemalle, Martínez-Lamas, Nogueira y Shaw—, pero ninguno de ellos estaba allí.

Todo el grupo de supervivientes había confiado la conferencia de prensa al cuidado de los Old Christians y con asombrosa calma en aquella caótica situación —una habitación llena de periodistas de todo el mundo, padres de los supervivientes, padres de los muertos, amigos, familiares y cámaras de la televisión— Daniel Juan tomó asiento ante el centro de la mesa y comenzó la conferencia.

Los supervivientes habían decidido que hablarían por turno, cada uno de ellos de un aspecto concreto de su experiencia y cuando terminaran preguntarían a los periodistas uruguayos si deseaban hacerles más preguntas. La única disputa que había surgido era de cómo debían de tratar la cuestión de la antropofagia. Algunos mu-

chachos y sus padres, creían que debían ser francos sobre lo sucedido, otros consideraban que sería suficiente hacer alguna vaga alusión. Un tercer grupo, principalmente Canessa y su padre, consideraban que no se debía hacer ninguna mención a este asunto.

Se llegó a un acuerdo: Inciarte hablaría de ello. Se ofreció a hacerlo y todos convinieron en que era la persona más apropiada, por su actitud mentalmente madura sobre lo sucedido, pero el mismo día de la conferencia, Coche comenzó a dudar de su capacidad. Tartamudeaba y temía desmoronarse frente a los periodistas y las cámaras. Pancho Delgado se ofreció voluntario para ocupar su puesto.

Comenzó la conferencia. Los ocupantes del salón escucharon en silencio mientras que los supervivientes, uno tras otro, relataban su trágica y heroica historia y, luego, le llegó el turno a Delgado. De pronto reapareció aquella elocuencia suya, que de tan poco le había servido en la montaña.

—Cuando uno se despierta por la mañana entre el silencio de las montañas y ve a su alrededor los picos cubiertos de nieve —algo majestuoso, sensacional, algo que asusta—, uno se siente solo, solo, solo en el mundo excepto por la presencia de Dios. Porque les puedo asegurar que Dios está allí. Todos lo sentimos en nuestro interior y no porque seamos jóvenes piadosos que están rezando durante todo el día, aunque tenemos una educación religiosa. De ninguna manera. Pero allí uno siente la presencia de Dios. Uno siente, por encima de todo, lo que se llama la mano de Dios, y se permite a sí mismo ser guiado por ella... Y cuando llegó el momento en que no nos quedaron más alimentos, o cosa parecida, pensamos que si Jesús en su última cena compartió su carne y su sangre con los apóstoles, fue como la señal de que deberíamos hacer lo mismo: tomar la carne y la sangre como una comunión íntima entre nosotros. Esto fue lo que nos ayudó a sobrevivir, y ahora no queremos que esto, que para nosotros fue algo íntimo, íntimo, sea mirado o tocado, o cualquier cosa como ésa. En un país extranjero tratamos de explicar la cuestión de una forma tan espiritual como fuera posible, y ahora se lo decimos a ustedes, nuestros compatriotas, tal como sucedió...

Cuando Delgado terminó, era evidente que todos los presentes estaban profundamente conmovidos por lo que dijo, y cuando

Daniel Juan preguntó a los periodistas si deseaban hacer alguna pregunta a los supervivientes, le contestaron que no. Entonces, todos los presentes respondieron con un espontáneo « ¡Bravo! » para los representantes de la prensa uruguaya e internacional, seguido de otro para aquellos que habían muerto.

3

Con la terminación de la conferencia de prensa, finalizó la prueba pública de los supervivientes, que había seguido tan inmediatamente a su prueba privada, y por fin pudieron retornar a sus hogares y a sus familias, lo que tanto habían deseado conseguir cuando estaban atrapados en los Andes.

No fue fácil adaptarse a la realidad. Su experiencia había sido larga y terrible; los efectos calaron hondo en su consciente y su subconsciente, y su comportamiento reflejó este trauma. Muchos chicos se irritaban y eran bruscos con sus padres, novias, hermanos y hermanas. Se enfadaban cuando no podían satisfacer el menor capricho. Muy a menudo estaban tristes y se quedaban silenciosos de improviso o hablaban sobre el accidente. Pero, sobre todo, comían. Tan pronto les ponían un plato en la mesa, lo devoraban y, cuando se terminaba la comida, se atiborraban de chocolatinas, de manera que Canessa, por ejemplo, se hinchó en pocas semanas.

Los padres se sentían perplejos ante este comportamiento. Algunos ya fueron advertidos por los psiquiatras de Santiago que habían examinado someramente a alguno de sus hijos, cuando dijeron que a éstos les sería difícil readaptarse a la vida normal y que ellos no podrían hacer mucho para ayudarlos. Su caso, naturalmente, era tan extraño para los psiquiatras como para los mismos padres, porque en la historia había muy pocos casos parecidos al de los muchachos. Nadie sabía cómo iban a reaccionar. Lo único que todos podían hacer era esperar.

Algunos padres todavía no habían reaccionado. Era como si se sintieran paralizados por la sorpresa y la gratitud ante aquellos hijos a quienes ya habían dado por muertos. La madre de Coche

Inciarte era incapaz de apartar la vista de su hijo mientras él comía. Por la noche se acostaba en la misma habitación, pero no dormía; vigilaba a su hijo durante su sueño.

Las madres que estaban mejor preparadas para enfrentarse con esta insólita situación eran Rosina y Sarah Strauch y Madelón Rodríguez. Estas mujeres tenían una gran personalidad y nada podía intimidarlas; también recordaban sus aventuras mientras sus hijos estuvieron perdidos. Se comportaban como si su fe y sus oraciones hubiesen tomado tanta parte en la salvación de sus hijos como los esfuerzos que ellos realizaron. Estaban plenamente convencidas de algo que confundía todavía a los mismos muchachos: el significado de todo lo que habían pasado. Para las tres, los chicos habían desaparecido y vuelto a aparecer para demostrar al mundo los poderes milagrosos de la Virgen María y, en el caso de las hermanas Strauch, de la Virgen de Garabandal.

Los beneficiarios de este milagro estaban justificadamente confusos porque se aventuraron otras interpretaciones. De una parte se daban cuenta de que muchos, especialmente entre personas mayores, estaban asombrados ante lo que habían hecho, porque pensaban que deberían haberse dejado morir. Incluso la madre de Madelón, que creía firmemente en el retorno de su nieto, no podía soportar este aspecto de su supervivencia.

De todas formas la Iglesia Católica actuó rápidamente para deshacer el equívoco.

—No se puede condenar lo que hicieron —dijo monseñor Andrés Rubio, obispo auxiliar de Montevideo—, cuando era la única posibilidad que tenían de sobrevivir... Comer, para sobrevivir, el cuerpo de alguien que ha muerto es incorporar su substancia, y se puede perfectamente comparar con un injerto. La carne sobrevive cuando es asimilada por alguien en extrema necesidad, lo mismo pasa cuando el ojo o el hígado de una persona muerta se transplanta a una viva... ¿Qué hubiéramos hecho nosotros en unas circunstancias parecidas? ¿Qué le diría usted a alguien que le revela en confesión un secreto como éste? Sólo una cosa: que no se atormente por ello... que no se avergüence por algo que le ha sucedido a sí mismo y de lo que él no sentiría vergüenza de que le hubiera sucedido a otro y de lo que nadie se avergonzará de que le haya ocurrido a él.

Carlos Partelli, el arzobispo de Montevideo, ratificó esta opinión.

—No veo ninguna objeción moral, ya que fue una cuestión de supervivencia. Siempre es necesario comer lo que se tenga a mano, a pesar de la repugnancia que pueda causar.

Y finalmente el teólogo de *L'Osservatore Romano,* Gino Concetti, escribió diciendo que quienes han recibido de la comunidad tienen también obligación de dar a la comunidad, o a sus miembros individuales, cuando se hallan en extrema necesidad, para ayudarlos a sobrevivir. Este imperativo concierne especialmente al cuerpo, que de otra forma está condenado a deshacerse, a la inutilidad. «Teniendo en cuenta estos hechos —dijo el padre Concetti—, consideramos, basándonos en la ética, el hecho de que los supervivientes del accidente del aparato uruguayo se alimentaran con la única comida que tenían a mano, para evitar una muerte segura. Es legítimo recurrir a cuerpos humanos sin vida con el fin de sobrevivir».

Por otra parte, la Iglesia no compartía el punto de vista expresado por Delgado en la conferencia de prensa: que comer la carne de sus amigos equivalía a tomar la Comunión. Cuando le preguntaron a monseñor Rubio que si el rechazar comer carne humana podía interpretarse como una forma de suicidio, contestó: «De ninguna forma podía dársele esta interpretación, pero tampoco el uso del término comunión era correcto. Se puede decir que es correcto cuando se usa el término como una forma de inspiración. Pero no es comunión».

Estaba claro, por tanto, que los supervivientes no iban a ser considerados santos ni pecadores, pero cada vez se les asignaba más la condición de héroes nacionales. Los periódicos, radio y televisión, comenzaban a estar orgullosos de lo que estos compatriotas habían conseguido. Uruguay es un país pequeño en este vasto mundo, y nunca, desde que se ganara el Campeonato Mundial de fútbol en 1950, las actividades de los uruguayos habían alcanzado tanto renombre. Hubo muchos artículos destacando su valor, resistencia y recursos. Los supervivientes se crecieron en esta ocasión. Muchos conservaron las barbas y el pelo largo y se sentían orgullosos de que los reconocieran dondequiera que fuesen, en Montevideo o Punta del Este.

A pesar de que en cada entrevista y artículo se destacaba que el éxito se debía al trabajo de todo el grupo, era inevitable que algunos de los supervivientes encajaran más que otros en el papel de héroes. Algunos, por ejemplo, ni siquiera estaban en el escenario. Pedro Algorta se había reunido con sus padres en Argentina. Daniel Fernández se retiró con sus padres a la finca que tenían en el campo. Sus dos primos, Fito y Eduardo Strauch, se sentían demasiado taciturnos como para proyectar al público la imagen que les correspondía en el papel que representaron en la montaña.

El exponente más claro de toda la experiencia era Pancho Delgado, cosa muy natural porque era él quien se había enfrentado con la cuestión de la antropofagia en la conferencia de prensa, y la prensa lo perseguía en busca de más información. Delgado se creció ante la ocasión. Acompañado de Ponce de León, fue en autobús a Río de Janeiro para aparecer en televisión y conceder una larga entrevista a la revista chilena «Chile Hoy» y a la argentina «Gente». No era una sorpresa que Delgado hiciera uso de su talento, hallándose en una situación en que podía hacerlo valer, y que la prensa se aprovechara de la elocuencia de este superviviente. Pero tanto destacar en la opinión pública no le favoreció entre sus antiguos compañeros.

El otro miembro del grupo cuyo comportamiento no fue aceptado por muchos, era Parrado. Su carácter había sufrido una metamorfosis mucho mayor que la de los otros. El muchacho tímido e inseguro, había salido de la prueba como un hombre dominante y seguro de sí mismo que dondequiera que fuese era reconocido y aclamado como el héroe de la odisea de los Andes, pero el hombre todavía conservaba el gusto y el entusiasmo del joven y, habiéndose librado de su familiaridad con la muerte, estaba dispuesto a entregárseles.

Creyendo que había muerto, su padre había vendido la motocicleta Suzuki 500 a un amigo, pero estaba tan contento de que Nando hubiera regresado de su tumba, que le compró un Alfa Romeo 1750. Parrado recorría a toda velocidad las costas de Punta del Este para disfrutar de la dulce vida de las playas, cafés y *boîtes* de aquel maravilloso lugar. Todas las hermosas muchachas que anteriormente lo consideraban el tímido amigo de Panchito Abal, ahora se desvivían por él y competían entre ellas para llamar su

atención. Parrado no se amilanó. La única cosa que lo apartaba de Punta del Este, eran las carreras de fórmula uno, en Buenos Aires. Allí conoció a Emerson Fittipaldi y a Jackie Stewart y se fotografiaron juntos, porque dondequiera que fuera Parrado, lo seguía una multitud de fotógrafos y periodistas.

Todas estas fotografías aparecían en los periódicos uruguayos y llenaban de consternación a sus quince compañeros. Cuando el periódico publicó una fotografía de él entre las sonrientes bellezas en traje de baño de un concurso de belleza del cual él era jurado, protestaron y Parrado se retiró. Para él y para los demás, la unidad de los dieciséis tenía todavía gran importancia.

Mientras reconocía que los esfuerzos combinados de todo el grupo eran los que habían salvado sus vidas, Parrado sentía que su propio éxito era un triunfo que tenía derecho a celebrar. La vida había triunfado sobre la muerte y había que vivirla en toda su plenitud, como antes lo había hecho... pero, naturalmente, algunas cosas cambiaron para siempre. Una noche a mediados de enero, fue a una *boîte* con un amigo y dos chicas. Era un lugar que había frecuentado en compañía de Panchito Abal y nunca había vuelto desde el accidente. Cuando se sentó a la mesa y pidió las bebidas, repentinamente se dio cuenta de que Panchito estaba muerto y, por primera vez en los tres meses de prueba y sufrimientos, rompió a llorar. Se cayó hacia adelante sobre la mesa y lloró y lloró y lloró. No podía contener el raudal de lágrimas, así que los cuatro abandonaron la sala. Poco tiempo después, Parrado comenzó de nuevo vendiendo tuercas y tornillos en «La Casa del Tornillo».

La razón por la que los otros quince supervivientes vieron con agrado el retorno de Parrado a la clase de vida que había llevado antes con normalidad, era porque ellos tenían un concepto más elevado, casi místico, de la experiencia. Inciarte, Mangino y Methol estaban seguros de que había sido un milagro. Delgado pensaba que el haber sobrevivido al accidente, la avalancha y las semanas que siguieron, se debía a que fueron conducidos por la mano de Dios, pero que la expedición fue más un acto de valor humano. Canessa, Zerbino, Páez, Sabella y Harley pensaban todos que Dios había representado un papel muy importante, que Él había estado

presente en la montaña. Por otra parte, Fernández, Fito y Eduardo Strauch, en unión a Vizintín, estaban más inclinados a pensar, con toda modestia, que su supervivencia se debía a sus propios esfuerzos. Estaban seguros de que las oraciones los habían ayudado —fue algo que los mantuvo unidos como un salvavidas contra la desesperación—, pero si sólo hubieran confiado en las oraciones, todavía se encontrarían en la montaña. Quizás el valor más grande que se podía atribuir a la gracia de Dios era haber podido conservar su cordura.

Los dos más escépticos ante el papel que había tenido Dios en su rescate eran Parrado y Pedro Algorta. Parrado tenía una razón, porque, como otros muchos entre ellos, no veía con humana lógica la selección que se había hecho entre vivos y muertos. Si Dios los había ayudado a ellos a vivir, había permitido que los otros murieran. Y si Dios era bueno, ¿cómo había permitido que su madre muriese y que Panchito y Susana sufrieran tanto antes de su muerte? Quizás Dios los quería en el Cielo, pero ¿cómo su madre y su hermana podían ser felices allí mientras él y su padre continuaban sufriendo en la tierra?

El caso de Algorta era más complejo, porque su educación con los jesuitas en Santiago y Buenos Aires lo había preparado, para enfrentarse con los misterios de la religión católica, mucho mejor que a los otros, la simple educación teológica que recibieron con los Hermanos Cristianos. Pero aún así, había sido, antes de salir, uno de los más religiosos entre los pasajeros del avión. No tenía la fácil, aunque a veces nada ortodoxa familiaridad con Dios que poseía Carlitos Páez, pero la orientación de su vida, especialmente sus creencias políticas, estaban dirigidas en torno a la finalidad de que Dios es amor, pero había aprendido que el amor de Dios era algo con lo que no se podía contar en la supervivencia. No habían bajado los ángeles del cielo para ayudarlos. Fue su propio valor y resistencia lo que les había salvado. La experiencia, por tanto, lo había hecho menos religioso; ahora creía más en el hombre.

Pero de todas formas, todos estaban de acuerdo en que la prueba que habían pasado había cambiado su actitud hacia la vida. Los sufrimientos y las privaciones les hicieron ver lo frívolas que habían sido sus vidas. El dinero no tenía ningún valor. Nadie allá

arriba hubiera vendido un solo cigarrillo por los cinco mil dólares que habían juntado en la maleta. Cada día que pasaba iba arrancando en ellos capa tras capa de superficialidad, hasta que sólo se quedaron con lo que realmente les importaba: sus familias, sus novias, su fe en Dios y su Patria. Ahora despreciaban el mundo de la moda, las salas de fiestas, las chicas casquivanas y la vida fácil. Estaban decididos a tomar su trabajo más en serio, ser más devotos y dedicar más tiempo a sus familias.

No tenían intención de guardar para sí mismos, lo que habían aprendido. Muchos de ellos, especialmente Canessa, Páez, Sabella, Inciarte, Mangino y Delgado, sintieron la vocación de usar su experiencia de alguna forma. Se sentían tocados por Dios e inspirados por Él para enseñar a otros la lección de amor y autosacrificio que su sufrimiento les había enseñado a ellos. Si el mundo se había quedado horrorizado al enterarse que habían comido los cuerpos de sus amigos, de esto podía hacerse uno para enseñar al mundo lo que significa amar al prójimo como a uno mismo.

Sólo existía un rival, si lo hubo, para la lección que se podía deducir del retorno de los dieciséis supervivientes, y éste era la Virgen de Garabandal, porque cualesquiera que fueran las opiniones de sus hijos, todavía quedaba ese grupo de obstinadas mujeres que habían invocado su intercesión y ahora creían que había respondido a sus oraciones. Recordaban cuando los escépticos habían admitido que sólo un milagro podía salvarlos, y estaban decididas a no permitir que se engañara a su Virgen con una explicación racional de los hechos. La verdad era que explicaban el asunto de la antropofagia basándose en la tesis del maná que había caído del cielo sobre el desierto del Sinaí que consideraban un eufemismo de la inspiración que Dios les había dado a los judíos para que se comieran a sus muertos.

4

Veintinueve de los que viajaban en el Fairchild no habían vuelto y para las familias de estos veintinueve el regreso de los dieciséis confirmaba su muerte. Más aún, era una confirmación con efectos

desastrosos. Los Abal se enteraron de los sufrimientos de su hijo; los Nogueira, de la agonía mental del suyo. Y cada miembro de cada familia se enfrentaba al hecho de que no sólo sus esposos, madres e hijos estuvieran muertos, sino que también podían haber sido comidos.

Era una amarga poción para sus corazones ya llenos de tristeza, pues, por muy nobles y racionales que fueran sus mentes pensando en este final, había un horror primitivo e inevitable a la idea de que los cuerpos de los seres queridos podían haber sido usados de esta forma. Sin embargo, la mayor parte dominaron esta repugnancia. Los padres mostraron el mismo desprendimiento y valor que sus hijos y no evitaron a los dieciséis supervivientes. El doctor Valeta, padre de Carlos, asistió con su familia a la conferencia de prensa y después hizo unas declaraciones para el periódico «El País».

—He venido aquí con mi familia porque queríamos ver a los que han sido amigos de mi hijo y porque, sinceramente, nos sentimos felices de que se encuentren entre nosotros. Es más, estamos contentos de que fueran cuarenta y cinco en el avión, porque esto ayudó a dieciséis a regresar. También quiero añadir que yo supe desde el primer momento lo que ha sido confirmado hoy. Como médico comprendí al momento que nadie hubiera podido sobrevivir en tal lugar y en tales condiciones sin recurrir a decisiones valerosas. Ahora que tengo la confirmación de lo sucedido, repito: Gracias a Dios que había cuarenta y cinco porque así dieciséis familias han recobrado a sus muchachos.

El padre de Arturo Nogueira escribió una carta a los periódicos.

«Muy Sres. míos:

»Estas pocas palabras, dictadas por nuestros corazones quieren rendir tributo de homenaje, admiración y reconocimiento a los dieciséis héroes que vivieron la tragedia de los Andes. Admiración porque esto es lo que nosotros sentimos ante las muchas pruebas de solaridaridad, fe, valor y serenidad a lo que tienen que hacer frente y a lo que han de sobreponerse. Reconocimiento, profundo y sincero, por el cuidado que tuvieron con nuestro querido hijo y hermano Arturo hasta su muerte, acaecida muchos días después del accidente. Invitamos a todos los ciudadanos de nuestro país a que

mediten durante unos minutos sobre la inmensa lección de solidaridad, valor y disciplina que nos han dado estos muchachos, con la esperanza de que nos sirva a todos para vencer nuestro tacaño egoísmo, nuestras mezquinas ambiciones y nuestra falta de interés por nuestros hermanos.»

Las madres mostraron un valor similar. Algunas veían en los supervivientes a sus propios hijos, porque no era difícil comprender que si sus hijos fueran los vivos y éstos los muertos, sucedería lo mismo; y si los cuarenta y cinco hubieran sobrevivido al accidente todos estarían ahora muertos. También se imaginaban la angustia mental y física sufrida por los supervivientes. Todo lo que deseaban ahora es que olvidaran rápidamente lo sucedido. Después de todo, no eran los hijos, hermanos o padres de sus amigos lo que habían comido para sobrevivir. Ellos ya estaban en el Cielo.

La mayor parte de los padres ya se habían resignado ante la muerte de sus hijos poco después del accidente. Sin embargo, había otros que se sentían engañados por el destino. Estela Pérez había creído tan firmemente como Madelón Rodríguez, Sarah y Rosina Strauch, que Marcelo vivía y si la fe de ellas fue recompensada, la suya no lo había sido. Otro golpe amargo del destino fue que la señora Costemalle, cuyo otro hijo había perecido ahogado en las costas de Carrasco y cuyo marido había muerto repentinamente en Paraguay, hubiese perdido el único miembro con vida de su familia.

A los padres de Gustavo Nicolich les atormentaba saber que su hijo había vivido durante dos semanas después del accidente. También sentían cierta animosidad hacia Gérard Croiset Jr., quien los había enviado tras una falsa pista, mientras que si hubieran continuado por las montañas Tinguiririca y Sosneado, quizás hubieran salvado la vida de su hijo.

Era ciertamente verdad que la interpretación de Croiset había equivocado a los padres, pero también muchas cosas que dijo resultaron ciertas. Había visto que uno de los muchachos tuvo dificultades con la documentación al presentarla a los oficiales del aeropuerto de Carrasco; esto había sucedido así. Dijo también que el piloto no iba a cargo del avión, y era verdad: Lagurara, y no

Ferradas, llevaba el control. El avión, dijo, parece un gusano con el morro aplastado pero sin alas y la puerta delantera está medio abierta. Todo era verdad. También describió exactamente las maniobras que debía hacer un piloto en el aire para descubrir los restos. Añadió que el avión se encontraba junto a una señal que decía «Peligro», cerca de una aldea con casas al estilo mejicano. Aunque nada de esto encontraron Canessa y Parrado en su ruta hacia Chile, una expedición posterior al lugar del accidente, procedente de Argentina, encontró en las proximidades un cartel que decía «Peligro» y una pequeña aldea, Minas de Sominar, con casas de estilo mejicano.

El paisaje que rodeaba al aparato descrito por Croiset —las tres montañas, una sin cima, y un lago— lo encontraron los padres, pero a sesenta y cinco kilómetros al sur de Planchón, mientras que el Fairchild se había estrellado a sesenta y cinco kilómetros al *norte* de Planchón. El avión no estaba bajo una montaña ni cerca de un lago, ni el piloto había volado hacia el lago para tratar de hacer un aterrizaje forzoso. El accidente no se debió a un carburador obstruido, como dijo Croiset, ni tampoco se hallaba el piloto solo en la cabina, y si tenía o no indigestión, nunca se podrá saber. También Croiset dio algunos detalles de menor importancia cuando los padres le obligaban a que les diera más información, aunque contribuyeron muy poco en la búsqueda, pero, al menos, al darlos, salvó a algunas madres de caer en la desesperación.

Los sueños de la señora Valeta también habían sido extraordinariamente exactos, pero la única percepción extrasensorial que los sucesos demostraron que había sido la más correcta fue la del buscador de agua que la madre de Madelón y Juan José Methol habían visitado en el barrio pobre de Maroñas en Montevideo. Había señalado un punto en el mapa, a treinta kilómetros del balneario de Termas del Flaco, lugar donde estaba exactamente situado el Fairchild. Recordando esto Juan José Methol fue en busca del viejo y lo recompensó con carne y dinero, que él a su vez, repartió con sus vecinos pobres.

La Fuerza Aérea de Chile y la del Uruguay investigaron las causas del accidente. Las dos lo atribuyeron a un error humano del piloto, que había comenzado el descenso hacia Santiago cuando todavía estaba en medio de los Andes. El lugar donde el avión se había estrellado estaba lejos de Curicó. La montaña en la que los chicos habían pasado tantos días se hallaba en el lado argentino de la frontera, entre los volcanes Sosneado y Tinguiririca. El fuselaje se encontraba a una altura de 3.500 metros. La montaña que subieron los expedicionarios tenía una altura aproximada de 4.000 metros. Se calculó que si los expedicionarios hubieran seguido el valle que se extendía más allá de la cola, en vez de subir la montaña, habrían llegado a una carretera en unos tres días (aunque la carretera que le pareció ver a Canessa cuando subían la montaña era un accidente geográfico). A ocho kilómetros al este del Fairchild había un hotel, que aunque sólo abría en verano tenía almacenada gran cantidad de alimentos en conserva.

El intento de pedir ayuda por la radio del avión, que les había costado dos semanas de su permanencia en la montaña, nunca podía haber tenido éxito. El transmisor necesitaba una corriente de 115 voltios AC, normalmente administrada a través de un transformador. La corriente de las baterías era de 24 voltios DC.

Hubo muy poco colofón de la historia. Aunque algunos padres se sintieron airados por la incompetencia de los pilotos de la Fuerza Aérea Uruguaya, no era el momento histórico político oportuno de Uruguay para querellarse contra una de las armas del ejército. Aceptaron lo sucedido como la voluntad de Dios, y dieron las gracias por aquellos que habían regresado, aceptando el elevado punto de vista de los supervivientes sobre lo que había sucedido.

Javier Methol, viviendo ahora al nivel del mar, había dejado de padecer los mareos producidos por la altitud. Como sus antiguos compañeros, también creía que Dios los había dejado vivir por alguna razón, y su primera tarea fue consolar a sus hijos, hasta

donde pudo, por la pérdida de su madre. Se fue a vivir con los padres de Liliana que, como él pensó, se hicieron cargo de los niños. Reunido con ellos, se sentía casi contento, porque, aunque se acordaba de Liliana, sabía que ella sería feliz en el Cielo.

Una tarde en Punta del Este, estaba paseando por la playa con su hija de tres años, Marie Noel. La niña iba a su lado, charlando constantemente con él, cuando, de repente, se paró y lo miró.

—Papá —dijo—, tú volvistes del Cielo, pero ¿cuándo vuelve mamá?

Javier se inclinó para alcanzar la altura de su hija y le respondió:

—Tienes que comprender, Marie Noel, que mamá es tan buena, tan buena, que Dios la necesita en el Cielo. Ella es tan importante que ahora vive con Dios.

6

El 18 de enero de 1973 los miembros del Cuerpo de Socorro Andino, en unión de Fredy Bernales, del Servicio Aéreo de Rescate, teniente Enrique Crosa, de la Fuerza Aérea Uruguaya, y el padre Iván Caviedes fueron transportados en helicópteros hasta los restos del Fairchild. Allí levantaron un campamento pensando pasar varios días en la montaña y se dispusieron a reunir los restos que quedaban de los muertos. Subieron hacia la cumbre de la montaña para recuperar los cuerpos de los que habían quedado allí y ahora estaban al descubierto por haberse derretido la nieve.

Encontraron una zona a unos ochocientos metros del lugar del accidente que estaba a cubierto de posibles avalanchas y tenía tierra suficiente para cavar una tumba. Allí enterraron los cuerpos que todavía estaban intactos y los restos de los demás. Levantaron un rústico altar de piedra junto a la tumba, y sobre él colocaron una cruz de hierro de un metro de altura. La cruz estaba pintada de color anaranjado por un lado, y escrita en negro la siguiente inscripción: «El mundo a sus hermanos uruguayos», y por el otro lado decía: «Cerca, oh Dios, de ti».

Después de decir misa, el padre Caviedes pronunció un sermón para los que asistieron a la ceremonia. Luego, los andinistas regre-

saron hasta los restos del Fairchild, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. El avión se quemaba con rapidez debido al fuerte viento y, cuando estuvieron seguros de que estaba ardiendo bien, se dispusieron a partir. El silencio de las montañas era interrumpido muy a menudo por el retumbar de las avalanchas y consideraron que era demasiado peligroso quedarse.

Porque este libro no puede leerse «en frío». Se diría que, condensada, contiene la historia misma del hombre, de sus éxitos y fracasos y sus increíbles paradojas. Su indefensión ante la naturaleza y su debilidad por una parte, y por otra su capacidad para adaptarse a las circunstancias más adversas, gracias a su resistencia al sufrimiento, inteligencia, voluntad y valor para negarse a aceptar la derrota.

Pero, por encima de todo, lo que este libro pone de manifiesto, es el modo cómo, en una situación límite, el hombre exhibe, junto a sus debilidades, su inagotable reserva de fortaleza y heroísmo, de entrega y sacrificio. Cómo su amor a la vida y a los demás, le lleva a dar la medida de sí mismo.

El autor, que recogió el relato de los rescatados con vida, la angustia de sus familiares y amigos y sus estériles intentos de salvación, transcribe fielmente lo que ocurrió, ofreciéndonos la única crónica válida y autorizada por los supervivientes. Esos muchachos que, en los Andes, escribieron una de las páginas más extraordinarias sobre la condición humana.

Piers Paul Read nació en 1941 en Yorkshire, Inglaterra, y se educó en Cambridge. Desde muy joven, comenzó a colaborar en el suplemento literario del «The Times» londinense y ha conseguido en su país, además del *Geoffrey Faber Memorial Prize*, el *Somerset Maugham Award* y el *Hawthornden Prize*, dos de los más importantes premios literarios de Inglaterra. Con LA HIJA DEL PROFESOR, publicada por esta misma Editorial, se ha revelado como un gran novelista.

Read fue elegido especialmente para escribir el relato de los supervivientes de los Andes, y su trabajo demuestra que la confianza depositada en él era merecida. En ningún momento se ha abandonado a su fantasía de novelista. Lo que ha escrito es un auténtico documento.

Distribución en exclusiva

NORILDIS
Noguer - Rizzoli - Larousse

Paseo de Gracia, 96 - Barcelona-8

T. G. A. Núñez


adidas